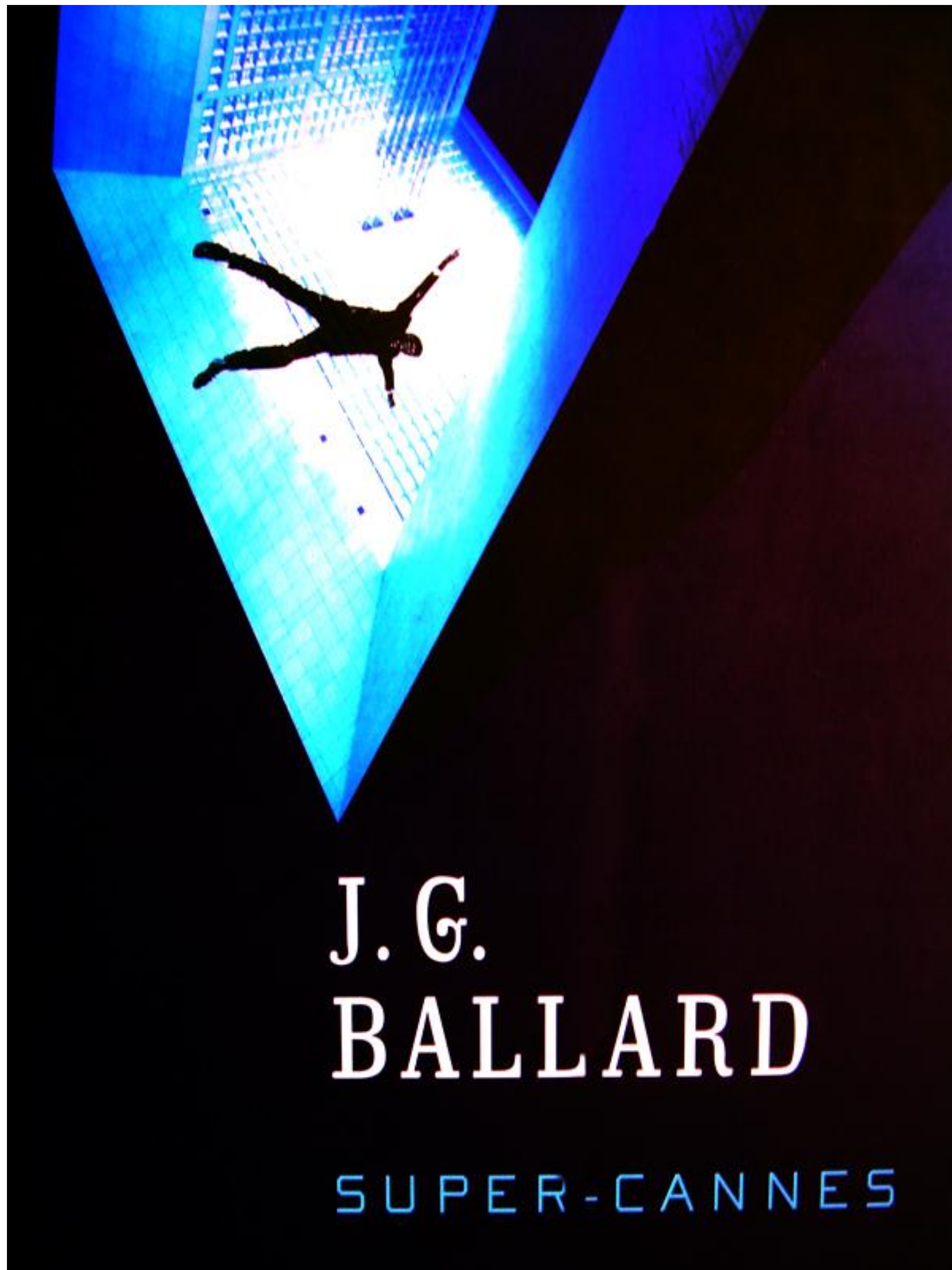
SUPER-CANNES
J. G. BALLARD



Título original: *Super-Cannes*
Traducción de Octavio di Leo
Primera edición: junio de 2002

Scan y corrección (v1.0): Jack!2012
ISBN: 84-450-7351-6

Prólogo

He aquí una nota sobre geografía local. Los visitantes que frecuentan la Riviera francesa ya conocerán Marina Baie des Anges, ese vasto complejo de apartamentos que se extiende como un segundo Coliseo cuando se llega en avión al aeropuerto de Niza. La Fundación fierre Cardin de Miramar, al oeste de Cannes, es más difícil de encontrar, pero merece la pena verla, pues es uno de los edificios más extraños de Europa. Port-la-Galére, cerca de allí, es otra rareza arquitectónica, con sus fachadas en forma de colmena dignas de Gaudí.

Antibes-les-Pins, en Golfe-Juan, forma parte de la Costa Azul tecnológicamente más avanzada, que va reemplazando poco a poco a la vieja. Un ejemplo aún más apropiado, que sirvió de modelo para Edén-Olimpia, es el complejo industrial ajardinado de Sofía-Antípolis, a pocos kilómetros al norte de Antibes.

Super Cannes es un enclave de lujo en las colinas de La Croisette, pero la denominación puede aplicarse también a toda la zona de complejos científicos y carreteras que se elevan sobre la llanura del Var. Juntos conforman la versión europea del silicon valley, *un mundo aparte de los casinos y hoteles de la* belle epoque *que caracterizaban a la antigua Riviera.*

Aviación Nostálgica es el nombre de un simpático museo de objetos aeronáuticos, a la entrada del aeropuerto de Cannes-Mandelieu, y refugio para todos los aficionados a la aviación. En la nueva Riviera, incluso la aeronáutica es ahora sólo un tierno recuerdo del pasado.

J. G. BALLARD

PRIMERA PARTE

1 Huéspedes del palacio de los sueños

La primera persona que conocí en Edén-Olimpia era un psiquiatra, y de alguna manera me pareció apropiado que mi guía por esa ciudad «inteligente» en las colinas que rodean Cannes fuera un especialista en trastornos mentales. Ahora comprendo que había allí una especie de locura latente, como una guerra a punto de declararse, que acechaba en las oficinas del complejo. Para la mayoría de nosotros, el doctor Wilder Penrose era un Próspero amable, el sabelotodo que exponía nuestros sueños más oscuros a la claridad del día. Recuerdo su sonrisa entusiasta cuando nos saludamos y los ojos evasivos que me distrajeron de la mano extendida. Sólo después de admirar a ese hombre imperfecto y peligroso fui capaz de pensar en matarlo.

En lugar de volar de Londres a Niza, un viaje tan breve como un almuerzo en bandeja de plástico, Jane y yo preferimos ir en coche a la Costa Azul y tomarnos unos días de libertad antes de someternos a Edén-Olimpia y a los rigores del estilo de vida de la nueva Europa mercantil. Jane tenía dudas aún sobre su contrato de seis meses en la clínica privada del complejo. Su antecesor, un joven médico inglés llamado David Greenwood, había muerto inexplicable y trágicamente tras echar a correr enloquecido esgrimiendo un rifle. Por casualidad, Jane había conocido a Greenwood cuando trabajaban en el Hospital Guy, y más de una vez pensé en aquel médico de aspecto juvenil, capaz de excitar con una sonrisa a toda una sala de mujeres.

En Boulogne estaban esperándonos los primeros recuerdos de Greenwood, cuando el Jaguar salió del transbordador que cruza elcanal y rodo sobre los adoquines. Ya en territorio francés, Jane, que había ido a comprar un paquete de Gitanes —durante los meses que pasé en el hospital, los cigarrillos que fumamos a escondidas evitaron que perdiéramos la razón—, compró un ejemplar de *Paris Match, y* descubrió una foto de Greenwood en la cubierta y un titular que aludía a ese misterio aún por resolver. Cuando se sentó en el capó del Jaguar y contempló las fotos de las víctimas y los mapas punteados con la ruta del asesino, comprendí que a mi joven esposa, valiente pero insegura, le vendrían bien los kilómetros que todavía nos separaban de Edén-Olimpia.

Para no avivar la imaginación de Jane ni recalentar el viejo motor del Jaguar, decidí evitar la Autopista del Sol y tomar la RN7. Rodeamos París por la carretera periférica y pasamos la primera noche en un venerable hotel del bosque, cerca de Fontainebleau, contándonos las atracciones que ofrecía Edén-Olimpia y apartando deliberadamente los ojos del antiguo rifle de caza que colgaba sobre la repisa del comedor.

Al día siguiente cruzamos la línea de los olivos, siguiendo el largo trayecto de cicas que mi madre y mi padre habían recorrido cuando me llevaron por primera vez al Mediterráneo. Para mi sorpresa, muchos de los hitos de aquel viaje seguían allí: los restaurantes familiares, las buenas librerías y los pequeños aeródromos con los aviones dispuestos al azar, que me habían hecho pensar por primera vez en convertirme en piloto.

Para distraer a Jane, hablé más de la cuenta. Durante los contados meses que llevábamos casados, apenas había hablado de mí a mi novia médica; el viaje en coche se convirtió en una autobiografía ambulante que revelaba mi vida pasada a medida que recorríamos kilómetros de polvo, insectos y sol. Mis padres habían muerto hacía más de veinte años, pero quería que Jane los conociera; a mi padre, un abogado de provincias alcohólico y mujeriego, y a mi madre, soñadora y sola, siempre sobreponiéndose a cada nueva y fracasada aventura amorosa.

En un hotel de Hauterives, al sur de Lyon, Jane y yo desayunamos en el mismo salón de techos altos, que no había cambiado nada en los últimos treinta y cinco años, y cuyas cabezas de ciervo aún miraban a unos estantes abarrotados con los licores menos tentadores que había visto en mi vida. Mis padres, después de sus habituales discusiones durante el desayuno de cruasanes con café, que ayudaban a bajar con unos cuantos tragos de coñac, me habían arrastrado al palacio de los sueños de Facteur Cheval, un edificio mágico hecho de guijarros que el viejo cartero había recogido a lo largo de sus recorridos. Trabajando sin pausa durante treinta años, había construido una ostentosa casa de muñecas en la que expresaba sus sueños, sencillos pero dignos. Mi madre subió a tumbos las escaleras diminutas, mientras mi padre recitaba con su resonante voz de barítono los ingenuos versos del cartero. Lo único en que yo pensaba, con la curiosidad de un niño de diez años acerca de la vida sexual de sus padres, era qué habían hecho ellos durante la noche. Ahora, al abrazar a Jane contra los parapetos del palacio de los sueños, comprendí que nunca lo sabría.

Puede que Cheval haya sobrevivido, pero la Francia de los sesenta —de almuerzos Routier, lemas anti-CRS [*policía antidisturbios*] y el Citroen DS— había sido en buena parte sustituida por una Francia de trenes de alta velocidad, MacDonalds y espléndidas exhibiciones aéreas que mi primo

Charles y yo visitábamos en nuestros Cessnas alquilados cuando fundamos nuestra editorial de libros de aviación. Y Edén-Olimpia era el último grito de esta nueva Francia. A quince kilómetros al noreste de Cannes, en las boscosas colinas que se alzan entre Valbonne y la costa, era la urbanización más reciente de una serie que había empezado con Sofía-Antípolis y que pronto convertirían a la Provenza en un silicon valley europeo.

Atraídas por ventajas fiscales y un clima parecido al del norte de California, decenas de empresas multinacionales se habían instalado en este complejo industrial que ya contaba con más de diez mil empleados. Los altos ejecutivos eran la casta mejor pagada de Europa, una nueva élite de administradores, *énarques* y empresarios científicos. El lujoso folleto mostraba un mundo de cristal y titanio salido de las mesas de dibujo de Richard Neutra y Frank Gehry, pero con parques y lagos artificiales, una versión humana de la ciudad radiante de Le Corbusier. Hasta mis escépticos ojos estaban dispuestos a pestañear.

Para estudiar el mapa extendí el folleto sobre el aparato ortopédico de mi rodilla, mientras Jane conducía el Jaguar por la carretera de Grasse en el tráfico de la tarde. El olor a perfume sin refinar de una fábrica cercana inundó el coche, pero Jane bajó la ventanilla y aspiró con fuerza. La vergonzante noche pasada en Arles le había subido los ánimos. Tras una cena en que bebimos demasiado, habíamos ido del brazo a lo que yo insistía en que era el canal de Van Gogh, pero que resultó no ser más que un desagüe apestoso detrás del palacio del arzobispo. No veíamos la hora de regresar a nuestro hotel y su mullida cama.

El rostro de Jane volvía a tener color por primera vez desde nuestra boda. Los ojos alerta y la piel pálida eran como los de una niña precoz. Antes de conocerme, Jane había pasado demasiado tiempo en ascensores de hospital y salas de patología, y los tubos de luz blanca la perseguían como los recuerdos de una pesadilla a una chica de doce años. Pero, una vez que salimos de Arles, estaba lista para enfrentarse al desafío de Edén-Olimpia, y volví a oírla mascullar, ensayando una de esas réplicas atrevidas que tanto intrigaban a sus colegas más jóvenes del Guy.

—Anímame, Paul. ¿Cuánto falta?

—El último tramo es siempre el más corto. Estarás cansada.

—Me he divertido mucho, más de lo que había esperado. ¿Por qué estaré tan nerviosa?

—Pues no lo estés —dije apretándole la mano sobre el volante, mientras el Jaguar se desviaba para adelantar a una señora mayor que iba en bicicleta, con la cesta llena de *baguettes*—. Jane, tendrás un gran éxito. Eres la médica más joven del plantel, y la más guapa. Eres eficiente, trabajadora...

—Y algo insolente.
—Les vendrá bien. Por lo demás, no es más que un complejo industrial.
—Ya lo veo, allí enfrente. Por Dios, si es tan grande como Florida...
Los primeros edificios de oficinas del complejo Edén-Olimpia aparecían en las laderas de un amplio valle de eucaliptus y pinos mediterráneos. Más atrás se veían los tejados de Cannes y las Îles de Lérins, una visión del Mediterráneo que me ponía siempre de buen humor.
—Paul, allí abajo... —dijo Jane, indicando una-colina con el dedo aún grasiento de cambiar una bujía. Cientos de óvalos azules se estremecían como retinas dañadas bajo el sol de Provenza—. ¿Qué son, depósitos para el agua de lluvia o tanques llenos de Chanel número cinco? ¡Y esa gente, parece desnuda!
—Es que lo están, o casi. Son piscinas, Jane. Echa una mirada a tus nuevos pacientes. —Vi a un ejecutivo en el jardín de una villa, un cincuentón bronceado y de cuerpo esbelto, casi adolescente, dando brincos sobre el trampolín.— Gente sana... No imagino cómo alguien que vive en este sitio puede tomarse la molestia de enfermar.
—No estés tan seguro. Estaré más ocupada de lo que crees. El sitio ha de estar plagado de tuberculosis de aeropuerto y de ese tipo de virus que sólo se propaga en los aviones de los ejecutivos. En cuanto a la salud mental...
Empecé a contar las piscinas. Cada una era un destello de luz turquesa que se perdía detrás de los altos muros, cubiertos de cicas y buganvillas. Dentro de diez mil años, mucho después de que la Costa Azul haya sido abandonada, los primeros exploradores del futuro se preguntarán qué son estos hoyos vacíos, con frescos erosionados de tritones y peces, inexplicablemente distribuidos por las laderas de las montañas como relojes de sol o altares de una religión extraña inventada por una raza de geómetras visionarios.
Salimos de la carretera de Cannes y entramos por una alameda que conducía a los portales del complejo. El ruido de los neumáticos del Jaguar se desvaneció al deslizarse sobre una superficie más costosa —cuando menos, de marfil molido—, que sin duda aliviaría las fatigadas ruedas de las largas limusinas. Una empalizada de palmeras de las Canarias formaba una guardia de honor a los costados, mientras un arriate de doradas cañas ondeaba en la franja central de la carretera.
A pesar de esta llamativa bienvenida, la riqueza de Edén-Olimpia exhibía esa discreción aristocrática que los nuevos ricos de la era de la información habían decidido observar al principio del nuevo milenio. Los edificios de oficinas, de vidrio y metal, estaban separados por lagos artificiales y rotondas arboladas en las que un Crusoe moderno habría encontrado un cómodo refugio. La suave bruma suspendida sobre la superficie de los lagos y el sol

ardiente que se reflejaba en los ventanales parecían generar una neblina de ópalo, como si todo el complejo fuera un espejismo, una ciudad virtual que se alzara en el aire fragante como el espectáculo de luz y sonido de una nueva Versalles.

Pero el trabajo y las realidades de la vida corporativa anclaban a la tierra Edén-Olimpia. Los pozos de ventilación y los conductos para los cables en las paredes exteriores de los edificios recordaban que Edén-Olimpia se ocupaba de los beneficios empresariales y del consenso de sus accionistas. Las antenas parabólicas que decoraban los techos parecían las tocas de una orden de monjas expertas en informática, consagradas a la santidad de los edificios y a la piedad de las hojas de cálculo.

La grava se clavó en los neumáticos del Jaguar. Despertándose de su ensueño, Jane frenó de golpe frente a la entrada y el viejo coche deportivo dio una brusca sacudida. Dos guardias uniformados levantaron la vista de sus pantallas electrónicas, pero Jane no les prestó atención y alzó dos dedos esbozando un saludo que yo traté de ocultar.

—Jane, son de los nuestros.

—Lo siento, Paul. Ya sé que queremos caerles bien. Abre la ventanilla —dijo, mirándose en el espejo retrovisor—. Este perfume barato... Huelo a puta...

—La puta más hermosa de la Costa Azul. Son afortunados por tenerte aquí. —Intenté calmarla mientras ella buscaba obsesivamente el lápiz de labios para darse el toque final. Advertí que le sudaban las muñecas, y no sólo por el calor de agosto.— Jane, nadie nos obliga a quedarnos. Todavía estás a tiempo de echarte atrás. Podemos irnos, cruzar la frontera con Italia, pasar una semana en San Remo...

—Paul, no soy tu hija. —Jane me miró con el entrecejo fruncido, como si yo fuera un intruso entrometido, y luego me tocó la mejilla, como perdonándome.— Firmé un contrato de seis meses. Desde que murió David han tenido problemas para encontrar a alguien. Me necesitan...

Miré a Jane que trataba de relajarse, como un paciente sobreexcitado en una sala de urgencias. Se reclinó en el asiento de cuero, aspirando lentamente el aire brillante. Luego se tocó el mechón de pelo oscuro que le caía sobre la frente y que siempre se le erizaba como una cresta cuando se ponía nerviosa. Recordé con cuánta calma y delicadeza había ayudado a las enfermeras a colocarme el aparato en la rodilla. En el fondo, era una estudiante subversiva, una de esas líderes rebeldes que guardan una granada de mano en el armario, que conocen bien las convenciones arcaicas que rigen los internados y hospitales, pero que están siempre dispuestas a echarle una mano a un ama de llaves o al guardián de una sala.

Ahora, en Edén-Olimpia, era a ella a quien le tocaba verse intimidada por ultrarracionalistas médicos franceses que pronto trabajarían con ella. Se enderezó en el asiento, con la cabeza bien erguida, y tamborileó los dedos amenazadoramente en el volante del coche. Sonrió satisfecha como si acabara de comprobar que podía dominarme, y vio de reojo que yo me masajeaba la rodilla.

—Paul, ese horrible aparato... Te lo quitaremos en unos días. Has estado sufriendo y no te has quejado...

—Siento no haber podido conducir. Cannes está muy lejos de Maida Vale.

—Todo está lejos de Maida Vale. Me alegro de que hayamos venido. —Miró los edificios de oficinas que ascendían por las laderas del valle, y las antenas parabólicas recogiendo la información que bajaba del cielo.— Parece todo muy civilizado, todo muy europeo. No se ve ni una hoja caída. Es tan difícil creer que alguien pudiera volverse loco en un lugar como éste... Pobre David...

Durante el tiempo que estuvimos en Edén-Olimpia, la muerte de David Greenwood se cernió sobre nosotros, sobre los lagos artificiales y los bosques, como el fantasma de Princip sobre Sarajevo y el de Lee Harvey Oswald sobre Dallas. Por qué este buen pediatra había salido de su villa una mañana de finales de mayo y provocado una masacre, nunca llegó a explicarse. Mató a siete ejecutivos de Edén-Olimpia, ejecutó a los tres rehenes y luego le disparó con su propio rifle. No dejó una nota de suicidio, ni pronunció unas últimas desafiantes palabras y, cuando los tiradores de la policía acabaron por cercarlo, se abandonó con calma la muerte.

Jane y yo lo habíamos visto una semana antes de nuestra boda, en una recepción organizada en Londres por Médicos sin Fronteras. Simpático pero mi (amo ingenuo, Greenwood tenía ,*y,o* de entusiasta misionero bautista cuando le contaba a Jane las maravillas que ofrecía la clínica de Edén-Olimpia y hablaba del orfanato que había fundado en La Bocca, un suburbio industrial al oeste de Cannes. Con el pelo revuelto y con las cejas levantadas, tenía el aspecto de alguien que acabara de sufrir un golpe inesperado, la revelación de todas las injusticias del mundo, y hubiera decidido ponerles fin. Aun así, no era ningún mojigato, y hablaba de los seis meses que había pasado en Bangla Desh, comparando las rivalidades de casta entre las prostitutas aldeanas con las batallas por el prestigio entre las ejecutivas de Edén-Olimpia.

Jane lo había conocido en el Hospital Guy, y más tarde volvió a encontrarlo con frecuencia cuando se inscribió en la misma agencia de empleos en el extranjero que llevó a Greenwood a Edén-Olimpia. Cuando

Jane se presentó por primera vez al puesto vacante de pediatría, yo me opuse a que fuera, recordando cómo la había afectado la muerte violenta de Greenwood. Aunque ese día no tenía que ir a trabajar, sacó una bata blanca del armario, se la puso sobre el camisón, y me dejó los periódicos sobre las rodillas.

Toda la prensa de Londres hizo de esa tragedia la historia de primera plana. «Pesadilla en el Edén» era el título recurrente, con fotos de playas de la Riviera y las puertas con orificios de balas en las oficinas de los ejecutivos asesinados. Jane apenas habló de Greenwood, pero insistió en ver por televisión cómo la policía francesa mantenía a raya a los curiosos que trataban de invadir Edén-Olimpia. Las secretarias bañadas en sangre, demasiado aturdidas para explicar ante las cámaras cómo habían muerto sus jefes, iban con paso vacilante hacia las ambulancias que las aguardaban, mientras unos helicópteros transportaban a los heridos a los hospitales de Grasse y Cannes.

El juez Michel Terneau, el magistrado a cargo del caso, condujo la investigación; pero, tras reconstruir los asesinatos y tomar declaración a un gran número de testigos, no encontró ninguna explicación convincente. Los otros médicos aseguraron que Greenwood había sido siempre un hombre serio y circunspecto. Un editorial de *Le Monde* conjeturó que el contraste entre el poder mundano de Edén-Olimpia y la mísera vida de los inmigrantes árabes de La Bocca había llevado a Greenwood a enloquecer de impotencia, una rabia ciega ante las desigualdades que separaban el mundo desarrollado y el tercer mundo. Los asesinatos eran tanto un manifiesto político, decía el diario, como un grito existencial.

Cuando el caso dejó por fin de ocupar los titulares, Jane nunca volvió a hablar de Greenwood. Pero cuando se anunció que el puesto estaba vacante, llamó de inmediato a la agencia de colocación. Era la única candidata, y no tardó en convencerme de que unas vacaciones en el Mediterráneo harían milagros con mi rodilla, herida en un accidente de aviación hacía nueve meses y que aún tardaba en curarse. Mi primo Charles aceptó encargarse de la editorial mientras yo estuviese fuera, y quedó en enviarme por correo electrónico los ejemplares y las pruebas de las tíos revistas de aviación que publicábamos.

Estaba contento de marcharme con tal de apoyar a Jane en su carrera. Al mismo tiempo, como todo marido de una generación anterior, sentía curiosidad por conocer el pasado amoroso de mi joven esposa. ¿Habían sido ella y Greenwood amantes alguna vez? La pregunta no era del todo lasciva. Un asesino múltiple la había tenido quizás en sus brazos y, al abrazarme

Jane, el espíritu del muerto me abrazaba a mí también. Las viudas de los asesinos se convertían para siempre en guardianas de sus armas.

En el curso de nuestra última noche en Maida Vale, ya en la cama y con las maletas listas en el vestíbulo, le pregunté a Jane qué relación había tenido con Greenwood. Estaba sentada a horcajadas sobre mí, con esa cara de adolescente seria que ponía cuando hadamos el amor. Se incorporó de golpe, levantó una mano como para pegarme y me dijo solemnemente que ella y Greenwood nunca habían sido más que amigos. A punto estuve de creerle, pero una fidelidad implícita a la memoria de Greenwood nos persiguió desde Boulogne hasta el portal de Edén-Olimpia.

Jane puso en marcha el motor con gesto decidido.

—Bien, allá vamos. Busca la clínica en el mapa. Nos recibirá llguien llamado Penrose. No sé por qué habrán elegido a un psiquiatra. Les dije que detestabas a los de su profesión. Al parecer talió herido en el tiroteo con David, conque sé amable con él...

Condujo el Jaguar hacia la caseta de acceso, donde los guardias ya habían perdido interés en sus pantallas y ahora parecían intrigados por esta joven segura de sí misma y al volante de un coche antiguo.

Mientras revisaban nuestros documentos y llamaban a la clínica, me puse a mirar los edificios de oficinas y traté de imaginar los últimos momentos de desesperación de Greenwood. Había matado a un colega de la clínica. Otro médico, un cirujano experimentado, tuvo un infarto y murió al día siguiente. Y un tercero había sido herido en el brazo; era el doctor Wilder Penrose, el psiquiatra que estaba a punto de presentarnos a nuestro nuevo Edén.

2 El doctor Wilder Penrose

Un hombre robusto y con frente de toro apareció a la entrada de la clínica en traje de lino, con los brazos levantados como un boxeador victorioso. Pensé que era un constructor de la zona, aliviado por el resultado de sus exámenes de próstata, y le devolví el saludo en un gesto de solidaridad varonil. En respuesta, golpeó el aire con un puño.

—Paul —dijo Jane con recelo—, ¿no será...?

—¿Wilder Penrose? Puede que sí. ¿Has dicho que es psiquiatra?

—Vete a saber. Ese hombre es un minotauro...

Protegiéndose los ojos del sol con una mano alzada, avanzó hacia nosotros. Cuando Jane quitó el pestillo de su puerta, Penrose viró de golpe alrededor del coche, exhibiendo una notable agilidad para un hombre de su talla. Las pesadas manos cobraban una gracia de ballet al pasearse por la polvorienta superficie del Jaguar.

—Magnífico..., un auténtico Mark II. —Luego abrió la puerta de Jane, le dio la mano y sonrió de buen talante al ver las huellas de grasa en los dedos de la médica.— Doctora Sinclair, bienvenida a Edén-Olimpia. Soy Wilder Penrose, y compartiremos una cafetera en el cuarto piso. No parece cansada. Supongo que el Jaguar navegó como un sueño.

—Eso es lo que dice Paul, pero él no ha tenido que cambiar las bujías cada veinte kilómetros.

—Oh, lo siento. ¿Y qué hay de esos carburadores gemelos que necesitan un ajuste? Es casi más arte que ciencia. ¡Y esa vieja caja de cambios Moss! De cualquier modo, es una maravilla. Dio más vueltas alrededor del coche y alzó los ojos al cielo, como ordenando a las nubes que lo escucharan, y después recitó con voz de sacerdote:— *«Devorando kilómetros al son de* Blue Skies, *yendo raudo por... la Nacional Siete, los plátanos quedan atrás...».*

—*«Cha cha cha...* —proseguí—. *Ella con la* Michelin *junto a mí y un pañuelo en la cabeza...»*

—¿Señor Sinclair? —Alejándose de Jane, el psiquiatra rodeó el coche hacia el asiento del acompañante.— Es el primer piloto ilustrado que pisa esta parte del mundo desde Saint-Exupéry. Déjeme que le ayude. Me han contado lo del accidente.

Me levantó sin esfuerzo del asiento con sus enormes brazos. Tenía gafas de sol de plástico, pero vi que sus ojos se posaron en mí, menos interesado en las leves heridas de mi frente que en las virtudes y defectos que pudiera llevar escritos en la piel. Tenía menos de cuarenta años, y como psiquiatra era excepcionalmente joven y fuerte, un gigante si lo comparaba con los canosos especialistas que me habían revisado en Guy para la Junta de Control Aeronáutico. Sus bromas de bienvenida ocultaban una presencia física un tanto amenazadora, como si obligara a sus pacientes a sentirse bien, intimidándolos para que superaran fobias y neurosis. Entre los musculosos hombros se erguía una cabeza maciza, que disimulaba con continuas muecas y reverencias. Sabía que los versos de *The Unquiet Grave* que habíamos citado no lo habían impresionado tanto como el Jaguar, pero también era cierto que sus pacientes se contaban entre los más cultos del mundo y no estaban muy interesados en coches de época.

Cuando me recosté en el coche, algo mareado por el sol, Penrose alargó una mano para sostenerme. Le vi las uñas mordidas, que conservaban la humedad de los labios, y sin pensarlo me aparté de él. Nos dimos la mano mientras yo me apoyaba en la portezuela. Con el pulgar me apretó el dorso de la mano en lo que parecía ser un saludo masónico, pero que era evidentemente un examen de mis reflejos.

—Paul, le noto cansado... —Penrose levantó los brazos para protegerme de la luz.— La doctora Jane le recetará un buen trago de vodka y tónica. Iremos primero a su casa, con una visita guiada por el camino. Luego, me llevaré a su mujer para mostrarle la clínica. Llegar a Edén-Olimpia es todo un choque cultural, suficiente para el primer día...

Nos volvimos a acomodar en el coche. Penrose, sentado en el asiento de atrás, parecía un oso que apenas cabía en su jaula. Palmeaba y pellizcaba el cuero del tapizado como si consolase a un viejo amigo.

Jane se besó el pulgar deseándose buena suerte y apretó el botón de arranque, decidida a no dejarse amilanar por Penrose, y aliviada cuando el motor recalentado volvió a encenderse.

—¿Choque cultural...? —repitió—. A decir verdad, yo ya me siento muy a gusto aquí.

—Bien —dijo Penrose, con una sonrisa resplandeciente—. ¿Y por qué, si no es mucho preguntar?

—Pues porque no hay nada de cultura. Tanta alienación... Creo que pronto me acostumbraré...

—Mejor aún. ¿Está de acuerdo, Paul?

—Totalmente. —Yo sabía que Jane se estaba burlando de Penrose.— Hace diez minutos que llegamos y todavía no hemos visto un alma.

—Eso puede ser engañoso. —Penrose indicó dos edificios de oficinas próximos, de sólo seis plantas cada uno, aunque de hecho parecían un rascacielos acostado.— Están todos frente a los ordenadores y en los escritorios. Es triste, pero aquí uno se olvida de Cyril Connolly, de las tuberosas y los mares de zafiro.

—Comprendo. ¿Quiénes son los inquilinos? ¿Grandes empresas internacionales?

—Las más grandes: Mitsui, Siemens, Unilever y Sumitomo, más todos los gigantes franceses: Elf-Aquitaine, Carrefour y Rhône-Poulenc. Además, un montón de firmas más pequeñas, agentes financieros, grupos de ingeniería genética y compañías de diseño. Hablo como un vendedor, pero la verdad es que, cuando lo conozcan, comprobarán realmente lo extraordinario que es Edén-Olimpia. En cierto modo, es un enorme experimento sobre cómo producir el futuro en un invernáculo.

Pasamos por un gran aparcamiento disimulado tras una hilera de cipreses. Los vehículos estaban pegados uno al otro como en una planta de Renault después de una semana sin ven-, las. En alguna parte dentro de aquellos edificios, los dueños de estos coches estarían delante de sus ordenadores, ocupados en el diseño de una catedral o complejo de cines, o repasando el

precio de los espacios de publicidad alrededor del mundo. Toda esa concentración de materia gris era estimulante, pero levemente perturbadora.

—Estoy asombrado —le dije a Penrose—. Nada parecido a trabajar de camarera o en el guardarropa de Monoprix. ¿Dónde consiguen a los empleados?

—Los entrenamos nosotros, son nuestra mayor inversión. No es tanto el talento lo que importa, sino la actitud ante una cultura de lugar de trabajo completamente diferente. Edén-Olimpia no es como cualquier otro complejo industrial, somos un laboratorio de ideas para el nuevo milenio.

—¿La ciudad «inteligente»? He leído el folleto.

—Sí. Yo colaboré en la redacción. Cada oficina, casa y apartamento está conectado a los mayores agentes bursátiles del mundo; el Tiffany's más próximo y los servicios de urgencias de la clínica.

—¿Has oído, Paul? —Jane me dio un ligero codazo en las costillas.— Puedes vender tus acciones de British Aerospace, comprarme una gargantilla de diamantes y al mismo tiempo tener un síncope...

—Exactamente. —Penrose se recostó y, con la nariz pegada al asiento de atrás, olió el cuero gastado.— En verdad, Paul, en cuanto se haya instalado, lo que más le recomiendo es un ataque al corazón. O una crisis de nervios. Los auxiliares sanitarios sabrán vida y milagros de usted: el grupo sanguíneo, el factor de coagulación, las afecciones por falta de cuidados. Si está de veras desesperado, puede hasta tener un accidente aéreo: hay un pequeño aeropuerto en Cannes-Mandelieu.

—Lo tendré en cuenta. —Busqué mis cigarrillos, tentado de llenar el coche con el asfixiante humo de un Gitane. Las bromas de Penrose eran en parte un disfraz y en parte un rito de iniciación, pero siempre irritantes. Pensé en David Greenwood y me pregunté si ese humor ácido le había servido de algo al joven inglés desesperado.— ¿Qué hay de las urgencias de otra índole?

—¿Por ejemplo? Aquí estamos preparados para todo. Es el único lugar del mundo donde es posible asegurarse contra la voluntad de Dios.

Sentí que Jane se ponía rígida al volante. El neumático delantero rozó la acera, pero yo proseguí.

—Problemas psicológicos, por ejemplo. ¿Hay algo de eso?

—Muy poco. —Penrose se aferró al asiento de Jane, exponiendo deliberadamente las uñas mordidas. El rostro se le había endurecido, los enormes huesos de los pómulos y la quijada se le hicieron más evidentes con los gestos y muecas de la charla, en una curiosa exhibición de agresión e inseguridad.— Pero hay algunos casos, suficientes, que hacen más interesante mi trabajo. En general, la gente está feliz y animada.

—¿*Y* usted lo lamenta?

—En absoluto. Yo estoy aquí para ayudarlos a que se encuentren a sí mismos. —Penrose guiñó un ojo en el espejo retrovisor de Jane.— Le sorprenderá lo fácil que es. Primero, haga que la oficina se parezca a su casa. La oficina es el verdadero hogar.

—¿Y las viviendas? —Jane señaló al pasar un conjunto de villas para ejecutivos al estilo de los indios pueblo.— ¿De qué les sirven?

—De áreas de servicio, donde la gente duerme y hace sus abluciones. El cuerpo humano es como un criado obediente al que hay que alimentar y lavar, y que ha de tener la necesaria dosis de libertad sexual para que se sienta tranquilo. Hemos elegido la oficina como el área psicológica capital. Los ejecutivos de rango medio tienen baños privados. Hasta las secretarias tienen un sofá en su pequeño espacio, donde se acuestan a soñar con los amantes que nunca tendrán la fuerza de hallar.

Íbamos bordeando un gran lago artificial, una elipse de agua cristalina donde se reflejaban las montañas circundantes y que me recordaba al lago de Ginebra, con los cuarteles generales de la vieja Liga de las Naciones, otro intento por proyectar un reino de santos. Las viviendas se alineaban a lo largo del lago, con sus *brises-soleils* dando sombra a los balcones. Jane aminoró la marcha e inspeccionó las ventanas en busca de un residente que no estuviera de servicio.

—Una quinta parte de los empleados viven en sus oficinas explicó Penrose—. Los ejecutivos medios y bajos, en pisos y casas de lujo, mientras que los altos ejecutivos, en la zona residencial adonde irán ustedes. Los parques amortiguan el impacto del acero y el hormigón. A la gente le gustan las instalaciones: esquí acuático y vela, tenis y baloncesto, esas cosas de culturismo que obsesionan a los franceses.

—¿Y a usted?—preguntó Jane.

—Pues... —Penrose extendió los brazos hasta el techo y flexionó los hombros sin entusiasmo.— Yo prefiero ejercitar la mente. ¿Hace usted deporte, Jane?

—En absoluto.

—¿Squash, aerobic, patinaje?

—No me gusta sudar.

—¿Bridge? Hay unos cuantos aficionados con quienes se podría ganar la vida.

—No me interesa, lo siento.

—Curioso... —Penrose volvió a inclinarse hacia adelante, tan cerca de Jane que parecía pegársele al cuello.— Cuénteme más.

—Ya sabe... —Con expresión seria, Jane explicó:— Intercambio de esposas, anfetaminas de moda, porno con niños. ¿Qué más nos gusta, Paul?

Penrose se echó atrás en su asiento, entre risitas de buen humor. Vi que miraba todo el tiempo el asiento vacío junto a él. Había un cuarto pasajero en el coche, la sombra de un médico derrotado por los edificios de oficinas espejados y las inmaculadas pistas de atletismo. Supuse que Greenwood había sufrido un catastrófico accidente cerebral, pero que probablemente nada tenía que ver con Edén-Olimpia.

Más allá de las viviendas había un centro comercial, con tiendas, pastelerías y salones de belleza. Bajo el sol, los carros del supermercado esperaban en fila a que llegaran los clientes que solamente acudían al anochecer. Sin inmutarse, Penrose indicó las cajas desiertas.

—Grasse y Le Cannet no quedan lejos, pero verán que esto es más cómodo. Tienen todo lo que les haga falta, Jane: ropa deportiva, vídeos, el *New York Review of Books*...

—¿No hay telecompras?

—Ya lo creo, pero a la gente le encanta tocar la mercadería. Ir de compras es el último rito capaz de construir una comunidad, junto con los atascos y las colas del aeropuerto. Edén-Olimpia tiene su propia estación de televisión: noticias locales, ofertas del supermercado...

—¿Películas para adultos?

Por fin Jane parecía interesada, pero Penrose ya no la escuchaba. Le habían llamado la atención tres senegaleses que se paseaban al sol con sus baratijas y sus vistosas rúnicas entre las mesas vacías del café. Los rostros oscuros, entre los más negros del África negra, tenían una pátina plateada, como si una empresa local de biotecnología hubiera manipulado sus genes para adaptarlos a la era del correo electrónico y los satélites. Por una combinación de astucia y buena suerte, habían logrado burlar a los guardias de la entrada, para descubrir que agitaban sus brazaletes en un mundo vacío.

Cuando nos detuvimos frente a un semáforo, Penrose cogió su teléfono móvil e hizo como si hablara. Miraba enfadado a los vendedores ambulantes, pero el que parecía su cabecilla, un hombre mayor y afable, se hizo el desentendido y le enseñó a jane sus pulseras con una sonrisa.

Tuve ganas de comprarle algo, aunque sólo fuera para molestar a Penrose, pero la luz se puso verde.

—¿Qué me dice de la criminalidad? —pregunté—. Parece que la seguridad podría llegar a ser un problema.

—La seguridad es de primera. O al menos debería serlo. Penrose se alisó las solapas de su chaqueta, desaliñadas por su breve acceso de furia.—Tenemos nuestra propia policía. Muy discreta y eficaz, menos cuando se necesita. Esos vendedores de baratijas entran por todas partes. De alguna manera han perdí-Jo el tren del progreso. Cave una fosa de treinta metros

alrededor de la torre de Montparnasse, y al cabo de tres minutos esta-1.111 subidos al tejado.

—¿Importa acaso?

—No como usted cree. Aunque es molesto que le recuerden

I mío la existencia del mundo contingente.

—¿Una hoja sin recoger? ¿Un chaparrón? ¿Una cagada de pájaro en la chaqueta?

—Algo así. —Penrose pareció tranquilizarse, y se llevó las manos al pecho.— No hay nada de racista en ello, dicho sea de paso. Somos verdaderamente multinacionales. Norteamericanos, franceses, japoneses, hasta rusos y europeos del este.

—¿Y el África negra?

—En el nivel más alto. Somos un crisol de razas, como lo ha sido siempre la Riviera. El solvente ahora es el talento, no la riqueza o el encanto. La criminalidad no importa. Lo que importa es que los residentes de Edén-Olimpia piensen que son ellos los que mantienen el orden.

—No lo mantienen, ¿pero la ilusión vale la pena? —Exacto. —Penrose me dio una palmada en el hombro en una muestra de jovialidad.— Paul, veo que aquí será feliz.

El camino subía por una boscosa ladera al noreste del complejo, por lo que ya no se veía Cannes ni el lejano mar. Nos detuvimos ante una barrera de seguridad que no tenía custodios, y Penrose marcó un número de tres dígitos en el panel de acceso. El enrejado blanco de metal se levantó sin ruido, y pasamos a un enclave de casas de diseño arquitectónico que sería nuestro hogar en los próximos seis meses. Más allá de las puertas de hierro forjado vi canchas de tenis vacías y piscinas esperando que volvieran sus dueños. De los jardines inmaculados emanaba un aire de catatonía bien educada que sólo el dinero es capaz de comprar.

—El personal médico... —Jane bajó la cabeza, un tanto amedrentada por las enormes avenidas.— ¿Están todos aquí?

—Sólo ustedes y el profesor Walter, nuestro jefe de cardiología. Digamos que es por interés propio. Siempre es un consuelo saber que un cardiólogo y un pediatra están cerca, en caso de que su esposa tenga una angina de pecho o su niño se atragante con una galleta.

—¿Y usted? —pregunté—. ¿Quién se encarga de las depresiones repentinas?

—Ésas pueden esperar hasta el día siguiente. Estoy en el anexo al otro lado de la colina. Mirando al norte, una especie de mundo en sombras para los menos notables. —Penrose sonrió, satisfecho de hablar con franqueza.— Los

dueños de las compañías, que fijan nuestra jerarquía, creen que están más allá de la atención psiquiátrica.

—¿Y lo están?

—Por ahora. Pero estoy trabajando en ello. —Penrose se incorporó e indicó un punto más allá de los plátanos.— Vaya más despacio, Jane. Ya casi está en su casa. De ahora en adelante vivirán en un suburbio del paraíso...

3 El arrebato de locura

Una enorme cica de tonalidades amarillentas se alzaba junto al sendero de baldosas que, tras bordear la estatua cromada de un delfín en el acto de saltar, desembocaba en la puerta laqueada de la casa. Más allá de las buganvillas que trepaban por el muro, distinguí los balcones aerodinámicos y el techo festoneado de una gran villa *art déco,* con toldos azules que semejaban las velas recogidas de un navío. Los ventanales y las claraboyas parecían abrirse a los años treinta, al mundo desaparecido de Cole Porter y los pijamas de playa, las lesbianas morfinómanas y los retratos de Támara de Lempicka. Acababan de pintar completamente la casa, y el fósforo que contenía el pigmento blanco le daba a la superficie un acabado casi lumínico, como si esta elegante villa fuera un instrumento astronómico que marcara el tiempo secreto de Edén-Olimpia.

Hasta Jane parecía asombrada al bajar del polvoriento Jaguar, mientras se alisaba las arrugas del pantalón. La casa estaba en silencio, pero en algún lugar del jardín había una piscina con aguas agitadas. Los reflejos que el sol arrancaba de la inquieta superficie parecían erosionar las lisas paredes de la casa. La luz se estrellaba contra las gafas de sol de Jane, que parecía el cohibido visitante de un estudio de filmación que se ha extraviado en el plato equivocado. Casi sin pensarlo, Penrose se adelantó, le quitó las gafas de sol y las puso firmemente en las manos de Jane.

Una rampa de hormigón descendía desde el camino hasta las puertas de aluminio de un garaje para tres coches. Aparcado en la rampa había un Range Rover verde oliva de las fuerzas de seguridad de Edén-Olimpia. Un guardia uniformado se asomó por la ventanilla del conductor, un negro esbelto y de piel brillante, con los refinados rasgos del este de África, la nariz estrecha y la frente empinada. Quitó el polvo de los botones de su teléfono móvil con una navaja y nos observó sin decir palabra mientras recorríamos la casa.

Penrose nos presentó, dándole la espalda al guardia y hablando hacia atrás como un oficial de distrito con el cacique de la aldea.

—Jane, le presento a Frank Halder. Estará a su disposición cuando lo necesiten. Frank, ayuda a la doctora Sinclair con el equipaje...

El guardia acababa de abrir la portezuela del Range Rover para subirse otra vez, y alcancé a ver una copia de *Suave es la noche* en el asiento del acompañante. Evitó mi mirada, pero sus gestos eran relajados y seguros cuando se dirigió al psiquiatra.

—Doctor Penrose, lo siento, pero he de presentarme a la central. El señor Nagamatzu necesita que lo lleve al aeropuerto de Niza.

—Frank... —dijo Penrose, examinándose las uñas comidas—. El señor Nagamatzu puede esperar cinco minutos.

—¿Cinco minutos? —Frank parecía desconcertado con semejante idea, como si Penrose le hubiera propuesto que esperase cinco horas o cinco años.— Doctor, seguridad es como un reloj suizo. Todo se somete a su maquinaria. Es un tiempo de lujo; no puede parar el sistema cuando se le ocurra.

—Ya lo sé, Frank. Y la mente humana es como este maravilloso Jaguar de época, como estoy tratando de hacerle ver. El señor Sinclair está convaleciente aún de un grave accidente. Y no podemos permitir que la doctora Jane esté demasiado cansada para tratar a sus importantes pacientes.

—Doctor Penrose —Jane intentaba abrir el maletero del Jaguar para ocultar la vergüenza que sentía por una discusión tan trivial—, me las arreglaré para llevar mis maletas. Y las de Paul.

—De ninguna manera, Frank la ayudará con gusto. —Penrose levantó una mano para evitar que Jane continuase. Luego se adelantó con calma hacia Halder, flexionando los hombros bajo su americana de lino, e hizo frente al guardia como un boxeador en el momento de pesarse.— Además, el señor Sinclair es piloto.

—¿Piloto? —exclamó Halder, clavándome la mirada y pellizcándose las ventanas de la nariz como si intentara no percibir el sudor del viaje que impregnaba mi camisa—. ¿Planeadores?

—Aviones a propulsión. Volé para la RAF. En Inglaterra tengo un viejo Harvard.

—Vaya, conque piloto... —Halder cogió las llaves del coche de manos de Jane y abrió el maletero.— Haberlo dicho antes.

Dejamos que Halder llevara las maletas y nos dirigimos a la casa. Penrose abrió la puerta de hierro forjado y entramos en el jardín siguiendo un sendero que conducía a la terraza.

—Amable de su parte —le comenté a Penrose—. ¿Acarrear maletas es parte de su trabajo?

—Claro que no. Podría denunciarme si lo quisiera. —Regodeándose de su pequeño triunfo, Penrose le dijo a Jane:— Me apetece provocar a la gente para mantener el nivel de adrenalina. Cuanto más lo odian a uno, más alerta están.

Jane se volvió hacia Halder, que en ese momento entraba cargado de maletas.

—No creo que él lo odie. Parece demasiado inteligente para ello.

—Tiene razón, Halder está muy por encima del odio. No se deje engañar.

A un lado de la casa había un jardín espacioso, provisto de I lista de tenis, pérgola de rosas y piscina. Junto a las agitadas aguas había un juego de sillas de playa con los cojines húmedos. Me pregunté si Halder, harto de esperarnos, se habría quitado la ropa para darse un chapuzón. Luego vi una pelota roja de plástico sobre el trampolín, chorreando agua. De pronto imaginé al joven y temperamental guardia recorriendo el borde de la piscina como un tenista en la línea de saque, lanzando la pelota al agua y recibiéndola al rebotar del otro lado, lo que explicaría la imitación del agua.

Penrose y Jane caminaban delante de mí y, cuando llegué a la terraza, Halder ya se me había adelantado. Se hizo a un lado mientras yo subía los peldaños.

—Gracias por traer las maletas —le dije—. Yo no habría podido con ellas.

Se detuvo a mirarme como evaluándome, sin compasión ni hostilidad.

—Es mi trabajo, señor Sinclair.

—No es su trabajo, pero gracias. Tuve un pequeño accidente de avión.

—¿Se rompió las rodillas? Eso es duro. —Hablaba con acento norteamericano pero aprendido en Europa, por trabajar quizá como guardia de seguridad en una sucursal de Mobil o Exxon.— ¿Tiene licencia de piloto comercial?

—Privado. La tuve, mejor dicho, hasta que me la quitaron. Ahora publico libros de aviación.

—Aquí tendrá todo el tiempo del mundo para escribir el suyo. Hay mucha gente que lo envidiaría.

Estaba de pie, de espaldas a la piscina, y la luz trémula se reflejaba en las gotas de agua que había en la funda de su pistola. Era fuerte pero se movía con agilidad, con el paso de un bailarín profesional, un maestro de tango que leía a Scott Fitzgerald y se desahogaba en las piscinas. Por un instante tuve la extraña visión de él lavando su pistola en la piscina, quitándole la sangre de David Greenwood.

—Mantenga la velocidad de vuelo... —Me saludó y se marchó. Al pasar por la piscina, se inclinó un poco y escupió en el agua.

Estábamos sentados bajo el toldo de la terraza, escuchando el suave aleteo de las lonas y el chasquido de los aspersores en los jardines aledaños. Más abajo se veían las calles de Cannes, dominadas por las cúpulas gemelas del hotel Carlton, una combinación de ruido y tráfico que atestaba la playa de gente. El sol se hallaba del otro lado de La Napoule e iluminaba ya los pórfidos del Esterel, dejando a la vista los valles de lavanda como en una producción de teatro olvidada. Hacia el este, más allá de Cap d'Antibes, los apartamentos en forma de pináculo de Marina Baie des Anges parecían más grandes que los Alpes marítimos, con sus enormes fachadas curvas brillando como un caldero en el sol de la tarde.

La piscina se había calmado. El escupitajo de Holder se había disuelto casi del todo, atraído por un remolino que me hizo recordar los lechosos brazos de una nebulosa. Una entusiasta araña de agua intentó cruzar el remolino y acabó ahogada en él.

La visita guiada a la casa que nos hizo Penrose dejó muy impresionada a Jane, que parecía algo aturdida ante la perspectiva de convertirse en la castellana de esta imponente mansión *art déco.* Yo iba cojeando tras ellos, mientras Penrose la conducía a la cocina para enseñarle las encimeras de cerámica y los paneles de control, con más diales que una cabina de avión. En el estudio, que era como una oficina autosuficiente, Penrose nos mostró la biblioteca informatizada, las conexiones a distancia con los hospitales de Cannes y Niza, y las bases de datos de los archivos médicos.

Sentada frente al ordenador, Jane obtuvo acceso a las radiografías de mis rodillas, que ahora estaban en poder de la clínica, además de una implacable descripción de mi accidente y una fotografía del Harvard estrellado. Dándose golpecitos en los ti ¡entes, Jane leyó el análisis que el patólogo había hecho de la peligrosa infección que me había postrado en una silla de ruedas durante tantos meses.

—Está actualizado. Lo único que falta es que nos diga lo que desayunamos esta mañana. Es probable que pueda piratear los informes de David...

Le di una palmada en el hombro, orgulloso de mi joven esposa.

—Jane, vas a poner este sitio patas arriba. Menos mal que no dice nada sobre mi estado mental.

—Ya lo dirá, querido, ya lo dirá...

Jane acabó su vino con gaseosa en el jardín, ansiosa por volver ti ordenador.

—Les daré una lista de restaurantes interesantes —dijo Penrose, sentado en un sofá de mimbre con los brazos estirados en la postura de un santón hindú, contemplándonos amablemente—. Tétou, en Golfe-Juan, tiene los mejores mariscos. Pueden probar el budín predilecto de Graham Greene en

Chez Félix, en Antibes. Es un santuario para hombres de acción como usted, Paul.

—Iremos. —Me arrellané en los mullidos cojines, mientras seguía con la vista una avioneta que desplegaba su cartel publicitario sobre La Croisette.— Este lugar es una dicha. Absolutamente perfecto. ¿Qué es lo que pasó, entonces?

Penrose me miró sin responder y esbozó una sonrisa que se desvaneció como una estrella fugaz. Cerró los ojos y pareció ausentarse por completo, como si estuviera a punto de sufrir un ataque de epilepsia.

—Wilder... —Preocupada por él, Jane levantó una mano para llamar su atención.— Doctor Penrose, ¿está usted...?

—Paul... —Otra vez alerta, Penrose se volvió hacia mí.— Es que los aviones son una lata, no alcancé a oír lo que dijo.

—Aquí ha ocurrido algo —dije, indicando los edificios de oficinas del complejo—. Diez personas murieron asesinadas. ¿Qué llevó a Greenwood a hacerlo?

Penrose se abotonó la chaqueta de lino para disimular sus fornidos hombros. Se inclinó hacia adelante en el sofá y habló con una voz apenas audible:

—Para ser franco, Paul, no tenemos idea. Es imposible explicarlo, y por poco me costó el empleo. Esas muertes han empañado el prestigio de Edén-Olimpia. Siete personas con cargos muy importantes fueron asesinadas el 28 de mayo.

—¿Pero por qué?

—Las grandes compañías querrían saberlo. —Penrose alzó las manos en el aire, calentándolas al sol.— A decir verdad, no se lo puedo explicar a ellos.

—¿David no se sentía feliz? —preguntó Jane de golpe, apoyando su vaso. Miró a Penrose como si fuera un paciente que hubiera llegado a urgencias contando una confusa historia de muerte y asesinatos—. Trabajamos juntos en el Guy. Era un tanto altruista, pero tenía los pies sobre la tierra.

—Totalmente —dijo Penrose con convicción—. Estaba muy a gusto aquí; el trabajo en la clínica, el orfanato en La Bocca... Los niños lo adoraban. La mayoría eran huérfanos de familias magrebíes y *pied-noir*. Nunca habían conocido a nadie como David. Colaboró en un proyecto sobre la metadona en Mandelieu...

Jane miraba su vaso vacío. Un pequeño insecto había caído dentro.

—¿Le quedaba tiempo para descansar? Parece que el pobre trabajaba en exceso.

—No. —Penrose volvió a cerrar los ojos. Empezó a girar la cabeza como si estuviera buscando el modo de que un rayo de luz incidiera en su

cerebro.— Tomaba clases de árabe y español para poder hablar con los niños del asilo. Nunca lo vi bajo ninguna presión.

—¿Demasiados antidepresivos?

—No que yo se los recetara. La autopsia tampoco mostró nada. Ni LSD, ni ninguna de las anfetaminas fuertes. El análisis de sangre del pobre no mostraba nada anormal.

—¿Estaba casado? —pregunté—. Una esposa habría presentido que algo estaba a punto de ocurrir.

—Ojalá hubiera estado casado. Pero se sabe que tuvo una aventura con alguien del departamento inmobiliario.

—¿Hombre o mujer?

—Mujer tiene que haber sido —dijo Jane bruscamente—. I Hitamente no era homosexual. ¿La mujer dio alguna pista?

—Ninguna. Habían dejado de salir hacía meses. Por desgracia, algunas cosas están destinadas a quedar para siempre como un misterio.

Penrose miró hacia la piscina con el entrecejo fruncido y empezó 1 a comerse la uña del pulgar. El jardín estaba ahora en sombras, pues los últimos rayos de la tarde habían abandonado el valle de Edén-Olimpia, y tan sólo los pisos superiores de las oficinas, que semejaban carabelas flotando sobre los árboles, reflejaban el sol. La conversación había hecho palidecer visiblemente a Penrose. Sólo sus manos se movían aún. Apoyadas en los cojines, evolucionaban y temblaban como si tuvieran vida propia.

—¿Había alguien más involucrado? —pregunté mirando en dilección a Cannes—. ¿Conspiradores de fuera?

—El juez a cargo de la investigación no encontró nada. Pasó semanas aquí con los equipos de policía, reconstruyendo las escenas del crimen. Parecía una extraña versión de teatro callejero, como si el festival de Edimburgo hubiera tomado Edén-Olimpia. Mientras tanto, los gobiernos extranjeros hacían presión para llegar a la verdad de los hechos. La mitad de los psicólogos de todo el mundo atascaron las cintas transportadoras de equipaje en el aeropuerto de Niza. Hubo incluso un debate televisivo en el salón de conferencias del Noga Hilton. Salieron con las manos vacías.

—Trató de matarlo a usted —dijo de repente Jane, apartando el vaso, pues el insecto que se debatía dentro la distraía—. Incluso lo hirió. ¿Qué aspecto tenía cuando le disparó?

Penrose suspiró, y el pecho se le desinfló ante el recuerdo.

—No llegué a verlo, gracias a Dios. No estoy seguro de que haya sido uno de sus blancos. Explotó una puerta de vidrio mientras yo revisaba algo en la farmacia. David le estaba disparando al profesor Berthoud desde el corredor. Cuando dejé de sangrar, ya se había ido.

—Siniestro... —Sentí una súbita simpatía por Penrose.— Habrá sido una pesadilla para usted.

—Mucho más aún para David. —Penrose se miró las manos inquietas y luego asintió con la cabeza, agradecido por mi muestra de solidaridad.— Paul, es imposible de explicar. Durante años tiene que haber estado gestándose alguna psicosis profunda, una honda crisis que se remontaba a su infancia.

—¿David conocía a algunas de las víctimas?

—Las conocía a todas. Algunos eran benefactores del orfanato de La Bocca, como la pobre Dominique Serrou, la especialista en cáncer de mama de la clínica que dio buena parte de su tiempo libre al asilo. Sólo Dios sabe por qué David decidió matarla.

—¿Edén-Olimpia era su verdadero blanco? —Jane se levantó para deshacerse del insecto que aleteaba en el vaso.— Me encanta este lugar, pero es asquerosamente rico.

—Pensamos en ello. —Penrose vio cómo el insecto daba vueltas en el aire, y sonrió ante sus contoneos.— Edén-Olimpia es un complejo industrial. Esto no es la *Metrópolis* de Fritz Lang. Vayan a Le Cannet o Grasse y encontrarán un montón de bares donde tomar anís y apostar a los caballos de Longchamp.

—¿Política tercermundista? —sugerí—. Las compañías multinacionales son el blanco perfecto del terrorismo.

—¿IBM Europa, Nippon Telegraph? —Penrose sacudió la cabeza con escepticismo.— Aquí las compañías no se meten con el Tercer Mundo. Ninguna de ellas explota goma o bauxita con mano de obra barata. La materia prima que se elabora en Edén-Olimpia es información de alto nivel. Además, los terroristas políticos no se fían de gente como David Greenwood. Aunque hay que admitir que la manera en que lo llevó a cabo es digna de admiración. Cuando sonó la alarma, debe de haber sabido que todas las puertas se cerrarían a su alrededor.

—¿Fue eso lo que ocurrió?

—Más cerradas que las piernas de una monja. Cuando se dio cuenta de que no tenía escapatoria, regresó aquí y mató a los rehenes, dos chóferes fuera de servicio y un ingeniero de los servicios de mantenimiento. Por qué los capturó a ellos es algo que nadie se explica...

—Un momento... —Jane dio un paso adelante, apuntando a Penrose.— ¿Está usted diciendo que...?

—Trágicamente, sí. Los mató a los tres.

—¿Aquí? —Jane se aferró con fuerza a mi muñeca.— ¿Quiere decir que ésta era la villa de David?

—Naturalmente. —Penrose parecía sorprendido ante la pregunta de Jane.— La casa está asignada al pediatra de la clínica.

—Así que los asesinatos comenzaron... —Jane miró las blancas paredes de la terraza, como si esperase verlas manchadas con huellas de sangre.— ¿David vivió en esta casa?

Penrose hizo un gesto de asentimiento, molesto por haber hablado de más.

—Jane, no era mi intención alarmarla. Todo sucedió en el garaje. Fue allí donde David mató a los rehenes y luego se suicidó. Lo encontraron en su coche.

—Aun así... —Jane examinó el suelo de baldosas a sus pies.— Es muy extraño. David viviendo aquí, planeando esas muertes horribles.

—Jane... —Le cogí las manos, pero las apartó de mí.— ¿Crees que serás feliz aquí? Penrose, ¿no podemos mudarnos a otra « asa? Alquilaremos una villa en Grasse o Vallauris.

—Podrían mudarse, sí... —Penrose nos miraba sin expresión en el rostro.— Pero habrá problemas. Las casas aquí están muy solicitadas, y ninguna de las otras está disponible. Una condición del contrato de Jane es que se quede en Edén-Olimpia. Tendríamos que hallarles un piso cerca del centro comercial. Son bastante cómodos, pero... Jane, siento haberla perturbado.

—Está bien. —Jane sacó una horquilla de su bolso. Sin dejar de mirar a Penrose, se alisó el cabello y se lo recogió en una coleta desafiante.— ¿Está seguro de que nadie murió asesinado en la casa?

—Totalmente. Todo sucedió en el garaje. Dicen que no duró más que unos segundos. Una breve ráfaga de disparos. Aterrador de sólo pensarlo.

—Así es —dijo Jane secamente—. ¿Entonces el garaje...?

—Se ha reconstruido por completo. Casi no hay rastros de la estructura original. Convérselo con Paul y hágame saber mañana lo que han decidido.

—Jane... —Le acaricié la mejilla, que se había puesto blanca como los muros de la casa. Tenía la cara tensa como la de un niño asustado, y el tabique nasal parecía a punto de cortar la piel.— ¿Cómo te sientes?

—Rara. ¿Tú no?

—Podemos mudarnos. Encontraré un hotel en Cannes.

Penrose sacó su teléfono móvil.

—Haré que Halder los lleve al Martínez. Tenemos varias suites para huéspedes.

—No. —Jane me hizo a un lado y le quitó el teléfono a Penrose.— Estoy demasiado cansada. Hemos tenido un viaje muy largo. Necesitamos tiempo para pensarlo.

—Bien. Es muy razonable de su parte.

Penrose hizo una reverencia casi obsequiosa. A pesar de su preocupación, su comportamiento me sorprendía. Nos había ocultado deliberadamente el hecho crucial de que David Greenwood había vivido en esta casa y que se había matado en su propio terreno. Sin duda Penrose había temido, con razón, que Jane no aceptara el puesto en Edén-Olimpia de haberlo sabido.

Examiné las sillas y las mesas de la terraza, muebles comprados en grandes almacenes con un diseño caro pero anónimo. Comprendí que Jane era tan empleada aquí como Halder o los guardias de seguridad, los chóferes o el ingeniero asesinados, y lo que sintiera había de guardárselo para ella. Los dentistas con ambición no se quejaban de la higiene bucal de sus clientes más adinerados. Recordé la mirada escéptica de Halder mientras se repantingaba en el Range Rover, dando a entender que debíamos considerarnos afortunados al ser admitidos en este enclave de lujo.

Penrose se despidió de Jane y permaneció un instante junto a la piscina mientras yo buscaba mi bastón. Se había vuelto a poner las gafas de sol, y ya no se veían las gotas de sudor que le resbalaban por las cuencas de los ojos. Con su traje de lino arrugado y manchado de sudor en el cuello y las solapas, tenía un aire sospechoso y arrogante, como si fuera consciente de que había sido provocativo sin necesidad, pero no le preocupara demasiado nuestra reacción.

Al acercarme, le dije:

—Gracias por la visita guiada. Es una casa estupenda.

—Me alegro. Confío en que se queden. A su esposa le gusta.

—No estoy seguro.

—Créame. —Una sonrisa le cruzó el rostro como un barco a la deriva, sin conexión alguna con lo que estaba pensando.— Serán muy felices en Edén-Olimpia.

Lo acompañé hasta la avenida y esperé mientras llamaba al coche patrulla más cercano.

—Una cosa... —añadí—. ¿Por qué le dijo a Halder que soy piloto?

—No me di cuenta. Espero no haber sido indiscreto.

—No, pero se empeñó en hacerlo.

—Halder es un hombre difícil de impresionar. Tiene esa forma particular de esnobismo habitual en los sirvientes de los ricos. Es importante que lo respete a usted, porque será su vigilante. Pensé que era una manera de romper el hielo.

—Pues vaya si lo rompió. ¿Es un piloto aficionado?

—No, su padre estuvo en la Fuerza Aérea norteamericana, estacionado en una base cerca de Mannheim. La madre era una chica alemana que trabajaba en el economato militar. La abandonó con su bebé y ahora tiene una pequeña

compañía de aviación en Alabama. Era uno de los pocos oficiales negros del ejército. Halder nunca lo conoció.

—¿Una compañía de aviación? Es impresionante.

—Creo que tiene dos aviones. Para Halder, la idea de volar se mezcla con el deseo de enfrentarse a su padre.

—¿Es una palmadita en el hombro, entonces?

Penrose me golpeó juguetonamente el hombro, un golpe seco que me llevó a alzar el bastón para defenderme de él. Luego se apartó unos pasos para detener a un coche que se acercaba por la avenida.

—¿Una palmadita? Sí, pero no hablo como psiquiatra.

—¿Acaso lo hace alguna vez?

Soltando una risa teatral, Penrose dio un suave puñetazo en la puerta del garaje. Acomodó su inmenso cuerpo en el asiento del acompañante del Range Rover y se arrellanó junto al conductor. Su risita sonó jovial pero burlona, y quedó ahogada por la vibración de las placas metálicas, como si del garaje cerrado surgiera un ominoso eco al aire cálido de agosto.

Jane había abandonado la terraza y había vuelto a sentarse frente al ordenador del estudio, donde estaba escogiendo un nuevo protector de pantalla. Fui cojeando hasta ella, cansado ya de las distancias que había que cubrir en la casa. Jane levantó una mano a modo de saludo, con la vista aún fija en la pantalla. Sola en la habitación blanca, parecía más bella que nunca en su papel de ingenua encantadora en una versión moderna de una pieza de Coward. Me incliné hacia ella, feliz de estar a solas con mi joven y sensata esposa.

—¿Qué ha sido eso, Paul? No le habrás pegado...

—De hecho, el que me pegó fue él.

—Malvado. ¿Te encuentras bien? —Me cogió el bastón y me acercó una silla.— Hablando de golpes, el doctor Wilder Penrose dio unos cuantos golpes bajos.

—¿Por no decirnos de entrada lo de David? Obviamente es su estilo, así que ve con cuidado. —Me senté junto a Jane y observé las complejas figuras de la pantalla, que se movían como en una pesadilla de Paisley.— ¿Qué te ha parecido?

—Es un matón intelectual —dijo Jane, mientras me masajeaba la rodilla—. Esa rencilla con Halder a causa de nuestras maletas. Y el modo en que miró al vendedor africano. Es un racista.

—No. Trataba de provocarnos. Como visitantes de la liberal Inglaterra somos tan inocentes como una solterona, un blanco imposible de fallar. Con todo, ahora es tu colega. Recuerda que has de llevarte bien con él.

—Lo haré, no te preocupes. Los psiquiatras no son una amenaza para mí. El verdadero peligro son los cirujanos.

—Parece que hablaras por experiencia.

—Así es. Todos los psiquiatras sueñan secretamente con suicidarse.

—¿Y los cirujanos?

—Sueñan con matar a sus pacientes. —Giró la silla, dando la espalda al ordenador.— Paul, ha sido una tarde de lo más extraña.

—Muy extraña. No sé si también lo presientes, pero aquí hay gato encerrado. Penrose nos está probando. Quiere ver si somos suficientemente buenos para Edén-Olimpia.

—Yo lo soy —dijo Jane, levantando la cabeza y dejando ver una cicatriz de la infancia en el mentón—. ¿Por qué no?

—¿Entonces te quieres quedar?

—Sí. En este sitio hay oportunidades. Y debemos explorarlas.

—Muy bien. Te apoyaré hasta el fin.

Jane se quedó inmóvil mientras la abrazaba, pero luego se apartó.

—Una cosa, Paul. Es importante. No hablaremos de David Greenwood.

—Jane, me caía bien.

—¿De veras? No estoy tan segura. Acéptalo, nunca sabremos lo que le pasó. Ya no volverá, así que deja de preocuparte por él. ¿De acuerdo? Subamos a deshacer las maletas.

Jane subió primero, cargando su maleta de cuero, mientras yo iba detrás cojeando, con el bastón en una mano y dos bolsos ligeros en la otra. No bien llegamos a nuestra habitación, Jane se desplomó en el sofá, tan blanco como el marfil. Con la mejilla 1 o/ó los cojines de seda.

—Paul, ¿no te parece algo suntuoso para un miembro del personal? ¿Te has preguntado por qué?

—¿Crees que tratan de sobornarnos? De veras lo dudo. Eres una pediatra especialista, perteneces a la nueva élite profesional.

—No me vengas con ésas —dijo Jane, mientras se desabotonaba la camisa—. Sólo soy una médica con un contrato temporal. Con todo, te hará bien sentarte al sol. Verás como antes de irnos estarás jugando otra vez al tenis.

—Hasta es posible que te gane.

—Perder con los pacientes favoritos es parte del trabajo de un medico. Sucede todo el tiempo en Bel Air y Holland Park.

Me paseé por la habitación con aire acondicionado, con su vestidor y baño doble. A pesar de los comentarios de Jane, los muebles me parecieron más del tipo del Noga Hilton que de Versalles, y supuse que habían cambiado los originales. Pero descubrí unas manchas de tinta desleídas en el tapizado de

un sillón que estaba junto a la ventana. Corrí el mueble a un lado, me arrodillé y noté las marcas en la alfombra, hondas y brillantes por las ruedas del sillón. David Greenwood se había hundido probablemente en este mismo sillón al final de una larga jornada, para hojear los últimos boletines de Médicos sin Fronteras. Y una mañana de mayo se había sentado con un rifle sobre las rodillas y un mapa de Edén-Olimpia, para estudiar un itinerario fuera de lo común.

Jane se detuvo junto a mí, con el pelo oscuro cayéndole sobre los hombros desnudos. Acababa de salir del vestidor y sostenía el camisón a la altura del mentón, mientras se admiraba en el espejo de cuerpo entero como una niña probándose un vestido de su madre.

—¿Paul, estás ahí? —Me cogió de las manos con aire preocupado, como si estuviera rescatándome de un sueño.— Te has dormido de pie. Esta casa hace cosas extrañas con la gente...

Dejó caer el camisón al suelo y me atrajo hacia la cama. Me acosté junto a ella y apoyé la cara en sus pequeños pechos, que tenían el aroma dulzón del amor estival. Una vez más me pregunté hasta qué punto ella había conocido a David Greenwood. Se me ocurrió que los tres dormiríamos en esa cama inmensa y cómoda, hasta que pudiera convencer a David de alejarse de mi mente y desaparecer para siempre por la blanca escalera de esa villa de ensueño.

4 Un accidente aéreo

La luz del sol se filtraba por la neblina suspendida sobre los lagos, a través del follaje de los bosques de Edén-Olimpia, y penetraba por las ventanas del enclave residencial como queriendo despertar a los presidentes y ejecutivos de las compañías e invitarlos a jugar. De pie ante la puerta abierta de la sala de la cocina, yo dejaba que el aire cálido me acariciase las piernas. Una avioneta publicitaria despegaba en esos momentos del aeródromo de Cannes-Mandelieu, y pensé que mi sombra debía de ser una de las pocas siluetas humanas que se verían en el complejo desde el cielo.

Eran las 7.45, pero mis vecinos ya se habían ido a trabajar. Mucho antes de que el sol alumbrara la Baie des Anges, los altos ejecutivos habían acabado los cruasanes y el muesli, la mortadela y los tallarines, y habían partido hacia otra larga jornada en la oficina.

Al acomodarme en una silla junto a la piscina, el sol pareció hacer una pausa, asombrado de hallar a alguien que no estuviese ya inclinado sobre su escritorio o su mesa de trabajo. A lo largo de La Croisette, en Cannes, la vida apenas si habría comenzado. Los camareros del Blue Bar estarían tomándose

la pausa del cigarrillo antes de arreglar las mesas, y los camiones cisterna i Harían regando las calles laterales de la rué d'Antibes. Pero en I «leu-Olimpia los procesadores ya estaban en plena actividad, y las antenas satélite transmitían información almacenada en el i lelo. Un intenso tráfico electrónico tenía lugar en las tuberías bajo tierra, llevando de un lado a otro los índices Dow y Nikkei, las existencias de una compañía farmacéutica de Dusseldorf o de una reserva de bacalao en Trondheim.

Pensando en Jane, que se había levantado a las seis y se había marchado a la clínica antes de que yo me despertara, me puse cómodo en la terraza y coloqué la pierna derecha sobre un almohadón. Tras sólo tres semanas en Edén-Olimpia, tal como había augurado Jane, ya caminaba sin aparato ortopédico. Ahora podía conducir el Jaguar y aliviar a Jane de esa pesada tarea. Pero sobre todo podía caminar y no quedarme atrás mientras paseábamos por La Croisette hacia las marisquerías del puerto viejo.

Conté las grapas de titanio que mantenían la rótula en una pieza. Mi debilitada pantorrilla derecha estaba tan delgada como mi antebrazo, y me obligaba a arrastrarme como un lobo de mar. Pero con ejercicio los músculos se harían más firmes. Un día volvería a ser capaz de apretar los pesados frenos del Harvard y obtener de nuevo mi permiso de piloto.

Mientras tanto, decidí explorar Edén-Olimpia, y recorrí varios kilómetros andando por los senderos que pretendían ser naturales y terminaban súbitamente una vez que dejaban de ser visibles desde el camino principal. Otros senderos más cuidados conducían a las centrales eléctricas que abastecían de energía a todo el complejo. Estaban cercadas con alambradas y se erguían en los claros del bosque como presencias impasibles y misteriosas. Me dediqué a rodear los lagos artificiales, cuya superficie en calma les daba un aspecto espeluznante, y a vagar por los enormes aparcamientos. Era como si las filas de vehículos en silencio pertenecieran a una raza que hubiera emigrado a las estrellas.

Poco después del mediodía llegó un correo electrónico de Charles con las pruebas finales de la revista, chismes sobre las últimas aventuras amorosas en la oficina y preguntas acerca de la impresión del último número. Echaba de menos a Jane, que nunca regresaba antes de las siete, pero estaba contento de poder reposar al sol y escuchar el zumbido de los motores de las avionetas que surcaban el límpido cielo con sus anuncios publicitarios, noticias que caían del sol con ofertas de muebles, descuentos para la compra de piscinas o la inauguración de un nuevo parque acuático.

Se oía una cortadora de césped en un jardín cercano, mientras el personal a cargo de las instalaciones cortaba la hierba. Los aspersores dejaban caer una fina llovizna sobre los arriates de flores de la villa vecina, ocupada por el

profesor Ito Yasuda, presidente de una financiera japonesa, su adusta mujer y su hijo de tres años, aún más serio. Los domingos jugaban al tenis, pero de un modo tan estilizado que parecía un drama Kabuki, con interminables búsquedas de la pelota y muy poco juego de pista.

Mis otros vecinos eran una pareja belga, los Delage, que fueron de los primeros en llegar al complejo. Alain Delage era el director de finanzas de la compañía de inversiones de Edén-Olimpia, un contable alto y de aire absorto, siempre oculto tras sus gafas sin montura. Pero era lo bastante amable para llevar a Jane todas las mañanas a la clínica. Ya había conocido a la pareja, a Delage y a su atenta y pálida esposa, pero la breve conversación que mantuvimos por encima del techo de su Mercedes habría sido más interesante de habernos comunicado con señales de luz desde dos cimas distantes de los Alpes marítimos.

La vida cotidiana en Edén-Olimpia no se caracterizaba por estrechas relaciones de amistad y buena vecindad. Una infraestructura invisible había reemplazado a las virtudes cívicas tradicionales. En Edén-Olimpia no había problemas para aparcar, nadie temía a ladrones o carteristas, ni existía el peligro de atracos o violaciones. Los profesionales de élite ya ni siquiera necesitaban dedicarle un momento al prójimo, y prescindían de los pros y contras de la vida en comunidad. No había ayuntamiento, tribunales ni oficinas de orientación para los ciudadanos. Las reglas de urbanidad y cortesía estaban implícitas en Edén-Olimpia de la misma manera que las matemáticas, la estética y toda una visión geopolítica del mundo estaban implícitas en el Parte-IIDII o el Boeing 747. La democracia parlamentaria había sido sustituida por las cámaras de vigilancia y la policía privada.

A media tarde, tanta tolerancia y buena conducta acababan por aburrirme profundamente. Después de un almuerzo ligero, solía pasear a pie por el complejo. Unos días antes, mientras daba la vuelta a uno de los mayores lagos, descubrí un curioso asentamiento humano en el bosque. Era el suntuoso polideportivo que anunciaba el folleto, que incluía dos piscinas, saunas, canchas de squash y una pista de atletismo. Lo conducía una plantilla de jóvenes instructores, pero por lo demás estaba desierto. Supuse que los altos ejecutivos estarían demasiado exhaustos Iras un día de trabajo para pensar en otra cosa que no fuera una cena en bandeja y un sueñecito frente al canal para adultos de la televisión.

Jane se había dejado absorber rápidamente por este régimen de satisfacción a través del trabajo. Se sentía estimulada por la nueva ética corporativa, tan diferente del caos de un hospital escuela en Londres. El Guy era una ciudad sitiada, repleta de enfermos, extraviados y desconcertados, un anfitrión arrastrándose perpetuamente en una vasta migración interna.

En Edén-Olimpia, el personal médico era tranquilo, como pude comprobar cuando me hicieron las radiografías de la rodilla. La sala de espera con vista al lago parecía la cubierta de un crucero. La amable joven francesa que me ayudó a subir a la mesa de radiología habló conmigo sobre los alegres días en la RAF y sus excursiones en ala delta en Roquebrune. Tenía la sensación de que habíamos sido amigos durante muchos años. Aun así, a poco de marcharme ya me había olvidado de su cara.

Después me vino a ver Jane, apenas reconocible en su traje elegante y sus zapatos de tacón. Pensé con nostalgia en la doctora hippy que yo había conocido en el Guy, con una bata amarillenta por el uso, y el estetoscopio y una barra de chocolate asomando de un bolsillo deshilachado. Me presentó al director de la clínica, el profesor Kalman, un sesentón amable y algo distraído, especialista en medicina preventiva pero que de alguna manera no había sabido prever la ola de muertes súbitas en su propio feudo. Jane aceptó sus generosos elogios, y luego me mostró con orgullo la suite que le habían asignado, con baño y cocina, que tenía tanto de una casa como la villa en que vivíamos. Cuatro meses antes había sido la oficina de David Greenwood, y me costaba creer que le hubiera tomado manía a sus colegas, tanto menos que hubiera pensado en matarlos.

Aquella noche llevé a Jane en coche a Cannes. Cogiéndola del brazo, me abrí paso entre la multitud que paseaba por La Croisette. Bebimos demasiados Tom Collins en la terraza del Cari ton, comimos marisco en un restaurante junto al muelle y nos dimos uno al otro bocados de sardinas, erizos de mar y langosta. Anduvimos un tanto ebrios por el viejo puerto, y volví a pintarle los labios antes de exhibirme con ella ante los árabes que coqueteaban con sus mujeres en las cubiertas de cuero blanco de sus yates alquilados. Sabía que éramos muy felices, pero al mismo tiempo sentía que éramos extras en una película de turistas.

En la primera planta de los Delage, se movió una persiana de-i ras de una ventana del dormitorio. Subió y volvió a bajar, como accionada por alguien harto de la oscuridad pero sin ningún entusiasmo ante la perspectiva de un nuevo día. Las persianas volvieron a su quietud y Simone Delage salió al balcón envuelta en una bata. Se había levantado tarde y tenía las mejillas pálidas por quién sabe qué sueños que habían ocupado su noche. Su cara agraciada, seria como la secretaria de un oncólogo, no dejó entrever ninguna expresión ante el espectáculo de la Riviera que se desplegaba a sus pies, mientras recorría con la vista el perfil tic los Alpes marítimos como si examinara un tumor. Apenas si había notado mi presencia, y a menudo tomaba el sol desnuda en su balcón, como si el anonimato en que Edén-Olimpia sumía a sus habitantes la hiciera invisible a sus vecinos.

¿Se daba acaso cuenta de que la miraba? Tenía la impresión de que esta mujer irritable e introvertida (doctora en matemáticas, según Jane, con una tesis en estadística) gozaba al mostrarse ante un hombre solitario que yacía junto a la piscina con una pierna inutilizada. De noche, ella y su marido el contable solían pasearse desnudos por la habitación, visibles a través de las persianas como las figuras en una pantalla de televisión, sin preocuparse por sus propios cuerpos mientras discutían sobre reducciones fiscales y fondos de amortización.

Se soltó la bata, y enseguida advirtió que una avioneta sobrevolaba Edén-Olimpia anunciando una empresa de antenas parabólicas en Cagnes-sur-Mer. Regresó al dormitorio y se quedó de pie junto a la ventana, untándose la cara de crema con gesto automático.

Dejé a un lado las pruebas que estaba revisando y seguí con la mirada al Cessna que se elevaba sobre las colinas de Grasse, con el cartel publicitario oscilando en el aire. Los ligamentos de la rodilla habían empezado a dolerme, más como una reacción al estrés, según Jane, que como una recaída de la infección. Échalo de menos mi viejo Harvard, abandonado ahora en un hangar del aeródromo de Elstree, que había comprado por teléfono en una subasta de aviones de Toulouse. Había servido para adiestrar a pilotos de la OTAN en Moose Jaw, Saskatchewan, y más tarde había hecho de caza Zero y Focke-Wulf en innumerables películas de guerra. En el fuselaje se veían aún las huellas de su paso por los estudios de filmación: anillos del sol naciente y cruces de hierro de la Luftwaffe. Había pasado muchísimas horas arreglando mi avión, con sus pesadas alas, su gigantesco motor radial y el tren de aterrizaje retráctil, pero ahora sabía que tal vez nunca volvería a aferrar sus mandos.

El Harvard había estado a punto de matarme, un fin de semana de otoño de hacía ya un año, cuando me dirigía a una exposición aeronáutica cerca de St. Malo. Distraído con las historias del titubeante matrimonio de Charles y el arreglo financiero que más tarde dividiría la empresa, me olvidé de llevar un plan de vuelo. La torre de control me hizo volver y así perdí mi turno para despegar. Impaciente por levantar el vuelo, accioné con torpeza la válvula reguladora. Cuando el potente motor me lanzó a toda velocidad por la pista, un viento de costado me hizo perder el control. Giré bruscamente hacia el campo, volví a acelerar para recuperar potencia y traté de evitar el despegue, pero di varias vueltas contra la alambrada. El Harvard se deslizó por un camino de dos vías, que por suerte estaba vacío, hacia el jardín de un bungaló, propiedad de un controlador de vuelo jubilado. Desde la ventana de su habitación vio mi despegue chapucero, y su declaración decidiría mi

destino. Cuando llegaron la ambulancia y los bomberos, mi carrera de aviador había acabado.

Pero gracias al accidente conocí a Jane, uno de los médicos adolescentes, como yo los llamaba, que deambulaban por la sala de cirugía del Guy. Tenía veintisiete años, pero habría pasado por diecisiete cuando se paseaba por la sala con sus sandalias gastadas, los dedos de los pies sucios y el pelo liso, devorando una barra de chocolate mientras estudiaba mi cuadro de temperaturas. Observando su mirada escéptica desde mi cama, me preguntaba por qué una chica tan guapa se disfrazaba de hippy.

Fue muy gentil cuando me examinó la rodilla, y sus maneotas de uñas descuidadas quitaron con destreza los tubos de drenaje. Acabó su chocolate, hizo un bollo con el envoltorio y lo tiró en mi taza medio vacía.

—Esta rodilla necesita ejercicio, lo enviaré a fisioterapia. —Hojeó mi historial clínico, dándose gol peritos con un lápiz en los dientes.— ¿Así que usted es piloto? Parece que hizo un aterrizaje forzoso...

—No exactamente. El avión nunca llegó a despegar.

—Pues ya es toda una hazaña. Los pilotos me caen bien. Beryl Markham es mi heroína.

—Gran aviadora —reconocí—. Completamente promiscua.

—¿Acaso no lo son todas las mujeres, si se lo proponen? ¡Los hombres tienen tantos problemas con eso! —Volvió a poner mi historia clínica a los pies de la cama.— Dicen que la aviación y el sexo van de la mano. No sé nada sobre ese aspecto de su vida, pero lo que sí sé es que pasará un buen tiempo antes de que vuelva a volar.

—Están a punto de quitarme el permiso.

—¡Qué lástima! —Cogió una jeringa de la bandeja de cirugía y echó un vistazo al menisco.— Lo siento, volar debe de ser importante para usted.

—Ya lo creo. A propósito, ¿esa aguja está limpia?

—¿Limpia? ¡Qué va...! —Me inyectó el antibiótico en el brazo.— Nadie limpia los hospitales hoy en día, ya no estamos en los años treinta. Gastamos el dinero en cosas más importantes: un bonito empapelado para el comedor del director, alfombras nuevas para los especialistas de renombre...

Yo miraba su frente alta, que disimulaba bajo un flequillo oscuro, y los ojos vivaces y extrañamente evasivos. Me gustó el gesto rebelde de su boca y su lengua de respuesta pronta y tajante. Su terso rostro tenía la palidez de quien fuma demasiados cigarrillos y pasa demasiadas noches en vela con amantes aburridos que no la saben apreciar. A pesar del nombre en la etiqueta —«Dra. Jane Gomersall»—, llegué a creer que era uno de aquellos impostores que se hacen pasar sin esfuerzo por miembros de la profesión,

una chica de escuela renegada que había conseguido una bata y decidido jugar un poco al doctor.

Deseoso de volver a verla, pronto me levanté de la cama y comencé a andar por los pasillos en silla de ruedas. A veces la veía en una escalera de incendios charlando con los cirujanos más jóvenes, riendo y fumando juntos. Más tarde, mientras conversábamos cerca de la máquina expendedora de bebidas junto al ascensor, vi que en realidad no era hippy, sino que había adoptado ese aspecto andrajoso para irritar a la administración del hospital. Se había especializado en pediatría, pero por falta de puestos la habían asignado a medicina general. Su padre era clérigo y trabajaba como director de una escuela anglicana en Cheltenham, de modo que había aprendido pronto el papel de rebelde y agitadora estudiantil.

Mi último día en el hospital, unos momentos antes de que me recogiera Charles, oí el rumor de sus sandalias gastadas y llegué cojeando a la puerta justo cuando ella pasaba. Esperó amablemente a que le dijese algo, pero no me venía nada a la mente. Ella se apartó el flequillo, como para airearse la frente, y sugirió que le enseñara el club de aviación de Elstree.

El fin de semana siguiente me condujo en coche desde mi casa de Maida Vale hasta el aeródromo al norte de Londres. La impresionaron los aviones en los hangares, su superficie áspera y llena de remaches, y el intenso hedor a aceite y refrigerante de motor. Mi Harvard, aún con huellas de los rododendros del jardín del controlador de vuelo, la intrigó sobremanera. Uno de los mecánicos que trabajaban allí la ayudó a subir a la cabina y, sin un paracaídas sobre el cual sentarse, apenas se la veía a través del parabrisas. Corrió el toldo hacia atrás, se puso de pie en el asiento y sacó un brazo con el gesto de la mujer alada que arenga a sus seguidores en el Arco de Triunfo. Era una escultura que le recordaba su viaje a París con la escuela, y ojalá yo hubiera podido proveerla de una espada.

Después se puso mi mono blanco y un viejo casco de cuero, y se paseó alrededor del Harvard como las mujeres pilotos que, en los días heroicos de la aviación, fumaban sus Craven A's apoyadas en los biplanos y mirando a las estrellas.

Tres meses más tarde estábamos casados. Yo aún llevaba muletas, pero Jane tenía un despampanante vestido de seda fruncida que pareció llenarse de aire durante la ceremonia, invadiendo el Registro Civil como la umbela de una inmensa amarilis. Fumó marihuana en la recepción del Colegio Real de Cirujanos de Regent's Park, esnifó una línea de cocaína delante de su madre, una simpática abogada de suburbios, e hizo una apasionada descripción de cómo hicimos el amor en el asiento trasero del Harvard, una ficción total que incluso su padre aclamó.

Durante nuestra luna de miel en las Maldivas, buceó en la parte más peligrosa del arrecife y trabó amistad con un congrio hembra. Más por curiosidad que por lujuria, programó mi videocámara para que nos filmara mientras hacíamos el amor en nuestra cabaña de bambú, y luego me observaba como un técnico de laboratorio encariñado con su conejillo de Indias. A veces sentía que en cualquier momento se iría al mar y desaparecería para siempre. En Maida Vale, una semana después de regresar, un policía llamó para interrogarla y Jane me confesó que había administrado tintura de marihuana a sus pacientes con psoriasis, y que además había intentado plantar cannabis en un laboratorio fuera de uso que había en el hospital. Para entonces yo había comprendido que su urgencia por trabajar en el extranjero era parte de la misma inquietud que la había llevado a casarse conmigo, un fortuito lance de dados.

—Paul, seamos francos —dijo al enterarse del puesto vacante en Edén-Olimpia—, ¿cómo te sientes? ¿Descontento?

—No. ¿Y tú?

—Ambos lo estamos un poco y no hacemos nada para evitarlo. Has dejado de volar y las infecciones en la rodilla no te dejan tranquilo. Yo soy pediatra y casi me tienen cambiando orinales. Piensa en algo verdaderamente irracional que podría hacer.

—¿Tener un bebé?

—¡Sí! Qué listo eres. Pero no puedo. Al menos no por ahora. Hay algunos problemas.

—¿Físicos?

—En cierto modo...

Pero lo cierto es que la había visto ponerse el DIU y sentía el cordón que sobresalía por el cuello del útero.

Ahora, siguiendo los pasos de David Greenwood, habíamos llegado a Edén-Olimpia, uno de los sitios más civilizados del planeta y que prometía ahogar los últimos vestigios de su sed de libertad. La heroína de La Marsellesa estaba a punto de enfundar su espada.

5 La inglesita

La piscina estaba tan quieta que una película de polvo reposaba en la superficie. En las frías profundidades, sobre el fondo en declive, vi una pequeña moneda, tal vez una pieza de un franco que se le había caído a Greenwood del bolsillo del bañador. Bruñida por el cloro de la piscina,

resplandecía como un fragmento de plata bajo la luz de la Riviera, una especie rara de perla propia de las piscinas de los ricos.

Oía la aspiradora mientras limpiaban la habitación, un constante resonar que por un momento me hizo olvidar el eco del motor del Harvard. Las dos muchachas italianas acudían a hacer la limpieza todos los días a las diez de la mañana, y eran parte de un equipo de tareas uniformado que iba de villa en villa. El jardinero, monsieur Anvers, aparecía por la tarde y regaba el césped y los arbustos, además de limpiar la piscina. Era discreto, un señor mayor de la zona de Cannes cuya hija trabajaba en el centro comercial de Edén-Olimpia.

Una de las muchachas me miraba con descaro desde una ventana del baño, como asombrada por la vida que llevaba. El concepto de ocio se hallaba en proceso de extinción en el complejo, reemplazado por un puritanismo a regañadientes. La libertad consistía en el derecho a un trabajo pagado, mientras que el ocio se había convertido en la marca de los vagos y mediocres.

Decidido a ir a Cannes, junté las pruebas de la revista y entré en la casa. La señora Morales, el ama de llaves española, estaba ocupada en la cocina revisando las bolsas de la compra del supermercado. La mirada alerta y tolerante de esta española madura me recordaba al ama de llaves de mi escuela, trasladada desde la lúgubre West Hampstead hasta las soleadas terrazas del Mediterráneo. Era servicial, pero hablaba por los codos, y a menudo la oía hablar sola en la cocina en una mezcla confusa de español e inglés.

Hizo un gesto de asentimiento cuando saqué un sifón de soda y una botella de rosado de Bandol de la nevera. Era obvio que pensaba que todo inglés que se preciara de tal tenía que estar borracho ya antes del mediodía.

—Mi coche es muy viejo —expliqué—. Unas copas le sentarán muy bien.

—Por supuesto, vaya a Valencia y abra un taller. —Me miró llenar el vaso y brindar a la luz de la mañana.— Siempre hace buen tiempo en Edén-Olimpia.

—Es verdad, a no ser por un día muy tormentoso que hubo en mayo. —Sentí las burbujas cerca de las ventanas de la nariz y bebí un sorbo de vino con gas.— ¿Cuánto hace que trabaja en Edén-Olimpia?

—Dos años. Antes era el ama de llaves del señor y la señora Narita.

—¿Era la familia que vivía al lado antes de los Yasuda? El doctor Penrose me contó que no estaban contentos y regresaron .1 París. Habrá sido un duro golpe, como una de esas tiras cómicas que leen los japoneses.

La señora Morales bajó los ojos y siguió ocupada con los higos y el hinojo.

—Antes de eso trabajé para monsieur Bachelet.

Apoyé mi vaso al recordar que Guy Bachelet, jefe de seguridad de Edén-Olimpia, había sido una de las víctimas de Greenwood.
—Lo siento, señora. Debe de haber sido terrible para usted.
—Peor fue para él.
—Pensaba en usted, en el dolor que habrá sentido cuando supo que lo habían matado en su propia oficina.
—No —dijo la señora Morales con firmeza—. No fue en su oficina. Murió en su casa.
—Usted no estaría allí, supongo.
—Acababa de llegar de Grasse. —Y, como justificando el haberse escapado por los pelos, agregó:— Empiezo a las nueve, l i policía ya estaba en la casa cuando llegué.
—Es cierto, todo ocurrió muy temprano. ¿Así que monsieur Bachelet*..?
—Muerto, sí. Y la doctora Serrou.
—¿Dominique Serrou? —Penrose había mencionado a la colega de Greenwood en el orfanato de La Bocca.— ¿Fue asesinada en la clínica?
—No. —La señora Morales inspeccionó un melocotón algo maduro, como si estuviera tentada de devolverlo al supermercado.— También murió en la casa.
—Pensé que todos habían muerto en Edén-Olimpia. La doctora Serrou vivía en Le Cannet.
—No, fue en *su* casa. —La señora Morales indicó con una mano los tejados del enclave residencial.— Fue en casa de monsieur Bachelet. A cuatrocientos metros de aquí.
—¿Murieron allí juntos? ¿El doctor Greenwood los mató a los dos?
—Al mismo tiempo. Fue horrible... —La señora Morales se persignó.— La doctora Serrou era muy amable.
—Seguro que sí, pero ¿qué hacía ella allí, a las siete de la mañana? ¿Lo estaba tratando por algo?
—¿Algo...? Sí.
Me acerqué a la ventana y oí cómo los aspersores regaban el jardín y barrían el polvo de la noche. Supuse que Bachelet había caído enfermo, tal vez con un repentino ataque de angina, y había llamado a urgencias. Dominique Serrou había acudido en coche en la que sería su última visita a domicilio, de la misma manera que otro médico, un trastornado, haría la primera del día.
—Señora Morales, ¿está segura de que murieron en casa de Bachelet?
—Vi los cuerpos cuando los sacaron afuera.
—Quizá los estaban metiendo y traían a Bachelet de su oficina. En la confusión, puede que usted...

—No. —La señora Morales me miró sin pestañear. Hablaba con voz fuerte, algo poco frecuente en ella, como para no dejar pasar la oportunidad.— Vi la sangre de los dos por todas partes..., pedazos de huesos en la pared del dormitorio.

—Señora, por favor... —Le serví un vaso de agua.— Siento haber sacado el tema. Es que conocíamos al doctor Greenwood. Mi esposa trabajó con él en Londres.

—Me dijeron que no me acercara... —la señora Morales se quedó con la vista perdida, como mirando un antiguo noticiario.— Pero yo entré en la casa y vi la sangre.

—Señora Morales —dije, poniendo mi vaso en el fregadero—, ¿por qué el doctor Greenwood quiso matar a tanta gente? I ,a mayoría eran amigos suyos.

—El doctor Greenwood conocía a monsieur Bachelet. Lo había visitado muchas veces.

—¿Estaba bajo algún tratamiento médico?

La señora Morales se encogió de hombros.

—Iba por las mañanas. Monsieur Bachelet lo esperaba. El doctor Greenwood le llevaba libros sobre una inglesita desdichada que siempre está discutiendo con la reina.

—¿Una inglesita desdichada? ¿La princesa Diana? ¿Es que era acaso monárquico?

La señora Morales miró al techo. Las aspiradoras habían trabado feroz combate, luego siguió un golpe seco y se oyeron chillidos. Excusándose, se marchó de la cocina en dirección a la escalera. Crucé el suelo de baldosas y la oí alzar la voz mientras regañaba a las muchachas. Hablar conmigo la había liberado de una tensión de meses.

Antes de irse, se detuvo en la puerta de entrada y me dedicó una sonrisa sincera pero estudiada.

—Señor Sinclair...

—¿Señora?

—El doctor Greenwood era un buen hombre. Ayudó a mucha gente...

Mientras me cambiaba en el baño, podía oír aún las inflexiones extrañas de su voz. La señora Morales había hecho un esfuerzo por aclarar mis dudas, como si mi situación anómala y sospechosa en Edén-Olimpia, tendido al sol junto a la piscina y bebiendo por la mañana, hiciera de mí el confidente ideal que había estado buscando desde el día de la tragedia. Yo le creía. Y si, como había insinuado, la doctora Serrou había pasado la noche con Bachelet, en el origen de ese inexplicable arrebato de locura podía haber habido un crimen

pasional. Como Greenwood y Dominique Serrou dedicaban su tiempo libre al orfanato de La Bocca, no era improbable que hubieran tenido una aventura.

Pero quizá la doctora Serrou se había hartado del médico joven y circunspecto, y se había encontrado más a gusto con el jefe de seguridad. Tras matar a su rival y a su ex amante, Greenwood había salido corriendo como un loco y había asesinado a sus colegas en un intento por borrar todas las huellas de un mundo que odiaba.

Con respecto al libro sobre la desdichada inglesita, pensé que debía de ser el informe sobre una niña del orfanato, la hija maltratada de algún inglés que vivía de rentas, o tal vez la superviviente de un accidente de coche en que murieran ambos padres.

Al mismo tiempo, me sorprendió que Penrose no le hubiera contado nada de esto a Jane. Pero un repentino arrebato de locura era menos comprometedor para conseguir futuros inversores en Edén-Olimpia que una trágica obsesión sexual.

Contento de haber prácticamente resuelto el misterio, cogí una rosa del florero que estaba sobre la mesa del vestíbulo y me la puse en la solapa de la chaqueta.

6 Un intruso ruso

Los aspersores habían callado. Por todo el enclave residencial se veía cómo se elevaba la neblina desde el follaje denso, casi una lluvia invertida que regresaba a las nubes; el tiempo retrocedía deprisa hasta aquella mañana de mayo. Al salir de casa y dirigirme hacia el coche pensé en David Greenwood. La conversación ton la señora Morales había avivado su presencia por primera vez. En las semanas que siguieron a nuestra llegada, mientras me tendía junto a la piscina o paseaba alrededor de la silenciosa pista de tenis, el joven médico inglés había sido una vaga figura, esfumada con sus víctimas en la prehistoria de Edén-Olimpia.

Ahora Greenwood había vuelto y venía derecho hacia mí. Yo dormía en su cama, me enjabonaba en su bañera y bebía el uno en la cocina donde él preparaba los desayunos. Era algo mas que simple curiosidad lo que me consumía. Volví a pensar en su amistad con Jane. ¿Habíamos venido acaso a Edén-Olimpia porque ella aún quería al joven médico perturbado y sentía curiosidad por sus motivos?

Pasé junto al garaje, consciente de que nunca había sentido la tentación de abrir la puerta. Reconstruido o no, ese sitio macabro era un altar a los cuatro hombres que habían muerto en él. Un día, cuando mi rodilla estuviera más

fuerte, usaría el control remoto que ahora descansaba en un cuenco sobre la mesa de la cocina.

El Jaguar me esperaba al sol, con sus carburadores dobles listos para dar lo mejor o lo peor de sí. Arrancar ese delicadísimo purasangre era una carrera entre la esperanza y la desesperación. En contraste, a diez metros de distancia estaba el Mercedes de los Delage, impasible y negro como la noche de Stuttgart, con todos sus circuiros de silicio y su transmisión hidráulica ansiosos por obedecer al menor capricho del conductor.

Simone Delage se encontraba de pie junto a su coche, con el maletín en la mano, vestida para una reunión de negocios con un traje negro y una blusa blanca de seda. Miraba el lado dañado *del* Mercedes como un funcionario del servicio de socorros que calculara los perjuicios causados por un terremoto leve. Un golpe en el costado había rayado el metal y arrancado el adorno de cromo que iba de los faros a la puerta del acompañante.

Por una vez, esta mujer con tanto control de sí misma parecía vulnerable e insegura. Su mano de uñas muy cuidadas rozó el pomo de la portezuela y luego se retiró, reacia a aventurarse en esa perturbación de una realidad confortable. El coche era un accesorio como su bolso de piel de víbora, y no podía conducir un Mercedes dañado a una reunión de negocios del mismo modo que no podía aparecer ante sus colegas con una carrera en las medias. —Señora Delage, ¿puedo ayudarla en algo? Se dio la vuelta y me reconoció con esfuerzo. Solíamos vernos cuando estábamos medio desnudos, ella en su balcón y yo junto a Ja *piscina*. Pero, vestidos, éramos como actores que salían a escena sin haber ensayado sus-papeles. Por alguna razón, mi chaqueta de tweed y mis sandalias de cuero parecían incomodarla. —Señor Sinclair, el coche... Tiene un problema. —¿Qué ha sucedido?

—Anoche, mientras Alain regresaba de Cannes, un taxista magrebí... giró bruscamente. Fuman hachís, ya sabe.

—¿Mientras están de servicio? Espero que no. He visto varios coches dañados por aquí —dije indicando Ja avenida desierta—. Los Franklyn, al otro lado de la calle. Su vecino, el doctor Schmidt. ¿Piensa que lo hacen a propósito-?

—No, ¿por qué? —Se sentía visiblemente nerviosa en mi presencia y comenzó a buscar su teléfono móvil en el bolso.— Tengo que llamar a un taxi.

—Pero si puede usar el coche. —Tratando de calmarla, le quité el teléfono de Ja mano, asombrosamente delicada.— El daño es superficial. Una vez que cierre la portezuela, ni se enterará.

—Se equivoca, señor Sinclair. Yo me fijo mucho en estas cosas. Tengo una reunión en el edificio Merck en quince minutos. —Si espera a que venga un taxi llegará tarde. Voy camino de Cannes, ¿no quiere que la lleve?

Madame Delage me miró de arriba abajo, como si le hubiera ofrecido mis servicios como mayordomo de la casa. La incomodaban los dedos de mis pies expuestos al aire, que parecían tener para ella connotaciones sexuales, flexionados sobre las hojas caídas. Se relajó un poco al acomodarse en el interior de piel y nogal del Jaguar. Incapaz de ocultar sus muslos en el estrecho asiento delantero, sonrió más animadamente.

—Es toda una aventura —me dijo—. Como aparecer de golpe en un cuadro de Magritte...

—A él le habría gustado este coche.

—Ya lo creo, es como un avión. Bien, funciona.

Los carburadores no me fallaron. Fui marcha atrás hasta la avenida, dominando la caja de cambios con una demostración de pura voluntad.

—Su marido es muy amable en llevar a Jane a la clínica.

—Oh, no es nada. Nos ha caído muy bien.

—Me alegro. Está pensando en comprarse una pequeña motocicleta.

—¿Jane? —A madame Delage le causó gracia.— Es tan tierna... Nos encanta oírla hablar. Tiene ideas de niña de escuela. Cuídela, señor Sinclair.

—En eso estoy. Hasta ahora, se ha sentido muy feliz aquí. Demasiado feliz, casi. Está completamente centrada en su trabajo.

—El trabajo, sí. Pero también hay que pensar en el placer. Es importante, sobre todo en Edén-Olimpia. —A pesar de todo su rígido encanto, Simone Delage hablaba de Jane como una madre. Tenía la vista puesta en el camino que llevaba al edificio Merck, pero era obvio que pensaba en Jane.— Debe decirle que descanse. Trabajar en Edén-Olimpia es el octavo pecado capital. Es fundamental buscarse una diversión.

—¿Deportes, natación, ir al gimnasio?

Madame Delage se estremeció discretamente, como si yo hubiera mencionado ciertas funciones oscuras del cuerpo humano.

—Eso no es para Jane. Tanto jadeo y sudor... El cuerpo se le pondría...

—¿Demasiado musculoso? ¿Acaso importa?

—A Jane sí que le importaría. Tiene que encontrar algo que la satisfaga. En Edén-Olimpia se encuentra de todo.

Detuve el coche frente a la entrada del edificio Merck, un templo de aluminio que albergaba a la compañía farmacéutica, oficinas de arquitectura y varios bancos mercantiles. Simone Delage esperó a que yo me bajara a abrirle, como si abrir la portezuela del Jaguar fuera un arte olvidado en los dueños de un Mercedes.

Antes de *accionar el picaporte, apoyé las manos sobre el* borde de su ventanilla.

—*Simone*, quería preguntarle algo: ¿conoció usted a David Greenwood?

—Un poco. El doctor Penrose nos dijo que ustedes eran amigos de él.

—Lo ví varias veces. Todo el mundo coincide en que se desvivía por los demás. Cuesta imaginar que haya querido matar a alguien.

—Ha sido una *historia horrible.* —Me miró con los mismos ojos fríos con que había mirado los Alpes marítimos, pero sentí que *apreciaba mi interés por Greenwood.— Trabajaba demasiado.* Es una lección para todos nosotros...

—Los días antes de Ja tragedia... ¿notó algún comportamiento extraño? ¿Estaba agitado o...?

—Estábamos de viaje, señor Sinclair. Fuimos una semana a Lausana. Al regresar, ya había ocurrido todo. —Me tocó la mano, haciendo un esfuerzo por parecer amable.— Veo que piensa mucho en David.

—Es cierto, viviendo en la misma casa es difícil no pensar en lo que pasó. Todos los días rehago literalmente sus pasos.

—Quizá le convendría seguirlos. ¿Quién sabe adonde lo llevarían?

Luego bajó del coche, una profesional dueña de sí misma perfectamente integrada en el espacio corporativo que aguardaba por ella. Por un instante dio la espalda al edificio para tenderme la mano en una repentina muestra de calidez.

—Espero que no compre una pistola. Ya me contará, señor Sinclair.

Pensaba aún en lo que había dicho Simone Delage cuando volví de Cannes con los periódicos de Londres. Cambié mi ruta habitual a través del complejo y pasé por el edificio Merck, por si casualmente ella había terminado su reunión y estaba esperando que la llevasen a su casa. De un modo indirecto, me había pedido que no cejara en mi interés por David Greenwood. Quizás había estado más cerca de David de lo que su marido o yo suponíamos, y aguardaba la ocasión de encontrarse con algún extraño comprensivo para contar la verdad.

Aparqué el Jaguar delante del garaje y entré en la casa vacía. En el vestíbulo hice un alto involuntario como si aún oyera los pasos de un joven inglés. Las muchachas italianas se habían marchado y la señora Morales se había ido a trabajar para otra familia del enclave.

Mientras me ponía el traje de baño oí el chirrido de una silla, en la terraza, bajo la ventana del dormitorio. Pensando que Jane había regresado antes de la clínica, bajé la escalera. Por la ventana del rellano vi a un hombre con chaqueta negra de cuero que se paseaba por el jardín en dirección a la

piscina. Cuando llegué a la terraza, lo encontré agachado inspeccionando la bomba. Pensé que era un ingeniero de los servicios de mantenimiento que venía a revisar el sistema de limpieza de la piscina, y me dirigí hacia él con el bastón en alto a manera de saludo.

Cuando me vio llegar, cerró las puertas de madera del cobertizo de la bomba y se volvió hacia mí. Tenía menos de cuarenta años y cara de rasgos eslavos, frente ancha y el pelo con entradas; el sol de la Riviera no había hecho mucho por ocultar su palidez. Debajo de la chaqueta de cuero tenía una camisa de seda empapada en sudor.

—*Bonjour*... ¿Cómo le va? —Hablaba con fuerte acento ruso y miraba con recelo mi bastón.— Doctor... —No; usted busca a mi mujer. —¿Natasha?

—La doctora Jane Sinclair. Trabaja en la clínica. —Alexei..., muy bien.

Miraba sobre mis hombros, pero no se perdía detalle de mis
movimientos, el viejo truco de la policía militar. Al sonreír dejó
entrever una hilera de dientes con coronas de lujo, que parecían
salírsele de la boca. A pesar de su piel amarillenta, que mostraba
, las huellas de años de mala alimentación, llevaba gemelos de oro
y zapatos hechos a mano. Supuse que era un inmigrante ruso,
I uno de esos matones de segunda y ex agentes de policía que ya se
' habían metido en líos con los mafiosos franceses de la zona.

Hizo el gesto de darme la mano. —¿Doctor Greenwood? —No está aquí. ¿No se ha enterado?

—No... —dijo mirándome con aire de astucia—. ¿El doctor Greenwood vive aquí? Alexei...

—¿Alexei? Oiga, ¿quién es usted? Márchese... —No... —contestó, señalando mis cicatrices de las piernas, seguro de que yo estaba demasiado inválido para hacerle frente. Tenía las mangas de *la* chaqueta *cubiertas* de *agujeros^ señal* de que no había entrado en Edén-Olimpia por la puerta principal. —Mire... —dije, yendo hacia la terraza donde estaba el teléfono.

El ruso se apartó de *mi* camino y enseguida dio un paso al frente y me lanzó un puñetazo a la sien. Tenía el rostro tan blanco que parecía haberse quedado sin sangre, y los labios replegados sobre los dientes. Sentí que el oído me zumbaba, recuperé el control y lo agarré por las solapas. Los tres meses pasados en silla de ruedas me habían robustecido los brazos y los hombros. Las rodillas me fallaron, pero al caer al césped me aferré a él y lo golpeé dos veces en la boca.

Luchó por zafarse de mí, volvió a ponerse de pie e intentó patearme la cara. Le agarré el pie derecho, le torcí la pierna y de nuevo lo derribé.

Empecé a pegarle en las rodillas, pero se irguió con una maldición y regresó cojeando a la avenida.

Quedé en el césped sin aliento, esperando a que se me aclarase la cabeza. Luego tanteé dónde estaba mi bastón y me encontré con el zapato de piel del ruso. Bajo la plantilla había la foto de una niña, tamaño pasaporte y descolorida.

—Es peligroso enfrentarse a un intruso, señor Sinclair —dijo Halder, mientras examinaba las marcas en el *césped*—. Debería habernos llamado.

—No me dio tiempo —contesté, sentado en el sillón de mimbre, mientras sorbía el coñac que Halder me había servido—. Sabía que yo lo había descubierto y me soltó un golpe.

—Habría sido mejor no decir nada. -—Halder hablaba en el tono afectado de un policía de tránsito que se dirige a una conductora irresponsable. Revisó el zapato de piel, acariciando con los dedos la etiqueta del diseñador de una elegante tienda de la rué d'Antibes. Se oyeron voces con interferencias en la radio de su Range Rover, aparcado a la entrada junto al Jaguar. En la avenida había dos vehículos de seguridad detenidos- Los conductores daban zancadas por los alrededores en busca de algo, con las gorras en la mano y sacando pecho, y la otra mano sobre la funda de la pistola.

Pero Halder no manifestaba tener prisa alguna. A pesar de su inteligencia, parecía que disfrutaba mostrándose pedante. Encendió su teléfono móvil y escuchó el mensaje con escepticismo, como un astrónomo que oyese una confusión de señales del espacio exterior.

—¿Ya lo han atrapado? —pregunté, mientras mojaba una toalla con agua mineral y me la pasaba por la cabeza. Para mi sorpresa, me sentía más despierto que nunca desde mi llegada a Edén-Olimpia—. Decía llamarse Alexei. No será tan difícil encontrarlo. Un hombre dando vueltas con un solo zapato.

Halder asintió en señal de aprobación ante mi poder de deducción.

—Puede que ya se haya quitado el otro.

—Aun así, ¿un hombre en calcetines? Además, es un zapato caro, cosido a mano. ¿Qué hay de sus cámaras de vigilancia?

—Hay cuatrocientas cámaras en Edén-Olimpia. Buscar en las cintas un hombre con un solo zapato, o un hombre en calcetines, llevaría muchas horas de trabajo extra.

—Pues entonces el sistema no sirve para nada.

—Puede ser, señor Sinclair. Las cámaras están para disuadir a los criminales, no para atraparlos. ¿Había visto antes a ese Alexei?

—Nunca. Es como un carterista, difícil de notar pero imposible de olvidar.

—¿Y en Cannes? ¿Cree que pudo haberlo seguido hasta aquí?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Por su Jaguar. Hay gente que roba coches antiguos para ganarse la vida.

—No es un coche antiguo. Hasta con viento en contra rebasaría a su Range Rover. Además, no tenía la actitud de un ladrón de coches, al menos como los que conocemos en Inglaterra.

—Aquí no estamos en Inglaterra. La Cosía Azul es un lugar peligroso. —Preocupado por mí, Haider se acercó para quitarme los restos de césped húmedo del cabello, después examinó las hojas.— ¿Se encuentra usted bien, señor Sinclair? Puedo llamar una ambulancia.

—'Estoy bien. Y no le diga nada a *la doctora Jane. El* tipo no era tan fuerte como pensaba. *Es un pequeño* delincuente ruso, un ex informante o corredor de apuestas.

—*Ha peleado usted con dignidad.* Tendré que llevarlo conmigo *cuando vaya de patrulla. Pero* recuerde que aún se está recuperando de su accidente aéreo.

—No *se preocupe.* He luchado con varias fisioterapeutas de cuidado. —Luego señalé la descolorida foto de pasaporte que estaba sobre la mesa.— Esta niña no tendrá más de doce años. ¿Servirá de algo? Mencionó el nombre de Natasha.

—Quizá sea la hija que dejó en Moscú. Ahora olvídese de él señor Sinclair, Ya lo encontraremos, *m*

—¿Quién le parece que es?

Haider se acarició la barbilla, molesto por el esfuerzo de tener que lidiar conmigo.

—Puede ser cualquiera. Incluso un residente. Usted ha dado muchas vueltas por los alrededores. Eso vuelve curiosa a la gente. —¿Vueltas? ¿Por dónde?

—Por todo Edén-Olimpia. Da la impresión de que se aburre o que busca compañía.

—¿Vueltas...? —repetí, mirando hacia la zona de bosques—-. Salgo a caminar. ¿*Para qué sirve tanto paisaje si nadie pone un pie en él?

—Es más para mirar. Como casi rodó en Edén-Olimpia, Ahora Haider me daba la *espalda,* mientras registraba con la vista las ventanas de arriba, *y* vi su reflejo en las puertas de vidrio de la terraza. Se sonreía *con un dejo de* malicia que era casi agradable. Detrás del nuevo mundo feliz *y* paranoico de cámaras de vigilancia *y* Range Rovers blindados, existía probablemente un mundo anticuado de jerarquías y racismo. A excepción de Haider, *todo el* personal de seguridad era blanco, y muchos de *ellos* no habrían dudado en ser miembros del derechista Frente Nacional, especialmente activo entre los *pieds-noirs del* sur de Francia. Sin embargo, sus colegas lo trataban siempre con respeto. Había visto cómo le abrían la portezuela del Range Rover en un gesto de deferencia que Halder aceptaba como un deber.

Lleno de curiosidad, le pregunté: —¿Cómo es que vino a Edén-Olimpia? —Por dinero. Aquí pagan mejor que en el aeropuerto de Niza o en el Palais des Festivals. —Es suficiente razón, pero...

—¿No doy el tipo? ¿Demasiadas sombras bajo los ojos? ¿El color equivocado? —Halder me miraba con aire casi insolente.— ¿O es porque leo a Scott Fritzgerald?

—Halder, no he dicho eso. —Esperé a que respondiera sin dejar de mirarlo, mientras él retorcía el zapato del ruso como si re-torciera el pescuezo de un pequeño mamífero. Cuando asintió con la cabeza, dando a entender que había tratado de provocarme, giré mi oreja herida hacia el intercomunicador.— Quise decir que ha de ser demasiado tranquilo por aquí. El trabajo de ustedes es aparentar que están siempre ocupados. Aparte de este Alexei, no parece haber muchos crímenes en Edén-Olimpia.

—¿Que no hay crímenes? —Halder hizo una mueca por la ingenuidad de mi comentario.— Hay quien diría incluso que de lo que se trata en Edén-Olimpia es del crimen.

—¿Las compañías multinacionales? Lo único que hacen es multiplicar el dinero.

—Puede ser... ¿De modo que el dinero es el máximo juguete de los adultos?

Halder parecía meditar sobre ello, intrigado aún por la firmeza con que yo había repelido al intruso. Pero el que yo jugara al detective entusiasta lo irritaba, y se sintió visiblemente aliviado cuando los guardias de la avenida se acercaron a la puerta de hierro y dieron la señal de que todo estaba en orden.

—Vale... —dijo Halder, mirando hacia el jardín y dispuesto a irse—. Señor Sinclair, aumentaremos el patrullaje. No hace falta que la doctora Jane se preocupe, El ruso se habrá marchado. —¿Cómo lo sabe? Podría estar junto a una de las cientos de piscinas que hay por aquí. A quien busca es a David Greenwood. Ni siquiera sabía que el pobre había muerto.

—Tal vez haya regresado durante unos meses a Moscú. 0 nunca ve la televisión.

—¿Por qué querría ver a Greenwood?

—¿Cómo puedo saberlo? —Era evidente que Halder intentaba *deshacerse* de mí.— El doctor Greenwood trabajaba en la clínica de desintoxicación de Mandelieu. Quizá le dio al ruso una inyección de alga que Je gustó.

—¿Es lo que solía hacer Greenwood? —¿No lo hacen todos los médicos? —Halder me *dio una palmada* en el hombro como muestra de comprensión.— Pregúntele a su mujer, señor Sinclair.

—Asilo haré. ¿Conocía usted bien a Greenwood? —Un poco. Era un tipo decente. —¿Algo nervioso?

—No diría eso. —Halder volvió a coger el zapato del ruso. Echó un vistazo a la foto borrosa de la niña y le frotó la cara con el pulgar.— Me caía bien. Él me consiguió *este empleo.*

—Pero mató a diez personas. ¿Por qué, Halder? Usted parece saberlo.

—Pues *no* lo *sé.* El *doctor* Greenwood era una excelente persona, pero se quedó demasiado tiempo en Edén-Olimpia.

Estaba de pie en el borde de la piscina, mirando el fondo. La potente luz *del sol* dibujaba sombras en el suelo de baldosas, pero la oscilante silueta de la moneda de plata seguía visible debajo del trampolín. Detrás de mí, los aspersores comenzaron a regar el césped, y mojaron los cojines de los sillones que Halder había corrido en su búsqueda de alguna prueba. El césped tenía aún marcas de los tacones de zapatos, el diagrama de una violenta danza apache. Aquello me recordó al alarmado ruso, el hedor de su sudor y los agujeros en su chaqueta de cuero.

Me alejé de la piscina y rehice el camino del ruso al cobertizo de la bomba. El pestillo de la puerta de madera no estaba echado, y se veían el motor eléctrico, la caldera y el cronómetro. El estrecho espacio se encontraba lleno de sacos de cloro en polvo que monsieur Anvers echaba en la cámara de carga. Dos veces por día el polvo se diluía en el agua, y las nubes lechosas disolvían los tenues residuos de grasa humana que flotaban en la superficie.

Pasé la mano por el saco que tenía más cerca. Los precintos de fábrica estaban intactos, pero de una pequeña rasgadura cayó un reguero de polvo al suelo. Me senté con las piernas extendidas, agarré el saco y lo arrastré hacia la plataforma de cemento. Había una segunda perforación en el grueso envoltorio, lo bastante grande como para que pasara el dedo de un niño, y el polvo fresco se derramó sobre mis rodillas.

Rasgué el papel que había entre los dos agujeros y metí la mano en los granos pegajosos. Al sacar un puñado, los granos se derritieron al contacto con el sol y se me escurrieron entre los dedos hasta revelar una pepita de plata como una moneda retorcida. Cuando le quité el polvo humedecido, comprobé que era una bala de un rifle de alta velocidad, deformada pero inconfundible.

Volqué el saco y dejé que el polvo se expandiera por la plataforma. Había una segunda bala entre mis rodillas, al parecer del mismo calibre y el mismo modelo de rifle, aplastada por el impacto contra una superficie dura e irregular.

Tras poner los proyectiles en el suelo, volví a entrar en el pequeño cobertizo y palpé el resto de los sacos. Los gruesos envoltorios de papel estaban intactos, y la maquinaria de bombeo no mostraba huellas de balas.

Supuse que los sacos habían quedado allí cuando habían apagado el motor de la piscina tras la muerte de David Greenwood. Al arrancar de nuevo el motor unos días antes de que llegáramos, monsieur Anvers había decidido dejar el saco perforado donde estaba.

Me acerqué a las puertas de madera y pasé las manos por la tersa superficie; parecían recién compradas. Las bisagras de cromo resplandecían y no tenían rasguños, como si apenas tuvieran uso. Limpié los granos sueltos de polvo con la mano y exploré al tacto la plataforma a ambos lados de las puertas. El cemento tenía marcas leves de una pulidora, y los pelillos de acero habían dejado pequeños remolinos en la dura superficie, como si hubieran borrado cuidadosamente una serie de manchas o quemaduras.

Palpé otra vez las balas, y pensé que no se habían deformado al chocar contra las puertas de pino o los sacos de *doro* en polvo. Un objeto más grande, y de dureza ósea, había absorbido todo el impacto de las balas. Alguien, quizás un guardia de seguridad o un rehén, se había desplomado contra las puertas del cobertizo, y luego había recibido un disparo a quemarropa, ya fuera por propia mano o por la de otros.

Oí las cigarras en el jardín de los Yasuda y vi cómo las libélulas rondaban por la pista de tenis. Según Wilder Penrose, los tres rehenes habían muerto en el garaje. Traté de imaginar el pequeño tiroteo que había tenido lugar cerca de la casa, cuando David Greenwood se había enfrentado a *los guardias* de seguridad y los gendarmes. Tras matar a los rehenes en un acto de desesperación, se habría sentado junto al cobertizo, listo para quitarse la vida, y habría contemplado por última vez el cielo de la Costa Azul mientras *llegaban los* tiradores de la policía.

Pero nadie podía apuntarse al pecho con un rifle y disparar dos veces. Quienquiera que hubiera sido la víctima, la habían ejecutado junto a la piscina de esta casa apacible y elegante.

Un Range Rover de las fuerzas de seguridad pasó por la avenida, y el conductor me saludó "desde lejos. Yo estaba frente al garaje con el mando a distancia en la mano. Las puertas se abrieron sin hacer ruido y la luz invadió el interior, un espacio para tres coches con estantes de madera en la pared del fondo.

A pesar de la insistencia de Penrose en que habían restaurado el garaje, la estructura original estaba intacta. El suelo de hormigón tenía al menos tres años de antigüedad y brillaba con las manchas de aceite dejadas por los coches más caros de toda la Costa Azul. En los estantes había latas de

anticongelante, junto a botellas de limpiaparabrisas y un manual de instrucciones del Opel Diplomat.

Tras revisar cuidadosamente el suelo, examiné las paredes y el techo en busca de huellas de disparos. Me imaginé a los rehenes apretados unos contra otros, mirando a la luz con los ojos entrecerrados cuando Greenwood entró por última vez en el garaje. Pero no había orificios de balas ni reparaciones en las columnas de cemento, y nada hacía pensar que habían limpiado el suelo después de una matanza.

Era casi seguro que los tres hombres, los desafortunados chóferes y el ingeniero de mantenimiento, habían muerto en otra parte. Al menos uno de ellos, llegué a sospechar, había muerto en el jardín, apoyado en el cobertizo.

Cerré el garaje y me recosté en el Jaguar. Eran poco más de las seis de la tarde, y las primeras hileras de coches abandonaban Cannes rumbo a los suburbios residenciales de Grasse y Le Cannet. Pero en Edén-Olimpia reinaba el silencio, mientras los altos ejecutivos y el personal subalterno seguían en sus puestos de trabajo. Jane me había pedido que la recogiera en la clínica a las siete y media, cuando acabase la última reunión de comité. Una fina capa de sudor me cubría los brazos y el pecho cuando regresé al jardín, sin duda por el miedo experimentado al entrar en el garaje. Había imaginado que hallaría una cámara del horror, pero la aparente normalidad de un sitio en desuso había sido mucho más inquietante que un paredón de fusilamiento con las manchas aún frescas de sangre.

Me quité la camisa y me detuve junto al trampolín. Tratando de calmarme, miré el suelo moteado, un reino sereno y soleado que sólo existía en las profundidades de las piscinas. Una araña de agua dio alcance a una mosca que se ahogaba, y luego desapareció. Cuando la superficie se aclaró, distinguí el brillante centro de la moneda, un ojo reluciente que me esperaba.

Me zambullí en la piscina, salí a la superficie para llenarme los pulmones de aire, y luego buceé hacia la perla de plata.

7 Incidente en el aparcamiento

—Había balas blindadas de rifle —le dije a Jane en su oficina de la *clínica*—. Es probable que las dispararan con un arma militar. Había dos en el cobertizo de la bomba. La tercera la pesqué hace una hora en la piscina.

Jane me observó mientras yo me inclinaba sobre su escritorio para poner las tres balas en el cenicero vacío. Robado en un bar de Notting Hill, la presencia del cenicero en aquel sitio me inspiraba confianza: era la prueba de que una pequeña parte *del* turbulento pasado de Jane sobrevivía en ese templo de la eficiencia. Enfundada en su bata blanca, y empequeñecida en su

sillón de cuero negro que más parecía el sofá de un astronauta, Jane seguía *impasible. Tocó las balas con la punta de un lápiz y, antes de* que yo pudiera hablar, levantó una mano. —Paul, tómatelo con calma.

Ya había adoptado su actitud de hija sabia, más preocupada por mi nivel de adrenalina que por la inquietante prueba que yo acababa de encontrar La recordé bajo los árboles, al costado del camino cerca de Arles, comiendo un melocotón, mientras el motor echaba vapor y yo improvisaba un ventilador de emergencia con un par de medias suyas.

Dio unos golpecitos a las balas, moviéndolas dentro *del* cenicero.

—¿Estás bien? Deberías haberme llamado. Y con respecto al ruso..., ¿a qué está jugando Halder?

—Le *dije que no te contara nada. Créeme, nunca* me he sentido mejor. Podría haber venido hasta aquí corriendo.

—Eso es precisamente lo que me preocupa. ¿No te hizo daño el ruso?

—Me rasguñó el hombro, y me resbalé en el césped. —¿Hablaba inglés?

—Mal. Dijo que se llamaba Alexei.

—Ya es algo. —Jane se puso de pie y rodeó el escritorio. Me puso sus pequeñas manos en la cara y me acarició el pelo húmedo. Se detuvo un instante sobre la magulladura que tenía encima de la oreja, pero no dijo nada sobre la herida.— ¿Por qué crees que era ruso?

—Es una posibilidad. Mencionó a alguien de nombre Natasha. ¿Te acuerdas de aquellos revendedores apostados cerca de las filas de taxis en el aeropuerto de Moscú? Vendían de todo: drogas, putas, diamantes, contratos de petróleo, cualquier cosa menos taxis. Había en él algo sórdido y de poca monta. Dieta pobre y coronas de lujo.

—No parece típico de Edén-Olimpia —comentó Jane, dejándome que descansara la cabeza en su pecho, mientras me examinaba el cuero cabelludo—. ¡Un tipo terrible, cómo no te iba a afectar! Puede que se hubiera perdido.

—Buscaba a alguien. Pensó que yo era David Greenwood. —¿Por qué? ¡Si no os parecéis en nada! David tenía quince años menos... —Se interrumpió y luego añadió:— No puede haber conocido a David.

Levanté la cabeza para verle la cara a Jane. —De eso se trata. ¿Por qué tendría contacto David con un delincuente ruso?

Jane se apoyó en el escritorio y me miró de un modo que no le había visto nunca. Más que la fatigada médica de familia de antaño parecía una especialista ajetreada y siempre con un ojo en el reloj.

—¿Quién sabe? Quizás alguien de la clínica de rehabilitación mencionó el nombre de David, y le quería vender un coche usado. —Puede ser. Los médicos que hacen obras de caridad tienen que mezclarse con la gentuza.

—Y con sus maridos. Paul, estas balas... No te inmiscuyas demasiado.

—No lo haré...

Oí las puertas *del* ascensor en el corredor. Era la hora en que los colegas de Jane terminaban su trabajo en la clínica y se iban a su casa. En alguna parte del edificio, una máquina de diálisis puso en funcionamiento su ciclo de lavado, y empezó a emitir una serie de suaves gruñidos, como si padeciera una leve indigestión. *La clínica era* un *palacio de quietud, lejos del cobertizo* de la bomba y del saco perforado por las balas. Miré por los *ventanales hacia el espacio* abierto *del lago.* En ese momento, alguna alteración en las profundidades produjo un breve temblor en Ja superficie.

Orgulloso de Jane, le dije:

—¡Qué oficinal Está claro que les gustas. Ahora comprendo por qué prefieres pasar el tiempo aquí. —Era la oficina de David. —¿No te hace sentir...?

—¿Rara? Me las arreglo. Dormimos en su cama. —Son casi motivos para el divorcio. Deberían haberte trasladado a otro sitio. Ya es bastante extraño que vivamos en la misma villa. —Hice un gesto indicando los ficheros.— ¿Has re-visado su archivo? ¿Alguna pista de *lo* que pasó?

—Está vacío, pero algunos de sus documentos están todavía en el ordenador —dijo Jane, tocando la pantalla con el lápiz—. Las historias *clínicas* de *La Bocca* te pondrían la carne de gallina. Hay un montón de chicas árabes que fueron terriblemente maltratadas. —Gracias, preferiría *no* verlas. ¿Qué hay de los niños aquí? ¿Mucho trabajo para ti?

—Muy *poco; casi no hay niños-en* Edén-Olimpia. No entiendo para qué necesitan un pediatra. Con todo, me da la oportunidad de *trabajar en otra cosa.* Hay *un proyecto nuevo* que utiliza las conexiones de módem a todas las villas y apartamentos, y el *profesor* Kalman quiere que participe *en* él.

—Estupendo, con tal de que no te exploten. ¿Es interesante?

-A la manera *de* Edén-Olimpia. —Jane *comenzó* a jugar distraídamente con las balas, como si fueran juegos de ingenio habituales en una oficina.— Por las mañanas, *al levantarse, la* gente podrá llamar a la clínica y obtendrá sus datos médicos: pulso, *presión sanguínea, peso, etcétera. Bastará con un* pinchazo en el dedo proyectado sobre un miniescáner y los ordenadores de la clínica *analizarán todo:* enzimas hepáticas, *colesterol,* indicadores de la próstata, lo que uno quiera.

—Nivel de alcohol *en la sangre, drogas* ligeras... —Todo. Es tan totalitario que solamente a Edén-Olimpia se le podría ocurrir y no pensar en *las consecuencias.* Pero puede que funcione. El profesor Kalman está muy ilusionado con las pruebas fecales, pero sospecho que va demasiado lejos. Detesta la idea de todo el papel higiénico que se desperdicia. Dice que la mejor

fuente de diagnóstico del mundo se va literalmente por el váter. ¿Qué te parece?

—Una locura. Completamente delirante.

—Tienes razón. Pero la idea fundamental es muy sensata. Podremos detectar cualquier cosa sospechosa de antemano.

—¿Y así nadie se enfermará?

—Supongo que no. —Dejó vagar la mirada por el lago.— Es una pena por la pediatría. A veces siento que todos los niños del mundo han crecido y me han abandonado.

—Sólo en Edén-Olimpia —dije cogiéndola de la mano—. Lo *siento,* Jane.

—Lo sé. —Jane volvió a mirar las balas que tenía en la palma de la mano, como si las viera por primera vez. Las apretó contra el pecho, *como si* calculara el efecto que tendrían en su cuerpo, y con una mueca las dejó caer en el cenicero.— ¡Qué siniestro! ¿Vas a entregarlas?

—¿A los de seguridad? Después, cuando haya tenido tiempo de pensar. Ni una palabra a Penrose.

—¿Por qué no? Debería saberlo. —Jane apoyó su mano sobre la mía cuando fui a coger las balas.— Paul, olvídalo por un momento. *Vas a encontrar más balas en el* jardín. *Han muerto siete* personas. Los guardias sentirían tanto pánico que dispararon a todo lo que se movía. Deja ya de ponerte en el lugar de David.

—Es lo que trato. Pero no es fácil, no sé por qué. Á propósito, estoy seguro de que David no mató a los rehenes en el garaje. Acabo de revisarlo.

—¡Pero si Penrose nos dijo que habían restaurado el garaje!

—Pues *no es cierto. Ya te ¡o enseñaré.*

—No, gracias. Creo que optaré por darle la razón al profesor Kalman, al fin y al cabo. Pero ¿dónde mató David a los rehenes, entonces?

—En el jardín. Uno de ellos probablemente murió frente al cobertizo de la bomba. El otro fue asesinado en la piscina.

—Qué extraño. ¿Qué haría el pobre, escaparse a nado? —Cansada *de la conversación,* Jane apoyó la cara *en* una mano. Luego tecleó algo en el ordenador y su piel pálida se iluminó con el brillo de la pantalla, repleta de números.

—*Jane... —dije poniéndole* las manos en los hombros, míen-tras en la pantalla aparecía una lista de anestésicos—. Lamento ser tan pesado contigo. ¿Por qué no nos olvidamos de David? A Jane se le escapó una sonrisa.

—Paul, querido, estás muy alterado. Pareces uno de esos perros de caza esperando a salir en una batida.

—No tengo otra cosa en que pensar. Estar echado todo el día junto a la piscina es una nueva forma de aislamiento social. Vayamos a Cannes y

pasemos la noche en la ciudad. Pediremos champaña en el Blue Bar, después un *allioli* en Mere Besson y mis tarde iremos al casino a ver cómo los millonarios árabes escogen a sus chicas.

—Me gustan los millonarios árabes. Son enormemente apacibles. De acuerdo. Pero primero he de ir a casa a cambiarme.

—No, ve así como estás. Con la bata blanca y el estetoscopio. Pensarán que soy un paciente que tiene una aventura con su joven y encantadora médica.

—Es la verdad. —Jane me sostuvo las manos sobre sus hombros y se acercó a mí.— Necesito un momento para refrescarme.

—Perfecto. Iré a tomar un poco de aire a la azotea y en veinte minutos estaré esperándote a la entrada en el coche. —Me incline sobre ella y señalé la pantalla del ordenador.— ¿Qué es eso? Me pareció ver las iniciales de David.

—Espeluznante, ¿no crees? No eres el único que encuentra huellas de los muertos.

—«22 de mayo»... —leí en la pantalla—. Eso fue una semana antes de los asesinatos. «Doctor Pearlman, profesor Louit, Richard Lancaster..., 2.30, 3, 4.» ¿Quién es toda esa gente?

—Son pacientes de David. Pearlman está en el directorio de Ciba-Geigy, Lancaster es presidente de la sucursal de Motorola. Ni se te ocurra matarlos, los vigilan como si fueran de la realeza. —Es que son de la realeza. Aquí hay otra lista, pero sin horarios. ¿Cuándo la hicieron?

—El 26 de mayo. Es una lista de citas para pedir hora. —Pero si David era pediatra. ¿Toda esa gente tiene niños? —Dudo que alguien los tenga. David pasaba la mayor parte del tiempo en medicina interna. Vámonos, Paul, ya has visto suficiente.

—Un momento. —Usando el ratón, busqué el principio de la lista.— «Robert Fontaine... Guy Bachelet.» Eran dos de las víctimas.

—Pobres diablos. Creo que Fontaine murió en el edificio central de la administración. Alain Delage lo sustituyó. ¿Acaso importa?

—Cambia un poco las cosas. Tan sólo dos días antes, David anotaba que debía darles una cita. Es un poco extraño teniendo en cuenta que planeaba matarlos. Jane...

—Lo siento, Paul —dijo Jane apagando el ordenador—. Basta por hoy con la teoría de las conspiraciones.

Me di la vuelta y me puse a mirar el lago, esperando que se produjera otro temblor.

—Les daba citas para la revisión médica. Todos esos análisis de colesterol y de orina... En cambio, una mañana se levanta temprano y decide matarlos.

Jane me dio unos golpecitos en la mejilla. ' —Una desgracia, Paul. Después de todo, la teoría del arrebato de locura parece cierta. No tendrás más remedio que volver a la piscina y seguir con el aislamiento social...

Hice un gesto de saludo al equipo del turno de la noche, y crucé el vestíbulo de la clínica rumbo a la entrada del aparcamiento. Mientras el ascensor me llevaba al último piso, me miré en el espejo y vi lo desastrado que estaba. Parecía un detective aficionado con magulladuras en la frente y una oreja inflamada —de tanto mirar por el ojo de la cerradura—, o un jinete excéntrico de caballo de paseo. Como de costumbre, Jane tenía razón: le había dado demasiadas vueltas al asunto de las tres balas y el garaje intacto. Un gendarme que inspeccionaba el jardín debía de haberse asustado y había disparado al cobertizo de la bomba cuando oyó que el motor empezaba a soltar cloro en la piscina con un ruido como de río subterráneo. La bala de rifle en la piscina pudo haber caído de la pérgola y luego una bota de combate, en la confusión, la había empujado al agua. Los rehenes habían muerto probablemente en la avenida, alcanzados por Greenwood al intentar escapar. No había por qué tomar al pie de la letra la descripción de los hechos según Wilder Penrose, ni la historia *oficial* que la oficina de prensa de Edén-Olimpia había difundido por el mundo.

Las puertas del ascensor se abrieron en la azotea, completamente vacía a excepción del Jaguar. El personal médico y los ejecutivos que acudían para una consulta dejaban sus coches en las plantas de abajo, peto yo prefería las vistas de la bahía de La Napoule y del mar apacible y tranquilo, que como una dócil amante se apoyaba en el brazo curvo del Esterel.

Me asomé al parapeto, e inhalé el aroma a pinos y la amalgama de olores farmacéuticos que subía por las salidas de ventilación. Pensaba en Jane y en su flamante oficina cuando de repente oí un grito en las plantas de abajo, una queja apagada seguida de un golpe. Luego se oyó otra voz violenta en una mezcla de árabe y ruso.

Corrí a la balaustrada interior y me asomé al patio central, dispuesto a pedir auxilio. Dos limusinas de Edén-Olimpia descendían por la rampa circular. Los chóferes detuvieron los vehículos en la tercera planta y bajaron a abrir las puertas de atrás para que sus pasajeros contemplaran el espectáculo que tenía lugar en el aparcamiento.

Había un vendedor de baratijas senegalés arrodillado sobre el cemento, vestido con su colorida rúnica, rodeado por abalorios y brazaletes desparramados por el suelo. A pesar de la luz mortecina, vi que lo habían golpeado en la cara y que la sangre le caía sobre una cartera de plástico llena de estilográficas y relojes baratos. Con aire digno, el hombre trataba de juntar sus humildes pertenencias, sabiendo que ese día habría hecho pocas

ganancias. Con paciencia, recobró una máscara que yacía junto a las botas de los guardias de seguridad, ocupados en golpear a un rollizo europeo vestido con un traje barato de color crema. La víctima estaba aún de pie, y protestaba en francés con acento ruso, mientras se defendía de los porrazos con las manos ensangrentadas. Con las camisas azules manchadas por el sudor, los tres guardias lo arrinconaron y le soltaron una ráfaga de golpes que acabaron por ponerlo de rodillas.

Aturdido por tanta violencia, dejé de mirar la escena y les grité a los ejecutivos que observaban desde sus coches, pero estaban demasiado ensimismados para hacerme caso. A juzgar por la sangre fría con que presenciaban la paliza, sentados en las limusinas con las puertas abiertas, parecían romanos mirando el castigo a un gladiador por no haber hecho frente al león. Vi que uno de ellos era Alain Delage, el contable de gafas que llevaba a Jane todos los días a la clínica. Él y los demás ejecutivos vestían cazadoras de cuero cerradas hasta el cuello, como miembros de un club de bolos de Edén-Olimpia.

Pronto acabó la paliza y escuché que el ruso tosía apoyado en la pared, mientras trataba de limpiarse la sangre de la chaqueta. Satisfechos, los guardias volvieron a enfundar sus porras y desaparecieron en la oscuridad. Las limusinas se pusieron de nuevo en marcha y giraron en dirección a la salida, llevándose al público de aquella improvisada obra de teatro en el estacionamiento.

Sujetándome a la balaustrada, bajé la rampa cojeando, en busca de un teléfono para llamar a un equipo médico de urgencias. El africano, entre tanto, había vuelto a ponerse de pie y se alisaba la túnica rasgada, pero el ruso no se levantaba de su rincón y respiraba con dificultad.

Bajé en círculos por la rampa tratando de que me vieran, pero un hombre uniformado salió de golpe de detrás de una columna y me impidió el paso.

—Señor Sinclair, tenga cuidado. El suelo es duro, se hará daño.

¡Halder! —exclamé al reconocerlo—. ¿Ha visto lo que ha pasado? Estuve a punto de resbalarme, pero me agarró del codo y pude apoyarme en él. Me miró con sus ojos-fríos para*evaluar si yo estaba borracho o drogado, pero su rostro inexpresivo no dejaba traslucir sus pensamientos.

—Halder, he visto a sus hombres. ¿Qué diablos es esto?

—Nada, señor Sinclair —dijo Halder con calma—, Un pequeño asunto de seguridad.

—¿Pequeño? Los estaban moliendo a golpes. Necesitan un médico. Llame a la doctora Jane por su radio.

—Señor Sinclair... —Halder se dio por vencido en su intento por calmarme—, ha sido un incidente disciplinario, nada de que preocuparse. Lo acompañaré al coche.

—Un momento —le dije haciéndolo a un lado—. Puedo andar solo. Está cometiendo un error: ése no era el ruso que vi esta mañana.Halder asintió, riéndose de mí mientras llamaba el ascensor. —Un ruso, otro ruso... Lo que tenemos que hacer es dar el ejemplo. No podemos estar en todas partes. Éste es *el* lado oscuro de Edén-Olimpia. Trabajamos duro para que usted y la doctora Jane puedan disfrutar al sol.

—¿El lado oscuro? —Puse el pie en *la puerta del ascensor*

para que no se cerrara y esperé a que Halder me mirara a los

ojos.— ¿Lejos de las pistas de tenis y las piscinas que usted tanto

detesta? No me *apetecería pasar macho* tiempo en el lado oscuro.

—No hace falta, señor Sinclair. Para eso estamos nosotros.

—Halder—dije bajando la voz, que resonaba en los oscuros

corredores—, *sus* hombres *les* han dado una paliza brutal.

—La policía de Cannes sería aún más dura con ellos. Les hemos hecho un favor.

—¿Y *las* limusinas aparcadas? Alain Delage y los demás peces gordos no se perdieron el espectáculo. ¿No le parece que se les fue la mano? Es como si hubieran actuado para ellos.

Halder asintió dando otra muestra de sus buenos modales mientras esperaba pacientemente a que por fin tomara el ascensor y me marchara.

—Puede que tenga razón. Algunos de sus vecinos de Edén-Olimpia tienen... un gusto especial.

—¿De modo que todo fue una farsa, arreglada cuidadosamente para que ustedes se entretuvieran?

—Nosotros no, señor Sinclair. Y ciertamente yo no. —Dio un paso atrás, se despidió y empezó a bajar por la rampa.

Me acomodé en el Jaguar y aspiré el aire de la noche. El olor a desinfectante y aire acondicionado me pareció más fuerte que el dulce aroma de pinos. Me sentía enfadado, pero al mismo tiempo eufórico, como si hubiera salido ileso de un accidente de avión en que el *resto* de los pasajeros hubiera sufrido heridas. Los rastros de sudor y hedor de la violencia habían cargado el aire, y el mundo había cambiado.

Solté el freno de mano y bajé la rampa con el Jaguar en punto muerto. Pensé en atropellar a Halder; pero, cuando pasé junto a él, el senegalés y el ruso ya se habían marchado, y las baratijas desparramadas brillaban entre charcos de sangre.

8 La biblioteca de Alicia

Con el estoicismo de una esposa de kamikaze vigilando los restos del avión, la señora Yasuda esperaba frente a su casa a que subieran el destrozado Porsche de su marido a un camión. El torno gimió y suspiró, como si compartiera todo el daño infligido al coche. Una colisión frontal le había roto el parachoques, los faros y el parabrisas, que el señor Yasuda había atravesado.

La señora Yasuda miraba el agujero sin expresión en el rostro, las mejillas desprovistas de color, como si el accidente del coche deportivo de su marido hubiera detenido los relojes de la reacción humana. Cuando el conductor de la grúa le pidió que firmase, escribió su nombre en amplias letras cursivas y cerró la puerta antes de que el hombre se hubiera despedido.

Por suerte, el señor Yasuda no se había lastimado en el accidente, como ya había tenido ocasión de ver unas horas antes. Aún despierto a las tres de la mañana, había salido de la habitación mientras Jane dormía como una adolescente, boca abajo y con la cabeza tapada con la almohada. Me paseé desnudo de una habitación a la otra, mientras el incidente en el estacionamiento de la clínica todavía me daba vueltas en la cabeza.

Me había inquietado ese despliegue de brutalidad. No le conté nada a Jane durante la cena en Cannes, pero una parte latente en mí se había despertado, no tanto por la crueldad, que detestaba, sino por el descubrimiento de que Edén-Olimpia ofrecía a sus residentes algo más de lo que parecía a simple vista. Por las piscinas y los jardines inmaculados merodeaba el sueño de la violencia.

Me puse la bata y besé la mano a Jane, que conservaba aún el olor de algún reactivo de hospital, y vi cómo sus dedos se movían en un reflejo pueril. Bajé la escalera, abrí la puerta de la terraza y crucé el jardín. La piscina parecía una pista negra de baile. Abrí la reja que daba a la pista de tenis y pisé las rayas blancas *iluminadas por la* luna, pensando en la mirada resignada del anciano senegalés.

Un coche se aproximaba a la casa de los Yasuda. El motor hacía un ruido extraño mientras el vehículo avanzaba trabajosamente a velocidad reducida. AI girar por el camino de acceso, *un neumático chirrió al contacto con un pedazo de* metal. Una luz se *encendió en* el estudio de la primera planta de la señora Yasuda, donde estaba a oscuras mirando quizás a su vecino inglés que daba vueltas por *el jardín.* Se acercó a la ventana y saludó a su marido cuando éste salió del coche accidentado.

Unos minutos después, los vi a través de las persianas de su dormitorio. Con la chaqueta de cuero puesta, el robusto hombre de negocios se paseaba

por la habitación haciendo gestos, *mientras su esposa lo miraba desde la cama. Parecía emular escenas de* una película de artes marciales, que habría visto esa noche con la comunidad japonesa de Cannes. Por fin se desvistió y se sentó a los pies de la cama, como un corpulento aspirante a samurai. La mujer se colocó entre las rodillas de él, le puso las manos sobre los hombros y esperó a que él le bajara los tirantes del camisón.

Empezaron a hacer el amor y me fui de la pista de tenis en dirección a la casa. Me acosté junto a Jane y oí el murmullo de su respiración mientras soñaba sus sueños de joven esposa. En alguna parte *del* enclave residencial sonó una bocina, seguida de otra en respuesta; los *coches* volvían de *los puestos de avanzada de la* noche.

La señora Morales les daba instrucciones a las muchachas italianas. *Trabajarían* una hora en la planta baja; tendría tiempo de sobra para afeitarme, ducharme y pensar en las posibilidades de un nuevo día. Ya había mermado el flujo de faxes y correos electrónicos desde Londres y, con mi consentimiento, Charles se había hecho cargo de editar las dos revistas de aviación.

Ante el aburrimiento que me imponía la vida en Edén-Olimpia, volví a meterme en la cama para sentir de nuevo las huellas aún tibias del cuerpo de Jane. Nosotros también, al regresar de Cannes, habíamos hecho el amor, algo cada vez más infrecuente a causa de sus largas jornadas de trabajo. En el complejo, el sexo era algo que se miraba por televisión. Pero Jane se había entusiasmado con la súbita idea de ir a Cannes; ser impulsivo iba en contra del código de valores de Edén-Olimpia. Al bajar del coche en La Croisette, parecía algo excitada. En un quiosco cerca del Majestic cogió un *Paris Match* y se fue tranquilamente sin pagar. Después lo dejó sobre la mesa del Mere Besson, junto al *allioli* de zanahorias y bacalao, consciente de que había robado la revista. Se encogió de hombros y sonrió de buen humor, a sabiendas de que un inesperado rayo de luz había iluminado nuestro mundo ordenado en exceso. El clima mental que reinaba en Edén-Olimpia nunca variaba, el termostato moral estaba fijado en algún lugar entre el deber y la precaución. La emoción se desvanecía de nuestras vidas y causaba una parálisis que hacía palidecer al sol. La revista robada nos impulsó a hacer el amor...

A medida que el ruido de las lustradoras se alejaba, yo recorría las habitaciones vacías en busca de más rastros de David Greenwood. Me senté en la cama del dormitorio de los niños, rodeado de figuras de dibujos animados —el Pato Donald, Babar y Tintín—, pensando en el niño que un

día Jane traería al mundo y en cómo dormiría y jugaría en una habitación tan soleada como ésta.

Junto al baño había un armario empotrado, adornado con las ilustraciones de Tenniel para los libros de Alicia. Abrí las puertas y vi que había una pequeña biblioteca, el primer signo real de que Greenwood había pasado por allí. En los estantes había unos treinta ejemplares de *Alicia en el país de las maravillas* y *A través del espejo,* con traducciones al francés, al español e incluso al serbo-croata. El fin de semana anterior, mientras tomábamos una copa, Wilder Penrose me había hablado del entusiasmo de Greenwood por los libros de Alicia, y de la sociedad Lewis Carroll que había fundado en Edén-Olimpia. Los surrealistas de París consideraban a Carroll uno de sus mayores precursores, pero Edén-Olimpia parecía un terreno poco propicio para conseguir adeptos a su literatura. Quizá los ejecutivos de las multinacionales tenían un sentido del humor más extravagante *del* que yo les suponía, y hallé afinidades entre el complejo y la mente hiperlógica de Alicia.

Los libros estaban usados; los jóvenes lectores del orfanato de La Bocca los habían tenido en préstamo. Y en las hojas de guarda, en *lo* que parecía letra de David, se leían estos nombres: *Fátima... Elisabeth... Véronique... Natasha...*

—Más y más extraño... —decía Jane mientras pasaba revista a los libros del armario—. Resulta que el ruso que te atacó es un padre devoto y quiere llevarse un libro de la biblioteca para su hija Natasha. —Así parece.

—Vamos, Paul. Te metiste en la parte honda y fuiste derecho al fondo. *No todos los rusos de* Ja *Costa Azul son mañosos.* El pobre trataba de que Natasha conociera a un clásico inglés. Te reíste de sus dientes, le robaste un zapato y montaste una búsqueda a gran escala.

—Lo sé. Ahora me arrepiento.

—Por lo menos no lo han atrapado. Halder se moriría por romperle el alma a alguien.

—No estoy tan seguro —dije alineando los libros—. Para ser un lector de bibliotecas, el ruso que me encontré era increíblemente agresivo.

—Por supuesto que sí. —Jane volvió a acostarse en la cama, saboreando su triunfo» Vestida aún con la bata blanca del hospital, había regresado a casa para cambiarse e ir a una conferencia que tenía en Niza.— Los rusos tuvieron que luchar por el derecho a leer... Mandelstam, Pasternak, Solyenitsin. Piensa en eso, Paul. Te estabas poniendo del lado de esos tipos de la KGB contra un pobre inmigrante y su pequeña Natasha.

—Me doy por vencido. —Me senté junto a Jane y le acaricié las pantorrillas.— Es una idea conmovedora que tantas chicas como Véronique y Fátima hayan leído los libros de Alicia en el asilo.¿Dónde estarán ahora?

—Trabajando en una horrible fábrica, supongo, embalando alpargatas a cinco francos la hora, mientras se preguntan qué habrá sido del buen inglés. No pienses mal de David. Hizo muchas obras de bien aquí.

—No lo pongo en duda. ¿Le conociste bien?

—Trabajamos juntos. Paul, ¿estás insinuándome algo?

—No. Es que siempre fui un poco curioso.

—Sabes que no me gusta eso. David ya no volverá, de modo que olvídate de él. —Irritada por mis preguntas, Jane se levantó de la cama y se quitó la bata. Parecía mayor de lo que era, con el pelo cepillado y la nariz maquillada para tapar la cicatriz que se había hecho de joven con un anillo. Levantó una mano como para darme una bofetada, pero luego lo pensó y me cogió del brazo.— Estoy cansada de decirte que nunca tuve muchos amantes.

—Creía que tenías todo un ejército.

—Me pregunto por qué... —De pie junto a la ventana, Jane miraba a través del parque en dirección al mar.— Tú sigues atrapado en el pasado. Es como un miembro amputado que duele y no deja de palpitar. Pero estamos aquí, Paul. Respiramos este aire y es esta luz la que vemos...

Levantaba el mentón mientras hablaba, y comprendí que no estaba mirando el espléndido cabo de Antibes ni el resplandor de aquel mar de peltre, sino los edificios de oficinas de Edén- Olimpia con sus antenas parabólicas. El complejo ya la había adoptado.

—Jane, te sientes a gusto aquí, ¿verdad?

—¿En Edén-Olimpia? Pues sí, hay mucho que hacer. Es un sitio abierto al talento y al trabajo duro. No hay campo que quede excluido, ni títulos de propiedad que se remonten a la maldita Carta Magna. Aquí todo es posible.

—Pero nunca pasa nada. Lo único que hacen es trabajar. Coincido contigo en que es maravilloso, pero han dejado fuera la realidad. Ninguno de ellos está en el ayuntamiento, ni opinan acerca del servicio de bomberos.

—De acuerdo. ¿Y a quién le importa eso? I —Ésa es la cuestión. Es probable que todo el complejo lo administre una asesoría de empresas en Osaka.

—No tengo nada en contra. Puede que sea mucho más justo. En el Guy había dos escaleras: una al frente, para los hombres, que llegaba a la terraza, y otra para los sirvientes, que reformaron en la parte de atrás y sólo llegaba a la tercera planta. De más está decir para quién es la segunda.

—Las cosas cambian.

—La vieja cantilena... Las mujeres ya la hemos escuchado por mucho tiempo. ¿Cuántos profesores son mujeres?^ ¡Incluso en ginecología! —De improviso, bajando la voz, agregó:— Kalman me dijo que todavía no han cubierto el puesto y me preguntó *si* me quería quedar seis meses más. —¿Y *tú quieres?*

—Si he de ser franca, sí. Piensa en ello. Pasar más tiempo aquí te haría bien. Un invierno benigno, un par de horas de tenis por día. Encontraremos a alguien para que juegue contigo, quizá la señora Yasuda.

—*Jane...* —*Traté* de *abrazarla; pero* se puso *tensa y mostró* los hombros puntiagudos.— Debo regresar a Londres, tengo negocios que atender. No puedo esperar que Charles haga eternamente mi trabajo.

—Ya lo sé. No obstante, podrías volar los fines de semana. Londres está a *sólo* una hora.

—Los fines de semana también trabajas. No contestó y se limitó a mirar a la piscina. Su mirada evitaba la mía, y parecía delinear mentalmente sus nuevos dominios, como si deshiciera su verdadero equipaje en la intimidad de su *mente.*

—Paul, no temas... —dijo alegremente, como si hubiera recordado de repente una aventura que alguna vez compartimos—. Estaremos juntos, pase lo que pase. Eres mi piloto herido, he de coserte las alas. ¿Cómo te sientes?

—Más o menos. —Por primera vez, su tonillo de esposa no me sonaba convincente. Vi las calcomanías del Sombrerero, del Lirón y la Reina Roja que Greenwood había pegado en la puerta del *armario.* Jane también estaba *creciendo, como* Alicia en *A través del espejo y* sentí algo de aquel pesar que habrá sentido Carroll cuando comprendió que su pequeña heroína se convertía en mujer y que pronto lo abandonaría. Cerré la puerta de la biblioteca y dije: —Será mejor que te cambies. Kalman pasará por ti en una hora. Pero antes de que te vayas, quisiera una copia de aquella lista de citas.

—¿La de David? ¿Por qué? —Jane recogió su bata blanca.— No estoy segura de que sea una buena idea.

—-Nadie se enterará. ¿Puedes abrir el documento en el ordenador de abajo?

—Sí, pero... ¿para qué lo quieres?

—Tengo una corazonada y quiero seguir la pista. Así podré dejar que David descanse en paz.

—Pues... no le muestres la lista a nadie. A estos altos ejecutivos no les gusta que sus historiales pasen de mano en mano.

—Es una lista, Jane. Podría haberla copiado del listín telefónico, —Hice una pausa en la escalera.— ¿Has podido averiguar por qué iban a la consulta de David? ¿Tenían algún problema?

—Sólo lesiones deportivas. Rasguños, una o dos fracturas. En Edén-Olimpia juegan a un tipo de rugby de lo más brutal.

Aún sentía la boca de Jane apretada contra mis labios cuando salí hacia el coche. Pensaba en ella delante del ordenador, mirándome con cautela mientras revisaba los archivos de Greenwood. ¿Había tratado de provocarme con lo de alargar el contrato? Después de otros seis meses, acabaría tan institucionalizada como un convicto de por vida, encerrada en una celda virtual que ella llamaba su oficina. Edén-Olimpia exigía un temperamento muy particular, comprometido con el trabajo más que con el placer, con los balances y las mesas de dibujo más que con los burdeles y mesas de juego de la vieja Riviera. De alguna manera, yo tenía que recordarle a Jane cuál era su verdadero yo. A su modo, el robar una revista del quiosco había sido un pequeño resquicio de esperanza.

Me puse la lista de citas en el bolsillo de la chaqueta y busqué las llaves del coche. Aparcado detrás del Jaguar en el patio en bajada estaba el deportivo de Wilder Penrose, un coche bajo de fabricación japonesa con enormes espejos retrovisores, alerón grotesco y tomas de aire lo bastante grandes como para impulsar un avión a chorro. Para mi modo de ver puritano, parecía una antología de todos los trucos de marketing, y me negué a mirar de qué marca era.

Pensé que Penrose estaba de visita en casa de Simone Délage, consolando quizás a aquella soñadora por los *efectos* de alguna pesadilla, o dándole consejos sobre qué hacer con los *problemas de impotencia en los contables* que ascienden demasiado alto o *demasiado pronto en sus carreras*. Había aparcado a *propósito* a *pocos centímetros del* Jaguar en vez de hacerlo en *el patio de los* Delage, forzándome a tomar una curva cerrada y *dejar en evidencia la dura* dirección *del* Jaguar.

Arranqué el motor, *y disfruté al oír el* resuello de los dos carburadores *rivales*, dispuestos por una vez a *zanjar* sus diferencias contra un enemigo común. Fui *avanzando* mientras giraba el volante, pero me encontré con la peana de la escultura del delfín. *Di* marcha atrás, con *cuidado* para no rozar el coche japonés, pero en el *último* momento, dando rienda suelta a un impulso espontáneo, levanté el pie *del pedal del freno. Sentí* cómo el fuerte parachoques *del Jaguar* se hundía en la fibra de vidrio hasta abollar la puerta del acompañante *del* deportivo, que se sacudió con el impacto.

Bajé la *rampa en* dirección a la calle tratando de hacerme el desentendido por lo que había hecho, pero ciertamente más ligero de espíritu.

9 Suelos de cristal y paredes blancas

—Señor Sinclair, en Edén-Olimpia no hay delitos. En absoluto. Pascal Zander, el nuevo jefe de seguridad, suspiró algo molesto. De hecho, diría que aquí se desconoce el concepto mismo

de delito. ¿Le parece que exagero?

—-En absoluto —respondí—. Hace dos meses que estamos aquí y no he visto una sola colilla ni un chicle tirado en el suelo.

—¿Chicle? Ni pensarlo. No hay pinas con que tropezarse, ni cagadas de pájaros sobre el coche. En Edén-Olimpia, hasta la naturaleza sabe cuál es su sitio.

Zander me sonrió resplandeciente, contento de recibirme en su oficina. Era un franco-libanés gordo y afable, y, sentado tras su escritorio con un abrigo de pelo de camello sobre los hombros, parecía más el responsable de relaciones públicas que el jefe de seguridad. Bien podía ser que no hubiera delitos en Edén-Olimpia, pero otros placeres estaban más a mano. Cuando su secretaria, una guapa suiza de unos cuarenta años, le llevó una carta urgente para firmar, la miró como un niño ante una cucharada de nata.

—Bien, bien... —dijo viéndola salir de su oficina, para luego volverse hacia mí con la misma mirada lasciva, que mantuvo aún unos instantes sin el menor signo de vergüenza. Se sentó sin quitarse el abrigo y acomodó el trasero en el sillón de cuero. Mientras él daba desdeñosos golpecitos en el lapicero de ónix, me dije que el sillón y el escritorio que había heredado de Guy Bachelet, su difunto antecesor, le quedaban pequeños. Aburrido ya de mi visita, Zander miraba los distantes tejados de Cannes, en una Costa Azul donde la tradición sacrosanta del crimen y las enfermedades sociales aún florecía.

Tratándose de un personaje tan desagradable, para mi sorpresa Pascal Zander me cayó bien. Era una de las pocas personas descaradamente venales en Edén-Olimpia, y sentí simpatía por él. Había ido a verlo con la intención de denunciar las pajizas brutales en el aparcamiento de la clínica, pero me encontré con un jefe de policía que creía firmemente haber erradicado todos los delitos. Me escuchó con compasión cuando le describí al intruso ruso que me golpeó, pero lisa y llanamente consideró *que la reyerta no era más* que una rivalidad entre extranjeros, seguramente a causa de mi esposa.

—En Edén-Olimpia nos vigilamos a nosotros mismos —explicó—. La honradez es un rasgo constituyente, junto con el aparcamiento gratis y el aire puro. Nuestros guardias están de adorno, como los guías de Euro-Disney.

—¿Sus *uniformes en* realidad no son más que disfraces? —Así es. Si lo que busca es auténtica delincuencia, vaya a Niza o a La *Bocca. Aquí encontrará robo,* prostitución y tráfico de drogas. Pero a nosotros nos parece casi folclórico, fomentado por *el* municipio para entretener a los turistas.

—Sería impensable en Edén-Olimpia —coincidí—. Aun así, hubo un fallo trágico.

—¿Se refiere al doctor Greenwood? Trágico, sí. —*Zander* se *llevó* una mano perfumada al pecho.— Cada momento que paso en este sillón vuelvo a sentir la tragedia. Su comportamiento fue criminal, pero de un orden que *está más allá de la ley o la* policía. —¿Qué le ocurrió al doctor Greenwood? Nadie parece saberlo.

—Wilder Penrose *puede decírselo: un relámpago que golpea* a un cerebro ya predispuesto. En cuestión de minutos, murieron siete de mis colegas, hombres y mujeres que lo dieron todo por Edén-Olimpia. La muerte *nos* acechó a todos aquella *mañana,* con un rifle en una mano y un cubilete de dados en la otra. —¿Los asesinatos fueron al azar?

—No cabe duda. No había ninguna conexión entre las víctimas y el asesino.

—Salvo por una cosa: que eran sus pacientes. Quizá Greenwood pensó que tenían una enfermedad incurable.

—Es cierto. Pero la enfermedad estaba en la cabeza de Greenwood. —Zander apoyó su *rollizo* pecho en el escritorio y bajó la voz:— Recibimos muchas críticas en seguridad, ¿pero cómo podíamos prever el comportamiento de alguien que estaba loco de remate? ¿Usted *lo conoció, señor Sinclair?*

—Fue colega de mi mujer en Londres. Parecía más bien... un idealista.

—Ése es el mejor disfraz. Hay mucha gente brillante en Edén-Olimpia. Para algunos, la mente es un sitio solitario, la cumbre fría por donde le gusta pasearse al genio. Pero de vez en cuando aparece una fisura.

—¿Entonces podría volver a suceder?

—Esperemos que no. Edén-Olimpia nunca sobreviviría. Pero tarde o temprano, quién sabe. Es que somos muy confiados, señor Sinclair. Muchos suelos de cristal y paredes blancas. Las posibilidades de corrupción son enormes: el poder, el dinero, las oportunidades. La gente puede cometer delitos y no darse por enterada. En cierto sentido, es mejor ser como Niza o La Bocca: los límites son claros y sabemos a qué precio los cruzamos. Aquí el juego no tiene reglas, y basta un hombre con determinación para... —Se interrumpió, ensimismado, y luego hizo un gesto obsceno al aire y se volvió hacia mí.— ¿En qué lo puedo ayudar, señor Sinclair?

—Me interesa saber exactamente qué ocurrió el 28 de mayo. La ruta que siguió el doctor Greenwood, el número de veces que disparó. Eso me daría una pista sobre su estado mental. Como inglés, me siento responsable...

—Lo dudo —dijo Zander, agitando nerviosamente las manos sobre los adornos del suntuoso escritorio—. Los asesinos violentos renuncian a su nacionalidad cuando cometen un crimen.

—¿Podría hablar *con* los parientes más próximos?

—¿Las esposas de las víctimas? Ya regresaron a sus países de origen. Lo único que les queda es el dolor.
—¿Y los empleados de sus oficinas? ¿Las secretarias, los asistentes personales?
—Ya han sufrido bastante; ¿qué más podrían decirle? ¿El color de corbata que llevaba Greenwood, si llevaba zapatos negros o marrones?
—Lo mejor sería un informe completo de los hechos. Supongo que usted tendrá uno.
—¿Uno? ¡Cientos de informes! Para el juez a cargo de la investigación, para el jefe de policía, para el ministro del Interior, seis embajadas extranjeras, abogados de las compañías...
—Entonces no tendrá inconveniente en prestarme uno.
—Todavía son confidenciales. Las corporaciones internacionales están involucradas y pueden llevar a juicio a Edén-Olimpia por *negligencia, cargo* que negamos de *plano.* —Entonces...
—No podré ayudarlo, *señor Sinclair.* —Era la primera vez que Zander hablaba como un policía. Se fijó en la cicatriz de mi frente y en mi oreja aún magullada.— *¿Le* intriga la violencia señor Sinclair?
—En absoluto, trato de evitaría.
—¿Y qué me dice de su esposa? Para algunas mujeres... —Es médica. Ha pasado años en salas de urgencia. —Aun así, hay gente que piensa que la violencia es útil para el matrimonio. Un tipo especial de diversión. Usted parece muy *interesado en los asesinatos* de *Greenwood, pero estoy* seguro de que sus motivos son sinceros. Por desgracia, me temo qUe pierde el tiempo. Ya se han seguido todas las posibles pistas.
—No todas... —Y enseguida saqué las tres balas del bolsill0 y las hice rodar sobre la mesa.— Son balas de rifle. Las encontré en el jardín de nuestra villa. Una estaba en el fondo de la piscina. Cómo llegó hasta allí es difícil de saber. Si mi opinión sirve de algo, no creo que los rehenes murieran en el garaje.
Zander sacó un pañuelo de seda y exhaló un aliento p0c agradable de la boca. Miró las balas, pero *ni* siquiera las examinó de cerca.
—Señor Sinclair, ha hecho bien en encontrarlas. Mis hombre» me habían asegurado que hicieron una búsqueda exhaustiva. —Puede ver si coinciden con el rifle de Greenwood. —El arma está en poder de la policía de Cannes. *Será* mejor que no los volvamos a involucrar. Aparecerán más huellas de Greenwood. Cuanto *mayor es el crimen, tanto* más tiempo contaminan el aire sus efectos. ¿Ha encontrado alguna otra cosa?
—En la villa no. Pero hay una o dos cosas extrañas que pasan en Edén-Olimpia.

—Me alegra oírlo —dijo Zander, abriendo una ventana y dejando entrar el aire tibio, que inhaló en grandes y breves bocanadas. Una vez que recuperó la compostura, me acompañó a la puerta—. *«Cosas extrañas»...* Ya casi había perdido la esperanza en nuestro complejo. Buenas noticias, señor Sinclair. Manténgasealerta...

—Así lo haré. Y con respecto a los rehenes...

—Señor Sinclair, por favor. —Zander me rodeó los hombros con un brazo, y recordé la fuerza que se oculta bajo un peso pesado.— A los muertos ya no les importa dónde los mataron, pero hábleme de su joven esposa. ¿Está disfrutando de su estancia con nosotros?

—Mucho. —Salí por una puerta lateral al pasillo, donde esperaba una asistente.— Pero trabaja demasiado.

—Como todos. Es nuestro vicio secreto. A ella le hace falta jugar un poco más. Tendrá usted que encontrar un modo de divertirla. Hay tantos juegos interesantes en Edén-Olimpia...

Volvió a fruncir la boca con desagrado, dejando ver el interior rosáceo de sus labios casi negros, pero tenía los ojos clavados en las tres balas que estaban sobre su escritorio.

10 La lista de blancos

Un aire casi soporífero flotaba sobre el lago, una nube solitaria que se había desplazado desde la colina llevando el aroma a desodorante de una fábrica de Grasse. Me puse a caminar junto a la orilla del lago, y al poco tiempo atraje la atención de dos guardias de seguridad que vigilaban desde un Range Rover aparcado entre los pinos. Uno de ellos me miró con sus prismáticos, sorprendido sin duda de que alguien en Edén-Olimpia tuviera tiempo de pasear al sol del mediodía.

Entre el edificio de seguridad y los laboratorios de investigación de Elf-Maritime había un bar al aire libre, destinado a maquillar el aspecto público del complejo y darle una apariencia más propia de un centro turístico de los Alpes. Cansado por mi encuentro con Zander, me senté y pedí vino blanco a la joven camarera francesa, que llevaba téjanos y un chaleco blanco con una cita impresa de Baudrillard.

Zander no me había dicho nada, *tal* como esperaba. Ni siquiera su silencio me había dado alguna pista. Ahora, seis meses después de los acontecimientos, veía que Edén-Olimpia había borrado a David Greenwood de su memoria colectiva y sepultado el asunto en el archivo de casos por resolver, como los terremotos y los regicidios.

Pensé en Zander: matón, bisexual y corrupto, cualidades indudablemente esenciales para cualquier jefe de policía con ambiciones de éxito. En mi mano derecha olía aún su loción para después del afeitado; a punto estuve de ir a la orilla del agua y lavarme las manos, pero alterar la superficie del lago habría provocado la alarma. Sin embargo, Zander era un posible colaborador y, hasta el momento, el único que veía una imperfección en el corazón mismo de Edén-Olimpia. Dada la ausencia de un orden moral explícito, en que las decisiones sobre lo que era correcto e incorrecto formaban parte de la trama social al igual que los simulacros de incendio o las normas de tránsito, el trabajo de Zander se convertía en imposible. El delito florecía en Edén-Olimpia sin que sus residentes se dieran cuenta de que eran ellos mismos los que lo perpetraban, y sin dejar pistas sobre los posibles motivos.

Según Jane, Zander era el jefe interino de seguridad y aguardaba ser confirmado en el cargo. Hasta que esto sucediera, y mientras esperaba nerviosamente detrás del escritorio en su abrigo de piel de camello, podía convertirse en un útil aliado. Me acordé de las imágenes de Alicia que había encontrado en la habitación de los niños. No era la primera vez que barajaba la idea de que tal vez David Greenwood no había cometido los asesinatos del 28 de mayo y que habían falseado la filmación de las cámaras de vigilancia, que lo mostraban entrando y saliendo de las oficinas de sus víctimas.

Una rubia de unos treinta años vestida con un traje negro se sentó a una mesa cercana. Pidió un *cappuccino* y bromeó con \a camarera, pero tenía los ojos clavados en la última planta del edificio de seguridad, donde estaba la oficina de Zander. Abrió un ordenador portátil y comenzó a teclear, La pantalla mostró una serie de avisos de venta de villas lujosas en Super-Cannes y Californie, todas dotadas de un césped azul eléctrico y un cielo esmeralda. La mujer *echó* un vistazo a las fotografías sobreex-puestas y, con expresión malhumorada, comenzó a teclear un diálogo consigo misma. Al parecer ponía en orden la agenda del día y se respondía en voz alta con un irónico acento inglés. La imaginé saliendo de la ducha, con la cabeza envuelta en una toalla, revisando en el ordenador las emociones que le depararía el día, los recuerdos que debía relegar, los sueños que recibirían unos minutos de un tiempo demasiado valioso, y todo el programa salpicado de sardónicos comentarios al margen.

En una pausa en la creación, miró por encima de las mesas hacia donde estaba yo, dejando ver un rostro atractivo pero irritable. La tildé de rebelde profesional, alguien a quien incomodaban los atributos *del* éxito empresarial, los clubes elitistas y las tarjetas de crédito de la compañía» ese oro de los tontos que servía para comprar la vida entera pero no ofrecía descuentos para el idealismo o la integridad, y me gustó la mirada sombría que clavaba en el

complejo. Se fijó en mi camisa desabotonada, mi chaqueta de tweed y mis sandalias, un atuendo que nadie se ponía en Edén-Olimpia para ir a trabajar ni tampoco para jugar. Era mi ropa de *paisano mientras* estaba *en la base de* la RAF en *Chipre, hacia 1978, y garantía,* creía yo con ingenuidad, de cierta sinceridad. Me observó mientras me quitaba una hoja de la solapa y una sonrisa como un tic lento le curvó la boca. Luego bebió *su café y* se secó los labios con una servilleta, y sobre la mesa quedó *la huella de* un beso. Volvió a su ordenador, para esbozar quizás un análisis de costos y beneficios de su próxima aventura, los fondos especiales que debía asignar para una pequeña cirugía plástica, *las visitas de control* a *la clínica del* VIH...

Como para alentar las fantasías del forastero sentado en la mesa de al lado, se quitó los zapatos de tacón alto y se levantó la falda para rascarse los empeines, exhibiendo una fugaz y agradable visión de su muslo blanco. A pesar del traje elegante se le había ido un poco la mano con el pelo teñido de rubio, lo cual le confería un aspecto de fulana intelectual y descarada. ¿Sería una prostituta, provista de ordenador como todo el mundo en Edén-Olimpia? Su mirada escéptica hacia el edificio Elf no parecía indicar que trabajara con satisfacción en equipo alguno. Un helicóptero de seguridad patrullaba el lago, y apenas se oía el suave motor sobre la superficie impasible del agua. Por un instante pensé que me seguía por haber chocado con el coche de Wilder Penrose.

Había dañado la puerta con alevosía para hacerle pagar por haber insistido en que Jane se quedara en Edén-Olimpia, pero también por la pura perversidad de ver cómo se hacía añicos la fibra de vidrio. Me recordó los arranques de vandalismo de cuando tenía siete años. Mis padres estaban de vacaciones en Francia, intentando salvar un matrimonio que languidecía y conscientes de que donde más felices se sentían era en el extranjero. Me habían dejado con la hermana de mí madre, una conocida actriz que se había *retirado y tenía cierta vena religiosa. Me adoraba, pero me* prohibía ferozmente que viera ciertos programas de televisión. Casi todos los que me gustaban parecían recordarle la carrera a la *que* había renunciado. Una tarde, *después de impedirme ver una* serie de ciencia ficción en la que hacía de psiquiatra marciana, conseguí escaparme a la calle con un bote de pintura en aerosol.

En pocos minutos de delirio, le estropeé el coche con extraños jeroglíficos en las puertas y el parabrisas que, en mi imaginación, eran símbolos de una lengua interplanetaria.

Un guardia de tráfico me denunció a mi tía, pero ella consiguió tapar el incidente. Los dos sabíamos que yo intentaba castigar a mis padres, pero desde ese momento me consideró un ángel caído. Ya no le importó qué programas

veía por la televisión, un estado de deshonra que me animó durante años. Dañar el coche de Penrose había sido casi tan satisfactorio como eso. Por unos instantes, y a mi pesar, volví a sentirme como un niño, con todos los poderes secretos que una criatura rebelde ejerce sobre el mundo de los adultos.

El helicóptero se marchó, reflejado en los cristales del edificio de Crédit-Suisse. La rubia del ordenador también se había marchado. La servilleta de papel con las huellas de sus labios cayó al suelo cerca de mis pies. Me la llevé a la nariz y aspiré el tenue perfume.

Sentí una mano en el hombro, casi obligándome a ponerme de rodillas.

—Paul, conque es aquí donde se esconde... ¡Cielo santo, qué envidia!

Wilder Penrose me sonrió sin darse cuenta de que había volcado mi vaso de vino. Me quitó la servilleta de la mano y frotó ligeramente el mantel manchado, haciendo aún más grande la mancha. Llevaba uno de sus trajes de lino y una corbata de seda negra ondeaba en su ancho cuello como un minúsculo lazo. Me miraba *sin* parpadear, *como si los* ojos estuvieran desconectados del resto de su cara y de la amplia sonrisa que parecía expresar un placer sincero por haberme hallado.

—Paul, lo siento. Lejos de la clínica soy increíblemente torpe. Le pediré otra copa. —Penrose le hizo señas a la camarera y miró deleitado a su alrededor.— Se está muy bien aquí. Por suerte tengo un día tranquilo.

—¿Un día sin pacientes? ¿No es ésa una señal de éxito?

—Por desgracia, no hay médico en el mundo que estaría de acuerdo con usted.

Cuando la camarera le sirvió el café, Penrose abrió el sobre-cito de azúcar. Las manos eran tan torpes *como* las de un niño, y tenía granos de azúcar pegados en los dedos cuando hundió el grueso labio superior en la espuma espolvoreada con chocolate. Detrás de él, la camarera limpiaba la mesa de la rubia, que había dejado un montón de restos, servilletas sucias con café y crema vertida sobre el *mantel* de *papel ¿Acaso* los malos modales eran una característica de la clase ejecutiva de Edén-Olimpia, una válvula de seguridad para las tensiones corporativas?

El deportivo japonés estaba aparcado junto al lago, y la abolladura en la puerta era claramente visible. Penrose no me quitaba los *ojos* de encima.

—¿Quiere dar una vuelta? Es un coche interesante. Al estilo de su Harvard, *supongo.*

—Es de otra época. —Y con calma agregué:— Se ha dado un golpe. ¿Por tomar una curva demasiado *rápido?*

—Sólo hago eso en mi vida profesional. Ésos *clochards* de Cannes, casi todos del *68.* Ven un homenaje al genio industrial moderno y no pueden evitar pegarle una patada.

Penrose me miraba mientras hablaba, con la cabeza inclinada sobre la taza de café, sabiendo de sobra que yo le había dañado el coche. Para mi sorpresa, no me sentí culpable, como si hubiera actuado casi con su consentimiento.

—Y bien,. ¿Cuál es su veredicto sobre Edén-Olimpia? ¿Ya se ha adaptado?

—No me llevó más de diez minutos. La villa es muy cómoda, por ser una casa encantada.

—Muy bien. ¿Y la señora Morales?

—Es la discreción en persona. No se asombraría si yo subiera a escondidas al dormitorio con una niña de catorce años.

—Debería probarlo... —Penrose pasó el dedo índice por las últimas gotas que quedaban en la taza.— Claro que para ella usted ya lo ha hecho.

—¿Se refiere a Jane? Es más madura de lo que parece. —Trabajo con ella, Paul. Es más prudente de lo que yo seré nunca. De hecho, hay sitios en el interior de España donde las parejas se arreglan incluso antes de la adolescencia, para adelantar la menstruación y acelerar la disponibilidad de mano de obra para el campo. ¿Qué me dice de sus vecinos?

—Conocimos a los Delage. Europeos, muy modernos e increíblemente atentos. La señora Yasuda ya se inclina ante mí pero no he conseguido acercarme a menos de diez metros.

—En Edén-Olimpia la gente mantiene las distancias. Es un problema que estamos tratando de mejorar. Cuando llegan a casa, lo único que quieren hacer es estar solos, prepararse un Martini y nadar unos largos. Su verdadera vida social está en la oficina.

—Parece un error de diseño. Jane y yo vamos a Cannes aunque sea para hablar con los turistas de la mesa vecina.

—Yo también lo he probado. Es curioso, ¿no? —Penrose bajó la voz.— ¿No le parecen un poco extraños?

—¿Los turistas de Cannes?

—La gente fuera de Edén-Olimpia. De alguna manera, hay una dimensión que les falta. Está ausente la autoafirmación. Se pasean por La Croisette, hablan de sus vuelos a Dusseldorf o Cleveland, pero todo es irreal. Si uno los observa, descubre que los turistas son un. fenómeno muy extraño. Millones de personas cruzan el mundo para andar por ciudades que no conocen. El turismo debe de ser el ultimo vestigio de las grandes migraciones de la edad del bronce.

—¿Deberían quedarse en casa, entonces?

—Sí, pero tampoco los beneficiaría. Vaya a Cannes y mire a su alrededor: las cajeras del Monoprix, el chófer paseando al caniche, el dentista y su secretaria encontrándose en un hotel de mala muerte... Son como actores que

improvisan sus papeles sin darse cuenta de que la película se está rodando en otra parte.

—¿En Edén-Olimpia? No he visto el guión.

—Se está escribiendo aún. Todos salimos en la película: los Delage, usted, Jane y la señora Yasuda. Es el único guión que cuenta.

—Déjeme adivinar. —Acabé mi vino y dejé el vaso vacío enfrente de Penrose, curioso por ver cuánto tiempo tardaría en volcarlo.— Los personajes nunca se encuentran, excepto en las oficinas. No hay drama ni conflicto. No hay clubes ni clases nocturnas...

—No nos hacen falta. No cumplen ninguna función.

—No hay fiestas de beneficencia ni reuniones en la iglesia. Tampoco hay veladas para recolectar fondos.

—Son todos ricos. O, al menos, tienen una vida desahogada.

—No hay policía ni sistema legal.

—No hay delitos ni problemas sociales. —Ni responsabilidad democrática. Nadie vota. ¿Quién hace que las cosas funcionen, entonces?

—Nosotros. —Penrose hablaba sin inmutarse, dejando a la vista sus uñas mordidas como si intentara dar la impresión de ser un hombre vulnerable pero sincero.— Hace años la gente dio por sentado que en el futuro *habría más* ocio. Eso es cierto para los que tienen menos talento y aptitud, para aquellos que no contribuyen a la sociedad. —¿Por *ejemplo?*

—Los poetas, los vigilantes de estacionamientos, los ecologistas... —Penrose hacía gestos de desprecio y de un golpe volcó mi vaso de vino. Volvió a ponerlo sobre la mesa, avergonzado de su torpeza, y prosiguió:—Sé que no soy justo, pero coincidirá conmigo. Para la gente con talento y ambiciosa, el futuro significa trabajo, no placer.

—¡Qué deprimente! ¿Y no hay recreación? —Sólo de un tipo particular. Hable con la gente que está en Edén-Olimpia desde hace tiempo. Han ido más allá del placer. El juego con pelotas de toda forma y tamaño... —A Penrose se le trabó la lengua e hizo una pausa para flexionar los labios.—Eso es algo que han dejado atrás, en la infancia. Encuentran plena satisfacción en su trabajo, a la cabeza de un banco de inversiones, diseñando un aeropuerto o sacando a la venta una nueva generación de antibióticos. Si el trabajo es satisfactorio, a la gente no le hace falta el ocio a la manera en que se entendía antes. Nadie se pregunta qué hacían Newton o Darwin para relajarse, o cómo pasaba Bach los fines de semana. En Edén-Olimpia el trabajo es el supremo placer, y el placer, el trabajo supremo.

—Hay algo que no concuerda, sin embargo. Lo único que veo aquí es un montón de edificios de oficinas y aparcamientos en un paisaje artificial. ¿Qué hay de la ley y la iglesia, de la orientación moral que le da cohesión a todo?

—Pues han desaparecido. Nos hemos deshecho de ellas del mismo modo que usted se deshizo del aparato ortopédico una vez que pudo andar solo.

—¿Así que Edén-Olimpia está más allá de la moral?

—En cierto *sentido,* sí. —Haciendo un esfuerzo por disimular su torpeza, Penrose colocó el vaso vacío en otra mesa.— Recuerde, paúl, la vieja moral pertenecía a un estadio más primitivo del desarrollo humano. Servía para las hordas de cazadores y buscadores de carroña que acababan de salir de las planicies de Serengeti. Las primeras religiones tuvieron que tratar con primates de escaso desarrollo social, que no dudaban en liarse a golpes en la primera ocasión. Como no tenían control sobre sí mismos, necesitaban tabúes éticos que lo hicieran por ellos.

Conque adiós a la vieja moral. ¿Y después, qué?

—La libertad. Un gigante multinacional como Fuji o General Motors fija su propia moral. La compañía define las normas con que usted trata a su esposa, dónde educa a sus hijos o cuáles son los límites para una inversión en la Bolsa. El banco decide de cuánto será la hipoteca o el seguro médico. No hay más decisiones morales que las que hay en una superautopista nueva. A menos que conduzca un Ferrari, apretar el acelerador no es una decisión moral. Ford, Fiat y Toyota han trabajado dentro de una razonable curva de respuesta. Podemos confiar en su juicio, y eso nos da la libertad de ocuparnos del resto de nuestra vida. Hemos alcanzado la libertad real, la libertad de la moral, Penrose se reclinó en la silla, con las manos alzadas como un evangelista o un prestidigitador. Me miraba para observar mi reacción, menos interesado en convertirme que en arrancarme una concesión entre dientes de que, después de todo, él tenía razón. Supuse que en algún momento de su vida, en la facultad de medicina o durante su formación como psiquiatra, no lo habían tomado en serio.

Sin dejarme convencer por su argumento, dije: —Parece un billete a *1984,* pero por una carretera pintoresca. Creía que el hombre eficiente se había extinguido en los sesenta. —Pues sí, nuestro hombre con aire preocupado y traje gris de franela se extinguió. Era un homínido cuyo antiguo hábitat estaba en la oficina, una versión corporativa del hombre primitivo, que se hizo sedentario para sobrevivir. Vivía en cautiverio en una cueva burocrática poco sofisticada y era poco más que una tarjeta humana perforada. Hoy en día, los hombres y mujeres profesionales tienen sus propias motivaciones. La pirámide corporativa es una jerarquía virtual que se vuelve a montar infinitamente alrededor de ellos. Gozan de una enorme movilidad. Mientras usted, Paul, da vueltas sin ton ni son, ellos patentan un nuevo gen o diseñan nuevas medicinas que curarán el cáncer y doblarán su esperanza de vida.

—Impresionante. Edén-Olimpia es el nuevo paraíso. ¿Por qué no ponen una señal en el camino?

—Algún día, quizá, pero *no nos jactamos* de ello. —Penrose volvió a sonreírme, una sonrisa amplia que iluminó un instante sus fríos *ojos.*—Por fin la gente es libre de disfrutar, aunque la mayoría aún no lo sabe. En cierto modo, soy una especie de coordinador del ocio. Me encargo de organizarles aventuras en el patio de recreo que tienen metido en la cabeza. Eso está al alcance de todos. Cualquiera puede explorar sus sueños ocultos, los lugares secretos de su corazón. Y seguir su imaginación a *donde ¡o lleve.* —¿Tedio, adulterio y cocaína?

—*Si usted* quiere, pero eso es más bien anticuado. Usted es piloto, Paul, ha volado por encima de las nubes. Se defraudaría a sí mismo si dejara de ser creativo.

—Eso huele a choque frontal con la ley, o a un nuevo tipo de psicopatología.

—Paul... —Fingiendo que lo exasperaba, Penrose se reclinó en el asiento con un suspiro.— Los ricos saben cómo manejar lo que tienen de psicopático. Los terratenientes han gozado siempre de libertades que se les negaban a los arrendatarios y campesinos. El comportamiento del marqués de Sade, por ejemplo, era típico de su clase. La aristocracia mantiene vivos esos placeres en peligro de extinción que tanto disgustan a la burguesía. Puede que parezcan perversos, pero hacen la vida más interesante.

—Es curioso que lo diga un psiquiatra. —¿Por qué? Hubo un tiempo en que las perversiones eran potencialmente peligrosas. Las sociedades no eran lo bastante fuertes para dejar que florecieran. —Pero Edén-Olimpia lo es.

—Por supuesto. —Penrose hablaba con aire meloso, como dirigiéndose a su paciente predilecto.— Usted aquí es libre, Paul. Tal vez por primera vez en su vida.

Penrose observaba mi reacción con una sonrisa en los labios. Me pregunté si habría hablado con Jane y por qué insistía en jugar conmigo al evangelista. Pero después pensé en otro médico, algo más impresionable que él.

—Conque libre, ¿eh? Es difícil saber hasta qué punto están flojos los grilletes. ¿Habló de esto con David Greewood?

—Es probable. Soy una especie de proselitista. La clase media ha regido el mundo desde la Revolución Francesa, pero ahora se ha convertido en el nuevo proletariado. Ya es hora de que otra élite tome las riendas.

—¿Qué decía David de todo esto?

—Estaba de acuerdo, creo. Incluso vino a consultarme como profesional.

—¿Cuál era su problema? ¿Demasiado interés por los pobres y *los* huérfanos?

—No se lo puedo decir. —Penrose se alisó la corbata de seda.— Era un hombre generoso, simpático como un niño. Pero... muy reprimido.

—¿Sexualmente?

—También. Yo quería que David fuera más fuerte, que no tuviera miedo de lanzarse a la aventura.

—¿Dónde? —pregunté, señalando el lago y los soleados patios de los edificios de oficinas—. No veo ninguna jungla que espere al doctor Livingstone. Lo cierto es que mató a diez personas. A *tres* de ellos por la espalda, mientras trataban de escapar.

—Lo sé, Zander me dijo *lo* de las balas. Por *eso vine* aquí, porque lo veo intranquilo. —Penrose se mordisqueó una uña y *olió con* aire pensativo la cutícula dañada.— David era muy ingenuo, como lo demostró con la sociedad de Lewis Carroll. No entendió que los franceses ven en los libros de Alicia un retrato realista de la vida inglesa. David Greenwood se sintió defraudado por Edén-Olimpia, y nosotros pagamos las consecuencias. Al menos, sólo murieron diez.

—¿Sólo? I

—Corre el rumor de que planeaba matar a más de diez personas. —Penrose miró sobre mis hombros a un espacio privado y de golpe se puso de pie.— Debo irme. Le diré a Jane que lo he visto vagando por aquí.

—No le importará. *Sólo* piensa en trabajar.

—Paul, eso es tener lástima de uno mismo —dijo Penrose acusándome *con* el *índice*—. Jane está probando un nuevo programa informático para controlar la propagación de virus nasales en Edén-Olimpia. Tiene la corazonada de que si la gente se sienta a más de cuarenta y cinco centímetros unos de otros, se detendrá el factor de infección.

—Pensé que la gente ya estaba bastante alejada. —En cierta manera, sí. Pero, si la pista de baile está menos abarrotada, es más fácil hacer piruetas —añadió Penrose, moviendo los brazos en un despliegue de energía que acabó por hacer caer la silla. Se quedó de pie detrás de mí, con sus enormes manos sobre mis hombros, como si le costara irse—. La pista de baile está libre, Paul, aprovéchela. Y, si quiere, puede escoger su canción...

Cuando el murmullo del escape de su coche se apagó en la distancia, volví a escudriñar el lago. Frente a mí quedaban los restos de Penrose, el platillo chorreando, las servilletas mojadas y los so-brecitos de azúcar con manchas de café. El que pasara por allí diría que había estado alimentando a un bebé con una cuchara.

Había tratado de hacerme engullir un buen puñado de ideas, pero ¿cuál era la golosina que contenían? Supuse que Penrose había ido a sonsacarme

información sobre los crímenes de Greenwood, actuando como su apoderado en una investigación que rehusaba revelar. Había mencionado con demasiada soltura el «rumor» de que existían otras víctimas potenciales.

Saqué la lista de citas de mi cartera y la extendí sobre la mesa. Luego recorrí los nombres, con los comentarios al margen que había añadido a mano. Los asteriscos indicaban los que habían muerto.

Alain Delage. *Compañía de inversiones de Edén-Olimpia.*

*Michel Charbonneau. *Presidente de la compañía de inversiones de Edén-Olimpia.*

*Robert Fontaine. *Alto ejecutivo administrativo, E-O.*

*Olga Carlotti. *Jefa de personal, E-O.*

*Guy Bachelet. *Jefe de seguridad, E-O.*

*Georges Vadim. *Gerente general, Centro de Televisión, E-O.*

*Dominique Serrou. *Médica.*

*Profesor Berthoud. *Jefe de farmacéuticos.*

Walter Beckman. *Presidente del directorio de Seguridad Beckman, con sede en Nueva York.*

Henry Ogilvy. *Agente de seguros, ex socio del sindicato de Lloyd, con sede en Florida.*

Shohei Narita. *Presidente de un banco de inversiones. Antiguo vecino de Greenwood.* F.D.?

Pascal Zander. Wilder Penrose.

Siete de los ocho primeros habían sido víctimas de Greenwood, tan sólo cuarenta y ocho horas después de que les diera cita. Dos de ellos eran colegas de la clínica, y Jane había observado que los médicos concertaban de palabra sus citas con otros médicos. Penrose, además, trabajaba en la oficina de al lado.

Alain Delage encabezaba la lista. Recordé que Simone había mencionado su viaje a Lausana. De haberse quedado en Edén-Olimpia, dijo, habrían presenciado la violenta tragedia del último tiroteo.

Pero más cerca quizá de lo que se imaginaba. Mientras miraba la lista, comprendí que tenía ante mí una serie muy particular de citas médicas. Lo que había sacado del ordenador de Jane era una selección de objetivos.

¿Una lista de blancos?

11 El ejemplo de Saint-Exupéry

—¡Monsieur Delage! No se vaya. ¡Alain...!

Había dejado el Jaguar a unos cien metros del edificio de la *administración, en el único sitio que encontré para aparcar*. Mientras cojeaba entre las filas de coches, llamé a gritos al hombre de traje oscuro que salía por la puerta giratoria. Nunca habíamos hablado, a no ser para darnos los buenos días, de lejos, de garaje a garaje. Al no reconocer mi voz, Delage agachó la cabeza y siguió caminando detrás de un asistente. El chófer le aguardaba con la puerta de la limusina abierta y la mano enguantada en alto como en una advertencia hacia mí.

—Alain, me alegra haberlo alcanzado. —Pasé delante del asistente, que le alcanzaba un maletín negro por la ventanilla. Se interpuso en mi camino pero lo empujé a un lado. El chófer me agarró por los hombros desde atrás y trató de tirarme al suelo. Me apoyé en el coche, lo cogí de las solapas y lo arrojé contra el maletero. Un par de brazos mucho más fuertes me agarraron por la cintura, apretándome los codos contra el pecho. Sentí el aliento de un guardia de seguridad en el cuello. Tirándome hacia atrás, me pateó los talones y caí al asfalto duro.

Delage me miró desde la limusina, con el bigote erizado y los claros ojos, alarmados tras sus gafas sin montura. Sólo entonces reconoció al inglés en apuros, con rasguños en las mejillas a causa de la grava, que trataba sin aliento de hablar con él.

—¿Señor Sinclair?

—Alain... —Me quité las manos del guardia de encima y saqué la lista de citas del bolsillo.— Lea esto... Puede que esté en peligro.

—Paul, ¿puede respirar? No esperaba que nos encontráramos de esta manera.

Delage estaba de pie junto al coche, mirándome preocupado al tiempo que me quitaba los restos de grava de la chaqueta. Yo me había sentado en el asiento de atrás, con la puerta abierta y los pies en el suelo.

—Estoy bien. Necesito un minuto. —Me toqué la rodilla y comprobé con alivio que las grapas estaban en su sitio.— Perdón por aparecer así, pero su vida puede estar en peligro.

—Pensemos primero en la suya, Paul. ¿Quiere que llame a la clínica? Jane vendrá con el equipo de urgencias.

—No la moleste. —Saludé al guardia, que me miraba cautelosamente y con el receptor de radio en la mano. El chófer iba cojeando por la calle para recoger su gorra, que el asistente había localizado debajo de otro coche.— Me alegra ver que la seguridad funciona tan bien. Reaccionó usted en un santiamén.

—Naturalmente —dijo Delage, visiblemente satisfecho—. Después de todo lo que pasó en mayo... Si quiere matar a alguien en Edén-Olimpia, es

mejor que fije una cita. Ahora bien, ¿qué quiere decir con eso de que corro peligro?

—Mire... —contesté, abriendo el papel arrugado—. Obtuve esto de un ordenador de la oficina de Greenwood. Jane lo encontró por casualidad, y no sabe que lo tengo.

—Entiendo. Continúe, Paul.

—Es una lista de nombres que hizo Greenwood dos días antes de la masacre. Mató a siete de las personas que están en la lista.

—Una tragedia, para ellos y para sus familias. Todos los días le doy gracias a Dios por haber estado de viaje.

—Su nombre es el primero de la lista.

Delage cogió el papel y estudió detenidamente la lista con su mirada de contable. Movió la cabeza de manera extraña, como si acabara de escuchar un chisme desagradable sobre su persona.

—Figuro aquí, es cierto. Pero por qué, lo ignoro. —Luego dobló el papel, usando puntillosamente sus pliegues originales.— ¿Tiene copia de esto?

—Guárdela. Es sólo una conjetura, pero es posible que sea una lista de blancos. Si Greenwood tenía cómplices, usted podría estar aún en peligro.

—Ha hecho bien en mostrarme la lista. Se la daré al señor Zander. —Luego le dijo algo en voz baja a su asistente, un joven delgado que no se había recuperado del todo de nuestro breve enfrentamiento. Éste cogió el papel y se dirigió al edificio. Cuando Delage lo vio desaparecer por la puerta giratoria, se volvió hacia mí y me quitó los últimos restos de polvo de la chaqueta con sus cuidadas manos. Era evidente que sopesaba la gravedad del mensaje a *la luz de mi desaliñada apariencia.*— Paul, ha empleado muy bien su tiempo libre. Estoy a punto de ir al aeropuerto de Niza, pero podemos conversar camino de Cannes, donde me espera un helicóptero. Después lo traerán en coche a casa. No ocurre todos los días que uno vea su nombre en una lista de muertos-

La limusina avanzaba rápidamente por las afueras de Le Cannet, a suficiente distancia de cualquier posible atacante. Vi cómo el chófer hablaba por el teléfono del coche y me miraba por el espejo retrovisor. Sin duda el equipo de seguridad de Edén-Olimpia ya estaría en alerta roja, *con un* Range Rover *aparcado* frente a la casa de los Delage.

Pero Alain había recuperado la compostura. Las mismas manos que me habían alisado la camisa y la chaqueta sobresalían de las almidonadas mangas que ocultaban los fuertes tendones de sus muñecas. Supuse que había sido un entusiasta atleta en sus años mozos, afectado luego por la miopía y la seriedad de un contable innato. Bajo esa ropa elegante había una tensión viril

que ansiaba ser liberada. Lo imaginaba recorriendo la línea de fondo, mientras devolvía la pelota y estudiaba las debilidades de su adversario, y de vez en cuando intentaba un revés o una volea sin lograrlo nunca por completo. Recordé que Delage había presenciado la paliza brutal en el aparcamiento de la clínica; era uno de los ejecutivos que se habían detenido para contemplar la más desagradable exhibición de justicia sumaria. Es probable que la paliza le hubiera aliviado en parte la tensión, pero era un hombre que nunca se relajaba del todo, excepto en compañía de su mujer, tan atenta y pasiva.

Supuse que *ya* había digerido la *amenaza que se cernía sobre* él. En un esfuerzo por distraer mi atención, indicó un punto de interés histórico en el cruce con la carretera de Mougins.

—Si le interesa la pintura, la casa de Bonnard está aquí, en Le Cannet. Picasso trabajó en Antibes, Matisse un poco más abajo, en la costa de Niza. En muchos sentidos, el arte moderno fue una cultura de la playa. Dicen que es la luz, esa cualidad particular del cuarzo en la roca pérmica.

Hablaba en el inglés fluido y sin inflexiones del ejecutivo internacional, con las leves nociones de historia del arte que se aprenden en las tiendas de antigüedades típicas de los hoteles de cinco estrellas. Miré hacia la carretera, flanqueada por concesionarias de lanchas, tiendas de alquiler de vídeos y salones de exposición de piscinas.

—¿Era la luz? ¿O la gente era más alegre entonces? Picasso y Matisse han dejado lugar a los complejos industriales.

—Pero eso es bueno. Ahora es el turno de la ciencia. Todo vuelve a ser posible: organismos con neumáticos radiales, sueños equipados con *airbags*... ¿Qué piensa de nuestro nuevo Silicon Valley? Habrá tenido tiempo de echarle un vistazo.

—Estoy asombrado, aunque creo que escasea el ocio. En la nueva Costa Azul no hay tiempo para la diversión.

—Eso cambiará. —Delage asió su cartera, como si estuviera a punto de hacerme una oferta de trabajo.— La gente se da cuenta de que trabaja demasiado, aunque disfrute más con el trabajo que con el placer. Su compatriota, David Greenwood, fue un triste ejemplo de ello.

—¿Lo conocía bien?

—Éramos vecinos, claro, pero estaba siempre *ocupado con* el orfanato de La Bocca. Nunca nos encontramos en reuniones... A mi esposa le parecía-demasiado serio. A ella le gusta tomar el sol y eso a él Je incomodaba, llegaba incluso a bajar las persianas. —Delage se miró los muslos, y luego los escondió bajo la cartera.—Pero volvamos a la lista. Le agradezco su preocupación, aunque dudo que estos nombres sean lo que usted cree. Quizá Greenwood preparaba un grupo de voluntarios para un experimento médico.

—Puede ser, pero acabó disparando a siete de ellos. ¿Hay alguna razón por la que quisiera matarlo a usted?

—Ninguna. Me resulta impensable. Créame, busque otro punto de vista. He oído que ha encontrado nuevas pruebas.

—Tres balas usadas. Se las di a Zander esta misma tarde. Me sorprende que ya lo sepa.

—Zander y yo estamos en contacto. Dígame, Paul, ¿hasta qué punto es fiable nuestra seguridad?

—*Es de primera. No cabe ninguna* duda. —Aun así, pudo acercarse a unos pasos de mí. ¡Imagine que llevase un arma! ¿Quién le dijo que iba a Niza?

—Nadie. Me dirigía a su oficina. Fue pura casualidad. —La casualidad está bien para los terroristas. Continúe con sus investigaciones, pero mantenga informado a Zander. Puede hallar algo importante.

—No lo creo. Además de esta lista, no hay ninguna otra pista que seguir. Necesito saber la secuencia exacta de las muertes aquella mañana. Me serviría para explicar el estado mental de Greenwood.

—Murieron diez personas. ¿Qué importa la secuencia? —Delage se ajustó las gafas y volvió a examinar mi lista de notas y garabatos.— Su amigo no estaba organizando un ballet... —Así y todo, el orden de las muertes podría arrojar alguna luz. ¿Quién fue el primero en morir?

—No tengo idea. Consulte el *Nice-Matin;* tienen una oficina en Cannes. En la biblioteca municipal conservan los ejemplares antiguos de los periódicos importantes. —¿Y la policía?

—Si quiere perder el tiempo... Están satisfechos de tener un inglés que se volvió loco sin motivo. Ése es el papel de ustedes en la historia.

—¿Quiere decir que somos el tonto del pueblo en la nueva Europa?

—El inadaptado, el loco inocente. Piense en David Greenwood, ese pobre *médico-poeta con su asilo* para niños... —Delage daba muestras de un sentido del humor tranquilo pero cruel, reflejo de esa vena sádica que ya había advertido en este contable reprimido. Se recostó en la esquina del asiento de piel y me clavó su mirada de acero.— Está muy preocupado por Greenwood. ¿No será que le hace falta un misterio para resolver? ¿Lo conocía bien? • —Muy poco.

—¿Y Jane? ¿Algo mejor, quizás?

—Ningún marido puede saberlo realmente. —Haciendo caso omiso de su velada insinuación, agregué bruscamente:— Me asombra Edén-Olimpia, pero hay cosas que parecen puestas a propósito fuera de lugar. Ubicarnos en casa de Greenwood, por ejemplo, o darle la misma oficina a Jane. Es como si alguien alumbrara con una linterna en la oscuridad y enviara un mensaje que deberemos descifrar. La mitad de las víctimas eran altos ejecutivos de Edén-

Olimpia. Suponga que hay grupos rivales encarnizados en una lucha de poderes. Usted dice que Greenwood era un loco inocente, pero quizás la denominación más apropiada sea la de chivo expiatorio. No he visto ninguna prueba de que Greenwood hiciera un solo disparo.

Delage jugaba con un fleco de su manga. Me había arriesgado y había descargado un golpe en una jaula aparentemente vacía, con la esperanza de ver surgir a una fiera adormecida.

—La prueba está a la vista, Paul... —Delage se escondió detrás de sus gafas.— Hablaré con Zander: tenemos que ser menos reservados. Edén-Olimpia aloja a las mayores compañías del mundo, y sus ejecutivos valen demasiado como para exponerse a desatar una disputa local. Greenwood asesinó a sus víctimas, las acechó una a una. Las secretarias lo vieron entrar en sus oficinas y abrir fuego. Agachadas detrás de sus escritorios, la sangre de sus jefes les salpicó.

—Aun así-Pero Delage se había puesto a hablar con el chófer mientras bajábamos por el Boulevard de la République, más allá de las elegantes casas que se extienden bajo las colinas de Super-Cannes. Me incliné hacía adelante cuando llegamos a La* Croisette para orientarme en el laberinto del tráfico vespertino. La gente paseaba bajo las palmeras, disfrutando de un día tibio de otoño, como ciudadanos de otro planeta que hubieran desembarcado por algunas horas. Wilder Penrose tenía razón cuando dijo que había algo de irreal en ellos.

Delage señaló un edificio.

—Paul, ése es el Noga Hilton. Tiene tiendas bonitas en el vestíbulo. Compre un regalo para Jane.

—Lo haré.

—A Simone y a mí nos cae muy bien su esposa. Tiene una candidez encantadora y es muy franca. ¿Por qué se la guarda para usted solo? Deberían hacer más vida social con nosotros.

—¿Hay vida social acaso?

—Más bien privada, pero muy activa. El trabajo es satisfactorio, mientras que el placer es exigente. Requiere talentos especiales, pero las recompensas que ofrece no lo son menos. —Luego abrió la puerta de mi lado y miró hacia el mar.— Lo envidio Paul, pero tenga cuidado. Usted es piloto, como Saint-Exupéry, y *él acabó* allí, en las aguas profundas-Al *alargar la* mano para saludarme, noté las magulladuras que tenía encima de la muñeca, unas manchas azuladas y amarillas de piel dañada que ocultaba bajo las mangas de la camisa. Lo imaginé en una escena de masoquismo con su aburrida esposa, en la que seguramente se darían algo más que un golpecito en los nudillos. Tras sus gafas sin montura distinguí una represión casi calvinista en acción.

Pero al mismo tiempo parecía sonreír ante un inesperado golpe de suerte, como un gerente de banco suburbano al descubrir una interesante agenda de teléfonos olvidada por su antecesor.

—*Nice-Matin.* Consulte con ellos, Paul. —Así lo haré. Y no se preocupe: buscaré un regalo para Jane.

—Muy bien. —Me hizo un gesto de saludo mientras la limusina se ponía en marcha a toda velocidad.— Y piense en Saint-Exupéry...

12 A la carrera hacia el aeropuerto de Niza

Una avioneta publicitaria volaba sobre La Croisette con el cartel ondeando al viento como el trazo de un corazón fibrilante, totalmente inadvertida por los turistas que reposaban al sol en las playas privadas de sus hoteles. El piloto giró bruscamente a la altura de Martínez y enfiló hacia Juan-les-Pins y la península de Antibes, con la hélice cortando el aire y echando chispas de luz sobre el mar agitado.

La seguí *con* la vista hasta que desapareció, deseando estar en la cabina de mi viejo Harvard, con el ensordecedor ruido del motor, el hedor a lubricante, el plan de vuelo *sujeto* entre mis rodillas, tres botellas de cerveza helada en la nevera portátil que colgaba de la válvula reguladora y un cigarro consumiéndose en el cenicero pegado al tablero de mandos. Necesitaba sentir el aire fresco encima de mi cabeza y el aluvión de luz que irrigaba cada célula de la retina, cada rincón del alma.

En la playa pública, cerca del Palais des Festivals, las lanchas de la escuela de esquí se mecían junto al desembarcadero mientras los clientes se ajustaban los cinturones de seguridad. La Croisette estaba atestada de turistas, norteamericanos de buen talante que habían pagado un paquete de vacaciones de pocos días, alemanes con mentalidad práctica que estudiaban los hidroaviones ultraligeros amarrados en los muelles de madera, árabes inquietos en la terraza del Carlton, aburridos del sexo y las drogas, esperando a que abriesen las salas de juego,

Había un olorcillo a crepés y patatas fritas que venía de las barracas junto a la playa, pero las críticas de Wilder Penrose habían empezado a hacer mella en mí. La multitud se desplazaba en cámara lenta, agolpándose frente a los quioscos y las casas de cambio, como trombocitos obstruyendo una arteria. Con sus cámaras de vídeo y sus máquinas fotográficas, y los lentes de recambio en los *bolsos, parecían* un inmenso equipo de filmación desprovisto de un guión.

Me sentía frustrado, y la velada amenaza de Alain Delage no había hecho más que aumentar mi irritación. Por un lado, me había halagado al

compararme con Saint-Exupéry, pero los huesos *del gran* piloto *yacían en* el fondo del mar, junto a los restos de su *Relámpago, en algún* lugar cerca de Baie des Anges. Me di por aludido. *Peco ¿por qué se había molestado Delage en llevarme a* Cannes, a menos que mi sonda hubiera dado en el blanco?

Como me había sugerido, fui a las oficinas *del Nice-Matin.* Los números antiguos no decían nada sobre David Greenwood y su matanza, ni sobre cómo ese tirador aficionado había conseguido capturar a sus rehenes y luego matar a sus víctimas, a pesar de la distancia considerable que había entre una cosa y otra, y de las eficaces medidas de seguridad. Vi fotografías de Greenwood posando con sus huérfanas en el asilo de La Bocca, pero nada parecía conectar a aquellas niñas sonrientes de ojos oscuros con las terribles fotos de la prensa, que mostraban puertas acribilladas y ascensores bañados en sangre.

Los microfilms del *Herald Tribune* que encontré en la Biblioteca Norteamericana tampoco me sirvieron de mucho. Un asistente sugirió un diario local para residentes de había inglesa pero tras llegar en taxi a una callejuela del barrio de La Napoule no hallé más que la oficina de un periódico que anunciaba propiedades en venta¿ constructores de piscinas y concesionarias de Mercedes usados.

Pasé por la entrada *del* aparcamiento del Palais des Festivals exhausto de caminar al sol. El calor subía por las baldosas ornamentales y se apoderaba de uno como una jaqueca. Detrás de mí, a unos diez metros a mi izquierda, vi que una rubia de traje oscuro me seguía. Se resguardaba la cara del sol con un número de *Vogue y venía al trote con sus tacones* altos, como queriendo huir de su propia sombra. Entonces se me ocurrió que estaría borracha, y pensé en los bares con aire acondicionado escondidos en. el Palais des Festivals.

En ese bunker rosado del que tantos se habían reído, donde cada mes de mayo se proyectaban las películas en competición había ahora un congreso de cirugía ortopédica. Los turistas norteamericanos y alemanes que antes había mirado con desprecio eran probablemente cirujanos distinguidos de Topeka o Dusseldorf, mucho más afines al espíritu de Edén-Olimpia de lo que suponía.

Me refugié del sol en el ambiente fresco del vestíbulo, donde estaban distribuyendo pases para los delegados acreditados. Sin excepción, los cirujanos llevaban zapatillas y ropa deportiva, y por primera vez mis pantalones y mis sandalias me ayudaron a confundirme con la multitud. Los empleados que comprobaban los distintivos de los delegados me dejaron pasar. Mientras todos se disponían a oír una conferencia sobre tuberculosis en la articulación de la cadera, me escabullí a una feria de muestras en la planta

baja. El personal de ventas paseaba por sus puestos, donde se exhibían instrumentos quirúrgicos y aparatos correctivos.

Con el recuerdo de mi modesto aparato ortopédico, me detuve frente a una vitrina donde había dos maniquíes de tamaño natural con todo un equipo ortopédico. Eran réplicas de un hombre y una mujer, con una coraza de plástico rosa cubriéndoles el torso y un collarín que les cubría el cuello y la mandíbula inferior. Una prótesis coxal que recordaba las fantasías de un fabricante de armaduras les rodeaba las caderas y los muslos con discretas aberturas para las funciones naturales, en el caso de que estas criaturas híbridas aún las tuvieran.

—Por Dios... —murmuró una voz en inglés detrás de mí—j Ahora lo sabemos. El amor en Edén-Olimpia...

Me di la vuelta *y* reconocí a la mujer de traje que me había seguido. Tenía el maquillaje aún intacto, pero el sol había dejado huellas de sudor en su lápiz de labios y en la sombra de ojos. Viéndola balancearse sobre sus tacones, supuse que sería la lasciva mujer de un cirujano inglés que había acudido al congreso, una vampiresa que se paseaba de tarde por La Croisette.

—Matrimonio a la moda... —dijo apoyando las manos en la vitrina y mirando desafiante a los maniquíes—. Pero ¿cree que se aman? ¿Qué dice, señor Sinclair?

Se apartó el flequillo rubio de la frente, y reconocí a la mujer del ordenador que se había sentado junto a. mí en el bar, frente al edificio Elf. Estaba sobria pero incómoda, y estrujaba nerviosamente el número de *Vogue* que tenía en la mano. Un vendedor pasó a nuestro lado y ella le tendió la revista sin darle tiempo a abrir la boca. Noté el polvo de sus zapatos y pensé que me había estado siguiendo desde antes de cruzar la terraza del Palais *des* Festivals.

Me irritó ver que el ojo ciclópeo de Edén-Olimpia no me dejaba en paz y traté de escaparme de ella, pero tropecé con un cable *suelto y me golpeé* Ja *rodilla.* Estremecido de *dolor^* me apoyé en la vitrina.

—¡Señor Sinclair! —dijo ella, sosteniéndome—. ¿Está usted...?

—No diga nada, ya lo sé... —contesté señalando los maniquíes—*i Estoy en* el sitio indicado.

—Es mejor que se siente. Arriba hay un bar. —Gracias, pero tengo que irme. —Lo invito a una copa.

—No la necesito —dije secamente, sintiendo punzadas de dolor—; Usted trabaja *en* Edén-Olimpia. ¿Para Pascal Zander, acaso?

—¡Quién pudiera! Estoy en la sección de servicios de la propiedad. Soy Frances Baring. —Se retocó en el espejo de su polvera, picada por el desaire y enfadada consigo misma por haberse acercado a mí con tanta torpeza.—

Por favor, señor Sinclair. Tengo que hablar con usted sobre un viejo amigo nuestro.

Mientras el camarero tomaba nuestro pedido, ella abrió un so-brecito de sal y vació el contenido en un cenicero. Luego dobló el papel en forma de avión y lo apuntó hacia mí. Aún no sabía por qué me buscaba esa mujer atractiva y susceptible, y dije:

—Esta tarde la vi en Edén-Olimpia.

—En Alcatraz-sur-Mer.

—¿Cómo dice?

—Póngase al día. Así llamo a Edén-Olimpia.

—No está mal. ¿Es que *es* una cárcel?

—Por supuesto. Intenta parecerse a una estación espacial. Hay gente como Pascal Zander que vive realmente en Marte.

Le impedí que volviera a romper otro sobrecito de sal.

—Francés, tranquilícese. Ya van a llegar las bebidas.

—Lo siento —dijo con una fugaz sonrisa—. Detesto este tipo de cosas. Nunca he sido una buena puta. El sexo está bien, pero esas miradas empañadas que se cruzan en los vestíbulos llenos de gente... Quería hablar con usted lejos de Edén-Olimpia. Creo que pronto veré a su mujer.

—¿A Jane?

—Sí, una de esas interminables revisiones que organiza Edén-Olimpia. Cuando no encuentran nada, uno los quiere aún más. Tengo ganas de conocerla.

—Está echando una mano con las colonoscopias.

—¿Quiere decir que me pondrá una cámara en el trasero? Siempre quise aparecer en la tele. ¿Y usted?

—Yo estoy de vacaciones. Están durando un poco más de lo que pensaba.

^»7f

—Ya nos hemos dado cuenta. Usted es el Ben Gunn de nuestra isla del tesoro. Pensé que estaría escribiendo una historia social del aparcamiento.

—Pues no sería una mala idea. Es como en Los Ángeles: uno se topa con los aparcamientos dondequiera que vaya. Necesito ejercitar las piernas. Me estoy recuperando de un accidente de avión.

—Sí, usted es piloto... —Encendió un cigarrillo.— ¿Significa que tiene una vida sexual interesante?

—Espero que sí, soy un marido devoto. Le parecerá una perversión.

—No, sólo un poco contra natura. Muy romántico, sin embargo.

Harto de esas bromas forzadas, aparté el humo *del* cigarrillo y traté de mirarla a los ojos. ¿Me estaría entreteniendo hasta que llegaran los hombres

de Zander? Era posible que un equipo hubiera seguido la limusina de Delage a Cannes, puesto sobre aviso por su asistente, y luego me perdieran cuando yo deambulaba por La Napoule. Francés Baring había seguido mi rastro mientras me paseaba por La Croisette.

Pero, si de veras era una *femme fátale*, era asombrosamente inepta, trabajaba sola y no tenía la menor idea de cómo conseguir su objetivo. Me sorprendía lo distinta que era de Jane. Mi doctora adolescente tenía aires de niña pero mucha confianza en sí misma, mientras que Francés era sofisticada pero insegura, y seguramente ascendía hacia la cúspide de la pirámide corporativa sin más protección que su atolondrado humor. Desde el balcón contemplé los maniquíes en sus armaduras fetichistas. Jane se reiría a carcajadas si le pidiera que usara una de esas prótesis como estimulante erótico, pero podía imaginarme a Francés poniéndose un arnés sin chistar.

Al ver que le sonreía, se bebió la copa y la dejó en el centro de Ja mesa. En el borde había quedado la huella de sus labios, como el *rastro forense de un* beso, el segundo que veía en un día.

—De acuerdo, Paul —*dijo*—. Ya *me siento más tranquila.*

—Bien, ahora veamos, ¿quién es ese amigo que tenemos en común? La amistad no es algo frecuente en Edén-Olimpia.

—Este amigo ya no está entre nosotros —dijo, estirando la mano para coger otro sobrecito de sal, pero cambió de idea y decidió aplastar la colilla en el cenicero—. Murió hace unos meses. En mayo pasado, de hecho...

—¿David Greenwood? —Cuando asintió con gesto sombrío, agregué:— ¿Cuánto hace que está en Edén-Olimpia?

—Tres años. Parece más desde que murió David.

—¿Salían juntos?

—De vez en cuando. Estaba siempre ocupado.

—Con el asilo de niños, la clínica de desintoxicación. Y la biblioteca de Alicia.

—Alicia, sí. «Nunca vista por ojos en vela..,» —Miró la huella que había dejado en la copa, sin darse cuenta de que estaba moviendo los labios: un mensaje mudo arrojado al *vacío.*

Algo preocupado por ella, me incliné y le cogí las manos.

—¿Dónde estaba el 28 de mayo?

—En mí oficina del edificio Siemens. Estuve allí todo el día.

—¿Vio llegar a la policía y oyó los disparos?

—Ya lo creo. Helicópteros, ambulancias, equipos de filmación... Parecía una de esas pesadillas que se ven en un videojuego demencia!. Aún no he despertado del todo.

—Entiendo. —Sostuve su copa vacía, todavía *caliente por el calor que* emanaba de sus manos.— Todas esas muertes... Parece mentira.

—¿Por qué? —me preguntó, con el cejo fruncido y creyendo que insinuaba algo—. Todo es posible en Edén-Olimpia. Ésa es su razón de ser.

—Pero los asesinatos no concuerdan con la personalidad de Greenwood. Era un constructor, un creador de proyectos, no un destructor. Jane dice que era un idealista a la vieja usanza.

—Quizás eso lo explique todo. Los idealistas pueden ser peligrosos.

—-¿Está usted diciendo que mató a toda esa gente por motivos sublimes?

—¿Qué otra razón ve usted? ¿Un repentino «arrebato de locura»?

—Pues así parece.

—Edén-Olimpia es un arrebato de locura —dijo con una mueca de indignación—. Wilder Penrose les está perturbando el cerebro...

—Por lo visto a usted no le gusta el sitio.

—Me encanta —replicó, mientras le hacía señas al camarero y pedía otra ronda de copas—. Gano tres veces lo que gana ría en Londres, hay todo tipo de beneficios adicionales, tengo un piso precioso en Baie des Anges... Y además puedo jugar a lo que quiera. I

—¿Hay juegos acaso? Los clubes de deporte parecen vacíos.

—No me refiero a ese tipo de juegos —dijo, mirándome por primera vez con curiosidad, mientras sus ojos recorrían mi chaqueta de tweed—. Estos juegos son diferentes.

—Parecen muy exigentes.

—Lo son. Los juegos de Edén-Olimpia son siempre serios.

—El hombre que me trajo a Cannes parecía pensar lo mismo.

—¿Alain Delage? Tenga *cuidado con* él. Parece una rata de biblioteca, pero en el fondo es un sádico anal de manual,

—Se ve que lo conoce bien. ¿Fueron amantes?

—No *lo creo. Su* mujer es *más mi* tipo, pero le gusta hacerse la difícil. Ése es el problema en Edén-Olimpia: ya no se acuerda una de si ha follado con alguien. Como en Marbella o... Maida Vale.

Mencionó mi domicilio de Londres para mostrarme que sabía más de mí de lo que yo pensaba. Pero estaba seguro de que Francés Baring no trabajaba para Zander, ni para nadie más en Edén-Olimpia. Por motivos exclusivamente propios, había provocado un encuentro casual y ahora parecía coquetear conmigo, sin saber muy bien si yo merecía el esfuerzo. Con su estilo inquieto, nerviosa por sufrir un desaire, ahora volvía al ataque. Percibí que me necesitaba, pero que se tomaría su tiempo para contarme a qué había venido. Ya me sentía mejor dispuesto hacía ella, a su lengua de fulana *y* sus ojos llenos de recelo, su figura llamativa, con la que mantenía a raya a los camareros. Por fin *conocía a alguien que* me

llevaba directamente a David Greenwood y que no tenía miedo de decir lo que pensaba.

—¿Quería hablar de Greenwood? —le recordé'—. ¿Lo conocía bien?

—Nos conocimos en actos oficiales, en ceremonias exclusivas. Estaba solo y no se daba cuenta. Pero usted sabe lo que es eso.

—*¿Tengo aspecto* de *sentirme solo?*

—¿Cojeando todo el día de acá para allá? —Con aire preocupado me quitó la ceniza de cigarrillo que había caído en mi manga.— Pobre, lo he venido observando.

—Francés..., ¿hay alguien más que pudo haber cometido los asesinatos? Supongamos que David cayó en una trampa. Un joven médico inglés...

—No. —Su mirada se paseó por el bar en busca de otro trago, pero aún hablaba con claridad.— David los mató, a siete de ellos en todo caso.

—¿Y a los rehenes?

—Lo dudo. No tenía por qué.

—La policía de Cannes dice que murieron en el garaje. Todo el mundo lo acepta, como acepta la explicación del arrebato de locura.

—Es la coartada perfecta. —Bajó la voz al ver que dos cirujanos norteamericanos, de cierta edad y con ropa deportiva, se sentaban a la mesa de al lado.— Pero funcionó de milagro. David Greenwood casi acaba con Edén-Olimpia. Las compañías retiraron enormes cantidades en financiación. Tuvimos que renegociar los contratos, bajar los alquileres y ofrecer bonificaciones que eran prácticamente sobornos. ¿A quién le importa un par de chóferes muertos?

—Aun así, aquí hay gato encerrado. No es un complot, ni siquiera *un* encubrimiento. David tal vez haya matado a esa *gente*, pero nadie dice por qué. —Saqué del bolsillo una copia de la lista de citas y la puse delante de Francés.— ¿Reconoce los nombres?

—Todos ellos —respondió, mientras recorría la lista de arriba abajo con una uña pintada, deteniéndose en los que habían muerto.— De los mejores y más notables.

—La saqué del ordenador de David. Creo que es una lista de blancos.

—Puede ser. Incluso menciona a Wilder Penrose. Bien por David; matemos a todos los psiquiatras.

—¿No le cae bien Penrose?

—Es encantador, a su modo brutal. Edén-Olimpia es como un gran experimento para él. Toda esa publicidad acerca de la primera ciudad inteligente, el laboratorio de ideas del futuro... Se lo toma muy a pecho.

—¿Y usted no?

—Claro. Somos la vanguardia de una nueva aristocracia mundial. A Penrose le daría un ataque si supiera que uno de sus alumnos modelo se propone matarle después de desayunar.

—No creo que le importara.

—Claro que no. Se sentiría halagado. —Recorrió los nombres de la lista.— Robert Fontaine era encantador. Muy valón, adoraba a Clovis Trouille y a esas monjas que folian por el culo. Olga Carlotti, jefa de personal. Era de la línea dura, la reina sin corona de Edén-Olimpia. Una lesbiana atractiva.

—¿Está segura?

—Veo que le choca. Ella tenía a los mejores jóvenes en su oficina. Guy Bachelet, un jefe de seguridad increíblemente lascivo. Ha *sido* una gran pérdida para *todos. Con* frecuencia necesitaba un piso franco para los detectives privados que traía de Marsella, y se pasaba el rato mirándome las piernas. —Francés me devolvió la lista.— Triste, ¿no es cierto? En un momento se está insinuando con la criada y al siguiente tiene los sesos desparramados sobre el escritorio...

—¿Oyó los disparos?

—Realmente no. Sonó la alarma y todos los ascensores quedaron parados. Estaba estupefacta con la cantidad de puertas que se cerraron automáticamente. David subió al techo del aparcamiento junto a nuestro edificio.

—¿Y después?

—Los guardias de seguridad empezaron a disparar.

—Así que David supo que no tenía escapatoria y regresó a la villa.

—Supongo. —Francés se esforzaba por mirarse los nudillos.

David era muy tierno. Es triste que Edén-Olimpia lo cambiara.

—¿Cómo, exactamente?

—De la misma manera que cambia a todo el mundo. La gente se libera de sí misma... —Hizo una mueca en el espejo de su polvera cuando vio que tenía las mejillas sonrojadas, y enseguida pidió la *cuenta. Parecía con prisa por irse, y agregó:*— Hay una estación de radio en inglés en Antibes, Noticias de la Riviera. En julio transmitieron un programa especial, en que el periodista rehacía la ruta de la muerte. Llámelos.

Nos fuimos del bar hacia la planta baja. Al ver que Francés se balanceaba frente a la. vitrina de *los maniquíes, me di cuenta* de que estábamos un poco ebrios, aunque no sólo por efecto del vino. Francés se detuvo delante de aquella celda ortopédica. —Todas esas armaduras... ¿Se imagina ponérselas para hacer el amor? —¿Y usted?

—Valdría la pena probarlo. ¿Por qué no? —Yo llevaba un aparato ortopédico en Ja rodilla después de mi accidente, y eso no alteró en nada mi vida sexual.
—Qué pena... —Francés me cogió del brazo, como si yo fuera un viejo decrépito que hubiera renunciado a los placeres terrenales.— Es lo más triste que he oído en todo el día...

Los cirujanos ortopédicos salían de su conferencia y formaban grupos en las escalinatas del Palais des Festivals. Seguí a Francés por las estrechas calles al oeste del hotel Gray d'Albion, feliz de estar en compañía de esta mujer alocada y encantadora. Al pasar por la oficina de American Express, resbaló en el pavimento *atestado de gente y enseguida recuperó* el equilibrio *apoyándose* en un convertible BMW aparcado junto al bordillo. Volvió a mirarse en el espejo de la polvera y se examinó los dientes.
—Mi aliento huele a alcohol, y en diez minutos tengo cita con el dentista. No se olvide de Noticias de la Riviera.
—No lo haré —dije, rozándole la mejilla para quitarle una pestaña caída—. Me ha ayudado mucho con el asunto de David *Greenwood. ¿Podríamos encontrarnos aquí otra vez?* Puede que tenga más preguntas para usted.
—Estoy segura de que las tendrá —dijo mirándome por encima de sus gafas de sol—. Es muy audaz por su parte.
—Tengo buenas intenciones.
—Ya lo sé. —Apretó las caderas contra el BMW, y la curvatura de la puerta alteró el contorno de su muslo, como si el coche fuera una enorme prótesis que expresara una mezcla voluptuosa de geometría y deseo. Buscó algo en su bolso y añadió:— Dígame, ¿cómo anda su coche?
—¿El Jaguar? Pasa sus últimos años con dignidad.
—Estaba preocupada por él. Oí que tuvo un pequeño choque con un deportivo japonés.
—¿Se lo contó Penrose?
—¿Quién sabe? No es rencoroso. Pero me intriga saber por qué lo hizo.
—Estaba oscuro.
—No le creo —replicó. Esperó a que pasaran tres marineros franceses, que le miraron detenidamente el escote, antes de añadir:— A usted *no* le cae mal Penrose. ¿Por qué lo hizo?
—Es difícil de explicar. Estaba... corrompiéndome. Es lo que fomenta Edén-Olimpia.
—Es verdad. Es la primera cosa sensata que ha dicho. Necesitamos nuevos vicios desesperadamente. Sí, es posible que nos volvamos a ver...

Antes de que pudiera reaccionar, se despidió con un gesto y se fue, confundiéndose en la marea de turistas. Me quedé al sol, saboreando el aire perfumado que dejó tras de sí. Me di cuenta de que, después de todo, no me había explicado por qué me había "seguido, pero ya no importaba.

Un grupo de niños de la escuela salió de una agencia de viajes y no me quedó más remedio que apoyarme en el BMW, apretado contra el parabrisas. En el asiento del acompañante había un fajo de folletos turísticos. Debajo sobresalía un manojo de llaves con el logo de BMW, olvidadas por el dueño del coche.

Los niños regresaron dando gritos, buscando a un amigo que se había rezagado. Cuando el grupo se detuvo frente a la agencia, aproveché que nadie me veía, abrí la puerta del BMW y me senté al volante. El *tranco* estaba detenido cuando arranqué el motor. Cuando por fin se puso otra vez en movimiento, adelanté a un camión cisterna de la municipalidad. Con cuidado, para no llamar la atención del policía apostado delante del Palais des Festivals, tomé el carril que iba al este.

Pasé por el Majestic, el Carington y el Martínez, sin dejar de mirar por el espejo retrovisor, y continué por La Croisette rumbo al casino de Palm Beach. Después de girar por la rotonda, seguí a lo largo de la playa pública, donde los camareros reposaban en bañador en su día libre, mientras miraban a las chicas que jugaban al voleibol en la arena color chocolate.

Al seguir por la carretera *del* acantilado en dirección a Golfe-Juan, vi cómo una avioneta extendía su cartel publicitario sobre el faro de La Garoupe. Las motoras surcaban las olas alrededor de las Îles de Lérins. El viento me refrescaba la cara y me secaba el sudor provocado por el susto, como si acelerara todas las cosas en esa tarde de erotismo y oportunidades.

En la autopista de la costa, ya más tranquilo, puse la tercera. La media hora siguiente conduje como un francés, adelantando a los coches por la derecha, cruzando la raya demarcato-ria en las curvas peligrosas, pegándome a la cola de todas las mujeres que iban a menos de setenta, haciendo parpadear las luces, apretando el acelerador en cada semáforo que me detenía, para que el tubo de escape bramara y el motor alcanzara las 7000 revoluciones, cruzando las líneas amarillas y obligando a los coches que venían de frente a morder con sus ruedas el borde lleno de residuos.

Sólo una vez, para mi sorpresa, tuve un pequeño accidente. Iba marcha atrás por un callejón sin salida en Cannes-sur-Mer y rompí una luz trasera de los frenos contra un poste. Pero la policía que controlaba la RN7 se había tomado el día libre, dejándome a solas con el viento.

Tres horas después, aparqué el Jaguar delante de nuestra villa. Anochecía sobre los lagos y senderos del bosque, y las plantas altas de los edificios de oficinas parecían emerger de la niebla otoñal que cubría el valle. Apagué el motor y oí que Jane se estaba duchando en el baño. Había dejado el BMW frente a la entrada principal de Edén-Olimpia; luego crucé el complejo a pie hasta el edificio de la administración, donde esa misma tarde había dado alcance a Alain Delage. A la mañana siguiente, las inspecciones de rutina de seguridad pondrían el número de licencia del BMW en el ordenador de la policía de Cannes, que pronto volvería el vehículo a su dueño. Lamentaba la irritación y la ansiedad que le había causado, pero robar el coche había satisfecho en mí un deseo urgente, de algún modo a instancias de Francés Baring y los maniquíes del Palais des Festivals.

Atravesé el jardín lleno de sombras, contento de volver a ver a Jane. El agua de la piscina se agitaba aún, y en la terraza había un par de medias tiradas. Supuse que, tras volver de su conferencia en Niza, Jane se había quitado la ropa y se había dado un chapuzón desnuda. La imaginé al sumergirse en las oscuras aguas, con su pálido cuerpo como un punto de luz en el agua sombría.

Al subir la escalera sentí las piernas cansadas, después de tanto apretar los pedales del freno y el embrague del BMW. Me quedé un momento en el rellano, con las medias en la mano. Jane se estaba secando en el dormitorio, con la toalla sobre los hombros. El agua caliente le había dado un tono sonrosado a sus pequeños pechos con pezones de niña, y su pelo parecía una delgada cuerda. Descalza, se pasaba la toalla de atrás para adelante sin perder el equilibrio, como un torero en una corrida de nudistas. Cuando me vio entrar en la habitación, saltó de alegría y arrojó la toalla al aire.

Abracé a Jane, asombrado por su piel fría. Al mirar por encima de sus hombros vi que Simone Delage estaba en su balcón, con la cara iluminada por la luz violeta del Esterel y los ojos clavados en el cuerpo desnudo de Jane.

13 La decisión de quedarse

—Paul, ¿podemos hablar? No querría darte un disgusto.

—Adelante —dije, con un cruasán en la mano, mientras levantaba la vista de la bandeja del desayuno—. ¿Te refieres a lo que pasó anoche?

—¿Cuándo? —Abotonándose la camisa de seda, Jane me miró como a uno de sus pacientes.— ¿Dónde, mejor dicho?

—Nada —contesté, con un gesto brusco, derramando la mermelada del cruasán en la sábana—. Olvídalo.

—Por Dios... —Jane me apartó y limpió la mermelada con una cucharita.— La señora Morales pensará que me has desflorado. Tengo el presentimiento de que sospecha que somos padre e hija.

—Interesante,

—¿Te parece? Ahora cuéntame —dijo Jane, acariciándome la rodilla herida—. Está un poco inflamada, deberás andar con cuidado. Con respecto a anoche, nos fumamos un porro, miramos una pomo y después follamos como locos.

—Así es.

—Vale. Te estuve esperando un buen rato ayer. Se ve que algo te entretuvo. —Luego miró al balcón de los Delage, donde una asistenta hacía la limpieza, y se volvió hacia mí.— Cuando llegaste, estaba en la ducha. Supongo que Simone estaría mirando.

—Sabes muy bien que sí. Lo único que faltaba era el tema del torero de *Carmen.* Espero que Simone haya disfrutado de la escena.

Jane me quitó el cruasán de la mano y lo hundió en el café.

—¿Quién te crees que eres, Nanook del norte? No estoy cubierta en aceite de ballena para que me ofrezcas al primer esquimal que pasa la noche en tu iglú.

—Me encanta el aceite de ballena... —repliqué; me defendí con los brazos en alto cuando Jane intentó golpearme—. Doctora Sinclair, la denunciaré al profesor Kalman por maltratos físicos a un paciente.

—Ni te molestes. Él piensa que te hace falta una lobotomía. Me ha dicho que te obsesionan los aparcamientos. —Una vez desahogada, Jane se alisó la camisa negra frente al espejo.— En todo caso, tienes razón: ¿qué importa? El sexo ha dejado de ser mera anatomía. Ha vuelto donde siempre ha debido estar, en la

cabeza.

Me senté en el borde de la cama y la agarré de la cintura.

—¿De qué querías hablar?

Jane estaba de pie entre mis rodillas llenas de cicatrices, con las manos apoyadas sobre mis hombros, mientras el olor a estrógeno y champú pugnaban por distraerme.

—Ayer hablé con Kalman sobre mi contrato. Siguen sin encontrar a alguien fijo para el puesto y están dispuestos a extendérmelo.

—¿Por tres meses más?

—Probablemente por seis. Sé que quieres regresar a Londres. Es una locura tratar de llevar una editorial por fax y correo electrónico. Tienes que ver a los agentes y demás. Pero yo no tengo nada que me ate a Londres. El trabajo aquí es muy interesante. Parece que vamos por buen camino con esto *del* auto-diagnóstico. Mostrarán los primeros síntomas de hepatitis, diabetes,

cáncer de próstata... No te imaginas cuántas *cosas* se pueden saber de alguien con una simple gota de sangre.

—Ya estás hablando como Hitler —comenté, recostándome otra vez en la cama—. De acuerdo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nos quedaremos. Tres meses..., seis, si te parece. Sé lo que significa para ti. Hablaré con Charles.

—Paul... —Jane parecía casi decepcionada.— Eres muy bueno. No se ha decidido nada aún, hay infinitos comités...

—Es lógico. No querrán que otro médico inglés enloquezca y provoque una masacre.

—Podemos turnarnos para viajar. Cada tres fines de semana, digamos. De ese modo no perderemos el contacto.

—Jane... —dije, sosteniéndola por la cintura mientras intentaba alejarse—, me quedaré.

—¿Aquí, en Edén-Olimpia?

—Sí. Aún soy tu marido.

—Que yo sepa... ¡Fantástico, Paul! —Contenta pero sorprendida, Jane hundió un dedo en la mermelada. Lo chupó con aire pensativo, como la médica adolescente que volvía a ser.

Caminamos *del brazo hacia el nuevo Peugeot que había* alquilado Jane, mientras los aspersores regaban el jardín en círculos y el aroma a glicinia inundaba el aire otoñal. Una nube de detergente blanco flotaba sobre la piscina, al tiempo que Simone Delage, con un pote de crema para el sol, se paseaba por su balcón. —Un alma misteriosa —comenté, mientras Jane la saludaba con la mano—. Demasiadas noches blancas en el norte. Le caes muy bien.

—Hablé ayer con ella y me sugirió que saliéramos todos juntos. —Ya es un paso adelante. ¿Sabe que eres una mujer casada? —Se lo mencioné. ¿Qué crees que tiene en mente? ¿Algo del todo corrupto? —Eso espero.

—Cree que mi strip-tease es una llamada de auxilio. Abrí la portezuela de Jane y la ayudé con su cartera, sintiéndome culpable ante la perspectiva de otro día de ocio.

—Que no te hagan trabajar demasiado. Espero que Wilder Penrose te eche una mano con el trabajo.

—Está demasiado ocupado. Se pasa el día atendiendo a un montón de gente de alto rango; ejecutivos y presidentes de compañía. Los tiene haciendo terapia de grupo. —¿Necesitan hacer terapia?

—Yo diría que no. Son hombres maduros con lesiones deportivas. Tu amigo Zander fue a verlo ayer. Tenía cortes en la espalda y los hombros.

—¡Sadomasoquismo! A estos poderosos les gusta que sus chóferes los zurren.

—A Zander no. Dice que estuvo jugando al rugby en la playa de *Golfe-Juan. —Jane cerró su portezuela y de repente agregó:*— Quizá te interese saber que David estaba tratando a algunas niñas del asilo de La Bocca por enfermedades venéreas.

—Bueno, después de todo era un asilo. Eso le da otro enfoque al personaje de Alicia, tan remilgada en su encaje Victoriano y discutiendo con la Reina Roja, mientras se le revientan los chancros y las espiroquetas le escarban el cuerpo...

-Paul, estás mal de la cabeza. Habla con Penrose.

Luego se despidió con el brazo en alto, tocando la bocina, y bajó por la avenida a toda velocidad, otra vez mi médico, mi mujer, mi amante.

Los últimos residentes del enclave ya se habían marchado a sus oficinas y tan sólo los aspersores seguían con su labor, susurrantes airando sin cesar por todo el jardín. En la breve pausa antes de que llegaran las muchachas de la limpieza, mi cabeza funcionó con una claridad casi anfetamínica. Acostado sobre la sábana manchada de mermelada, con la cabeza apoyada en la almohada de Jane, sentí la forma de sus caderas y sus hombros, el tenue olor de su sexo todavía en mis dedos.

La visión del sol me hizo sentir tan eufórico como el arco iris que se formaba sobre los aspersores del jardín. El delirante viaje por la carretera de la costa con el BMW robado, el strip-tease de Jane delante de Simone Delage y mi encuentro con Francés Baring habían acabado por reordenar la perspectiva de esa ciudad virtual llamada Edén-Olimpia.

Me senté en la cómoda, pasé los dedos sobre el cepillo de Jane, e inhalé el dulce aroma de su cuero cabelludo que emanaba de las cerdas. Abrí el cajón del medio, un caos de ovillos de lana, lápices de labios y un diafragma, donde guardábamos un paquete de marihuana envuelto en aluminio. Me encantaba hurgar entre los objetos de mi joven esposa, demasiado distraída como para tirar nada a la basura. El contenido de una cómoda es lo más próximo que un marido puede llegar al inconsciente de su mujer?

En el cajón de la derecha había un maletín de médico y una copia del contrato de alquiler del Peugeot. Al recorrer la columna de los precios, noté que el contrato era por un año, renovable por seis meses.

De modo que Jane ya había decidido quedarse en Edén- Olimpia. Había contado con que me llevaría el Jaguar a Inglaterra y por eso había alquilado el Peugeot, en lo que era la primera decisión unilateral de nuestro matrimonio. I

Haciendo un esfuerzo por no medir las consecuencias de *esta pequeña* traición, abrí el maletín, que había sido un regalo de su madre. Dentro había un montón de vendas, jeringuillas de diamorfina y unas cuantas ampollas de petidina. En el bolsillo interior había una jeringa hipodérmica, parte de un arsenal de sedantes que Jane debía de haber *encontrado en* el escritorio de Greenwood en la clínica y llevado a casa para mayor seguridad.

Acerqué una ampolla a la luz y recordé mis días de camello, durante el primer período inestable en la escuela. Como me dejaban solo en casa con una canguro de lo más aburrida, un día decidí hurgar en la mesita de noche de mi madre. Encontré una selección de pastillas para adelgazar, y sin pensarlo tomé varias píldoras de drinamil. Diez minutos después, estaba colgadísimo y sentía que mi cabeza era una ventana abierta al sol de par en par. Corrí al jardín, perseguido por la canguro, apenas rozando el suelo con los pies. Años más tarde, cuando empecé a pilotar, comprendí lo que me había motivado a hacerlo.

Las pastillas robadas establecieron mi autoridad en la escuela, y los repetidos intentos de mi madre por cambiar de dieta me proveyeron de una reserva ilimitada. Los chicos mayores tenían experiencia con el alcohol y la marihuana, pero yo era el camello más joven de la escuela. Cuando mi madre, en una jugada arriesgada, dejó de tomar anticonceptivos, sufrí por fin un percance. Vacié el contenido de las píldoras y se lo pasé a mis compañeros de siete años, diciéndoles que era un psicodélico nuevo. Pero cundió el pánico cuando alguien mayor que nosotros nos explicó la verdadera función de los anticonceptivos. Con cara muy seria, el chico nos dijo que producían el efecto contrario en el sistema hormonal masculino y que quedaríamos todos embarazados.

Volví a guardar la ampolla de petidina y cerré el maletín. La radio portátil de Jane estaba junto a la papelera. La alcé y le cambié las pilas, para sintonizar la frecuencia de Noticias de la Riviera. Escuché una andanada de música pop y estridentes anuncios de tiendas de vídeo y productos de limpieza para piscinas. Había informativos con noticias de lo que pasaba en el mundo, la guerra civil en Camerún y un intento fallido de asesinar al primer ministro israelí, pero parecían insignificantes comparadas con la detallada descripción del incendio de un yate en el puerto deportivo de Golfe-Juan o un

pequeño desprendimiento de tierras en Théoule, que había abierto grietas en una piscina. En la nueva Riviera, lo único importante era lo trivial.

Sin embargo, David Greenwood había estado sentado en esta misma cómoda, con un rifle de gran potencia sobre las rodillas» mirando por la ventana a los edificios de oficinas de Edén-Olimpia. Apagué la radio y volví a ponerla junto a la papelera. Aún creía que los asesinatos habían sido una aberración momentánea, un arranque de ira en los lavabos de ejecutivos. Para entender a Greenwood tenía que pensar en otros asesinos, en aquellos dementes que apuntan por la mira telescópica de sus rifles, listos para contagiar su locura a los últimos instantes en la vida de un presidente o un peatón. Tenía que atrapar al fantasma del joven médico en cuya cama dormía ahora. Pero, sobre todo, tenía que soñar el sueño del psicótico.

14 Noticias de la Riviera

El tiovivo daba vueltas en la Place des Martyrs, en una glorieta dorada para la cual no había pasado el tiempo. Un niño estaba sentado con cara muy seria en un avión en miniatura, dando vueltas al compás de la misma música que yo había escuchado treinta años antes. Nada había cambiado en Antibes, *y ésa era* quizá la razón por la que Greene, que siempre andaba en busca de novedades, se había establecido allí para *felicidad suya.*

Dejé el Jaguar *en el estacionamiento subterráneo de la oficina de correos y* anduve por las *calles de la* ciudad vieja hacia la Place Nationale, donde en *los* restaurantes se sacaban las sillas a la calle bajo los plátanos. Mis padres y yo habíamos comido allí mismo durante un chaparrón repentino, mientras las gotas de lluvia caían en la sopa.

Las oficinas de Noticias de la Riviera se hallaban en la planta superior de una concesionaria de lanchas con motor fuera de borda, en una calle lateral que salía de la Avenue de Verdun. El gerente, Don Meldrum, era un australiano afable con cara de bebedor, que disimulaba con una piel bronceada de jugar al tenis. Veterano de los días gloriosos de la calle Fleet, había ido al Mediterráneo, donde había descubierto una veta anglófona entre los agentes de yates y puertos deportivos.

Me hizo pasar a su diminuta oficina, donde me senté con la espalda apoyada en un tabique y las rodillas apretadas contra su escritorio.

—Si le duele, pegue un grito. Hay que ser contorsionista para estar en esta oficina, y ni hablemos de los programas. —Apoyó la cabeza en la pared para escuchar la pausa comercial del estudio de al lado, que anunciaba a un *gourmet* ávido de cocinar en la más ínfima, *cocina de yate.*— Veamos, señor Sinclair..., *¿trae noticias del frente?*

—No sabía que hubiese una guerra.

—Ya lo creo. Edén-Olimpia contra el resto de la Costa Azul.

—¿Y quién va ganando?

—¿Hace falta que le responda? Digan lo que digan los físicos, aquí el tiempo va en una sola dirección, de cabeza al futuro. No hay marcha atrás, y casi todos lo saben.

—¿Casi?

—Todavía hay gente chapada a la antigua que cree que la \ gente viene a la Costa Azul a divertirse. Pero usted y yo sabemos que vienen a trabajar. Ésta es la California europea. Industrias de tecnología punta, un ejército de gente programando el futuro, millones navegando en un chip de silicio.

—¿Y pasan películas una vez al año?

—Exacto —dijo Meldrum, dándose golpecitos en su nariz venosa—. Pero olvídese de Hollywood y la Palma de Oro. Más bien se trata de temáticas «hombre con perro» al estilo filipino. Para ser más preciso, «mujer con perro». Ahora bien, he oído que usted es amigo de David Greenwood. O que lo era.

—Para serle sincero, apenas lo conocía. Trataba de impresionar a su secretaria.

—Y lo consiguió. Ella tiene más olfato para las noticias que yo. Me ha dicho que su mujer sustituyó a Greenwood en la clínica de Edén-Olimpia. Un escondrijo de lo más apañado. Hay quien dice que es el mejor hospital de la costa. Cuando Jacques Chirac se torció el pulgar al abrir una ostra en el Colombe d'Or, lo llevaron allí. Espero que les hayan dado un pisito de lujo.

—La villa de Greenwood. No había otra cosa disponible.

—Tiene sentido. Un hatajo de indiferentes, pero así es la vida corporativa. Por lo menos alguien de su familia lo puede cuidar si tiene un problema.

—Espero que nunca lo tenga. —Aguardé a que concluyera un anuncio de informática.— Quiero saber lo que pasó el 28 de mayo. Ese día sí que hubo problemas.

—Para Greenwood y otros diez pobres diablos —dijo Meldrum, mientras jugueteaba con la transcripción de un programa que había sobre su .escritorio—. Así que ahora se dedica a remover las cenizas. ¿Le puedo preguntar por qué?

—Era inglés como yo. Mi mujer lo conocía. Duermo en la misma cama que él, tomo el desayuno en su mesa, cago en su váter. Querría saber la verdad.

—Parece una cruzada personal. El peor motivo para quedar involucrado. Supongo que ha encontrado algo. ¿Un diario? ¿Cintas con confesiones?

—Lo siento, no. Pero hay cosas que no concuerdan. —¿Como qué?

—Un motivo. No parece que lo haya habido. —O lo hubo y usted no lo ve. En su lugar, yo no me despegaría de mi piña colada. p&*

Pasando por alto su comentario, le dije: —He hablado con personas que conocieron a Greenwood, médicos que trabajaron con él. Nadie se explica por qué se puso como una fiera. No es que lo encubran, pero...

—No hay nada que encubrir. —Cansado de mí, Meldrum se puso a mirar los yates de los árabes anclados en el puerto.— Por una vez, puede tragarse la historia oficial. Un joven médico inglés, una especie de Albert Schweitzer de la Costa Azul, se mata trabajando. Un día salta un fusible y se corta la luz.

—O se encienden otras luces, más fuertes y brillantes, que parecen aclararlo todo. En su cabeza, sobre todo. Meldrum se echó a reír.

—Señor Sinclair, usted debería trabajar para uno de esos periodicuchos de París. Mi reportero pasó mucho tiempo en Edén-Olimpia. Fue una gran noticia. CNN, los periódicos sensacionalistas de Londres* todas las agencias de noticias. No encontraron nada.

—Buscaban un crimen pasional en la rueda de la ruleta. Drogas y estrellas de cine venidas a menos. Chóferes apuestos que dormían con la esposa del productor... Alguien en Edén-Olimpia me dijo que oyó un informe en Noticias de la Riviera donde se rehacía la ruta de Greenwood el día de la masacre. Se lo mencioné a su secretaria.

—Se lo busqué —dijo de golpe Meldrum, empujando hacia mí la transcripción que estaba sobre el escritorio—. Uno de nuestros corresponsales hizo un resumen y agregó unos números de teléfono que quizá le puedan servir.

—Me será de gran ayuda —dije, hojeando la fotocopia medio borrada—. ¿Cómo se llama el periodista?

—Roger Leland. Fue su último trabajo. Después se marchó y se mudó al Algarve.

Empecé a leer la transcripción, de no más de tres párrafos de largo:

—¿«Un minuto y cincuenta y dos segundos...»? Un poco escueto, <no?

¿ST—Es casi como Marcel Proust. No se lo muestre a nadie. La gente que controla Edén-Olimpia tiene mucho poder.

—Entiendo. —Miré la fecha de transmisión.— ¿25 de julio? ¿Casi dos meses después?

—Recibimos información posterior.

—¿Confidencial? ¿Alguien de Edén-Olimpia?

—Quién sabe. Leland se guardaba las fuentes para él. Tómelo con calma, señor Sinclair.

Le di la mano y alcancé a pasar por la puerta.

—¿Va mucho por Edén-Olimpia?

—No, si puedo evitarlo. La gente allí es muy reservada.

—¿Son populares en la costa?

—Algunos sí. Otros, nada. Un grupo se metió en líos en Mandelieu el fin de semana pasado. Se pelearon por la noche con un grupo de árabes en el mercado de frutas.

Me siguió con la vista mientras bajaba las escaleras. Cuando me saludó con la mano, le dirigí una última pregunta:

—Esos alborotadores de Edén-Olimpia, ¿por casualidad llevaban chaquetas negras de cuero?

—Pues creo que sí. Parecían miembros de un club de bolos-Regresé a la Place Nationale y me senté bajo los plátanos frente al restaurante Oasis, *donde* alguna vez la lluvia había caído en *mi* sopa. Me refresqué las manos *con* un *vaso* de vino blanco y me puse a leer el manuscrito. Estaban anotados *los tiempos de* transmisión de aquel 25 de julio: a las 2.34, las 3.04 y las 3.34 de la tarde, supuestamente a continuación de los informativos cada media hora. El brusco final dejaba entrever que había existido presión por parte de Edén-Olimpia, que no tenía la menor intención de que se reavivaran los *temores* entre el personal y los clientes corporativos.

Les informa Roger Leland, desde Edén-Olimpia, donde tuvo lugar la peor tragedia de la Costa Azul de los últimos años. Han pasado dos meses desde aquel día fatídico en que un médico inglés de treinta y dos años, David Greenwood, enloqueció y mató indiscriminadamente a diez personas con un rifle automático antes de quitarse la vida. El juez a cargo de la investigación, Michel Terneau no ha descubierto los motivos, pero ha afirmado repetidas veces que Greenwood actuó por su cuenta y escogió sus víctimas al azar. Noticias de la Riviera acaba de descubrir nuevos hechos que sugieren que la matanza fue cuidadosamente planeada y contaba al menos con un cómplice. Según dichas revelaciones, las cámaras de vigilancia del complejo grabaron a Greenwood y a otro hombre no identificado de raza blanca en el aparcamiento de la estación de televisión, cargando armas desde una furgoneta sin placa al Renault Espace del doctor Greenwood- Por desgracia, este vídeo fue destruido por accidente. El misterio rodea también los últimos diez minutos en la vida de David Greenwood. Repelido por el fuego de las armas automáticas de los guardias de seguridad mientras trataba de entrar en el edificio Siemens, regresó a su villa y mató a los tres rehenes. Los registros de la policía sugieren que Greenwood recorrió los 2.800 metros a pie en poco más de tres minutos, un récord casi olímpico. No se informó acerca de robos o secuestros de coches en la zona.

¿Hubo algún cómplice que ayudó a Greenwood a recorrer esa distancia? La posibilidad de que un segundo asesino esté aún libre, planeando quizás

una revancha, ha avivado la preocupación en el complejo, que sigue luchando por recuperar la calma tras los trágicos hechos del 28 de mayo. Roger Leland, desde Edén-Olimpia, para Noticias de la Riviera.

Volví a leer la transcripción, decepcionado al no ver ningún detalle sobre la ruta seguida por Greenwood durante la matanza. Las referencias a un cómplice eran pura especulación, *y* recorrí la lista de contactos a pie de página.

Entre los que valía la pena mencionar estaban el profesor Kalman, director de la clínica; Pascal Zander, jefe interino de seguridad; y Claudine Galante, gerente de la oficina de prensa.

Al final de la página había otros cuatro nombres, escritos a mano, cada uno con su correspondiente número de teléfono.

Mlle. Isabel Duval, secretaria del doctor Greenwood.
Mme. Cordier y madame Ménard, esposas de dos rehenes muertos.
Philippe Bourget, hermano de un rehén muerto.

para mi sorpresa, y a juzgar por los números de teléfono, todos ellos residían aún en el área de Cannes, como si la magnitud del crimen los tuviera aún en sus garras, atrapados por la siniestra fuerza de la gravedad del complejo, que no soltaba a aquellos que entraban en su órbita.

15 Una cárcel residencial

Los viejos que jugaban a la petanca en la Place Delaunay esperaban inmóviles el choque de las bolas de metal que alteraría la geometría del juego. Admirando el control que tenían de sí mismos, aparqué el Jaguar en la rué Lauvert. Al otro lado de la RN7 quedaban los apartamentos de Antíbes-les-Píns, un inmenso complejo residencial de treinta acres que se extendía entre la *Place* Delaunay y el mar, otro de *aquellos* recintos obsesionados con la seguridad que estaban cambiando el aspecto de la Costa Azul.

Las cámaras de vigilancia pendían como gárgolas de los acantilados y no me quitaban la vista de encima, mientras me acercaba a la muralla y daba mi nombre al guardia de la entrada. Después de confirmar mi cita, seguí sus indicaciones hacia la Résidence de la Plage, un grupo de apartamentos de siete plantas junto al mar. El sendero estaba rodeado por unos jardines de estilo francés, recién regados por un sistema de aspersores que dejaban los muros constantemente húmedos. Pero los arbustos y las plantas en flor estaban mustios, pues el terreno estaba repleto de conexiones electrónicas y

las raíces no podían extenderse. Juntos parecían aguardar la muerte, listos para ser cambiados por otros más verdes a finales de mes.

A gran altura, unas columnas acanaladas sostenían los techos inclinados en un intento por respetar la arquitectura vernácula, pero que no llegaba a ocultar la condición de cárcel de lujo del edificio. Siguiendo el ejemplo de Edén-Olimpia y Antibes-les-Pins, los sistemas totalitarios del futuro serán, por una parte, serviles y lisonjeros, pero las cerraduras estarán más firmes que nunca.

Esa utopía moderna exigía un nuevo tipo de superviviente urbano, e Isabel Duval lo encarnaba como nadie, desde el pálido maquillaje gris hasta el traje de lana tejido a mano. Era una mujer guapa de algo menos de cuarenta años, de rostro agradable pero inexpresivo, del que hacía tiempo se había desvanecido toda forma de emoción. Al recibirme en su piso, me recordó a una subdirector a de colegio privado para chicas y eterna candí-data a la dirección. De su cara se había borrado toda posible huella de rencor, envuelto en gasa esterilizada y escondido en un rincón de su mente.

—Monsieur Sinclair... —dijo con una sonrisa rápida como el diafragma de una cámara fotográfica, con el mismo rictus en los labios que sin duda había usado para recibir a los altos ejecutivos de Edén-Olimpia cuando iban a hacer sus exámenes de colesterol o de próstata. Me había presentado por teléfono, explicándole que Jane había sustituido a Greenwood, el cual tras su muerte había ascendido a viejo amigo de la familia.

Pero Isabel Duval no parecía del todo convencida. Tenía las ventanas de la nariz algo dilatadas, como si hubiera olido un perfume desagradable en mi ropa, quizás el humo de cigarro que viciaba el aire en la oficina de Meldrum. Dio un paso atrás, para dejar que pasara con mi andar de inválido, desacostumbrada a la presencia de un hombre extraño en su casa:

—Madame Duval, le agradezco que haya accedido a verme. Le pareceré un fantasma del pasado*

—En absoluto. Un viejo amigo de David Greenwood, ¿cómo iba a negarme?

Me ofreció una silla en la sala de estar. Las ventanas del balcón eran exteriores, pero no daban al mar ni a la playa, sino a un patio interior con una vista espléndida de las cámaras bajo los aleros.

—Tantas cámaras... —comenté—. Uno se siente en una película extraordinaria que nadie verá.

—Eso espero. De otro modo sería un signo de que el sistema de seguridad ha fallado. Lamentablemente, hay muchos robos en la Costa Azul. Dicen que estamos más seguros aquí que en las criptas del Banco de Francia.

—Me alegro. ¿Pero la seguridad mantiene los ladrones a raya o la tiene encerrada a usted?

Pensé que esta ocurrencia relajaría el ambiente, pero me miró como si acabara de recitar un verso del Kamasutra. Ya esperaba que no estuviera muy dispuesta a hablar de Greenwood pero al mismo tiempo parecía sentir curiosidad por mis motivos y posaba sus ojos en las incurables arrugas de mi pantalón y en los dedos que sobresalían de mis sandalias.

—¡Fue todo tan trágico! —dijo—. ¿Cuándo fue la última vez que vio a David?

—Hace cerca de un año, en Londres. Cuesta creer lo que ocurrió.

—Para nosotros también fue un duro golpe. En muchos casos, llegó a ser fatal. ¿Puedo preguntarle cómo consiguió mí número de teléfono?

—Le pregunté a alguien en la clínica. A la secretaria de Penrose, no recuerdo...

—¿El doctor Penrose? No me sorprende. —Tras decir esto miró la cámara de vigilancia más cercana, como para avisarle que el fornido psiquiatra merodeaba por ahí.— El doctor Penrose ha hecho carrera a fuerza de ser indiscreto.

Me incliné hacia adelante, para que no se distrajera, pues madame Duval parecía perderse por los pasillos laterales de su mente.

—Madame Duval, quisiera *entender* lo que ocurrió el 28 de mayo. Cuando lo vi en Londres, David parecía muy lúcido.

—Lo era. Como secretaria suya, puedo decir que lo conocía bien. Claro, yo no tenía nada que ver con su obra de caridad en La Bocca. —Hablaba con cierta dureza, como si el orfanato no le gustara nada.— Pero ya es *demasiado tarde para* lamentarlo. —Usted pasaba muchas horas al día con él. En su opinión, ¿qué le hizo perder la cabeza?

Miró la alfombra inmaculada, donde una cana suelta brillaba en la luz.

—No sabría decir. Nunca me confiaba sus dudas. —¿Tenía dudas?

—Como cualquiera de nosotros. Por desgracia, no estuve con él en sus últimos días. Podría haberlo ayudado. —¿Estaba usted de viaje?

—Me pidió que me tomase una semana libre. Eso fue en abril, un mes antes. Dijo que iría a una conferencia de medicina en Ginebra.

—Supongo que usted vio los billetes.

—Y las reservas de hotel. Pero el profesor Kalmati me dijo que David se quedó en la clínica mientras duró la conferencia. Por alguna razón, en el último momento decidió no viajar a Ginebra.

I Hablaba como si Greenwood le hubiera fallado, y me pregunté si acaso veía los asesinatos como una forma de infidelidad.

—Un mes... —repetí—. Lo planeó con antelación. Madame Duval, quizá la estaba protegiendo. Todo lo que dice me hace pensar que no fue un arrebato de locura. No se volvió loco de repente.
—Él nunca estuvo loco.
Hablaba tranquila y firmemente. La imaginé en vela durante la noche, en ese mundo electrificado pero sin nervios, pensando que, si hubiera renunciado a sus vacaciones, habría podido ayudar a Greenwood y apaciguar sus sueños de muerte.
—¿Trabajaba demasiado?
—No era una cuestión de trabajo. David se comprometió demasiado con otras personas y con sus necesidades particulares. Estaba muy preocupado. Eso explica sus... descuidos.
—¿Por ejemplo?
Madame Duval echó un vistazo a la sala de estar, hizo un rápido inventario de las lámparas de mesa, el escritorio y las sillas, restableciendo sus posesiones en aquel segmento de espacio-tiempo.
—Tenía la cabeza puesta en sus pacientes y en sus necesidades médicas. A veces se llevaba cosas de las tiendas de la rué d'Antibes y se olvidaba de pagar. Una vez lo detuvieron a la salida del Gray d'Albion. Llamaron a la policía, pero el profesor Kalman explicó el malentendido.
—¿La policía no lo acusó?
—Era demasiado trivial: un perfume. Nos hacíamos regalos para los cumpleaños. Tenía la cabeza en otra parte.
—¿En el asilo de La Bocca quizá? Si uno piensa en cosas tan elevadas, no es extraño que...
—¿Cosas elevadas? —me interrumpió, riéndose de mi ingenuidad—. Esas chicas se aprovechaban de él. Los niños árabes de la calle son completamente despiadados. El tenía dinero y ellos pensaban que era un tonto. Otro día se *llevó* un coche sin permiso.
—¿Está mal? En la clínica hay automóviles de emergencia para los médicos.
—Eso fue en Cannes, frente a la estación de tren. Un hombre bajó a despedirse de su mujer y dejó el coche en marcha. —¿Y David se lo llevó prestado?
—La policía lo detuvo en La Croisette, Él dijo que se trataba de una urgencia médica.
—Quizá lo era. Pero el profesor Kalman volvió a encubrirlo. —Aclaró la situación con el comisario. Edén-Olimpia es demasiado importante para la policía. Goza de beneficios, descuentos especiales y demás. —Madame Duval se puso de pie y se acercó a la ventana, como si esperara atisbar Edén-Olimpia, y las horas más felices de su vida pasadas en la oficina de Greenwood.— Yo

conocía muy bien a David. Él nunca habría robado nada. No le importaba el dinero y regalaba la mitad de su sueldo.

—-Pero era impulsivo.

—Intentó ayudar a mucha gente: a magrebíes pobres que buscaban trabajo, estudiantes, ancianas... Sacaba drogas de la farmacia para ayudar a los adictos de la clínica de Mandelieu. Cuando lo atracaron, fue un problema para la policía. —¿Está segura de que lo atracaron? —Estaba todo magullado. Cannes La Bocca no es como La Croisette. Quería estabilizar a los adictos antes de empezar a tratarlos. Vendían la droga en la calle, frente a la clínica. Sin darse cuenta, David se convirtió en una especie de traficante.

—La doctora Serrou trabajaba con él. Todo el mundo habla bien de ella. ¿Por qué le disparó David?

—Quién sabe —respondió ella, girando la cara para ocultar su rubor—. No era una buena influencia.

Esperé a que continuase, pero eso era todo lo que me diría. Cuando nos levantamos, le dije:

—Me ha ayudado usted mucho. ¿Ha hablado de esto con el juez?

—No —dijo frunciendo los labios, como si estuviera en una tribuna imaginaria del jurado. Hablaba de sí misma con dureza—: Era el momento de hablar, pero le fallé a David. Quería defender su nombre. Créame, aquí habría que acusar a otros. —Madame Duval, ¿David mató realmente a sus víctimas?

—¿Que si las mató? Por supuesto.

Sorprendida por mi obtusa pregunta, abrió la puerta de la casa, invitándome a que me fuera, y me pareció aún más pálida que antes.

—Se está muy bien aquí —le dije—. ¿Por qué renunció a su trabajo en la clínica?

—Me ofrecieron un plan especial de jubilación. Edén-Olimpia es muy generosa. Vieron lo afectada que estaba. En aquel momento, mucha gente temía otro ataque. —Así que usted prefirió jubilarse.

—Acepté que hacía falta un cambio de personal. Mi presencia era...

—¿Incómoda? Lamento que se haya marchado. A mi esposa le habría gustado trabajar con usted. Sería mejor no hablar con nadie sobre la conversación que hemos tenido. ¿Sigue en contacto con el profesor Kalman?

—No, pero todos los meses viene alguien del departamento de finanzas para asegurarse de que no me falte nada. Existen fondos acumulados para pagar a los empleados antiguos como yo. —En tanto el complejo prospere.

—Exacto. —Isabel Duval sonrió por primera vez", una ligera mueca de los labios que revelaba una seca complicidad.— Edén-Olimpia es muy civilizada y muy corrupta. Una vez que alguien pasa por allí, lo cuidan para siempre...

16 Viudas y recuerdos

«Para siempre» era un concepto difícil de entender en esta costa siempre cambiante. Port-la-Galére, donde ahora vivían las viudas de los chóferes, *está* entre Théoule y Miramar, a ocho kilómetros al oeste de Cannes. Fui por la carretera que bordea la playa desde el viejo puerto hasta La Napoule. Una tormenta de *medianoche* había *cubierto ¡a arena de una madera de* deriva, venida desde las Îles de Lérins, donde, según cuenta la leyenda, el hombre de la máscara de hierro vivió encerrado durante diez *años* en *\a fortaleza de* Sainte Marguerite.

En contraste con sus celdas lúgubres y sus rejas triples, Antibes-les-Pins era un centro de detención más civilizado. Isabel Duval, después de todo, era libre de irse cuando quisiera. Me imaginaba a esa mujer orgullosa y con aire preocupado mientras se paseaba entre los veraneantes por las calles de Juan-les-Pins, mirando los escaparates de las tiendas y aferrándose a los recuerdos de David Greenwood. Su apartamento de Antibes-les-Pins era una cámara de descompresión, donde podían fugarse las fuerzas que habían hecho eclosión el 28 de mayo.

Si de algo sufría aún Isabel Duval, era de exceso de rigor. Su descripción del médico que se lleva cosas de la tienda y roba un coche, un médico explotado por huérfanos y drogadictos, era el reverso del halo con que las esposas desconsoladas suelen adornar al difunto. Su enumeración de los pequeños delitos de Greenwood era un desesperado intento por fijar su imagen antes de que desapareciera para siempre. La escena del robo en Gray d'Albion era probablemente parte de la misma temeridad que Jane había mostrado en el quiosco de revistas cerca del Majes-tic. Y el uso indebido del coche, a diferencia de mi propia travesura, pudo haber sido la reacción de un médico agotado que acude a atender una urgencia médica avisado por el móvil.

En La Napoule crucé el puente sobre el complejo del puerto deportivo y seguí hacia las colinas del Esterel. Unos pocos alcornoques y pinos mediterráneos habían sobrevivido a los incendios forestales, pero casi todas las laderas estaban desnudas y exponían al sol las antiguas rocas de pórfido, tan rojas y porosas que parecían inmensos derrames de óxido, los vertederos del pasado.

Port-la-Galére sería más modesto, pensé para mis adentros, una reliquia de la vieja Costa Azul, un puerto de pescadores aún sin estropear, con muelles de adoquines y embarcaderos donde extendían sus redes. Aquí las viudas de los chóferes se ganarían la vida a duras penas, destripando pescados e hirviendo langostas, sin decir nunca nada sobre los años que sus maridos habían pasado en Edén-Olimpia.

Mi problema era convencerlas de que me hablaran sin tapujos. Recordé la ampolla de petidina en el bolsillo de mi chaqueta, que había cogido del maletín de Jane para mostrársela a Wilder Penrose, y que podría ser una clave para entender el estado mental de Greenwood. Las viudas tal vez apreciarían el sedante, dispuestas a probar lo que fuera con tal de liberarse del hedor de los muelles.

Théoule era tan discreto que casi pasé por alto el balneario, un enclave de casas de lujo alquiladas por diseñadores, de moda y gerentes de los medios de comunicación. Pasé junto a una excavadora que cavaba una zanja a lo largo del acantilado para las tuberías de la televisión por cable. Más que sentarse en sus balcones con una copa antes de cenar, disfrutando de una de las vistas más espectaculares del mundo, los propietarios de estas villas exclusivas preferían desplomarse en la oscuridad de sus habitaciones para ver películas de Hitchcock o los partidos de la liga inglesa.

Después de adelantar a la excavadora giré a la izquierda, donde había una señal que decía «Port-la-Galére» en letras rústicas. Más allá del puesto de guardia, un camino asfaltado daba la vuelta a la colina en dirección a otra comunidad con portones. Las villas y casas de apartamentos habían sido diseñadas por un Gaudí moderno, con molduras en paredes y balcones que parecían figuras con vida propia, y que habrían hecho las delicias del creador de la Sagrada Familia. Aquí no se destripaban pescados ni se hervían langostas. El puerto deportivo estaba lleno de yates y motoras, barcos de líneas aerodinámicas provistos de aparatos de navegación por satélite que llevarían sin esfuerzo a sus dueños a otros rincones de lujo, a Portofino o Bándol. Aparqué el Jaguar entre un mar de Porsches y Land Cruisers. Los cafés de la avenida marítima teman un decorado elegante y parisino, y 1QS visitantes que llegaban en yate a pasar el fin de semana parloteaban, sobre un telón de fondo de colmados que parecían boutiques y boutiques que parecían colmados.

Madame Cordier y madame Ménard, las viudas de los dos chóferes, eran menos pretenciosas. Habíamos quedado en el apartamento de la segunda planta de madame Cordier, separado del mar por unas estructuras en espiral de yeso amarillo que formaban Ja barandilla del balcón. Las viudas, de unos cuarenta y cinco años, eran atentas y circunspectas, y tenían leves rasgos del norte de África. Supuse que sus padres habían llegado de Argelia en los años sesenta.

Vestían de negro, seguramente a causa de mi visita. Por teléfono, madame Cordier había hablado en un inglés titubeante sin duda aprendido de su difunto esposo, rico en expresiones propias del tráfico y de los aparcamientos, y pensó que yo era un inspector de Edén-Olimpia. Al ver mi

ropa deportiva, me dio la mano con cautela, tal vez pensando que el departamento de finanzas había optado por un estilo más informal.

Por suerte, Philippe Bourget, hermano del tercer rehén asesinado, también estaba allí. Era un joven delgado y pensativo con aire de estudiante de doctorado, que enseñaba en el colegio de Mandelieu y hablaba un inglés fluido. Había ido a Port-la-Galére en una Mobylette, que dejó aparcada en el patio de abajo.

Esforzándome por no oír el griterío parisino bajo el balcón, les di mi sentido pésame por la tragedia. Luego, decidido a ir sin rodeos, le dije a Bourget:

—Por favor, explíqueles que mi mujer es médico en Edén-Olimpia y que éramos muy amigos de David Greenwood.

Las mujeres levantaron la cabeza y esperé una muestra de hostilidad. Pero asintieron impasibles. Madame Cordier, una mujer alta y de rasgos marcados, me invitó a sentarme y luego se fue a preparar el té. Madame Ménard, más apacible y reservada, me miraba con una ligera sonrisa y jugueteando con sus manos.

—Me alegra —le dije a Bourget—. Temía que no quisieran verme.

—Saben que usted no estuvo involucrado —repuso Bourget, estudiándome de cerca—. ¿Usted y su mujer estaban en Inglaterra en ese momento?

—Afortunadamente. Llegamos en agosto y, cuanto más tiempo transcurre, más raro nos parece todo. Me cuesta creer que el doctor Greenwood le disparara a su hermano.

—A mí también —dijo Bourget—. ¿Le sorprende?

—La verdad es que sí. Viniendo de usted, significa mucho. ¿Quiere decir que Greenwood quizá no asesinó a sus víctimas?

—No exactamente. Mató a los siete primeros. Por desgracia, de eso no hay duda.

Madame Cordier entró con la bandeja del té y las viudas me miraron al mismo tiempo, con sus ligeras sonrisas flotando sobre el aroma de manzanilla.

—¿Qué me dice de los rehenes? —le pregunté a Bourget—. Su hermano y los dos esposos...

—¿Si los mató? —Bourget dudó, y con una mano dibujó algo en el aire como si fuera una pizarra.—Es difícil saberlo. Tal vez no.

—¿Qué le hace dudar?

—Una cuestión de carácter.

—No cree que Greenwood matara a tres hombres a sangre fría. H

—Es improbable, pero debemos aceptar la decisión del tribunal. —Se encogió de hombros con indulgencia, y miró una foto de monsieur Cordier que había en la repisa de la chimenea.

—¿Conoció a Greenwood? —le pregunté.

—No, pero mi hermano hablaba a menudo de él. Era ingeniero en la estación de televisión. A veces, Greenwood iba allí a hacer programas de salud.

—Entonces él conocía a Greenwood —dije, mientras sin pensar le devolvía la taza de té a madame Cordier—. Pensé que había elegido sus rehenes al azar. ¿Y qué hay de los maridos? ¿También le conocían?

—Sí —dijo madame Ménard, que se inclinó hacia adelante—. Pierre lo vio varias veces. Cinco, seis, quizá más...

—Y Georges también —asintió con vigor madame Cordier—. Fueron a verlo juntos.

—¿A la clínica? —pregunté—. ¿Habían ido a examinarse con el doctor Greenwood?

—No —contestó madame Ménard con tono firme—. A la clínica no, al Capítol.

—¿Al Capítol? ¿Es un *edificio* de oficinas? —Es un bar de Le Cannet — intervino Bourget, mirando a las dos mujeres con desaprobación por la innecesaria confidencia. Antes de darles tiempo de seguir hablando, continuó—: Los asesoró sobre un conflicto con el departamento de personal.

—Con la ley de empleos —explicó madame Ménard—. Les ayudó en Edén-Olimpia.

Haciendo ver que buscaba algo, Bourget añadió: —Había desacuerdo sobre el trabajo nocturno. Querían hacerlos conducir demasiadas horas.

—¿Los presionaron? ¿Los amenazaron...? —Con despedirlos —dijo Bourget, con expresión de disgusto—. Pero el doctor Greenwood intervino y les redujeron las horas de trabajo. Ya *no* tuvieron que *conducir de* noche.

—De noche... —repitió madame Cordier, imitando el movimiento de alguien sentado al volante—. Mala hora en La Bocca. —Y Pierre... —añadió madame Ménard, que imitó con las manos el choque entre dos coches—. No era una buena hora... Las mujeres empezaron de golpe a hablar en francés, en voz alta e indignadas. Bourget me condujo hasta la chimenea.

—Greenwood fue muy generoso al intervenir. Demostró muchas veces que era un hombre honrado. Pero no las alarmemos. —Lo siento —dije observando la animada charla de las viudas, que al parecer compartían sus recuerdos—. Pero no parecen muy alarmadas. ¿Los maridos tenían alguna idea de lo que tramaba Greenwood?

—¿Cómo podían tenerla?

—Eso explicaría por qué los tomó de rehenes. —Antes de que Bourget pudiera interrumpirme, me dirigí a las mujeres:— Madame Cordier, es una situación muy triste para usted y para madame Ménard. No deseo perturbarlas. ¿Recuerdan lo que sucedió el 28 de mayo?

—Por supuesto —*dijo* madame Cordier, recobrando la compostura como un testigo en la corte:—. Diga, señor Sinclair.

—El día antes, ¿mencionó su esposo al doctor Greenwood? ¿Notó él algo sospechoso?

—No. Georges no dijo nada sobre el doctor Greenwood.

—Pierre me dijo que ese día tenía muchos clientes —intervino madame Ménard—. Salió muy temprano al trabajo.

—Bien. ¿A qué hora solían presentarse en la oficina de transporte?

—Antes de las ocho.

—¿Y cuánto tardaban en llegar? ¿Una hora, poco más o menos?

—No —contestó madame Ménard, cubriéndose el reloj con una mano—, Vivíamos en Le Cannet.

—¿A diez minutos en coche? ¿Y a qué hora salió el 28 de mayo?

—A las seis.

—¿Con casi dos horas de antelación? Madame Cordier, ¿recuerda cuándo salió de casa su marido?

—A la misma hora. Vivíamos en Grasse. Unos minutos antes de las seis.

Iba a interrogar más a las mujeres, pero Bourget me cogió del brazo. Con paciencia pero firmemente, me condujo al balcón.

—Ellas no saben nada, señor Sinclair —dijo con el tono de desaprobación de un maestro de escuela—. No tienen idea de por qué el doctor Greenwood secuestró a sus maridos. Y con todas estas preguntas *les* resulta aún más *diñó!* olvidar.

—¿Acaso tratan de olvidar? A mí me parece que...

Pero me despedí de las viudas, que me acompañaron a la puerta- Por un instante, al sonreírme, parecían apenadas de que me fuera.

Bajé con Bourget al vestíbulo de la entrada. Abrió el candado de su Mobylette y la hizo rodar hasta la calle. A pesar de mi desafío a su papel de protector de las viudas, me pareció que estaba contento de que hubiera ventilado mis dudas. Una vez a solas, fue más amable conmigo. Mientras nos dirigíamos al Jaguar, le dije:

—Espero que no se hayan sentido mal.

—Les hacía falta hablar. ¿Le sorprendió lo cálidas que fueron al hablar de Greenwood?

—Mucho. ¿Qué le parecía a su hermano?

—Jacques lo admiraba. Tenían que presentarse como testigos de un accidente de tránsito. Pero ahora el caso pasará al olvido.

—¿Quién tuvo el accidente?

—Un gerente joven del departamento de personal de Edén-Olimpia. Un coche lo sacó de la carretera y Greenwood le socorrió en sus últimos minutos antes de morir. —¿Greenwood estaba en el coche?

—No, pasaba por allí en otro vehículo. Por la carretera de la costa, en dirección a Juan-les-Pins. Los que roban coches, son un peligro porque van a toda velocidad. —¿Y su hermano?

—Estaba en el coche del gerente. Eran amigos y solían ir juntos de paseo. Fue una suerte que Greenwood pasara justamente por allí.

—Y una gran casualidad, si bien no la primera. —Sabía que Bourget me observaba sin perder detalle, como un maestro con

un alumno que promete. Decidí ser franco con él y continué:

El 28 de mayo, Greenwood tomó a tres rehenes. Hay diez mil personas que trabajan en Edén-Olimpia, pero él escogió a los dos chóferes, sabiendo que los iba a matar. Eran hombres a los que había ayudado, con esposas que dependían de ellos. Necesitaba un tercer rehén, y por alguna razón eligió a su hermano, aunque debían declarar juntos en la corte..»

—Escogió a la gente que conocía —opinó Bourget—. Quizás era más fácil acercarse a ellos que a extraños. Estaba muy trastornado, señor Sinclair.

—Aun así. —Me di la vuelta hacia el apartamento de madame Cordier, y vi que las viudas nos miraban desde el balcón.— Sus maridos vivían a diez minutos de Edén-Olimpia, pero salieron casi dos horas antes de presentarse al trabajo. ¿Por qué?

—Imposible saberlo. La gente hace cosas inesperadas. Mi hermano era miembro activo del movimiento de los verdes. Un buen día empezó a practicar tiro. Obtuvo un permiso para cazar ciervos. No lo podíamos creer. —¿Cuándo fue eso?

—En abril, cerca de un mes antes de morir. Iba a menudo al campo de tiro militar en Castellane. Todavía tengo sus armas y municiones. ¿Cómo explica usted eso?

—No lo sé. —En ese momento llegamos al Jaguar, aparcado junto a los muelles.— Intento reconstruir lo que pasó el 28 de mayo. ¿Qué hacía su hermano tan temprano en el aparcamiento de la televisión? ¿No empiezan a transmitir los programas a las seis de la tarde?

-¿Acaso importa, señor Sinclair? —Bourget me apoyó una

mano sobre el hombro, advirtiendo que cojeaba y temeroso de que me hubiera agitado demasiado.— ¿Puedo saber por qué está tan interesado? No conocía realmente a Greenwood.

—¿Por qué dice eso?

Parece muy preocupado, pero por otro hombre. David Greenwood no fue una víctima.

No... no estoy seguro de lo que fue —dije mirando los muelles atestados de gente, a los jóvenes y apuestos pilotos de los yates con sus novias—. Port-la-Galére... es encantador, a su modo. Una curiosa casa de retiro para dos viudas de chóferes.

Edén-Olimpia les consiguió los apartamentos. Y las jubilaciones.

—Espero que sean generosas. Port-la-Galére parece un sitio exclusivo.

—Para un cierto tipo de parisinos —comentó Bourget, mientras me ayudaba a entrar en el coche, visiblemente aliviado de que me fuera—. La gente viene aquí a tomar cocaína y acostarse con las mujeres de los otros.

—No es el sitio indicado para unas viudas de luto. Por otro lado, no hay peligro de que hablen con la gente equivocada. ¿Edén-Olimpia también le ofreció una compensación a usted?

—Naturalmente. Una suma considerable.

—Y usted aceptó...

—Señor Sinclair... —Bourget se sonrió, mientras daba unos golpecitos al techo del Jaguar, como urgiéndolo a que me llevara de vuelta por el camino del acantilado. Montado en su Mobile-te, parecía la versión francesa de esos aficionados a los trenes que apuntan el número de las locomotoras. Pero me dio la impresión de que había pensado mucho en el papel que había tenido Edén-Olimpia en la muerte de su hermano, y que sabía más que yo sobre la tragedia que había rodeado a David Greenwood.— ¿La compensación...? Se la pasé a la ex mujer de mi hermano. Está en un fondo para el hijo de ellos. Edén-Olimpia se encarga de todo, señor Sinclair.

17 El orfanato de La Bocca

Port-la-Galére y sus misterios quedaron a mis espaldas mientras subía por el empinado camino de la costa. Los guardias del puesto de control confirmaron la placa del coche en sus radios móviles, y esperaron pacientemente mientras lidiaba con el embrague para poner la segunda. Llevaban el uniforme color chocolate que caracteriza a los agentes de seguridad de los supermercados. Cuando me hicieron señas de que pasara, se me ocurrió que sería el disfraz elegido por los ejércitos del futuro para pacificar a la población civil *y* recordarles los días felices pasados en los pasillos de golosinas.

Mientras iba a Cannes, un avión de *cabotaje* despegó *del* aeropuerto de Cannes-Mandelieu, cerca de La Bocca. Me detuve a un lado del camino, con lo que me gané los insultos de dos viejos franceses porque estuve a punto de

aplastarles las alpargatas. Le dieron un manotazo al techo del Jaguar, pero me hice el tonto y me puse a mirar el avión que ascendía sobre la bahía de La Napoule. El polvo y la humedad formaban capas en el aire ligero, a través de las cuales los hoteles de La Croisette parecían temblar como espectros inquietos, un sueño a punto de derrumbarse.

Salí de la autopista que iba a Cannes y continué por el acceso que conducía al pequeño aeropuerto. Los aviones de un solo motor estaban en sus hangares verdes, que parecían doseles de coches gigantescos para bebés, y los jets de los ejecutivos aguardaban a sus clientes frente a la terminal de pasajeros. Los chóferes muertos, Cordier *y* Ménard, habrán esperado aquí innumerables veces sentados en sus limusinas, mirando a través de la alambrada *y aspirando* el fuerte *olor del* combustible para aviones. Por mi parte, estaba seguro de que David Greenwood no los había tomado como rehenes.

Di una vuelta al aparcamiento y me detuve frente a un pequeño edificio de una planta que parecía una tienda en una maqueta de un pueblo de frontera del salvaje Oeste. Eran las oficinas de Aviación Nostálgica. Junto a la entrada, sobre dos bloques, se veían el morro y la cabina de un cazabombardero de los años setenta, que me recordaron a una máquina de cigarrillos oxidada. La sala de exposición estaba llena de objetos de culto de la historia de la aviación: cascos, paracaídas y aparatos de radio de la Guerra Fría, cabezas de émbolo y hélices, varios asientos de seguridad y un motor radial.

La tienda había cerrado por la tarde y una melancolía casi tangible flotaba en el ambiente, acumulando el mismo polvo que el modelo de avión que colgaba del techo, el sedimento del pasado que caía de los recuerdos de aquellos viejos pilotos y cubría el museo en miniatura. Las brújulas y el fuselaje artístico del Comando Estratégico del Aire («Período CEA», con rubia desnuda y bomba nuclear fálica) eran fósiles arraigados en el pasado, como mi viejo Harvard en el hangar de Elstree, tan lejos de los ejecutivos que embarcaban en el puente aéreo de Niza como trilobites dentro de un esquisto prehistórico.

Regresé al Jaguar, ya de por sí un museo rodante, me fui del aeropuerto y me dirigí al suburbio industrial de La Bocca. Mientras las ruedas golpeaban los rieles abandonados del ferrocarril, que apenas sobresalían del camino, recordé otro sueño que había muerto allí, a tiro de piedra del avión que patrullaba las playas de Cannes y Juan-les-Pins anunciando muebles con descuento *y* subastas de *lanchas, como* una definición del futuro de la nueva Costa Azul.

El orfanato de La Bocca, al que David Greenwood le había dedicado tanto tiempo, estaba entre el depósito de carga de la SNCF y una serie de edificios venidos a menos que albergaban provisionalmente a obreros magrebíes. El edificio de dos plantas tenía ventanas góticas y un techo inclinado, y era la escuela de una orden de monjas de África. Las diez o *doce* monjas, hermanas negras de las antiguas colonias francesas, habían recibido con los brazos abiertos el ofrecimiento de Greenwood de proporcionar atención médica a las niñas que tenían a su cargo.

Después del 28 de mayo, las autoridades habían cerrado el asilo, y ahora las veinte niñas vivían con sus familias adoptivas.

—Era inadecuado que se quedaran —me explicó la hermana Émilie, una monja de mediana edad de Dahomey, mientras abría las puertas y me hacía pasar a la escuela—. Todos los días venían periodistas, cámaras de televisión, incluso turistas... —Entiendo. Era peligroso para ellas.

—No, no para las chicas. ¿Usted nunca ha tenido hijas señor Sinclair? Se puede controlar a una niña de trece años. Cuando son dos se controlan entre ellas, ¿pero veinte? Imposible Ningún hombre estaría a salvo.

Las chicas, continuó, eran huérfanas o hijas abandonadas de inmigrantes, y estaban encandiladas por las luces de La Croisette En la sala de estar de la planta baja había unos cuantos sofás y sillas llenos de bultos, y los reposabrazos tenían quemaduras de cigarrillos. Un crucifijo colgaba de la pared junto a una reproducción del Salvador con cara de desnutrido y ojos saltones, la imagen de un fanático sexual y tuberculoso que debió de atraer a las chicas que pasaban el tiempo allí, contándose chismes y fumando Greenwood y Dominique Serrou pagaban el salario de dos ayudantes y del cocinero. Sólo gracias a las generosas donaciones de Edén-Olimpia le fue posible a la empobrecida orden de maestras africanas educar a las" niñas y suministrarles libros y un ordenador.

—Era gente muy buena. Daban todo de sí sin pedir nada a cambio. Al final... —La hermana Émilie abrió las manos, como si la matanza hubiera sido un accidente inexplicable.

—¿El doctor Greenwood se llevaba bien con la doctora Serrou?

—¿Quiere decir... si tenían una relación íntima?— La hermana Émilie se detuvo en la escalera, que crujía bajo sus pies. —Al menos no aquí. Nunca me pidieron permiso. El doctor Greenwood era muy joven y estaba muy ocupado.

—¿No tenían discusiones, sobre cómo llevar el asilo, por ejemplo?

—Nunca. La gente tan ocupada no tiene tiempo para eso. Estaban comprometidos con su trabajo.

El dormitorio de la segunda planta estaba dividido en cubículos a la manera de un cuartel, con tres camas cada uno. Sobre los colchones había botellas viejas de perfume, teléfonos móviles rotos y discos compactos.

La hermana Émilie miró con resignación los restos abandonados, con evidentes ganas de barrer todo aquello y arrojarlo de una buena vez en el vertedero más próximo.

—La policía me dijo que no tocara nada, así que...

—Quizá las chicas vuelvan algún día.

—Puede ser. —La idea pareció entusiasmarla.— ¿Su esposa es médica, señor Sinclair?

—Pediatra, como el doctor Greenwood. —Avergonzado por la mirada llena de esperanza de la monja, atiné a decir:— Pero tiene tantas responsabilidades-Abrí los armarios de madera que había detrás de las camas, repletos de zapatos y cosméticos usados. De un gancho colgaba un vestido con minifalda a rayas, una monstruosidad que sólo una niña de doce años y con una imaginación exuberante podía haberse puesto. En el estante de abajo había un par de medias de malla.

—Esas chicas... —dijo la hermana Emilíe, apartando la mirada— tenían demasiada ropa.

—¿El doctor Greenwood era generoso con el dinero? ..—Demasiado. Es que sentía pena por las chicas. La doctora Serrou les daba cien francos, luego cien francos más... —La monja se dirigió hacia la puerta arrastrando los pies.— Quédese y eche un vistazo, señor Sinclair. Tai vez pueda hallar algo sobre su amigo. Pobre doctor Greenwood...

Cuando se marchó, me quedé entre los cubículos, aspirando el aroma aún potente de los cuerpos jóvenes de mujer. Supervisar a las adolescentes con problemas había requerido una paciencia heroica. Durante el día, Greenwood comprobaba su estado de salud, les recetaba vitaminas y les prestaba los libros de Alicia, pero en cuanto caía la noche las chicas se ponían lo mejor que tenían y se iban a los bares de inmigrantes de La Bocca, para tomarles el pelo a los perplejos obreros de la construcción;

Imaginé las artimañas que habrían tenido lugar en ese dormitorio abandonado, a la manera de las bromas que Jane y las otras médicas del Guy les hacían a los internos desprevenidos. Pensé en Jane paseándose por las salas del hospital con los dedos manchados de nicotina, y cogí el vestido a rayas y las medias polvorientas. Sentí un extraño afecto por. la adolescente desconocida que se las había puesto. Pronto se olvidaría del circunspecto médico inglés, siempre sonriente aunque estuviera exhausto, que la había introducido en el mundo del Conejo Blanco *y la Reina Roja.* Me fui del dormitorio y crucé el pasillo hacia una habitación de techos altos que había

sido la oficina de Greenwood. Al lado de la mesa desnuda había gabinetes vacíos de médico y carteles que advertían contra los peligros del alcohol y el tabaco. Jane me había contado que Greenwood estaba tratando a algunas de estas chicas por enfermedades venéreas, e intenté no pensar cómo habría sido su niñez antes de que las rescatara.

Me senté ante el escritorio y me imaginé repartiendo medicinas y afecto a las niñas, hasta el día en que de repente el cansancio y la desesperación habrían sido tales, que todos los guiones y argumentos se rompieron en mil pedazos. Si La Bocca ya estaba lejos de Cannes, un universo la separaba de Edén-Olimpia.

Abrí el cajón *del escritorio* y cogí una *fotografía enmarcada* que debió de colgar en alguna pared de la oficina. David Greenwood se encontraba en el centro de un retrato de grupo, con su pelo rubio y su pálida cara de inglés en abierto contraste con los bronceados franceses. Parecía algo borracho, no de alcohol sino de agotamiento, y su amplia sonrisa no lograba disimular la mirada desenfocada.

A su lado había una mujer muy guapa con una sonrisa peculiar y cabellos claros cayéndole sobre una mejilla, a la que recientemente yo había visto frente a las oficinas de American Express en Cannes. Francés Baring estaba apoyada en el hombro de Greenwood, y obviamente trataba de sostenerlo. Tenía los ojos clavados en él con aire de preocupación, no tanto como una amante a punto de robarle un beso sino como una madre ayudando a su hijo a pasar un mal trago.

A su alrededor había un grupo de ejecutivos de Edén-Olimpia, muy seguros de sí mismos, que me resultaban familiares por los recortes de prensa que me había enviado Charles. Reconocí a Michel Charbonneau, presidente de la compañía de inversiones de Edén-Olimpia; a Robert Fontaine, ejecutivo en jefe de la administración, y a Guy Bachelet, jefe de seguridad. No parecían prever peligro alguno mientras alzaban las copas y brindaban con Greenwood. Habían posado para la cámara en una habitación amplia y de techos dorados, decorada con sillas imperio, que parecía la antecámara de una suite presidencial. Celebraban un acontecimiento notable, quizás una donación importante e inesperada al orfanato. Sin embargo, con la sola excepción de Francés Baring, nadie parecía darse cuenta de que David Greenwood estaba al borde de sus fuerzas.

—Señor Sinclair, creo que ya ha visto bastante...

La hermana Émilie me llamaba desde abajo. Volví a guardar la fotografía y cerré la puerta de la oficina. Al bajar la escalera, me di cuenta de que aún tenía en la mano el vestido a rayas y las medias. En lugar de dárselos a la monja, decidí metérmelos bajo la chaqueta.

Después de agradecer su ayuda a la hermana Émilie y hacerle una donación en efectivo, que aceptó con una reverencia, regresé al Jaguar. Conduje por las miserables calles de La Bocca, seguido por la melancólica mirada de los árabes apostados en los portales. Me alegraba saber que estaba a sólo veinte minutos en coche de La Croisette y su reino de luz. Un olor a perfume barato inundó el coche; venía del vestido a rayas que había dejado en el asiento del acompañante. Me detuve frente a un cubo de la basura junto a un supermercado, bajé del coche y tiré la ropa.

El olor a adolescente, rancio y extrañamente conmovedor, me había impregnado las manos. Me quedé pensando en la fotografía de Greenwood en el asilo. Francés Baring llevaba un traje elegante, pero todos los demás, incluso el propio Greenwood, vestían chaquetas de cuero negras.

18 La calle de la más oscura noche

La noche cayó rápidamente sobre Cannes, en el preciso instante en que me distraje pidiendo otro Tom Collins al camarero del bar Rialto. El cielo parecía inclinarse llevándose el sol, que era como una brasa ardiendo más allá de las alturas del Esterel, y arrastrando las alas deltas que aún planeaban por el aire del atardecer. Los hoteles de La Croisette se replegaron, ocultándose detrás de sus fachadas. Las luces se habían desplazado hacia alta mar. Unos copos de nieve artificiales, que se encendían y apagaban, señalaban la legalización del árbol de Navidad de los yates anclados cerca de la playa, y un resplandor de luces bañaba a los dos cruceros anclados en el canal de Napoule.

Bajo las palmeras paseaban grupos de pasajeros, demasiado inestables aún tras varios días en el mar para cruzar La Croisette. Miraban a los cientos de vendedores de Volvos que salían de una conferencia en el Noga Hilton, a la manera de los viajeros que entrevén una tribu exótica a punto de llevar a cabo sus ritos de paso con sus vestiduras sagradas, el folleto de marketing y el vídeo promocional.

Las prostitutas, esas acomodadoras del teatro de la noche, salían a la oscuridad y alumbraban los bordillos con sus pequeñas linternas para no tropezar con sus tacones altos. Dos de ellas entraron en el Rialto y se sentaron a la mesa de al lado, morenas musculosas con caderas y muslos de atletas profesionales. Pidieron unas copas que no tocaron, para matar el tiempo antes de salir de pesca por los hoteles.

Yo también esperaba que el reloj se adelantara, pero con menos esperanzas que ellas. Jane estaba en la clínica, presidiendo otro comité que se alargaría hasta bien entrada la noche, en el que se decidiría el próximo paso en la carrera

por obtener, si no la inmortalidad, al menos la salud controlada a perpetuidad en Edén-Olimpia. Yo solía decirle que nuestros cerebros necesitarían pronto un altillo especial por donde pasar las tuberías que requería nuestro estilo de vida «inteligente». Antes de desayunar, nos haríamos el uno al otro un examen psicológico, respondiendo sí o no a las preguntas de doble opción, mientras un servicio alternativo ofrecía un equipo de urgencia llamado «Qué hacer hasta que llegue el psiquiatra».

Mientras las prostitutas conversaban en una mezcla de árabe y francés, su perfume llegaba hasta mi mesa como en un sueño de huríes transportadas por la noche de La Croisette, un tráfico de sensaciones en ese refugio de azar y deseo. Edén-Olimpia no era para mí, con su ética del trabajo incesante y la responsabilidad corporativa. El complejo era el puesto de avanzada de una nueva especie de puritanismo, una zona virtualmente carente de sexo.

En efecto, Jane y yo hacíamos raramente el amor. El ardor que ella había mostrado durante mis días de inválido había sido sofocado por un sueño con antifaz y sedantes, seguido de duchas frías y desayunos a toda velocidad. Se paseaba desnuda por la habitación, ante los ojos de Simone Delage y de su esposo, pero no se trataba de una ostentación de su sexo, sino de su indiferencia.

Cannes ofrecía un antídoto a ese régimen espartano. En su momento, mis padres se habían sido infieles, pero a la antigua, de un modo desgraciado. Las aventuras de mi padre le complicaban su ya ajetreada vida, que acabó por convertirse en la agobiada existencia de un agente secreto, siempre adelantándose un paso para no ser descubierto, en una continua conspiración de coches de alquiler y llamadas de teléfono que nadie contestaba. Con su amante, la mujer de un arquitecto que vivía en la misma calle, se comunicaba mediante el lenguaje de las persianas, en un código preestablecido que un día mi madre descubrió en un instante de revelación digno del equipo de Bletchley Enigma. En cuanto mi padre salió de casa, ella fue de habitación en habitación subiendo y bajando las persianas al azar. Aún recuerdo la mirada atónita de la amante al pasar en coche delante de casa, tratando de descifrar lo que decían las señales, y la sonrisa de triunfo de mi madre. Más tarde, y mucho menos feliz, la encontré planchando el recibo de una tarjeta de crédito que había pescado en el váter.

Las prostitutas se levantaron y probaron sus tacones de aguja antes de lanzarse a la noche. La más joven de las dos, de unos veinte años y con ojos tan sabios como los de una abuela, me miró durante una fracción de segundo,

como si estuviera dispuesta a *agregar a su ocupadísima* agenda un rápido polvo en el aparcamiento.

Pero el sexo con prostitutas requiere un don especial, como yo sabía por el tiempo pasado en Alemania durante mis días con la RAF. En general, *yo* les gustaba a mis novias en Inglaterra, al menos en los días pares del mes, tanto a la estudiante de danza de dieciséis años que me arrastró a la clínica de planificación familiar, como a la secretaria de dicha clínica, que me escuchaba pacientemente mientras le contaba mis angustias por el divorcio de mis padres. Las putas polacas de los bares de Mülheim, junto a la RAF, eran de una raza diferente; más que mujeres parecían furias de Esquito, y odiaban a sus clientes. Estaban obsesionadas con los chulos turcos y con los hijos que dejaban a cargo de sus hermanas, que aceptaban la tarea de cuidar al niño de mala gana, y cualquier muestra de *afecto les* disgustaba. Para ellas, la calidez y las emociones eran la verdadera depravación. Sólo querían ser usadas como aparatos que se alquilan por horas, ofreciendo cualquier parte de su cuerpo a las torpes fantasías de quienes pagaban por ellas.

Pero al menos eran de carne y hueso, a diferencia de lo que sucedía en Edén-Olimpia. Terminé mi bebida, dejé un billete de *500 francos* en el platillo y me puse de pie dispuesto a explorar la noche. Me sentía mareado, como un soñador que se hubiera extraviado en un plato con palmeras tropicales y cruceros. En cualquier instante una orquesta empezaría a *tocar, y* la multitud de La Croisette, los vendedores de Volvos, los playboys árabes y los cirujanos ortopédicos harían corro y cantarían a voz en grito los últimos éxitos del momento.

Seguí a las prostitutas hasta el Noga Hilton, curioso por ver hasta dónde me permitiría llegar mi conciencia puritana. Despreciando a los vendedores de coches, siguieron del brazo por la rué Amouretti hacia la Place Dubois. Se detuvieron un instante-a insultar a un conductor que pasaba y desaparecieron en la oscuridad. Incapaz de seguirles el paso, me senté a descansar la rodilla en Mere Besson. Tras mirar sin ganas el *menú* de la cena, me levanté y me encaminé hacia el garaje de varias plantas ubicado cerca de la estación de tren, donde había aparcado el Jaguar. Al cruzar la rué d'Antibes, apareció otra Cannes, mucho más oscura *que* La Croisette. Era un mundillo de chóferes desocupados, camellos árabes y camareros sin trabajo que atestaban los minúsculos bares. Jugaban a las máquinas recreativas o se plantaban ante los billares automáticos, al tiempo que estudiaban de reojo a los que llegaban en el tren de Marsella, aspirantes a obreros de la construcción y mujeres de mal humor que trataban de colarse en la fila del taxi. Los chulos deambulaban a la entrada *del* paso subterráneo, la alcantarilla por donde se escurrían los sueños de fama y codicia de la ciudad del festival.

Atravesé la rue Jaurés en dirección al garaje, entre nubes de tabaco norafricano y colonia barata para después del afeitado, penetrantes como gas nervioso. Puse el tíquet en la máquina del aparcamiento mientras dos hombres y una chica bajaban por la rampa de cemento hacia la calle. Vestidos con chaquetas de cuero y hombreras, parecían policías de civil, y supuse que acababan de pillar a aquella niña de unos once años mientras trataba de abordar el expreso a París. Ninguno de los dos hablaba con ella, la cual los seguía obedientemente al trote y con los ojos clavados en el suelo.

Se detuvieron a la entrada, y los hombres miraron a ambos *lados* de la calle. Al oír cómo la máquina me devolvía las monedas, la chica se volvió hacia mí con una sonrisa, feliz como si acabara de ganar el gordo. Llevaba falda azul y blusa blanca de liceo francés, con el pelo oscuro atado en una coleta, y parecía que hubiera pasado una hora en la cómoda de su madre, con las mejillas empolvadas, los labios pintados de plateado y rímel en los ojos. Pero no había nada de infantil en su mirada, y me di cuenta de que en realidad no estaba yendo a la comisaría. Miró el tráfico y las luces de la estación, y luego hizo un gesto con la cabeza a los hombres indicando que estaba lista para salir.

Me olvidé del Jaguar y bajé por la rampa, persiguiendo al trío que se dirigía al paso subterráneo. El expreso de París salía en ese preciso instante de la estación y los pasajeros se asomaban por las ventanillas, *mientras sus coches viajaban en los vagones de carga al* final del tren. Cuando entré en el túnel, las ruedas giraban sobre los rieles encima de mi cabeza con un chirrido casi doloroso.

En un cruce de callejuelas detrás del Boulevard d'Alsace se daba cita otra fauna nocturna: chulos con putas de Malta, travestís de Recife y Niteroi, traficantes que esperaban en sus coches cerca de la Avenue *St.* Nicholas, elegantes matronas que al parecer nunca tenían clientes pero regresaban noche tras noche, chicos aguardando las limusinas que los llevarían a las villas de Super-Cannes, a esas mansiones de luz que alumbraban la noche desde las alturas.

Después de cenar en el viejo puerto, Jane *y yo* solíamos desviarnos por estas calles abandonadas a la buena de Dios, asombrados por la frialdad profesional con que los niños hacían su trabajo y por la indiferencia de la policía local, que no hacía ningún *intento por rescatarlos. Pensé en el orfanato de La Bocca y* me acordé del vestido a rayas y las medias de malla, y de la biblioteca de Alicia que David Greenwood había coleccionado con tanto esmero. Aquí, en la rué Valentín, la Reina Roja era una madama de burdel y los únicos espejos eran los que las putas llevaban en sus polveras.

Un travestí rubio con cuerpo de jugador de rugby apareció bajo las farolas de la calle, con unos pies enormes en tacones de aguja y los muslos expuestos por unos minúsculos pantaloncitos de satén. Echó un vistazo a la calle y se fijó en un coche conducido por un hombre con la cara amarga de un gerente de banco. El coche se detuvo, se abrió la puerta del acompañante y el travestí subió. Allí sentado parecía un llamativo caballo de circo.

Un grupo de vendedores de Volvos, uno de los cuales llevaba aún la etiqueta con su nombre en la solapa de la chaqueta, observaban a los obreros árabes discutir por el precio con las putas, muertas de aburrimiento. No perdí de vista a los guardaespaldas y a su colegiala, que siguieron hasta el final de la rué Valentín, donde tres furgonetas sin placas esperaban aparcadas a un costado de la calle. Se abrió una puerta y el conductor bajó a hablar con los guardaespaldas, y luego hizo subir a la chica, que se acomodó sin protestas en el asiento del acompañante.

En *la* oscuridad que *me* rodeaba, oí algunos teléfonos móviles que sonaban entre interferencias de un aparato de radio. En la segunda furgoneta, un joven rubio vestido con un chándal estaba sentado al volante y evitaba que el humo de su cigarrillo envolviera al pasajero, otra niña de unos doce años con falda María Antonieta y zapatos de seda, que miraba por el parabrisas sucio y jugaba *con* aire ausente *con* un paraguas.

La chica a la que había perseguido desde el garaje ahora escuchaba la radio y movía la cabeza al ritmo de la música disco. Parecía contenta y segura de sí misma, mientras ajustaba el espejo del conductor para mirarse los labios. Era la imagen inquietante de una niña-mujer, como aquella hija de un médico con quien hacía tantos años yo había hecho el amor por primera vez. Aquel sexo lleno de titubeos, con una niña de trece años y de rodillas puntiagudas que me mordía un hombro en un colchón del desván, había superado por completo lo que mi mente infantil era capaz de imaginar. Los augurios de aquel milagro sólo se hicieron realidad cuando vi a Jane junto a mi cama de hospital.

Abrí mi cartera y saqué la foto de carné que había encontrado en el zapato del ruso después de la pelea junto a la piscina. Incluso a la brillante luz de la rué Valentin llegué a ver el parecido entre la imagen borrosa de una niña plácida y recatada, fotografiada en un piso de Moscú, y la madura colegiala que se recogía el pelo con los brazos alzados, mientras los pezones se le marcaban en la blusa de algodón.

—Natasha...

Guardé la foto y me pregunté si la encontraría aún allí cuando fuera a buscar el Jaguar al garaje. Con suerte, podría pagar a los guardaespaldas, darles esquinazo y llevar a la niña a La Bocca con la hermana Émilie.

Una camioneta negra giró por la rué Valentin y se detuvo detrás de las furgonetas. Bajó una cuarentona bien peinada y vestida como azafata de una aerolínea privada, que se dirigió a la furgoneta más próxima y conversó con el chófer rubio. El tipo levantó por la cintura a la niña con el traje de María Antonieta y la depositó en la calle. La chica corrió hacia la camioneta con sus zapatos de seda. Se marcharon juntas, la niña sentada detrás de la mujer, y la furgoneta las siguió con las luces bajas.

—*Monsieur..., ça va?*

Uno de los guardaespaldas con chaqueta de cuero se me acercó como quien no quiere la cosa. Encendió un cigarrillo y, al alumbrar su rostro con el fuego, *dejó* ver su ancha *frente* de polaco.

La colegiala me vio, pero no dejó de seguir el ritmo de la música con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa breve, tal vez recordando la máquina que me *había* devuelto las monedas en el aparcamiento. Luego, sintiéndose observada, subió el mentón y empezó a mover los hombros, sin dejar de mirarme las manos como esperando que abriera la cartera. Le hice un gesto al guardaespaldas.

—¿Todo bien? No se mueva de aquí mientras traigo el coche. —*Sept mille francs.*

—*Sept mille?* Eso es mucho. No es más que una niña. —Siete mil francos... —repitió el guardaespaldas, que tendría unos veinte años. La nariz puntiaguda y el mentón eran iguales a los de la chica, y pensé que tal vez era su hermano. —Trato hecho —dije abriendo la cartera—. ¿Natasha? —Lo que quiera. Natasha, Nina, Ninochka, pero son siete mil francos. Nada de Mastercard, ni American Express de platino. Saqué todos los billetes de mí cartera. En cuanto la chica estuviera en el Jaguar, pensé, la furgoneta nunca me daría alcance. Le tendí el fajo de billetes.

—Tres mil ahora, el resto después.

—¿Después cuándo? ¿Cuando vuelva del cielo? —El polaco se marchó y me dejó en la oscuridad.— Después...

—¡Espere! —Cogí la ampolla de petidina del bolsillo y se la mostré.— Mire esto. Verá que es interesante...

Miró la etiqueta, le dio un golpecito contra el parabrisas de la furgoneta y la puso frente a los faros del coche. Sin dejar de seguir la música, la chica encendió las luces laterales. El polaco leyó la etiqueta y llamó con un grito a dos hombres que esperaban en un callejón, junto a un almacén de materiales para la construcción.

Los dos salieron del callejón, y sus abrigos de cuero sucios brillaron bajo la amarillenta luz de los faroles. El más delgado sacó un cigarrillo de una pitillera de oro. —¿Greenwood?

—*Da.* Policlínica Edén-Olimpia.

Sus dientes estropeados resplandecían como dados marcados. Reconocí al ruso que había forcejeado conmigo en el jardín. Sosteniendo la ampolla en la palma de la mano, se dirigió hacía mí con pasos casi silenciosos. Vi que tenía otro par de zapatos exclusivos de la rué d'Antibes. Retrocedió un instante al verme, advirtiendo que yo le miraba los zapatos.

—¿Señor Sinclair?

—Alexei. Ya nos conocimos, en Edén-Olimpia.

—Lo sé. Usted se ha quedado con mi zapato —dijo, levantando la ampolla a la luz—. ¿Viene en lugar del doctor Greenwood?

—Así es. —Y, siguiéndole la corriente, continué:— Tengo acceso al depósito de la clínica. Metadona, morfina, petidina..., lo que quiera. Traeré el coche y me llevaré a Natasha.

—De acuerdo... —Se quedó mirando a la chica, que jugaba con la radio. Después, dando otra calada, le hizo un gesto al polaco, que me cogió por los hombros con sus pesadas manos.— Pero antes, señor Sinclair, le quitaremos los zapatos.

Tenía los ojos clavados en mis sandalias, totalmente atónito, cuando de repente el callejón se iluminó como si un interruptor maestro hubiera alumbrado un escenario a oscuras. Tres Rangel Dover giraron por la rué Valentín y pasaron a toda velocidad junto a nosotros, con los neumáticos chirriando en los adoquines y los faros iluminando a su paso los portones y calles laterales. Las prostitutas y las matronas, los vendedores de Volvos y los chulos se quedaron paralizados en las sombras súbitamente iluminadas.

De pronto las luces se apagaron y todo el mundo corrió hacia la Avenue St. Nicolás. Unos hombres fornidos con cascos negros, que parecían de una brigada de paracaidistas de la policía, saltaron de los Rangel Dover. Llevaban las chaquetas ajustadas de jugadores de bolos que ya había visto en el aparcamiento de la clínica y, a golpes de porra, empezaron a perseguir a la gente. Dos de ellos derribaron a un vendedor de Volvos y lo golpearon en la cabeza *y* la espalda. Las *dos* prostitutas que yo había seguido desde el bar Rialto aparecieron en medio de la multitud, con sus faldas pegadas a la cintura, y al caer al suelo pude distinguir sus enormes miembros, que parecían desprenderse del torso cada vez que recibían un golpe, y entonces me di cuenta de que eran hombres.

Me agaché por instinto y, al apoyar las manos en el suelo, me corté con los restos de la ampolla rota. El grupo siguió de largo y descargó una lluvia de porrazos contra el parabrisas de la furgoneta. La chica se había escondido detrás del volante, ajena a la violencia que la rodeaba, y seguía jugando con la radio al *tiempo* que se quitaba trocitos de vidrio de la blusa. Su pintura de

labios había desaparecido parcialmente, y la carne desnuda aparecía aquí y allá, como si un amante apasionado le hubiera mordido la boca.

—¡Natasha...! —*dije*, dando un golpecito en la ventana del otro lado. Pero entonces sentí una mano en el hombro. —Señor Sinclair, vámonos.

—¡Halder! —*dije sorprendido* al ver al guardia moreno. Había aparecido de repente entre las sombras, saliendo de un *callejón a mis espaldas, pero el movimiento nervioso de sus* pies y la mirada clavada en mí lo delataban: me había seguido *los pasos desde mi* llegada a Ja rué Valentín. *Llevaba pantalones* negros, zapatillas y jersey, como si hubiera pasado el día en un club de regatas de Port-la-Galère. No llevaba armas, *y* se agachó justo cuando un árabe que buscaba sus gafas a tres metros de nosotros fue derribado a golpes.

—¡Halder! —grité agarrándole del jersey—. ¿Ha venido con la policía? ¿Qué demonios es esto?

—Vamos, señor Sinclair... Hablaremos después. —Halder me cogió del brazo y me condujo hacia el callejón. Hizo una mueca al ver la sangre en mis manos cortadas, y señaló a los hombres con casco. Después de haber arrasado la calle, regresaban a sus Range Rover. Uno de los conductores estaba sentado en el vehículo con la puerta abierta, filmando la escena con una pequeña cámara de vídeo. Supuse que serían parte de una unidad especial de la policía, un grupo de voluntarios reclutados por la brigada contra el vicio.

—Volverán. Será mejor que esperemos aquí. —Halder me apretó contra la entrada del almacén y me tapó la boca con una mano.— Ahora no, señor Sinclair...

: Los faros de los Range Rover alumbraban los tacones de aguja, las bolsas de lentejuelas, los retazos de ropa interior y los encendedores desperdigados por el suelo. Esta vez Alexei no había perdido los zapatos de lujo, pero había trozos de dientes junto a los restos de la ampolla de petidina.

El jefe del grupo condujo a sus hombres de vuelta a los coches. Cuando se quitó el casco reconocí a Pascal Zander, que se guardaba la porra en el cinto, jadeante, con su carnosa cara más ordinaria que de costumbre por el sudor de la violencia. Le gritó al que filmaba y después escupió en los adoquines manchados de sangre.

Rejunto a él había *otros tres* que ya conocía de vista: el doctor Neumunster, ejecutivo de un banco de inversiones alemán que vivía en la misma avenida del enclave; el profesor Walter, jefe de cardiología de la clínica; y un arquitecto norteamericano llamado Richard Maxted, compañero de bridge de Wilder Penrose. Apoyados en los Range Rover, bromeaban

entre ellos como si acabaran de volver de la caza del jabalí, llenos de adrenalina y entusiasmados por la camaradería de la partida.

Al cabo de unos pocos segundos, los vehículos habían dado media vuelta y se marchaban por la Avenue St. Nicholas, rumbo a Super Cannes y a los poderes ocultos de la noche.

—Señor *Sinclair, ahora sí.*

Halder había dejado escapar el aliento que estaba reteniendo, y sentí el olor a miedo mezclado con el ajo y las especias. Respiró hondo para que su pulso volviera a ser regular, visiblemente aliviado de que yo no hubiera provocado a los vándalos.

—¿Qué hay de la chica? —dije apuntando a la furgoneta—. No la podemos dejar aquí.

Natasha estaba sentada al volante, balanceándose en silencio. Los fragmentos de vidrio brillaban en su blusa como alhajas. Era como si la violencia desatada a su alrededor le hubiera pasado inadvertida y ya nada en la vida pudiera sorprenderla.

—Halder, debemos llevarla a la policía.

Fatigosamente, Halder me condujo del brazo.

—Está mejor aquí, créame. Sus *amigos volverán a* buscarla.

—¿Amigos? Pero, Halder, si es una niña...

—Ha sido un día muy largo, señor Sinclair. Déjeme acompañarlo al garaje.

Cuando nos íbamos, mientras las sirenas de los patrulleros bajaban por la rué Jaurés, la primera prostituta volvía descalza al lugar del altercado en busca de sus zapatos.

—¿Está seguro de que puede conducir, señor Sinclair? Parece un tanto nervioso —comentó Halder, mientras me ayudaba a subir al Jaguar—. Llamaré un taxi; podrá recoger el coche mañana. —Estoy bien. —De pronto sentí un dolor punzante en el hombro derecho y me di cuenta de que había recibido un garrotazo.— Esas porras son duras.

—Se estaban divirtiendo —comentó Halder, que señaló unas gotas de sangre en el asiento del acompañante—. Se ha cortado las manos. Cuando regrese, vea a un médico.

—Tengo al médico en casa —dije, sacando un trapo de la guantera—. Gracias por ayudarme. Es una suerte que estuviera usted allí. Venían dispuestos a romper el alma.

—Alguien tiene que cuidarlo, señor Sinclair —repuso Halder, con tono de advertencia, mientras pasaba revista a los coches del garaje. Las ventanas de la nariz se le dilataron por el humo de los escapes, pero aún respiraba por la

boca. A juzgar por sus pupilas, había sentido miedo, y comprendí que su piel oscura lo había expuesto aún más al peligro.

—Ese ruso, Alexei, y el joven polaco... ¿realmente volverán por la chica?

—Claro, es muy valiosa para ellos. Y tratando de explicarme, continué:

—Vi que la traían a la rué Valentín. Les ofrecí dinero... pero lo que quería era llevarla al asilo de La Bocca.

—Entiendo. —La expresión de Halder era deliberadamente neutra. Tenía la mirada de un guardia de seguridad que ha hurgado en demasiados dormitorios como para sorprenderse de nada.— Estaba preocupado por ella.

—Me pidieron siete mil francos, ¿pero quién anda con tanto dinero? Me pregunto qué hará la chica para ganarlos. —No mucho. Basta con tener once años. —Tuvo suerte de que los Range Rover llegaran a tiempo. ¿Quiénes eran? Vi que Zander estaba al mando del grupo. —Es un grupo de acción especial.

—¿Una policía voluntaria? Y con mucho sentido cívico, por lo que he visto.

—No exactamente. Más bien se trata de una... terapia. —Y supongo que la rué Valentín es la enfermedad. ¿Usted venía con ellos?

—No. Digamos que pasaba por aquí. —Halder cogió mis llaves y las puso en el arranque. Colocó el cambio en punto muerto y encendió el motor, usando el cebador para que arrancara de inmediato. Sobre el bramido de los carburadores fuera de alineación, alcancé a oír que decía:— Vuelva a Edén-Olimpia; la doctora Jane debe ver esas manos.

—Frank... —Quería darle las gracias, pero ya había dado media vuelta, avergonzado de que yo hubiera advertido su míe-do.— Me alegro de que estuviera aquí. La verdad es que no entiendo cómo lo hizo.

—Fácil, señor Sinclair: lo he estado siguiendo todo el día. —Halder me miraba con el aire distante de siempre; luego se ablandó y dio una palmada en el techo del Jaguar mientras yo salía marcha atrás de donde había aparcado.— Mañana pasaré a buscarlo y daremos una vuelta.

—¿Por dónde?

—Por Edén-Olimpia. Aún no lo conoce...

19 Fuga

Desde la terraza y con un *pain au chocolat* en la mano, miraba a Jane mientras salía de la piscina y subía al trampolín chorreando agua. Se sonó la nariz con los dedos y avanzó hasta la punta del trampolín con el paso agraciado de un caballo de adiestramiento. Luego dio un salto y, antes de tocar el agua con las manos, hizo una pirueta en el aire.

Reapareció en la superficie con el entrecejo fruncido y llegó nadando hasta el borde. No pudo salir de golpe, así que optó por atravesar la espuma que había hecho con su zambullida algo torpe y se dirigió a la escalerilla.

—Paul, alcánzame la toalla... ¿Has notado mi ruidosa entrada?

—Querida, tú siempre entras así en todas partes.

—En la piscina, digo.

—Sí, un poco, pero tú eres capaz de pasar por el ojo de una cerradura.

—Ya no —dijo mirando las olas que había hecho—. Ése fue un salto infame. Me falta práctica.

—Es que trabajas demasiado.

Luego dejó que la secara con la toalla. Tenía el pelo pegado al cuero cabelludo, donde se veían las marcas de unos rasguños. Las cejas lisas y los labios amoratados completaban aquel rostro, más pálido que nunca. Al rodearla con los brazos, sentí su jadeo y su piel fría como la de un tiburón.

—Jane, estás congelada. El calentador de la piscina se habrá estropeado.

—Anoche lo apagué. Es que hoy he de estar despierta, muy

—¿Más reuniones de comité? Trata de ver a uno o dos pacientes como mucho, así estarás más relajada.

—Voy a Sofía-Antípolis. Vamos a compartir una base de datos médicos.

—Así que sus ordenadores se sumarán a los nuestros... I —Pues ésa parece ser la tendencia del futuro.

Me besó con sus labios fríos y saboreó con la lengua el chocolate que yo tenía en la boca. Hice una mueca cuando la presión de sus manos en mi espalda me causó dolor.

—Paul, ¿qué te ha ocurrido? —preguntó, dando un paso atrás.

—Nada, me golpeé con la puerta del coche.

—Pobre, eso te pasa por andar con diseños de los cincuenta. Ya es hora de olvidarse del Harvard, Paul...

Sentado en la terraza, compartía el resto de mi *pain au chocolat* con un gorrión que me había seguido por el jardín. La señora Morales continuaba con sus quehaceres y limpiaba discretamente la ceniza de los cojines del sofá antes de que llegaran las muchachas.

Había vuelto a casa a medianoche y encontré la puerta entornada. En la sala había un humo denso de tabaco y marihuana que formaba una especie de microclima como el cráter de un volcán. Había ceniza sobre la alfombra, y las mesitas bajas tenían extraños garabatos. Entre la nube de hierba distinguí el tenue perfume de Simone Delage, similar a la feromona producida por una reina del hielo.

Jane estaba dormida con un antifaz cubriéndole los ojos. Con sigilo, para no despertarla, me enjuagué las manos en el lavabo y con una pinza de depilar me quité los fragmentos de vidrio que aún tenía clavados en la ropa. Por el espejo vi que Jane estaba acostada de lado y miraba *mi* espalda llena de magulladuras; parecía navegar en un sopor narcótico, y abría los ojos a duras penas mientras yo me vendaba la mano derecha.

—Paul..., ¿qué haces?

—Me voy a acostar. ¿Te he despertado?

—No puedo dormir. Estoy demasiado cansada...

—Te traeré algo.

—Ya lo probé. Es que me ayuda a relajarme. Tu espalda...

Pero luego se dio la vuelta y se tapó de nuevo la cara con el antifaz. Me senté junto a ella y esperé a que se le normalizara la respiración, sin saber si debía llamar al turno de noche de la clínica. Cuando iba a tomarle el pulso vi que en el pliegue del brazo tenía la marca reciente de un pinchazo.

Por la mañana, y gracias al sueño profundo de la morfina ya se había recuperado. Mientras le hacía el café antes de que llegara la señora Morales, escuché las Noticias de la Riviera para ver si había mención del incidente de la rué Valentín. Como esperaba, nadie había denunciado la incursión de los Range Rover a la policía de Cannes.-

Aún me dolía la espalda, y me acordé de la forma en que las porras habían destrozado el parabrisas de la furgoneta. Era evidente que la violencia había dejado a Pascal Zander y a sus altos ejecutivos profundamente satisfechos. Enterrados todo el día en sus palacios de cristal,, disfrutaban con la oportunidad de romperles la cabeza a unos cuantos chulos y travestís, y así imponer las reglas del nuevo puritanismo corporativo.

Sin embargo, nadie se había ocupado de la niña puta sentada ál volante de la furgoneta. En todo caso, yo tampoco estaba seguro de cuáles eran mis motivos ni por qué había seguido a la pequeña Natasha desde el garaje. Recordé el paso seguro con que se adentraba en la noche, aunque había vuelto a ser una niña cuando oyó las monedas que caían a montones en la máquina. Sentado a la mesa de la cocina, revisé el cambio que todavía tenía en el bolsillo, el níquel y el latón que la habían hecho sonreír. Edén-Olimpia era una máquina del autoengaño.

—Paul, ¿ya ha llegado Penrose?

—Todavía no.

—Son las ocho y media. Se suponía que me llevaría a Sofía-Antípolis en su coche. ¡Caramba, un psiquiatra me ha dejado plantada!

—Es una deshonra profesional. Lo denunciaré al Comité de Disciplina por falta de galantería.

—A Wilder le encantaría. No ve la hora de que lo inhabiliten.

Jane se paseaba por la habitación en la ropa interior más sexy que tenía, mirando los trajes y faldas que había desparramado sobre la cama. A juzgar por sus gestos, parecía más torpe que de costumbre, pero había recobrado su vitalidad y sus reflejos, como si un poderoso estimulante la hubiera reavivado. Yo la admiraba profundamente, y me fue fácil olvidar a la joven drogada que había hallado acurrucada entre las almohadas. Jane me había dicho que los médicos a menudo se recetan a sí mismos un sedante o una inyección, lo cual no es más peligroso para la salud que un gin doble o una cazuela de café turco.

Sin embargo, al ver que se tambaleaba en la alfombra, la sostuve por el brazo.

—Jane, ¿te encuentras lo suficientemente bien para salir?

—Claro, ¿por qué no?

—Anoche llegué tarde; tuve problemas con el coche. ¿Quién vino a casa?

—Alain Delage y Simone. Lo pasamos bien. Vimos una por-no muy rara. Como no podía dormirme, me di un toque.

—Pues lo siento, eso ha de haber afectado a tus saltos.

—¡Al diablo con los saltos! Yo soy el médico aquí. —Jane me cogió las manos, pero sus dedos entumecidos no notaron el vendaje en mi palma derecha.— ¿Qué tal te fue ayer?

—Hice más trabajo de detective. Fui a Port-la-Galére y hablé con las viudas de los rehenes.

—Habrá sido una situación incómoda. ¿Fueron hostiles contigo?

—En absoluto. Conocían a David y lo apreciaban. Todavía tienen buenos recuerdos de él.

—¿No te parece un poco extraño, después de haber matado a sus maridos? —Jane se estremeció, y luego se estiró para alisarme las cejas, revueltas aún por la violencia de la noche anterior.— Ya es hora de que te olvides de David.

—¿Por qué, si todavía no he encontrado nada?

—Por eso te lo digo; porque te estás involucrando demasiado. Con tanta teoría lo que consigues es montarte un crimen, en vez de tratar de resolverlo. En fin, supongo que habrás tenido un día fatal. ¿Qué más?

—Me crucé con Halder en La Croisette y fuimos a tomar una copa.

—¿Halder? —Jane se pasó la mano por una arruga del pantalón.— Es encantador. Siempre me ayuda a aparcar y pasea por la clínica con esos ojos impávidos que tiene. Me da la sensación de que espera que ocurra algo.

—Seguramente le gustas.
—A todos los hombres les gusto, pero eso no quiere decir nada. La verdadera cuestión es...
—*Si* te gusta a ti...
—Un poco. Está tan por encima de todos... Parece un héroe; hasta me ofreció su ejemplar de *Suave es la noche.* No te burles, Paul. ¿Cuántos hombres han intentado educarme hasta ahora? —Se interrumpió de golpe al escuchar la bocina de un coche.— Es Wilder... Convéncelo de que me deje conducir. Me niego a morir en un accidente de coche con un psiquiatra...

El deportivo de lujo japonés estaba aparcado en la entrada, bloqueando otra vez al Jaguar, con su portezuela dañada rozando con aire provocador el parachoques de cromo a juego. Pero Wilder Penrose parecía encantado de verme. Me sonrió mientras su enorme cuerpo salía con esfuerzo *del* asiento del conductor. La mueca de placer parecía extenderse por el rostro, contagiando de amabilidad los rincones más inesperados. Con su traje de seda y sus anchos hombros parecía un boxeador retirado, que para su sorpresa había transformado las reservas de agresión en una bondad universal.
—Paul, ¿no le ha pasado nada? Me dijeron que anoche lo sorprendieron en una redada de la rué Valentín.
—Es una gente *que parece tomarse* la justicia *en sus manos... M*
Zander y sus secuaces de Edén-Olimpia.
—Suelen colaborar con la gendarmería local —dijo Penrose, enseñándome *los* dientes—. Siento que *se haya visto* envuelto; por lo que he oído fue muy desagradable.
—Así es, pero Zander y los suyos lo pasaron de maravilla.
—A Pascal a veces se le va la mano. Tiene una veta de cruel dad, pero al menos la canaliza en algo útil para la sociedad. A usted lo veo mejor que antes: no hay nada como un poco de violencia para ponerse en forma. —Miró hacía la ventana de arriba, mientras Jane le gritaba a la señora Morales.— ¿Jane necesita ayuda? Tendríamos que irnos.
—Déle cinco minutos. Es que pasó la noche en vela. 1—Y luego agregué:— Le cuesta dormir, y eso me preocupa.
—¿Demasiados somníferos?
—Algo más fuerte aún.
Penrose frunció el entrecejo y me pasó un brazo por los hombros.
—Está preocupado, Paul, como cualquier marido. Pero Jane es muy inteligente y nunca se hará daño. Además, se conoce a sí misma. *Si* se preocupa mucho, venga a verme.

—Lo haré. A propósito, no le diga nada sobre la rué Valentín.

—Claro que no. —Sin dejar de apretarme los hombros como en un abrazo de oso, Penrose miró con satisfacción el Jaguar.— Halder me ha dicho que van a dar una vuelta por Edén-Olimpia.

—Más tarde. Supongo que recorreremos la ruta del asesino. Quiero reconstruir lo que pasó ese día.

—Esta vez con balas de fogueo, espero. —Riéndose de su propio chiste, Penrose me dio una palmada en la espalda. Me imaginé que Halder le habría contado lo del golpe de anoche.— Paul, usted merece todo nuestro apoyo: es el historiador de la aldea. Edén-Olimpia tiene su pasado corporativo, archivado en todos esos discos e informes anuales, pero carece de una historia vernácula. El 28 de mayo es nuestro Dealey Plaza. Nos guste o no, es toda la historia que *tenemos.*

—Haré lo que pueda.

—De acuerdo. —Luego Penrose bajó la voz.— Por cierto, ¿qué estaba haciendo exactamente en la rué Valentín? No es lo que se dice su estilo.

—No lo es, pero ocurre que vi a una niña cruzar la estación de tren con dos gorilas y me pareció que había algo raro.

—¿Y entonces la siguió?

—Hasta la rué Valentín, y allí me di cuenta de lo que hacía.

—¡Qué sórdido! Es cierto que para una niña es trágico, pero por otro lado la patología sexual tiene una energía tremenda. La gente lo sabe y se rebaja a cualquier depravación con tal de excitarse.

—Vi al ruso que me atacó en el jardín. Era una especie de guardaespaldas *y pedía* siete mil francos.

—Eso es mucho. Debe de ser muy bonita.

—Lo es. Tiene algo muy tierno, más allá de su corrupción.

—Qué triste... —Penrose se mostraba de lo más comprensivo.— Alguien lo vio ofreciéndole dinero, pero supongo que no es cierto.

—Es verdad. Quería sacarla de allí y llevarla a La Bocca con las monjas, o al menos eso es lo que creo. —¿No está seguro?

—No del todo, aunque me cueste admitirlo. —Paul, lo entiendo —dijo Penrose, hablando en tono cómplice—. Es valiente por su parte confesarlo. Estos impulsos existen en todos nosotros, son el combustible que hace funcionar a lamente.

—Demasiado combustible. Casi me quemo algo más que los dedos.

—No. —Penrose me puso una mano en la mejilla y habló en un tono de voz apenas audible.— De lo que estamos hablando es de ideas, no de hechos. No nos sometemos al primer capricho o impulso que se nos cruza por la cabeza, pero sería un error pasarlos por alto. —¿Y qué hay si...?

—¿La tentación de pasar a los hechos? —Penrose me puso los puños cerrados delante de la nariz.— Pues atrape el momento al vuelo. Sea sincero consigo mismo y no deje pasar las oportunidades que la vida le ofrece. Edén-Olimpia no lo dejará solo, Paul...

Me despedí de Jane con la mano en alto mientras se alejaba en el coche, metida de lleno en la conversación con Penrose. Pensé que el psiquiatra me estaría viendo por el espejo retrovisor y que, en su estilo juguetón, me inducía a subirme a una escalera de infinitas posibilidades que de pronto había surgido ante mí.

Con todo, sus palabras me devolvieron la confianza y me sentí menos culpable por haber ofrecido dinero a los gorilas rusos para comprar a la chica. Si los Range Rover no hubieran irrumpido en la rué Valentín, me habría llevado a la niña y el trayecto a La Bocca habría sido una fuga...

20 La visita guiada

Los motivos que tenía Halder eran más difíciles de interpretar. Llegó poco después de las tres de la tarde, mientras yo estaba corrigiendo el último paquete de pruebas que me había enviado Charles en un acto de caridad que me daba la ilusión de estar trabajando aún como editor. Mientras me cambiaba, Halder miró las páginas con aire escéptico, pero se animó al ver las ilustraciones de los aviones. Luego se fue a la piscina, donde se puso a lanzar la pelota y hacerla rebotar en el agua de mal humor, como parecía ser su costumbre.

—¿Listo, señor Sinclair?

—Espero que sí.

—Pues hoy es su día.

Lo seguí en dirección al Range Rover. Y una vez más me asombré al ver lo distanciado que parecía Halder de Edén-Olimpia. Sus finos dedos, sensibles como los de un neurocirujano, tocaron el panel de *controles como si* ajustara en su cabeza la imagen de todo el parque. Me recordó a un funcionario de una embajada en una capital extranjera, investigando las infinitas posibilidades que se le ofrecían, la entrada secreta a los hoteles de lujo o los bares abiertos hasta muy tarde, donde tenían lugar los contactos decisivos.

A su vez, pensé que él me vería como el ingenuo esposo de una empleada de rango medio, atrapado en un laberinto creado por mí mismo, con espejos de doble cara y con impulsos sexuales que ni yo mismo entendía. Me preguntaba qué habría hecho en Edén-Olimpia la Alicia del reverendo Dodgson. Habría crecido en poco tiempo y se habría casado con un banquero alemán ya entrado en años, se habría convertido en una reclusa en alguna

villa de Super Cannes, con un lifting que poco a poco se desvanecería y una fobia a las superficies que reflejaran la luz.

Halder habría sido su chófer, pero nunca su amante- Era demasiado quisquilloso, siempre alerta al más mínimo cambio de humor, *y* sospechaba demasiado de los sueños de los otros. Yo sabía que me estaba utilizando para sus propósitos, pero supuse que, a pesar de él mismo, también le caía bien.

—Señor Sinclair, ¿está seguro? Esto puede resultar muy duro para usted. —Halder titubeaba con la llave en el arranque.— Conocía demasiado a Greenwood.

—La verdad es que apenas lo conocía.

—Pues ahora lo conoce mucho más.

—Tiene razón. A propósito, gracias por rescatarme anoche.

—Me alegra haber estado allí —dijo Halder, indicando con un gesto mi mano vendada-—. Lo que vio anoche fue un *ratissage,* una especialidad del juego de bolos.

—Pues parece que lo pasaron en grande. No hay nada más satisfactorio que un rapto de moralidad.

—No tema nada que ver con la moralidad. —Halder hizo un guiño con las luces altas a un vehículo de seguridad que pasaba por allí.— Era una sesión nocturna de uno de nuestros grupos de autoayuda.

—¿Es que acaso hay más de uno? ¿Y qué dice a todo esto la policía de Carmes?

—Miran a otro lado. Zander y Delage son *gente* importante. Tenga cuidado, señor Sinclair.

—¿*Estoy en* peligro?

—Todavía no. Le avisaré cuando llegue el momento.

—Gracias. Parece que hago *demasiadas preguntas.*

—¿Sobre la muerte de Greenwood? ¿Quién podría oponerse a la verdad?

—Mucha gente, sobre todo si Greenwood no fue quien mató a las diez personas.

—¿Cree que no lo hizo?

—No *estoy seguro.* —Miré a Halder *mientras arrancaba* el motor y esperé a que se pusiera en camino, pero no parecía tener prisa.— Pienso que quizá Greenwood mató a *Bachelet* y a Dominique Serrou, y ello podría ser un crimen pasional. ¿Pero a los otros? Aquí hay rivalidades entre grandes *compañías* alimentadas por miles de millones de dólares. Una facción decidió correr el riesgo y ajustar cuentas con otra. Charbonneau, el jefe de la compañía de inversiones, era el verdadero blanco, junto con Robert Fontaine. Los demás eran comparsas; el profesor Berthoud, encargado de la farmacia, y Vadim, el gerente de la estación de televisión, eran demasiado insignificantes, pero al

matarlos se da la impresión de estar ante una serie de asesinatos al azar. Un perturbado médico inglés acaba de matar a su amante y a su novio. Ha estado muñéndose de celos durante meses, practicando sus artes de tirador para el día en que los encontrase juntos en la cama. Entonces empieza a dar vueltas con el rifle aún humeante, aturdido por lo que ha hecho. Es el momento *perfecto para* ordenar las piezas en el tablero. Se oyen más disparos, y los verdaderos asesinos se ocultan detrás del espejo.

—Así que Greenwood era un títere, como Lee Harvey Oswald...

—Es una hipótesis. ¿Cómo es que el sistema de seguridad tardó tanto en reaccionar? Pues porque un grupo selecto de ejecutivos del más alto nivel estaba hablando por sus teléfonos móviles. Los relojes se detuvieron mientras decidían quiénes iban a ser sus blancos.

—Y Greenwood, ¿qué hacía mientras ocurría todo esto?

—Estaba sentado en su oficina, mirándose la sangre en las manos. O quizá nunca se fue de la casa de Bachelet; se acostó junto a su amante y se voló la tapa de los sesos, lo cual debió de ser un enorme e inesperado beneficio para los conspiradores. Así tuvieron cerca de una hora para matar a quien les viniera en gana y acusar luego a Greenwood. Halder, el rompecabezas está resuelto.

—No lo creo, de verdad que no. —Halder se acarició las mejillas con ambas manos.— Usted piensa demasiado en Greenwood. A mí me caía bien, me ayudó a conseguir trabajo, *pero...* supongamos que fue Greenwood quien *¡levó* a cabo la matanza, y veamos adonde nos lleva.

—De acuerdo. —Saqué la transcripción de Noticias de la Riviera de mi bolsillo e hice una pausa mientras Halder salía a la avenida. Era evidente que sentía la misma tensión que yo.— Todo comienza en la estación de televisión, donde se supone que Greenwood capturó a los rehenes.

—Correcto. —Halder se detuvo junto al bordillo y miró al parabrisas, con la vista clavada en una mosca aplastada. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz monótona y estudiada.— Una cámara del aparcamiento lo filmó a las *6.58* de la mañana. La película se ha perdido, pero los guardias de turno dicen que hablaba con un desconocido, quizá uno de los chóferes. Suponemos que Greenwood lo obligó a entrar en el coche a punta de pistola. Cuando se marchó, es probable que ya tuviera a los tres rehenes con él. ¿De acuerdo hasta aquí, señor Sinclair?

—Siempre y cuando se crea la historia de la película «perdida». No pienso que fueran rehenes, y ciertamente no los mató: estaban allí para ayudarle. Tal vez Bachelet sospechaba algo y puso a Greenwood bajo vigilancia. Es probable que los chóferes le consiguieran el rifle y que planearan cruzar la frontera con Greenwood. La explicación oficial no tiene sentido. ¿Para qué

querría rehenes? ¿Por qué no asesinar a la primera víctima sin pérdida de tiempo?

—Quién sabe, quizá se sentía solo. —Halder levantó una mano para tranquilizarme.— Le esperaba un día muy largo, y estaba despierto desde hacía tres o cuatro horas, eso suponiendo que haya dormido. Limpió el arma y revisó las municiones. Por primera vez comprendió que la hora siguiente sería decisiva. Pasó por la estación de televisión, y en el aparcamiento vio a los chóferes y al ingeniero. Los conocía de vista y pensó que entenderían lo que iba a hacer. —Puede ser, sólo que...

—De cualquier, manera, con tres rehenes podía cubrirse las espaldas. Tenía más margen de negociación si las cosas salían mal, así que los metió en su coche.

—Menuda maniobra —comenté—. *Conducir* un coche y apuntar el arma a tres rehenes.

—Suponga que uno de los chóferes era el que conducía. Conocían a Greenwood y vieron que estaba loco, de modo que decidieron seguirle la corriente. —Halder hizo un gesto hacia la puerta abierta del garaje.— Greenwood los trajo aquí y los maniató. Eran cerca de las siete y veinte, y tardaría cinco minutos en llegar a casa de Bachelet. Está a cuatrocientos metros, y era el blanco número uno. Así que se puso en camino para matar a sus primeras víctimas...

Halder respiró hondo y llegó a la avenida. El Range Rover pasó bajo los plátanos y dejó atrás a un grupo de muchachas portuguesas de la limpieza que subían al autobús. Iban a sacar brillo a los suelos hasta que se vieran como espejos, a limpiar las mesas y a desatascar el desagüe del váter obstruido con condones, hurgándolo todo menos los sueños corporativos de sus patrones.

¿Acaso los asesinos eran conscientes de las contingencias del mundo? Traté de imaginarme a Lee Harvey Oswald yendo al depósito de libros en Dealey Plaza la mañana en que mató a Kennedy. ¿Habría notado la ropa tendida en el jardín de su vecino, la abolladura reciente en el Buick de al lado, o el chico que vendía el periódico con la rodilla vendada? El mundo contingente debía de haberle oprimido las sienes, intentando penetrar en su mente. Pero Oswald había mantenido los postigos cerrados para defenderse de la tormenta, y tan sólo los abrió unos segundos cuando el Lincoln del presidente pasó ante la lente de la cámara Zapruder y siguió su ruta hacia la historia.

¿Había sentido Greenwood la misma llamada? ¿Había visto las antenas parabólicas del edificio Merck apuntando al cielo, mientras recibían los precios de la Bolsa de Tokio y las ofertas de la carne de cerdo en Chicago?

Los edificios metálicos y los senderos vacíos del bosque deben de haberle parecido un plato de filmación esperando por los títulos de apertura.

—Tuvo tres minutos y veinte segundos... —Halder miró el reloj.— No es mucho tiempo para cambiar de idea.

Subimos por una pequeña colina y nos dejamos llevar en bajada hasta que el Range Rover se detuvo detrás de una camioneta cargada con equipos de limpieza para piscinas.

—¿Dónde estamos? —pregunté—. Wilder Penrose vive cerca de aquí.

—Es la casa de Bachelet —dijo Halder, señalando una villa de tres plantas con un desván rectangular y tejas verdes. Junto al portón alto de hierro forjado había dos cámaras—. Ahora viven el doctor Oshima y su esposa. Trabajan para Fuji.

—Son muy discretos. Parece una fortaleza. —Pensé en Greenwood aparcando el coche y poniendo el rifle sobre sus rodillas mientras echaba una ojeada a esta casa de la muerte.— Me sorprende que haya *podido entrar. ¿Forzó las* ventanas?

—Parece que no. Pero la gente a veces se descuida y deja las puertas abiertas; o' ni siquiera activa el sistema de alarma.

—*Sólo* que Bachelet era el jefe de seguridad. Aun así, puede que Greenwood haya ido nacía Ja puerta de entrada y haya tocado el timbre. ¿Dónde murieron?

—En la habitación de Bachelet, en la segunda planta. Miré la grava inmaculada y me pareció oír los pasos de Greenwood al acercarse a la casa, rifle en mano. Volví a hojear la transcripción de Noticias de la Riviera, consciente de que el texto ya no correspondía a la realidad del terreno en que había ocurrido la matanza. Se abrió una ventana de arriba y apareció una *mujer* de mediana edad con aspecto de *geisha, con* el rostro cubierto por una máscara blanca de crema. Si las ventanas estaban cerradas para mantener la temperatura del aire acondicionado, los disparos debían de haber sido prácticamente inaudibles —La señora Oshima... Supongo que una japonesa bien educada no nos enseñaría su habitación.

—Lo dudo. —Halder cogió un sobre del panel de controles y sacó tres fotos en blanco y negro.— Pero esto le dará una idea del ambiente.

Bajé la visera del coche para que la luz de la tarde no me deslumbrara. La primera fotografía, tomada por la policía, mostraba a un hombre de unos cuarenta años tendido boca arriba en la cama. Tenía barba de un día y la cara, de cierta belleza estaba desfigurada por la sangre que le cubría la nariz y la boca. Era Guy Bachelet, el ex jefe de seguridad de Edén-Olimpia, cuya imagen reconocía de la foto de grupo que había visto en el orfanato de La Bocca.

Tenía dos orificios de bala en el pecho: uno en el esternón y otro bajo la tetilla izquierda. Ninguno de los dos había causado una profusa hemorragia, pero un tercer impacto en el muslo derecho Había provocado un charco de sangre que le cubría las piernas con un manto negro.

Supuse que Greenwood le había disparado a Bachelet desde la puerta del dormitorio, y que el primer disparo había sido en el muslo. Cuando la sangre empezó a manar de la arteria femoral, Greenwood apuntó con más cuidado y le disparó dos veces al pecho.

La segunda fotografía mostraba a una mujer casi desnuda, tendida en el suelo de baldosa junto a la cama. Estaba boca arriba y con una mano *se* aferraba a la pata de roble de la cama, mientras que con la otra se cubría la cara, como si intentara protegerse de los disparos. La boca abierta dejaba a la vista un hueco en los dientes superiores, y en el suelo se veía un trozo de dentadura postiza. Tenía la piel blanca salpicada de lunares y el rostro de una francesa inteligente de clase media.

Le habían disparado en el corazón desde corta distancia, y la piel alrededor de la herida estaba quemada por la carga explosiva. Llevaba un sujetador negro y sin copa que dejaba expuestos sus pequeños pechos, y la sangre que manaba de la herida le había manchado uno de ellos. Supuse que la noche anterior había practicado algún tipo de juego erótico con Bachelet y que, demasiado dormida o drogada, no había atinado a quitarse la prenda.

La tercera fotografía era un primer plano de la mesita de noche. Detrás *del* despertador *digital*, obsequio de la firma Monsanto, había una pipa de crack y una bolsa de plástico con media docena de dosis de cocaína. El cenicero estaba lleno de cerillas y restos de papel y de aluminio, y el control remoto de un aparato de vídeo reposaba sobre dos películas con etiquetas escritas a mano. Más abajo, en el cajón abierto, se veía una colección de joyas, collares de perlas, gargantillas de diamantes y colgantes de esmeraldas, con las marcas del precio aún puestas.

—Felices sueños... —dije, estremecido, señalando las fotos—. ¿Qué películas eran?

—¿Importa acaso? —Halder frunció el entrecejo ante mi morbosa pregunta.— Si quiere, puedo averiguarlo,

—Déjelo; creo que es obvio. ¿Cómo consiguió las fotos?

—De los archivos de seguridad. Hay muchas más, pero nadie sabe que las tomé prestadas.

—Estas fotos del lugar del crimen hielan la sangre. Es como meterse en la mente de Greenwood.

—¿En la de Greenwood?

—Más aún que en la de las víctimas.

Recorrí con el dedo los detalles en segundo plano de las fotos, la lámpara en la mesita de noche, las marcas que la cabecera de la cama había dejado en la pared, quizá en el frenesí sexual entre el jefe de seguridad y su amante inducido por la cocaína. Ese espectáculo íntimo, la pipa de crack y los vídeos, debían de haber enloquecido a Greenwood. Ahora sólo quedaba este cuadro bañado en sangre, las posturas de la muerte y la ropa interior de una médica cuarentona.

—La doctora Serrou... —-empecé a decir—. La dama altruista del orfanato.

—Lo era, pero la gente tiene también vida privada, señor Sinclair; incluso usted. Tal vez no quería matarla, pero ese día ella estaba en la habitación equivocada.

—No lo creo —dije, señalando el suelo alrededor de la cama. Había huellas de sangre en las baldosas, tan claras que hasta los peculiares dedos del pie de la médica, ceñidos por los zapatos en tantas horas de guardia, eran claramente visibles—. Imagine lo que ocurrió. El primer disparo la despierta; la sangre de Bachelet inunda la cama cubriéndole las piernas. Luego Greenwood se acerca y le dispara a Bachelet en el pecho. Un chorro de sangre le baña el rostro. Greenwood le apunta a ella con el rifle, pero tal vez vacila; después de todo eran colegas, habían fundado juntos el asilo. Ella le implora con la mirada a este médico inglés que conoce tan bien pero que está evidentemente trastornado. Se levanta y se dirige hacia él, dejando las huellas de sus pisadas sobre la sangre de su amante. De alguna manera, cree que podrá calmarlo. —¿Y entonces?

—La mata. En el último momento, ella comprende que la amistad no ha servido de nada y que está a punto de desaparecer en el sueño fatídico de Greenwood.

—Así que fue un crimen pasional —concluyó Halder. —No, no lo fue. Estaba completamente equivocado. —¿Porque de ser así la habría matado primero? —No necesariamente, pero ella y Bachelet no tenían una aventura secreta. Era una relación que duraba ya tiempo. Fíjese en la pipa de crack, los vídeos porno y la ropa interior. Eran dos personas que habían pasado mucho tiempo conociéndose íntimamente, y ella no le debía nada a David Greenwood. —Entonces, ¿por qué la mató? —Eso no lo sé, pero parece que...

—¿Que mató a algunas de las otras víctimas, o quizás a todas? ¿Y que no hubo conspiración?

—Puede ser. —Volví a mirar la fotografía sobre la mesita de noche.— Hay demasiadas preguntas y muy pocas respuestas. Esos collares y gargantillas... Todavía se pueden ver las marcas del precio.

—Fueron robados en una joyería de Niza, unas tres semanas antes de los asesinatos

—¿Qué hacen ahí?

—Quizá Bachelet guardaba las joyas para un equipo clan destino de la policía francesa.

—¿Y usted lo cree?

—No necesariamente —contestó Halder, que se movía inquieto en su asiento, como si ya hubiéramos pasado demasiado tiempo en la primera escena del crimen—. Yo no sé por qué pasó todo esto. Greenwood no dejó ninguna nota antes de suicidarse.

—Pensó que saldría impune.

—No, Greenwood no era ningún tonto. Al final no le quedó tiempo. Ése es siempre el problema con los asesinos múltiples, que se les acaba el tiempo.

—Había algo en Edén-Olimpia que él detestaba, y me parece que usted sabe qué.

—Pues él nunca me lo dijo.

—¿Hay más fotos que pueda ver?

—Algunas más, cuando lleguemos. —Halder encendió el motor y saludó con la mano en alto a la señora Oshima; que nos miraba desde la ventana de la habitación como a dos sospechosos.— Necesitamos un poco de aire fresco, señor Sinclair. Aire fresco para refrescar la mente...

21 Drogas y muertes

En la clínica terminaba el turno de la mañana, y las enfermeras y los técnicos salían en sus coches, idénticos y pequeños. Un joven residente con bata blanca pasó junto a nosotros rumbo a las casas de apartamentos que se alzaban a orillas del lago. Pasó a un metro escaso del Range Rover, pero iba tan ensimismado que ni siquiera notó que Halder le saludaba.

—Eso dice mucho de Edén-Olimpia... —comenté, mientras miraba pasar al médico, ajeno al lago y al paisaje, y seguía con la vista a una lagartija que huía al costado del camino—. La gente está tan metida en su trabajo que no reconocería el fin del mundo aunque lo tuvieran delante de la nariz. Eso le da una idea de por qué a nadie le pareció extraño el comportamiento de Greenwood. Aquí no hay sentido cívico.

—Sí que lo hay —replicó Halder, señalando a una cámara de vigilancia.— Ésa es la nueva manera de convivencia.

Halder había recuperado la calma que había perdido frente a la casa de Bachelet, y estaba listo para volver a las bromas y asumir otra vez el papel de guía. Abrió el sobre de fotografías, esperando que me calmara. Al abandonar

la teoría de la conspiración, yo volvía a poner los pies sobre la tierra, en un aterrizaje forzoso que había hecho añicos mi esperanza de hallar una explicación más humana a la psicosis de David Greenwood. Pero la evidencia de las fotos del crimen era devastadora. El arrebato de violencia estaba escrito con sangre en las paredes, y la condena a muerte había sido firmada con fragmentos de hueso y cartílago.

—¿Todo bien, señor Sinclair? Bueno... Iremos más despacio. —Halder hablaba en voz baja y desprovista de emoción, como si describiera un incidente de tráfico.— La tercera persona que murió era el profesor Berthoud, que estaba a cargo de la famacia de la clínica. Una cámara de circuito cerrado filmó a Greenwood cuando entraba en el vestíbulo a las 7.52. No se ven armas, pero creemos que llevaba el rifle bajo la bata.

—¿Y el detector de metales no lo advirtió?

—Aquí no hay detectores. Es un hospital. Hay objetos metálicos por todas partes: camillas, caderas ortopédicas, botellas de oxígeno...

—Ya veo. Continúe.

—Berthoud se encontraba en su oficina de la farmacia en la sexta planta, junto a la cámara acorazada donde se guardan todas las drogas de Edén-Olimpia. Estaba en su escritorio cuando Greenwood le disparó a través de la puerta de vidrio.

—¿Por qué no entró?

—La puerta se cerraba electrónicamente desde el escritorio de Berthoud. Daba acceso a su oficina y a un corredor lateral que conducía a la cámara de las drogas.

—Berthoud le habría dejado entrar.

—Greenwood necesitaba atacar por sorpresa. Para entonces ya debía de estar visiblemente nervioso. Berthoud se habría dado cuenta de que algo andaba mal y habría llamado a seguridad.

—¿Y qué hay de Wilder Penrose? —pregunté—. Greenwood lo hirió.

—Estaba en el corredor, regresaba de la cámara de las drogas. Probablemente vio el cañón del rifle y se echó atrás, pero fue alcanzado por las esquirlas de vidrio.

—Greenwood no lo vio, porque si no habría acabado con él. ¿Por qué no fue a buscar a Penrose a su oficina?

—Quizá lo hizo, pero tenía que moverse rápido. Los guardias de seguridad acabarían por rodearlo de un momento a otro. De allí en adelante, sólo atacó a blancos al azar.

—De acuerdo. —Volví a mirar la cámara de vigilancia cerca del Range Rover, y tuve la sensación de que nos estaban observando en ese mismo instante desde los cuarteles de seguridad. Era casi seguro que había sido

Pascal Zander quien había autorizado esta visita guiada al campo de batalla.— De todos mojos, imagine el estado en que se encontraba Greenwood. Acababa de matar a tres personas, ya no pensaba con coherencia, pero sabía que debía seguir a otro blanco. Pero hay algo que no encaja: ¿por qué Penrose no activó la alarma?

—Porque Greenwood cerró las puertas al irse y dejó encerrado a Penrose en el corredor. Los guardias lo encontraron una hora más tarde, casi inconsciente, tratando de hacerse un torniquete con las mangas de la chaqueta para parar la hemorragia del brazo. —Halder sacudió la cabeza con genuina admiración.— ¡Hay que ser psiquiatra para sobrellevar una cosa así!

—¿Pero nadie oyó nada? ¿No le parece un poco extraño?

—Esto es un hospital —volvió a recordarme Halder—. Las paredes están perfectamente aisladas, para que los pacientes no oigan las máquinas ni...

—... los gemidos de dolor de los otros pacientes. ¿Hay más fotos?

—Sólo una. —Halder tenía las manos puestas en el volante y hacía un esfuerzo por disimular el temblor de sus dedos. Luego se limpió una fina película de sudor de la frente y por fin abrió el sobre.— No sé si servirá de algo.

Sostuve la fotografía contra el panel de controles. La oficina del farmacéutico era una habitación sin ventanas, con armarios de metal y estantes repletos de guías de productos farmacéuticos, manuales para el uso de drogas y las últimas normas del Ministerio de Sanidad francés.

El profesor Berthoud estaba sentado ante su escritorio, con la cara y el torso mirando a la cámara, como si hubiese adivinado la presencia de alguien en la puerta de vidrio. Era un hombre rollizo y de aspecto afable que rondaría los cuarenta, con bigote pulcro y un escritorio más ordenado aún, en cuyo centro había una maleta de metal. Berthoud se había quitado la chaqueta del traje gris claro, y vestía una camisa a rayas y una corbata de cachemira. Aún no se había puesto la bata de laboratorio, lo cual sugería que se disponía a cumplir una misión privada antes de dar comienzo a sus funciones oficiales.

Cualquiera que fuese esta misión, nunca la llevó a cabo. Tenía la cabeza y los hombros apoyados contra la salida del aire que estaba detrás del escritorio, y la boca abierta como si hubiese tratado de llamar a alguien cercano. El nudo de su corbata, pequeño y ajustado, le delataba como un hombre detallista y puntilloso.

El agujero de bala había perforado uno de los círculos del di bujo de cachemira. Un reguero de sangre le manchaba el torso y en el suelo había un charco entre ambos pies, pero la pulcritud de aquel hombre limpio y arreglado no lo había abandonado en la muerte. Las mejillas se le habían aflojado un poco, pero las manos reposaban con calma en el escritorio,

cubriendo una bol-sita de plástico que contenía un polvo blanco. En la maleta había cerca de una docena de estas bolsitas.

Le indiqué a Halder unas balanzas electrónicas que había sobre el escritorio.

—Estaba pesando algo. ¿Qué había exactamente en las bol-sitas?

Halder se acarició las ventanas de la nariz y se encogió de hombros, de una manera ambigua pero ensayada.

—Supongo que... fármacos.

—Ya, pero ¿de qué tipo? Da la impresión de que Greenwood hubiera entrado en medio de una operación de tráfico de drogas.

—Señor Sinclair... Por aquí hay muchos polvos blancos dando vueltas. Algunos llevan la etiqueta de Max Factor. Hay sustancias químicas industriales, detergentes para limpiar las máquinas de diálisis...

—Y todos en envases especiales con la marca de fábrica y el sello. ¿Qué necesidad tenía Berthoud de usar las balanzas?

Halder se reclinó en su asiento y se volvió hacia mí.

—¿Piensa que el polvo era cocaína, o tal vez heroína?

—Pues parece que había algo ilegal en ello, y que Penrose estaba al tanto.

—Debería hablar con él, señor Sinclair.

—Lo haré, cuando llegue el momento. Me sorprende que el juez a cargo de la investigación no haya sentido curiosidad. Pero ¿qué llevaría a un hombre en la posición de Berthoud a arriesgar su carrera por un pequeño cargamento de cocaína, pudiendo ganar mucho más sin violar la ley? La maleta y las balanzas son de un aficionado, como si jugara a ser delincuente por pura diversión.

Halder asintió con la cabeza en signo de aprobación, satisfecho de que hubiera descubierto la trama por mí mismo.

—Continúe, señor Sinclair...

—¿Cómo se explica que Greenwood llegase justo cuando Berthoud preparaba el cargamento? Es demasiada casualidad. ¿Y qué hacía Penrose en la cámara de las drogas? —Le devolví la foto a Halder.— ¿Dónde consiguió las fotos?

—En la policía de Cannes. Ellos no tienen la vista tan aguda como usted. —Arrancó de nuevo el Range Rover.— Hemos de seguir viaje. Quedan muchos fantasmas en Edén-Olimpia...

El aparcamiento de la estación de televisión estaba lleno y Halder se detuvo a cincuenta metros del edificio de cristal. Desde el sótano se transmitían los resultados del fútbol internacional y los resúmenes de noticias de Alemania, Japón y Francia, en un laberinto de estudios de grabación y salas de montaje por donde no circulaba una gota de aire. Ya alguna vez me

había perdido, después de una entrevista en que me habían interrogado sobre mis primeras impresiones en Edén-Olimpia. Deambulando por los pasillos, había acabado sin querer como invitado de un programa de cata de vinos, conducido por dos suizas de mucho carácter.

—La estación de televisión, señor Sinclair —me dijo Halder—. Aquí entré cuando...

Esperé a que llegara a la entrada, pero se quedó mirando las puertas giratorias de una manera muy extraña. Los músculos de la cara se le endurecieron, movidos por un impulso interior que ya no controlaba.

—Halder, ¿podemos aparcar a la sombra? —le pregunté, indicando el toldo de la entrada—. Está haciendo mucho calor, en más de un sentido...

—Aún no. —Halder abrió la puerta y apoyó un pie en el asfalto.— Aquí es donde aparqué el 28 de mayo, en este mismo lugar. Para mí es donde empezó todo, señor Sinclair.

—Cálmese, Halder. —Preocupado por él, le agarré una muñeca mientras él golpeaba el suelo con el pie.— ¿Estuvo aquí de brazos cruzados mientras mataban a Georges Vadim?

—Llegamos diez minutos después. Vadim ya estaba muerto y Greenwood se había escapado.

—¿Qué hora era?

—Cerca de las 8.35. —Halder cerró la puerta de su Indo y recobró la compostura, con las manos en el volante. Más que conmigo, parecía hablar para sí mismo.

—Entré a trabajar a las ocho. A las ocho y media, un ingeniero de sonido llamó a un guardia de servicio cerca de la estación de TV y dijo haber oído un disparo de rifle en un estudio. El guardia imaginó que los disparos venían de la banda sonora de una película, pero el capitán Kellerman envió a tres de nosotros para comprobar de qué se trataba.

—¿Usted entró en el edificio?

—Yo era el más novato, hacía sólo dos semanas que estaba en Edén-Olimpia. Los otros dos, Henri Gille y un español llamado Menocal, me dejaron en el coche. Unos instantes después, salieron corriendo a la calle, presas del pánico. Dijeron que el gerente general se había pegado un tiro. Habían encontrado a Vadim en una sala de montaje con una pistola Remington. Era su arma privada; la había registrado en seguridad. Llamé por radio al capitán Kellerman y él trató de comunicarse con Bachelet.

—Y Bachelet no contestaba el teléfono...

—Pensamos que estaría en la piscina o en la ducha.

—Pero ¿por qué no sonó la alarma general?

—La muerte de Vadim parecía un suicidio, así que nos ordenaron actuar con normalidad y discreción. El capitán Kellerman vino al lugar, revisó la Remington y se dio cuenta de que la pistola no había sido disparada. Después Menocal encontró un cartucho de rifle detrás de la puerta. Parece que Greenwood habló durante largo rato con Vadim, como para darle tiempo a sacar la pistola.

—Así que Greenwood lo mató. —Me quedé mirando las puertas giratorias y traté de imaginarme al médico en su bata blanca con un rifle bajo el brazo, parpadeando bajo el sol de mayo mientras salía del edificio.— Siempre pensé que estaba loco, pero parecía conservar bastante el control.

—Greenwood fue desafortunado —dijo Halder en tono neutro, como si describiera un conflicto entre gente extraña—. El ingeniero de sonido pasaba por el corredor; de lo contrario nadie se habría enterado de los disparos.

—¿Cómo sabía Greenwood que Vadim estaría en ese estudio y no en otro? Yo he estado allí, y es un laberinto de cubículos y puertas dobles.

—La secretaria de Vadim dijo que siempre iba a esa sala para ver nuevos vídeos, filmaciones hechas por grupos de aficionados de Edén Olimpia.

—Así que Greenwood sabía que estaría allí. ¿Hay fotos?

—Ni una, alguien se las guardó. —Halder se encogió de hombros con aire de resignación.— Oí rumores de que mostraban cosas «prohibidas», algo que dañaría la imagen de Edén-Olimpia. Gille me contó que encendió la moviola de montaje y vio un material de lo más interesante.

—¿Películas para el canal de adultos?

—Más interesante aún. —Halder hablaba sin ironía en la voz y con rostro inexpresivo, como una piedra negra y hueca. Parecía haber envejecido en el breve lapso de tiempo que nos había llevado la visita a los lugares del crimen de Edén-Olimpia.

—-¿Algo que ver con niños? —pregunté por pura conjetura.

—Así creo, pero no se lo diga a nadie.

—Con razón se han perdido las fotos.

Un guardia de seguridad salió de la estación de televisión y pasó revista a los coches aparcados. Vio el Range Rover y vino hacia nosotros, devolviéndole el saludo a Halder.

—Es hora de irnos —dijo Halder—. Desde el 28 de mayo... se espera siempre lo peor, es el escenario perfecto para otro David Greenwood. Ya ni siquiera los guardias confían en sus compañeros.

—Pues debería usted asumir el control. Supongo que el capitán Kellerman ya no trabaja aquí.

—Se fue en junio. ¿Cómo lo sabe?

—Me imagino que la indemnización era demasiado generosa como para no aceptarla.

—Tiene razón. Ha abierto un bar en Martinica, y Edén-Olimpia lo ayudó a financiarlo. —Halder encendió el motor y pasó entre las hileras de coches hacia la salida.— «Asumir el control»... Una idea fascinante, señor Sinclair.

—Gracias. Pero me atrevería a decir que usted ya había pensado en eso...

22 El tejado

Bordeamos el perímetro de Edén-Olimpia, echando un último vistazo a la estación de televisión, y seguimos viaje por la avenida principal donde se alzaban los edificios de oficinas, rodeados de jardines. Halder se detuvo frente a un edificio de siete plantas recubierto de mármol travertino. La impresionante construcción miraba hacia una rotonda que señalaba el límite occidental de la avenida. La administración central de Edén-Olimpia exhibía una opulencia casi imperial, con sus altas pilastras clásicas y su friso posmoderno. Era el primer edificio de oficinas construido en el complejo; pero, tras ese pomposo inicio, la arquitectura había adoptado un modernismo tardío, mucho más humilde, como un modo de conseguir que la gente pensara en lo interior.

Halder dejó el motor encendido y recorrió con la vista las antenas parabólicas ocultas detrás de una columnata griega. Supuse que le había ofrecido a Pascal Zander hacer las veces de guía y llevarme por la ruta del asesino, pero que ahora se arrepentía. El recorrido sangriento había acabado por despertarle recuerdos que trataba por todos los medios de olvidar.

—La administración central —comenté—. El cerebro de Edén-Olimpia. ¿Es aquí donde murieron Charbonneau y Fontaine?

—Es impresionante, ¿no le parece? Cuesta creerlo. Parece tan inexpugnable como Fort Knox, pero es tan fácil entrar aquí i o i no en un hotel de Las Vegas.

—Aun así, ¿cómo hizo Greenwood para entrar? Eran los ejecutivos de más alto rango en el complejo y estaría a punto de sonar la alerta general.

—Todavía no. Greenwood nos llevaba quince minutos de ventaja. Por primera ve/., Halder parecía estar a la defensiva. — Recuerde que aún no habíamos encontrado a Bachelet ni al profesor Berthoud. No sabíamos quién había matado a Vadim, ni si el asesino tenía otros blancos. Greenwood era médico de la clínica, tenía acceso a todos los sectores, llevaba su chapa identificatoria en la bata blanca y tenía una llave de código electrónico con la que podía pasar por cualquier puerta.

—De modo que nadie trató de detenerlo cuando quiso entrar. —Pensé en Greenwood, que había aparcado en este mismo sitio tan sólo unos meses atrás. Se había paseado por Edén-Olimpia como un mensajero de la muerte.— ¿Dónde mató a Charbonneau, en su oficina?

—En la suite privada de al lado, un apartamento de seis habitaciones con gimnasio, mesa de masajes y jacuzzi. Greenwood le dijo a la secretaria que llevaba una nueva receta, condujo a Charbonneau al baño, lo hizo desnudarse y lo mató en el jacuzzi. La suite estaba insonorizada.

—¿Por qué?

—Por motivos privados. La secretaria no supo lo que había sucedido hasta diez minutos después, cuando sonó la alarma. Entonces tuvo un ataque de nervios.

—Terrible —dije, y me puse a mirar el tejado—. Vivía en una pesadilla y nadie le avisó de que estaba despierta. ¿Quedan fotos?

—No que se puedan ver. Charbonneau estaba desnudo, y me han dicho que las fotos son... embarazosas.

—¿Tenía heridas desagradables?

—No las causadas por un arma de fuego.

—¿Cómo se las hizo, entonces?

—Digamos que eran parte de un juego.

—¿Era sadomasoquista?

—Algo así. No era buena publicidad para Edén-Olimpia.

—Eso explica las habitaciones insonorizadas. —Me estiré hacia el lado de Halder y apagué el motor, feliz de tener un instante de silencio.— Después Greenwood fue a buscar a Robert Fontaine.

—No tenía que ir muy lejos. Fontaine tenía un ático en la séptima planta.

—¿Y dejó entrar a Greenwood?

—Greenwood lo estaba tratando de la próstata. Tenga en cuenta que eran las nueve y cinco de la mañana. II capitán Kellerman intentaba aún ponerse en contacto con Bachelet.

—Así que Greenwood mató a Fontaine. ¿Dónde, en la cama?

—En su despacho oficial. Fontaine se presentaba como candidato a las elecciones locales.

—No con los comunistas, supongo.

—Más hacia la derecha. Tan de derechas, de hecho, que se salía del espectro.

—¿Estaba con el Frente Nacional?

—Algo así —insinuó Halder con una ligera sonrisa—. La agrupación de Fontaine perseguía a los oponentes «sociales», y las paredes de la habitación

en que murió estaban cubiertas con sus fotos. Las bañó con su propia sangre. Hay que reconocer que Greenwood tenía sentido del humor.

—¿Oponentes «sociales»? —repetí con el mismo tono irónico de Halder—. No candidatos rivales.

—Más bien el tipo de gente que votaría por ellos. Gente con caras que a ellos no les gustaban.

—Gente morena, ¿magrebíes quizás?

—Negros, amarillos, pardos; todo menos blanco. Caras como la mía. Gente de la «otra» orilla.

—Gente que apoya a los candidatos de izquierdas. ¿Cómo hicieron Fontaine y su gente para localizarlos? Supongo que recurrieron a compañías de investigación de mercado.

—No les hacían falta. Los veían por los callejones de La Bocca y Mandelieu.

—Pero consiguieron sus fotos. Eso parece muy profesional.

—Señor Sinclair... —comenzó a decir Halder con mucha paciencia—, de lo que hablamos aquí es de mano de obra barata, obreros, chóferes de furgonetas, empleados de la construcción. 1 ,as fotos de la oficina de Fontaine fueron tomadas después de muertos.

—¿Después...? ¿Y cómo murieron?

—Todo tipo de muerte repentina; accidentes de tráfico, en su mayoría. Los callejones de La Bocca son muy oscuros de noche, y no es difícil que un camión gire bruscamente. Se oye un chirrido de neumáticos, y luego el flash de las cámaras...

—Halder, ¿usted ha sido testigo?

Pero Halder no respondió. Cuando intenté alcanzar el sobre con las fotografías, se interpuso y no me dejó verlas. Desde nuestra llegada a casa de Bachelet había tratado de provocarme, pero sólo había conseguido provocarse a sí mismo. Hizo el cambio de marcha con brusquedad, enfadado por haber caído en su propia trampa.

—La última... —anunció Halder al dejar atrás la avenida; tomó la curva tan cerrada que me golpeé la cabeza contra la ventanilla. Sin pedir disculpas, siguió otros trescientos metros hacia el interior del parque y se detuvo frente a un edificio con cúpula donde funcionaba el departamento de personal de Edén-Olimpia. Los escaparates de la planta baja estaban llenos de fotos de pisos junto al lago y anuncios de vacaciones para los jóvenes empleados, personal de limpieza y jardineros, los personajes invisibles de Edén-Olimpia que ni siquiera proyectaban sombras en el sol.

Un ruidoso grupo de mujeres, en su mayor parte españolas, bajaban de un autobús vestidas con sus mejores ropas, asombradas por la perfección silenciosa de este mundo de lagos y bosques. Halder las vio entrar en el edificio y sacudió la cabeza con aire tolerante, como el veterano que mira por el rabillo del ojo a un pelotón de reclutas.

—¿Olga Carlotti...? —pregunté, cogiendo la fotografía que Halder me tendía—. Era la jefa de personal de Edén-Olimpia. He de suponer que Greenwood no tendría inconveniente en ir a verla.

—Un médico vestido de blanco no se corresponde con la idea que la gente se hace de un asesino en serie. Los guardias de seguridad lo vieron cruzar el vestíbulo y dijeron que parecía normal. El lugar estaba lleno de guardias, gente que había ido a entrevistarse para un empleo, y empleados que verificaban las referencias de la seguridad social. Greenwood mostró su pase y subió a verla.

La muerte en Edén-Olimpia parecía ser inseparable de los flashes, de los fotógrafos de la policía. Olga Carlotti estaba caída de bruces sobre el escritorio, con los brazos colgando y los dedos llenos de anillos casi tocando el suelo. La habían matado mientras revisaba una selección de fotos de carné. La sangre de la herida de bala que tenía en la parte posterior del cráneo había formado una máscara de encaje negro sobre los rasgos de esa acicalada italiana que superaba los cuarenta.

Una ventana interior con alféizar daba al vestíbulo de la planta baja. Las cabinas donde tenían lugar las entrevistas estaban vacías, pero había una multitud de guardias de seguridad, agentes de la policía francesa y empleados que miraban hacia la planta superior, hacia la oficina de Carlotti, observando el trabajo del grupo forense.

—Ya he visto bastante. —Estremecido por esta última muerte, le devolví la foto a Halder.— Dejémoslo por hoy. Llevar la cuenta de todas estas muertes es una aritmética macabra. ¿Dónde se encontraba usted en ese momento?

—¿A las 9.45? De camino con el capitán Kellerman al edificio Siemens. Un hombre armado había tratado de entrar por el techo del aparcamiento. Mientras aparcaba el coche, alguien había visto a un médico con un rifle.

—¿Sería Greenwood que entraba en el edificio?

—Sí, pero por poco tiempo. Llegó al vestíbulo y salió huyendo cuando los guardias de seguridad le hicieron frente. Para entonces ya se había dado la alerta general.

Halder continuó por la avenida central, con el Range Rover .1 inedia velocidad. Pese a su aparente calma, una película de sudor le cubría la piel

ámbar, como si estuviera viendo los crímenes dentro de su cabeza y la repetición le pareciera más sórdida aún.

Entró por una calle de acceso que conducía al aparcamiento de varias plantas, ubicado en la parte de atrás del edificio Siemens. Levantó el parasol y señaló el tejado.

—Hay un puente peatonal que va desde el tejado a las oficinas de los altos ejecutivos. Allí hay menos controles de seguridad, y es la mejor manera de entrar.

—¿Quién era el blanco?

—No se sabe. Hay varias compañías en el mismo edificio. Al-ni 1 presidente de directorio, quizá. Subiremos a echar un vistazo.

—Halder, tomémonos un respiro. Ya sé cómo son los tejados de los aparcamientos.

—Éste es interesante, sin embargo...

Sin hacerme caso, Halder entró en el garaje y apretó el acelerador. Condujo el pesado vehículo por entre los coches que es-

I ukín aparcados, como un montañero en el asalto final a la cúspide. Tenía la camisa del uniforme mojada de sudor, y apretaba el pedal del freno forzando el motor. Me daba la sensación de que el rugido del motor le distraía de su drama privado, que lo había perseguido toda la tarde.

Subimos al tejado y rodeamos una furgoneta de electricista aparcada al sol. Cubriéndome los ojos, pensé en el cemento blanco hiriendo las retinas de Greenwood al salir sin aliento de la escalera. Diez metros más allá, estaba el puente de peatones que comunicaba aquel sitio con los tres últimos pisos del edificio.

Halder apagó por fin el motor y se recostó en el asiento. Yo bajé del coche y esperé a que hiciera lo propio, pero se quedó mirando el parapeto a nuestra derecha. Di la vuelta alrededor del coche y me apoyé en su ventanilla.

—Así que aquí es donde acabó todo... Greenwood había matado a siete personas y sabía que no tenía escapatoria. —Señalé el panel digital de control junto a la entrada.— Si ya había sonado la alarma, su llave electrónica no le serviría de nada. ¿Cómo hizo para entrar en el vestíbulo?

—Llamó a un conocido, a una mujer que trabajaba en una oficina. Ella bajó y le abrió.

—¿No le parece extraño, mientras un asesino andaba suelto?

—Ella no sabía que era Greenwood; sólo los equipos de seguridad conocían su nombre. Algunos dicen que trató de calmarlo.

—Una mujer valiente. ¿Cómo se llamaba?

—Madame Delmas. Valiente... y afortunada, porque Greenwood tuvo problemas con su rifle.

—¿Acaso intentó matarla?

—Eso es lo que dicen los guardias. —Halder vio que alguien nos miraba desde una ventana y bajó el parasol.— Greenwood estaba en el vestíbulo, vaciando la recámara. Cuando volvió a cargar el rifle, los guardias le hicieron frente.

Un guardia de uniforme apareció ante las puertas de vidrio, sin muchas ganas de comprobar el calor de los rayos del sol. Levantó la mano en señal de saludo, como si Halder fuera un personaje famoso.

—Veo que tiene admiradores —comenté—. De hecho, usted es una estrella.

—Yo no diría tanto. Los guardias de por aquí estaban bastante aterrados.

—Pero usted no. De modo que Greenwood retrocedió y huyó al aparcamiento, y de algún modo se las ingenió para regresar a la villa.

—Así es. Fin de la historia.

—Aún no —repliqué, al recordar la transcripción de Noticias de la Riviera—. Tuvo menos de cinco minutos para llegar a la villa y matar a los rehenes. ¿Cómo lo hizo?

Halder hizo un gesto evasivo y se enjugó el sudor de la cara y el cuello.

—Quién sabe, quizá robó un coche. El aparcamiento estaba repleto y a veces la gente se deja las llaves puestas.

Supuse que Halder querría marcharse ya; pero, curiosamente, no parecía estar dispuesto a abandonar el tejado. Bajó del coche y se puso a mirar fijamente los ventanales; luego se dirigió al parapeto, que le llegaba a la cintura. Tenía los puños apretados y los hombros tan tensos que parecía que la empapada tela de la camisa estuviera a punto de estallar.

Al apoyarse en el parapeto, se desprendieron fragmentos de cemento que cayeron en el canalón del desagüe. A pocos centímetros de donde tenía apoyada la rodilla, había un orificio en el parapeto, y otro medio metro más allá.

—Agujeros de bala... —exclamé, acercándome a Halder.

Un tercer orificio había sido rellenado con cemento. Volví a mirar hacia la entrada y me imaginé a los guardias desorientados que abrían fuego sobre Greenwood mientras éste ganaba la escalera.

—Halder, aquí hubo un tiroteo.

—Es cierto —reconoció, mientras veía cómo yo examinaba los agujeros—. ¡Y vaya tiroteo!

—¿Greenwood repelió el fuego?

—Resistió durante un rato.

—¿Lo hirieron?

—¿Si lo hirieron? —Halder frunció el rostro al sol, midiendo el alcance exacto de las palabras.— No, no se puede decir que lo hirieran.

Me arrodillé a mirar de cerca el desagüe. Dos metros más allá, desembocaba en una abertura. La superficie de cinc resplandecía al sol entre los restos de hojas y cajas de fósforos.

Toqué el metal pulido con las manos. La superficie tenía un entramado de líneas hechas por una pulidora. Recordé el suelo de cemento junto al cobertizo del motor de la piscina de casa, que tenía el mismo tipo de hendiduras. Habían pulido el desagüe con mucho cuidado, como tratando de borrar la sombra de un hombre desesperado que había llegado hasta allí para tomarse un respiro.

—Señor Sinclair... —Halder estaba cerca de mí, con una mano en el parapeto.— Hace calor aquí arriba.

El sudor le bajaba por el rostro y los brazos, como si su cuerpo evacuara todos los líquidos en un intento por deshacerse de una toxina virulenta. Se alejó del parapeto y se dirigió al Range Rover, jugueteando con las llaves del arranque como un ciego con su campana.

—Halder...

—Listo, nos vamos. ¿Dónde está el coche?

—Allí, frente a usted.

Fui tras él, pero la cabeza le bailoteaba sobre los hombros. Comprendí que el tejado se movía a su alrededor mientras la pintura del Range Rover parecía estar a punto de derretirse. Halder se apoyó en el coche, con las manos apretadas contra la superficie caliente.

Abrí la puerta del acompañante y lo apoyé contra mí. Después lo agarré de los hombros y se desmayó en mis brazos.

23 La confesión

—¡Frank! Ponga la cabeza entre las rodillas... Así, ahora estará mejor.

Conduje el Range Rover a la planta de abajo y me detuve a la sombra entre una hilera de coches aparcados. Acomodé a Halder en su asiento e hice que la brisa helada del aire acondicionado le diera en la cara.

—Señor Sinclair... —murmuró al cabo de un rato, haciendo un esfuerzo por abrir los ojos—. Me desmayé un instante. ¿Hacía mucho calor allí arriba?

—Era un horno —contesté, mientras buscaba el radioteléfono—. Llamaré una ambulancia.

—No. —Halder me quitó el teléfono de la mano.— En un momento estaré bien. Demasiada luz no es buena para nadie.

Hizo una mueca por el inconveniente que había causado. Es cierto que allí arriba hacía mucho calor, pero las emociones reprimidas habían desempeñado un papel aún más importante. Esperé a que Halder recobrara el aplomo, mientras reflexionaba acerca de los agujeros de bala del parapeto.

El delirio asesino de David Greenwood había acabado en el tejado, sobre nuestras cabezas, cuando un rifle encasquillado había evitado que una francesa fuera su última víctima inocente. Los relojes de Edén-Olimpia se habían detenido durante dos horas, mientras el médico deambulaba, perturbado y rifle en mano, rodeado de un silencio de muerte. Era probable que no oyera nada cuando mató a sus víctimas, ni siquiera los disparos de su arma. Pero, en aquel tejado, un guardia aterrado había disparado contra él, y Greenwood había vuelto de golpe al tiempo real, con el sonido de las sirenas y los helicópteros retumbando en su cerebro.

Halder ajustó el aire acondicionado para secar el sudor de su camisa. Recobrando la compostura, quitó la llave del contacto y esperó a que lo dejara sentarse en el asiento del conductor, pero yo me recosté en el respaldo y agarré el volante.

—Frank, ha sido una gran ayuda para mí. Me mostró la ruta en detalle y las fotos de los lugares del crimen. Ha sido muy amable de su parte, pero ahora dígame por qué lo hizo.

—Greenwood me caía bien, sencillamente, y quería que usted viera todo desde su punto de vista. Lo que ocurrió el 28 de mayo fue algo muy malo.

—Y le afectó profundamente. De eso trataba en realidad esta visita guiada. De usted, no de Greenwood.

—No del todo.

—Zander sabe que está aquí. Le dio permiso para enseñarme las fotos.

—Zander y el doctor Penrose.

—¿Por qué Penrose?

—Le interesaba ver cómo reaccionaría usted, al ver la verdad sin rodeos, y no una fantasía basada en rumores y en chismes de criadas.

—Así que le ordenaron que me vigilara. ¿Cuándo empezó esto?

—El día en que fue a Noticias de la Riviera. Nos llamó la secretaria del gerente, y yo fui para allí.

—Por eso Meldrum me entretuvo. Así que me siguió a Antibes-les-Pins y Port-la-Galére. Me extraña no haberle visto.

—¿En medio de tanta gente elegante y bronceada? Pero no tan bronceada como yo. —Halder se golpeó levemente las mejillas, para que la sangre volviera a correrle por el rostro.— Aparqué en la carretera del acantilado, y un guardia que había trabajado en Edén-Olimpia me avisó cuando usted salió.

—Y ahora supongo que vigila a las viudas, para asegurarse de que no hablen con detectives aficionados. ¿Pero por qué me siguió a la rué Valentín? Zander no sabía que yo iría allí.

—Estaba allí por mi cuenta, señor Sinclair. Los guardias me habían dicho que habría una acción especial y yo me preocupé por usted. Cuando vi que iba detrás de la chica pensé que se metería en problemas.

—Y así fue, todavía me duelen los porrazos... —dije, mientras me tocaba el hombro dolorido y me preguntaba cómo podía explicarle a Halder las nostalgias sexuales de un hombre maduro—. ¿Qué hacían Zander y sus secuaces en la rué Valentín? ¿Tenía algo que ver con David Greenwood?

—Nada. La rué Valentín es uno de sus ejercicios favoritos. Les rompen el alma a unas cuantas putas y travestís, y eso les hace sentirse bien. Supongo que es mejor que arrasar el Tercer Mundo.

—Suena un tanto brutal. Parece que Edén-Olimpia no le gusta mucho que digamos. ¿Por qué no hace las paces con su padre y regresa a su casa?

—¿A mi casa? —exclamó Halder, clavándome la mirada como si acabara de anunciar que la Tierra es plana—. En Estados Unidos no me siento en casa. Mi madre es de Stuttgart, y yo soy alemán. ¿Conoce Alemania, señor Sinclair?

—Es una gran nación. Estuve destinado tres meses en Mülheim. El futuro va a ser como un suburbio de Stuttgart.

—No lo critique. Yo lo pasé muy bien allí. Mi madre trabajaba en el economato militar de la base. La Fuerza Aérea la protegió cuando mi padre se marchó. El negó su paternidad y renunció a su graduación. Yo era amigo de todos los niños norteamericanos y fui a la escuela de la base hasta que algunos padres empezaron a quejarse. Mi madre le metió un miedo terrible a la esposa del general.

—Debe de ser todo un personaje.

—Es una *Frau* muy fuerte, la última hippy de la vieja guardia. A los doce años me enseñó a masturbarme y a liar un porro. Quiero que venga tan pronto como me asciendan.

—Estoy seguro de que le darán el ascenso. Le tienen mucho respeto.

—Pero quiero más. En sitios como éste se tiene en muy alta estima a la gente. Y eso es importante cuando uno está abajo de todo.

—No se olvide de eso cuando llegue a la cumbre. A la gente se le suben los humos y se cree que es Dios.

—¿Dios? —Halder sonrió y se miró las manos.— Aquí la gente ha ido mucho más lejos. Dios tuvo que reposar el séptimo día.

—¿Cómo hacen entonces para no perder la razón?

—No es fácil, pero tienen un recurso.

—¿Cuál?

—¿No lo ha adivinado aún, señor Sinclair? —Halder hablaba despacio pero con genuina preocupación, como si todo c tiempo compartido, el curso intensivo que me había brindad con ayuda de un material visual impresionante, no hubiera valido de nada con este obtuso inglés.— La locura, eso es todo lo que tienen. Después de trabajar dieciséis horas por día y siete días a la semana, volverse locos es la única manera que tienen de no perder la razón.

—¿Y Edén-Olimpia está satisfecha con ello?

—Con tal de que lo hagan fuera del complejo. De hecho, hace todo lo posible por ayudarles...

Tras cambiar de asientos, salimos del aparcamiento. Le dije a Halder que me gustaría volver andando, con la esperanza de hallar una pista sobre la ruta por la que había regresado Greenwood. Esta vez Halder bajó la rampa con cautela, pero dudé antes de bajar del coche.

—Halder, ¿seguro que podrá conducir? Piense en el ascenso.

—Hacía mucho calor allí, señor Sinclair. Y pasé por una pequeña humillación; eso es todo. ¿Lo llevo a casa?

—Prefiero andar. Tengo que pensar en muchas cosas, casi todas horribles. —Miré las siluetas de los edificios de oficinas, que se elevaban como megalitos futuristas.— Es la Cité Radieuse de Le Corbusier. Lamento que David Greenwood no fuera feliz aquí.

—Estaba muy confundido, y al final lo asaltaron todos los fantasmas.

—Aun así. —Me costaba alejarme de Halder, y miré el sobre con las fotografías.— No me parece que estuviese confundido. Esas fotos muestran que planeó cuidadosamente los asesinatos. Greenwood sabía que fotografiarían a las víctimas, y cada escena del crimen es como un cuadro viviente. Bachelet con la pipa de crack y las joyas robadas, Berthoud con la maleta de heroína, Vadim con la pornografía infantil. Más que mostrar el crimen de Greenwood, las fotografías muestran sus propios crímenes.

—Pornografía infantil, drogas, ideas fascistas... Hoy en día no son lo que se dice delitos serios.

—Pero son suficientemente serios, y no son más que la punta visible del iceberg. Esos grupos de matones y los accidentes de tránsito... Aquí ha arraigado una criminalidad profunda. Los poderosos de Edén-Olimpia creen que son los señores del castillo, libres de pisotear a los campesinos para divertirse un rato.

—Se equivoca, señor Sinclair.

—Yo no creo que Greenwood se haya matado —continué, sin escuchar a Halder—. Estoy seguro de que se rindió. Había matado a siete personas y quería explicar por qué. Quería declarar ante un tribunal.

—Es una teoría peligrosa. No la comente con nadie.

—Sabía que las fotos de la policía le darían la razón, y había testigos que confirmarían lo que él había visto. Pero no contaba con el inmenso poder de Edén-Olimpia, o con su infinita crueldad. En alguna parte no muy lejos de aquí, a unos pocos cientos de metros, se rindió a los guardias de seguridad que lo perseguían. Casi con certeza lo obligaron a regresar a la villa y allí lo ejecutaron.

—No.

—Frank...

—No fue así. —Halder hablaba con voz tan baja que apenas podía oírlo con el motor en marcha. Recobró la calma y agregó:— Créame, no lo ejecutaron.

—¿Ah, no? ¿Y entonces por qué no hay fotos del cuerpo de Greenwood? *Varis Match, Der Spiegel,* los tabloides londinenses... Ninguno de ellos ha publicado una sola foto. Sospecho que mostrarían unos cuantos disparos por la espalda.

—Pues no —dijo Halder secamente, mientras se balanceaba sobre el volante como si estuviera a punto de desmayarse otra vez—. Confíe en mí, señor Sinclair.

—¿Ha visto las fotos?

—No las necesito. Estaba allí cuando murió Greenwood.

—Frank, ¿estaba con los guardias de seguridad que lo encontraron?

Halder me hizo señas de que no continuara, y recitó lo siguiente como si fuera un mantra familiar:

—Greenwood cayó luchando... Nadie le había enseñado a manejar un arma. Cuando sintió que se acercaba el fin, ya no tuvo miedo; no le importaba cómo acabaría todo. Había algo podrido en Edén-Olimpia y él quería arreglarlo. No le interesaba lo que la gente pensara de él...

—Frank, un momento. ¿Quién le disparó?

Quise subir otra vez al coche, pero Halder cerró la puerta del acompañante. Arrojó el sobre de fotos por la ventanilla abierta y, por primera vez aquel día, su rostro reflejó serenidad.

—Yo le disparé, señor Sinclair. Era el novato y me dijeron lo que tenía que hacer. Estaba tan asustado que no atinaba a pensar. David Greenwood era el único que me caía bien en todo Edén-Olimpia. Y yo lo maté.

24 La sangre perdura

Mientras me abanicaba con el sobre de fotos, vi el Range Rover que se alejaba por la avenida de plátanos. La pintura oscura se iluminaba y se ensombrecía a medida que el coche pasaba bajo los árboles, volviéndolo por momentos casi invisible, una ilusión óptica muy en sintonía con esa otra gran ilusión que era Edén-Olimpia. Admiraba a Halder por haberse confesado y me sentía preocupado por él, pero también era cierto que sus motivos no eran del todo claros. Zander y Wilder Penrose lo estaban utilizando para llenarme de información y manejarme a su antojo, seguros de que metería las narices en cuanto rincón sombrío se cruzara en mi camino.

Pero Halder tenía un plan por su cuenta. El paseo le había servido para provocarse a sí mismo, para preparar el terreno emocional que desembocaría en su confesión, pero su cólera estaba dirigida a Edén-Olimpia. Podía imaginarme perfectamente el placer secreto con que Penrose había asignado al asesino del ex colega y posible amante de Jane para nuestra reconstrucción de aquel 28 de mayo. Recordé a Halder arrojando la pelota a la piscina y escupiendo luego en el agua, a poca distancia del cobertizo del motor donde Greenwood debía de haber caído después de regresar a su villa desde el edificio Siemens. Halder había avanzado hacia él, un novicio con su uniforme reluciente, mientras pensaba en su paga mensual y en su plan de pensiones, para luego oír la orden de disparar y matar. Edén-Olimpia lo había utilizado, pero la muerte de Greenwood le había dado una notoriedad de la que empezaba a sacar provecho.

Sin embargo, según Halder, Greenwood había repelido el fuego en los últimos instantes antes de morir. Sin duda Halder había vacilado, pero se había sobrepuesto y había hecho lo que le ordenaban. Volví a mirar hacia el tejado del aparcamiento, donde el guardia de seguridad estaba asomado observando el Range Rover de Halder que atravesaba el parque. El guardia hizo un gesto de saludo sin muestra alguna de ironía, con el mismo respeto por Halder que el resto de sus compañeros. Tan sólo el asesinato de David Greenwood podía granjearle el respeto de esos hombres vulgares y racistas.

Bajé del ascensor al calcinante tejado del aparcamiento, un campo de batalla de sol y muerte. Me vi reflejado en las paredes espejadas del edificio y me sentí como uno de esos turistas desprevenidos que, tras cruzar la puerta equivocada, se encuentran de golpe en el silencio amenazador de una plaza de toros. El guardia había regresado por el puente peatonal hacia el vestíbulo con aire acondicionado. Lo saludé con la mano en alto y me acerqué al parapeto, haciendo ver que contemplaba el verde paisaje.

Encontré otros tres agujeros de bala en el parapeto, todos tapados con cemento y una áspera capa de arena. Había habido seis disparos a quemarropa, la carga completa de un revólver de grueso calibre.

Al fin dejé aquel sitio y me refugié en la sombra fresca de la planta inferior. Caminé entre los coches aparcados en el lado sudeste, donde el tubo del desagüe bajaba desde el techo.

Una abrazadera de metal sujetaba el tubo de plástico a la desembocadura del canalón del tejado. La conexión estaba a dos metros de mi cabeza, fuera de alcance aunque me subiera al techo de un coche, pero había otra abrazadera a pocos centímetros del suelo, que sujetaba el desagüe al segmento que continuaba hacia abajo. Saqué las llaves de mi coche y busqué un borde liso; luego comencé a hacer girar el perno de metal hasta aflojar la abrazadera.

Oí pasos apresurados en la escalera. Un ejecutivo japonés de traje azul, con una cartera cromada en una mano, cruzaba el suelo de hormigón. Me agaché detrás de un Saab y esperé a que el japonés se metiera en su coche deportivo. Después de mirarse los dientes y la lengua en el espejo retrovisor, arrancó el motor y salió marcha atrás, haciendo estruendo con el tubo de escape.

El rugido del motor tapó el ruido del tubo de plástico al ser arrancado de su montura. Apoyé el tubo en el suelo, metí la mano por la parte de arriba y caspa el interior con las llaves.

Unos pedazos de sustancia orgánica negra, como residuos de una comida a medio digerir, me cubrieron los dedos de un color rojizo desteñido. Me llevé los fragmentos a la nariz y sentí el olor característico de restos animales.

Supuse que estaba oliendo la sangre de David Greenwood. Nunca había regresado a la villa: había muerto allí, en la azotea del edificio Siemens, en ese lugar de muerte y al sol.

—¡Eh, usted! ¿Qué hace aquí?

Cuando me di la vuelta, con el tubo del desagüe aún en la mano, vi a una mujer rubia de traje oscuro que me llamaba desde el pasillo central. Se alejó de mí, asombrada de ver a un intruso arrodillado entre los coches. Con una mano agarró su bolso, como para proteger sus tarjetas de crédito o sacar el gas lacrimógeno.

Al ponerme de pie, ella se apartó el flequillo rubio de los ojos y bajó la cabeza como un perro de caza.

—¡Francés! —exclamé, no del todo seguro—. ¿Francés Baring?

—¡Sinclair! Por Dios, menudo susto me ha dado. Ha estado a punto de estropearme un par de medias nuevas. ¿Va a robar un coche?

—No... Estaba mirando algo. No la oí llegar. El sonido se transmite de un modo muy extraño.

—En su cabeza sobre todo. ¿Qué hace con ese tubo? —inquirió, mientras daba un paso adelante y hacía un gesto de desconcierto al ver el agujero en el techo—. ¿Ha hecho usted eso? Mire que yo trabajo en la oficina de propiedades. Podría hacer que lo arrestaran.

—No se moleste, lo pondré en su sitio. —Saqué el pañuelo del bolsillo y me limpié los dedos manchados de sangre. Levanté el tubo del desagüe y volví a colocarlo en su lugar. Luego empujé con el pie la abrazadera debajo del Saab.— Ha quedado como nuevo...

—De veras que es usted un tipo muy raro. Este aparcamiento no es un juego de mecano. —Se paseó junto a mí y después se .mico al parapeto. Tratando de llevarme a la luz, expuso su belleza inquieta al aire libre, su inseguridad y su boca desconfiada.

Consciente de que la observaba con admiración, se puso las gafas de sol, que eran evidentemente el arma más potente que llevaba en su bolso. Pero se acercó a sostenerme cuando me tambaleé sobre el Saab.— Paul, ¿está usted bien? Parece algo débil.

—Un poco. Ha sido un esfuerzo bajar ese tubo. Con todo, el rompecabezas empieza a resolverse.

—Por fin. Lo vi hace poco con un guardia en el tejado.

—Sí, Halder. Me llevó en una visita guiada.

—¿De qué, de los sistemas de seguridad?

—De la muerte, siete muertes. U ocho, para ser precisos. Empezamos en la villa y rehicimos la ruta que siguió Greenwood el 28 de mayo.

—Dios mío... —Francés se llevó la mano a la boca.— Suena horrendo.

—Lo fue. Una reconstrucción increíblemente gráfica, con comentarios tan escabrosos y detallados que casi perdí el hilo. Hasta hubo una sorpresa al final. Ahora veo todo mucho más claro.

—¿Cuál fue la sorpresa?

—Halder me dijo quién mató a Greenwood.

—¡Oh! —dijo con los ojos en blanco por un instante—. ¿Y quién fue?

—Halder dice que fue él.

—¿Y usted le cree?

—Halder es la clase de hombre que siente un orgullo especial por ser sincero, sobre todo si eso conviene a sus intereses.

—¿Y dónde ocurrió?

—No lo dijo. Pero creo que ahora lo sé.

Me quitó una esquirla de plástico de la solapa, tratando de retrasar su pregunta.

—¿En el garaje, con los rehenes?

—No. Aquí mismo, en el aparcamiento. A pocos metros encima de su cabeza.

—No... —Sacudió la cabeza y se apartó de mí, como si yo hubiera abierto una trampilla en el suelo.— ¿Por qué aquí?

—Francés, lo siento... —Dudé antes de proseguir.— Mi hipótesis es que mataron a Greenwood en el tejado. Probablemente cayó herido junto al parapeto. Me sorprende' que usted no haya visto lo que pasó.

—Nadie vio nada. Las cortinas estaban cerradas. Los guardias de seguridad desplazaron a todo el personal al lado norte del edificio.

—¿Cuánto tiempo llevó?

—Unos diez minutos. Después oímos disparos. Ahí terminó todo.

—Para Greenwood, al menos... —Y, con aire pragmático, añadí:— Hay agujeros de bala en el parapeto. Alguien los tapó, pero se olvidaron de limpiar el canalón.

—¿Por qué habrían de hacerlo, si casi nunca llueve?

—Esta vez fue lluvia de sangre. Un chaparrón fugaz pero fatal. —Abrí el pañuelo y le enseñé a Francés las manchas de hemoglobina.

—¿Es sangre? —exclamó, mientras pasaba un dedo con la uña pintada por las manchas y las ventanas de la nariz se le dilataban ante el tenue rastro de olor. Vio que, al rozarla yo con el pulgar, le había manchado el puño de su blusa de seda blanca, y sonrió—. Haré la prueba del ADN. Si es como usted dice, será de David. ¿Qué importa dónde murió?

—Sí que importa. Si Greenwood murió aquí, no pudo haber matado a los rehenes. Fue otro quien ordenó matarlos. Eso amplía todo el panorama.

—Quizá no hubo rehenes...

Le seguí la mirada mientras pasaba revista a los coches del aparcamiento. A pesar de haber llorado hacía poco, su aspecto era resuelto.

—Eran los cómplices de Greenwood, no sus rehenes —le dije—. Ninguno de ellos se acercó al garaje, al menos hasta que los mataron. Esperaban a David en el aparcamiento de la estación de televisión.

—Demasiados aparcamientos, siempre un signo de una mente trastornada. Pero ¿por qué allí? La gente no dudaría en matar por aparecer en la tele, pero ¿no se les estaba yendo un poco la mano?

—Querían ocupar la estación y dar a conocer un escándalo de Edén-Olimpia. No estoy seguro de qué.

—¿Alguna estafa?

—No creo. Los chóferes no suelen montar en cólera por los chanchullos de las grandes compañías: es parte del aire que respiran. ¿Ha oído hablar alguna vez del *ratissage?*

—¿Operación de limpieza? Era un término usado por el ejército francés durante la guerra de Argelia para diezmar la guerrilla. No está muy en boga en la Costa Azul.

—Yo no estaría tan seguro. Anoche fui a la rué Valentín... —comencé a decir, gesticulando en el aire, sin saber muy bien cómo explicar mi interés por una niña de once años. Me apoyé en el Saab; me dolían las piernas tras el esfuerzo de estar sentado en el Range Rover junto a un Halder tan nervioso—. Francés...

—¿Qué hay? Parece agotado. Siéntese un momento en mi coche.

—Estoy bien.

—No diga nada. Le haré la vida imposible a Halder por lo que ha hecho. —Cogió el sobre con fotos del techo del Saab y me rodeó los hombros con su brazo.— Su mujer es médica; debería cuidarlo un poco mejor.

—Los pacientes... ya no están de moda. —Contento de sentir su cuerpo firme junto al mío, me dejé llevar a través de los coches aparcados. Se detuvo un instante para escudriñar las sombras y nos acercamos a un BMW descapotable, un modelo similar al que yo había robado frente a la oficina de American Express en Cannes.

Enseguida reconocí el faro roto y la pila de folletos de inmobiliarias. Antes de ir a la cita con el dentista, Francés se había apoyado en el coche, segura de que el mundo entero sucumbiría de buen grado a la presión de un bello muslo. Lo que nunca se me habría ocurrido es que el coche fuera suyo.

—Bonito coche —comenté, mientras me arrellanaba en el asiento del acompañante—. ¿Le divierte conducirlo?

—Casi demasiado. Un ladrón de coches me lo robó hace unos días en Cannes e hizo pedazos el motor. El mecánico dice que estaría colgado. O muy reprimido.

—Pudo haber sido una mujer.

—No. Uno siempre se da cuenta cuando un hombre conduce nuestro coche. Los frenos, el acelerador, hasta los limpiaparabrisas; todo queda de un modo extrañamente masculino.

Levanté el parasol y en el espejo me noté una pequeña mancha en la mejilla con la sangre de Greenwood. ¿Acaso lianas había dejado las llaves adrede, para ver si era capa/ de seguir mis impulsos? Me daba la sensación de que me estaban probando para un papel que querían asignarme de un momento a otro. Supuse que desde un principio ella había sabido la verdad sobre los últimos instantes de Greenwood, que su vida había llegado a su fin en el tejado del estacionamiento. Pero su llanto había sido auténtico, una mezcla conmovedora de ira y pena imposibles de fingir.

Dio marcha atrás y bajó por la rampa, casi rozando los coches. Clavó los frenos antes de salir a la luz del día y salí despedido hacia delante, sujeto por el cinturón de seguridad como los maniquíes en un simulacro de choque.

—Ya tiene mejor cara —me dijo—. No hay nada como una mujer al volante para reanimar a un hombre. ¿Qué tal un paseo por la costa? Tengo que ir a ver una casa en Miramar.

—¿Es un secuestro?

—Si quiere... Le hace falta salir de Edén-Olimpia. Está dejando que se apodere de su cabeza.

—De acuerdo. Me apunto.

—Bien. Lo primero es quitarse la pintura de guerra.

Humedeció un pañuelo de papel con saliva y empezó a limpiarme la mancha de sangre de la mejilla. Pese a la suave fragancia del cuello y los senos, su mano fue sorprendentemente enérgica, como si tomara a mal la mancha que yo tenía en la piel y mi falta de autoridad para llevar esa última huella del médico muerto.

—Sangre de David... —dijo hablando consigo misma—. Ya se ha ido. Es tan triste...

Miró un instante el pañuelo rojizo. La mancha parecía brillar aún más con la última luz de la tarde, como si hubiera cobrado vida con su aliento y sus recuerdos de Greenwood.

25 La Fundación Cardin

La niebla nocturna que cubría la bahía de La Napoule llegaba también a La Croisette, y los negros pechos de La Belle Otero parecían flotar sobre el hotel Carlton, como obsequios que pasaran de un pacha a otro en un cojín de seda evanescente. El mar estaba liso como una hoja, una vastedad de mármol quieto. Pero, a trescientos metros debajo de mí, las olas se agolpaban en la cala que separaba Port-la-Galére del cabo de Miramar, y surtidores de espuma saltaban por el aire oscuro como acróbatas frenéticos.

La casa desocupada que fuimos a ver era en rigor un pequeño *château* erigido en lo alto de Pointe de l'Esquillon, con vista al mar en las cuatro direcciones. Tras varios días de inquietantes verdades y evasivas, aquel panorama me ayudaba a ordenar mis propias perspectivas. Ahora Francés Baring había vuelto a meterse en el juego, con sus cartas marcadas y su zapato amañado, y comprendí que yo haría cualquier cosa para dejarle ganar la partida.

Sin saber muy bien por qué me había llevado a ver la casa, le sugerí que fuéramos a un café de Théoule. Sentada frente a su limonada, me observó

mientras yo ponía unas gotas de coñac en mi café, y entonces pidió otro para mí sin darme tiempo a pedir la cuenta. Su humor brillaba y se oscurecía en pocos instantes, una alteración del tiempo interno que era casi tropical en sus cambios súbitos. Me recordaba a las mujeres pilotos del club de aviación, con sus encantos al viento y su vulnerable promiscuidad. Seguía jugando con el pañuelo manchado de sangre, y di por sentado que había sido la amante de Greenwood.

—¿Qué le parece, Paul, valdrá la pena alquilarla?

Sus tacones repiqueteaban en el parqué del salón de techos altos. Al salir a la terraza, el viento corrió a su encuentro y le levantó la falda y la chaqueta. Las ranas croaban en la fuente medio vacía, pero por lo demás nada había perturbado la paz del jardín en varios meses. Los arriates se habían echado a perder, y la fruta sin recoger se pudría al pie de los limoneros y los árboles de pomelo.

Con un gesto señalé la piscina, que estaba llena de un líquido blanco y opaco.

—Espero que sea leche de yegua. ¿Noventa mil francos al mes? ¿Está pensando en mudarse?

—¡Ni hablar! ¿A un lugar esnob de vacaciones para balandristas? Alquilo villas para huéspedes de las grandes compañías y académicos de alto rango. —Se apoyó en la baranda del balcón y puso su brazo sobre el mío.— ¿Se siente mejor?

—Mejor a cada instante. Me alegra haber venido. —Cuando trató de alejarse, la cogí de la muñeca.— Francés, supongo que no fue casual que nos encontráramos en el Palais des Festivals.

—No exactamente. Lo vi un poco perdido, como de costumbre, y pensé que debía de ser un tipo interesante.

—¿Lo soy?

—Más de lo que cree. —Luego volvió la espalda al mar.— Es usted un preso político. Se pasea todo el día buscando un modo de escapar, mientras se involucra cada vez más con los guardias.

—Podría regresar a Londres esta misma noche.

—Tonterías. Y no es por Jane que se queda. ¿Por qué cree que está tan obsesionado con David? Da la impresión de estar en trance.

Alisó la solapa de mi chaqueta, como si de golpe se preocupase por mí. Sus manos se pasaban la vida quitando pelusas imaginarias en una suerte de limpieza servil. Pero al mismo tiempo clavaba en mí una mirada claramente apreciativa.

—Conque en trance, ¿eh? Por momentos, es cierto. Fui yo quien le robó el coche.

—¿Usted se lo llevó?
—Francés..., no se haga la picara. Me lo sirvió usted en bandeja.
—¿Eso cree? Me parece que estaba un poco borracha.
—Dejó las llaves en el asiento del acompañante. ¿Por qué?
—Sentía curiosidad por usted. Fue una especie de prueba.
—¿Para ver si tenía condiciones de ladrón? Pude haberme matado.
—Jamás. Es usted demasiado precavido.
—De modo que no pasé la prueba.
—Sacó un seis. Mire, lo que quiero es que entienda a Edén-Olimpia. Quizá después pueda ayudarme.
—Pero primero he de cambiar...
—Un poco. Admita que le gustó robar el coche. Lo vi bajar por La Croisette. Había recuperado sus alas.
—Es verdad. —Las luces de Port-la-Galére se encendieron y pensé en las viudas de los chóferes, encerradas en sus pisos de colmena.— Volaba, sí... Después de hacer el amor, es la mejor manera de levantar el vuelo. ¿Cuál es la próxima prueba?
—Depende de usted. Hábleme del *ratissage.* Puede que la rué Valentin sea más importante de lo que imagina...
Sacó del bolso un encendedor y un paquete de cigarrillos. Cubriendo el fuego con una mano, encendió un cigarrillo, pero el viento hizo volar una brasa encendida que brilló fugazmente en el aire y fue a caer sobre el parqué del salón. Cansada momentáneamente de mí, Francés abandonó la terraza. Dio una vuelta por el comedor, y echó una ojeada a la chimenea señorial, cuyas barras de metal parecían instrumentos de tortura. Anotó algo en su cuaderno, pero sabía que en realidad trataba de disimular su vergüenza. Yo había tardado mucho en responder, y ella se culpaba por no haber desempeñado mejor su papel de *femme fatale.* Me atraía sexualmente, pero para entrar en su juego ella exigía mi completa sumisión.
El viento agitó un folleto que Francés había dejado en la mesa de la terraza, y, cuando le di la vuelta para que no se volara, vi el nombre impreso del destinatario: Mme. Francés Del-mas, Marina Baie des Anges, Villeneuve-Loubet.
Enseguida recordé las iniciales crípticas en la lista de blancos de Greenwood: F. D.
Con el folleto en la mano, seguí a Francés a la cocina, donde se detuvo a mirar las colinas desde un pequeño balcón. A cien metros de allí había un enorme edificio que eclipsaba por completo las rarezas de Port-la-Galére. Parecía un platillo volante o una nave espacial que hubiera aterrizado por error en las colinas del Esterel. Tenía una serie de cúpulas conectadas entre

sí, con ventanas circulares de unos cuatro metros de diámetro. El conjunto se extendía sobre una terraza tan grande como para alojar un campo de fútbol.

En las ventanas había luz, como si un ordenador en la sala de controles se despertara del sopor y probara sus reflejos. Unos jóvenes atletas, asiáticos al parecer, salieron a la terraza y empezaron a montar reflectores, pantallas y cámaras de filmación. Iban con vaqueros y zapatillas, y llevaban riñoneras en la cintura y gorras de béisbol. A un costado, atendidas por un equipo de ayudantes, había un grupo de modelos vestidas de noche, con lustrosos abrigos de piel, estolas y chaquetas cortas. Las pieles platinadas y castañas de las modelos parecían absorber la última luz de la tarde y reflejarla en sus suaves filamentos. Pero las modelos miraban a las cámaras sin expresión, como el coro de una versión vanguardista de *Madame Butterfly*.

—Son japoneses —comenté—. ¿Dónde estamos exactamente?

—En la Fundación Pierre Cardin. Un día se expondrán aquí todos sus cuadros y esculturas. Alquilan el sitio para funciones de gala, y una agencia publicitaria de Tokio está rodando un anuncio de abrigos de piel.

—Curioso. Todo el lugar parece un plato de filmación.

—Pues sí, sólo que es real. A David le encantaba. El año pasado fuimos a una recepción que organizó Edén-Olimpia y se emborrachó en compañía de dos premios Nobel. Eran muy divertidos.

Dejó escapar una sonrisa, con la mirada perdida en la lejanía. Los equipos de electricistas colocaban los reflectores en posición, como jugadores que empujaban sus piezas en un descomunal juego de ajedrez lumínico.

—Conocía usted bien a Greenwood —le dije—. Habrá sido un tío muy entretenido.

—Lo era. Trabajaba mucho, pero sabía disfrutar de la vida.

—¿Cuánto duró la aventura?

—¿La aventura? ¡Qué palabra más sórdida! —Hizo una mueca de asco y continuó:— Suena a negocio dudoso. Fuimos felices, y después... dejamos de serlo. Digamos que no me gustaron los cambios que sufrió. Empezó a meterse en cosas que eran...

—¿Demasiado sofisticadas para él?

—Un poco; sí. —Levantó una mano en el aire, como si quisiera apartar de sí la oscuridad.— Los idealistas pueden ser muy problemáticos cuando se decepcionan de sí mismos. No le gustó lo que Edén-Olimpia había hecho con él.

—¿Y el plan de los asesinatos? ¿Le contó algo?

—En absoluto. Créame, Paul.

—Le creo. Usted era uno de sus blancos.

—¿Por qué dice eso?

—Mme. Francés Delmas —dije, enseñándole el folleto inmobiliario—. He de suponer que es usted.

Miró la etiqueta con el nombre y dejó caer los brazos al tiempo que soltaba una bocanada de humo.

—Era mi nombre de casada. Mi esposo trabajaba de contable para Elf-Maritime. Nos separamos hace dos años, pero a los ordenadores les lleva mucho tiempo ponerse al día.

—Así que es usted F. D., la mujer a quien Greenwood llamó desde el tejado del aparcamiento... Iba a matarla.

—¡No! —gritó, dando un golpe con la mano sobre la baranda del balcón—. Por el amor de Dios, estaba delante de mí con un rifle en la mano. Si me hubiera querido matar, lo habría podido hacer allí mismo.

—Pero dudó. Los guardias dicen que trató de volver a cargar el arma, pero pienso que dudó al verla. Tan sólo unos instantes, el tiempo suficiente para que Halder y Kellerman llegaran al tejado. La amaba, Francés.

—Lo sé —dijo, mientras apagaba el cigarrillo en la baranda—. Ayudé a que lo mataran. Por lo menos no vi lo que pasó; los guardias no dejaron que me acercara. Si le hubiera abierto la puerta...

—La habría matado, pero ¿por qué? Ahí podría estar la clave de todo.

—Pues lo está. —Hablaba con calma, con el rostro a pocos centímetros del mío, y me llegaba su dulce aliento a tabaco turco.— ¿Por qué quería matarme? Porque me parecía demasiado a él.

—¿De qué manera?

—En la manera como nos relajábamos, los juegos que nos divertían. Tarde o temprano, sin embargo, todos los juegos se ponen serios.

—Y los juegos en serio son más serios que cualquier otra cosa. ¿En qué consistían?

Antes de que pudiera responder, las luces de la terraza de la Fundación Cardin iluminaron la montaña. Por las ventanas circulares salían rayos de intensa blancura. Los técnicos y asistentes se quedaron paralizados en sus puestos, como figuras de un ejército de arcilla. Los maquilladores dieron los últimos toques a las modelos vestidas de piel y luego desaparecieron entre la multitud que observaba a un costado del plato.

Sin querer contuve la respiración, pero el rodaje terminó al cabo de cuatro o cinco segundos. Se apagaron los reflectores y todo el mundo volvió a su trabajo, mientras esperaban que las modelos se cambiaran los abrigos de piel. Los guardias armados custodiaban el camión de las mercancías, cerciorándose de que las pieles estuvieran en sus perchas antes de guardarlas en el portaequipajes con aire acondicionado.

—Anuncios de televisión y abrigos de visón que se alquilan por horas... —suspiró Francés—. Es el encanto de la nueva Costa Azul. Garbo y Crawford no lo podrían creer.

—¿Por qué te quedas? —le pregunté, tuteándola súbitamente. Francés daba nerviosos golpecitos en la baranda, pero no parecía tener prisa en regresar al coche—.Y sobre todo, ¿qué te ha traído a Edén-Olimpia?

—Por aquellos días tenía la cabeza llena de... sueños apasionados.

—Eso me gusta. —Le cogí ambas manos y me sorprendió sentir lo frías que estaban.— ¿Qué sueños, exactamente?

—Las tonterías de siempre, que acaban en decepción. Un trabajo interesante, unos cuantos amigos, una relación afectiva con alguien que me necesitara. Mis padres adoptivos estaban seguros de que lo encontraría.

—Bien por ellos. ¿Eres huérfana?

—Mi madre vive todavía. Cuando mi padre murió, ella sufrió un ataque de apoplejía y no pudo hacerse cargo de mí. Mis padres adoptivos son nuestros de escuela en Cambridge, y me brindaron todo el cariño del mundo. Después de ir a la London School of Economics, trabajé en Lloyd's y luego me contrataron aquí.

—Supongo que te gustó.

—Me encantó. Todo ese aislamiento... Esos tíos enormes afeitándose después del almuerzo en sus baños privados. No tardé mucho en sentirme completamente depravada. Había un contable muy guapo que trabajaba para Elf y venía una vez por semana, y lo dejé usar mi baño. Me encantaba el olor a orina de hombre y el hedor a ingle en mis toallas después de que se duchara. Era muy atractivo. Pasamos una luna de miel estupenda en Aspen y me enseñó a esquiar. Fue la última vez que lo vi.

—Cuesta creerlo. —Le acaricié las manos inquietas, pensando en los muchos dormitorios de la casa a oscuras.— ¿Te abandonó?

—No. Nos mudamos a un piso en Marina Baie des Anges, pero trabajábamos todos los días hasta las nueve de la noche. Él viajaba todo el tiempo a Omán y Dubai. Un día encontré un misterioso guardarropa lleno de trajes y camisas de hombre, y unos cajones con calcetines y calzoncillos que no conocía. Recuerdo que pensé: esto pertenece a un hombre.

—Y era de tu marido... Así que te divorciaste.

—Como buenos amigos. Yo me quedé con el piso y él se marchó a París. —Se miró los zapatos, como intrigada por saber adonde la llevarían, y levantó la vista al ver que yo me cubría los ojos con una mano.— Paul, ¿qué pasa?

—No estoy seguro —dije mirando hacia la terraza Cardin—. Parece que hay una reyerta. Los japoneses están peleándose entre ellos.

—Pues no me sorprende. La publicidad es un asunto de vida o muerte.

—Un momento...

Una inmensa escaramuza se apoderó de la terraza. Los técnicos y los asistentes de maquillaje se habían agolpado contra la balaustrada y observaban aterrorizados la pelea que protagonizaban los guardias del camión y el equipo de fotógrafos. Un segundo grupo de guardias de seguridad apareció desde el museo y empezó a dar porrazos como esos guerreros que pueblan las escenas de batalla en las películas épicas de Kurosawa.

Un reflector se tambaleó en su pedestal y barrió la terraza con su haz de luz antes de desplomarse. Reconocí las chaquetas de cuero de la rué Valentín. Tres de los atacantes se estaban llevando las pieles del camión, mientras los otros miembros de la banda habían reducido a los guardias contra el suelo. Un hombre con casco y un arma automática en alto intimidaba a los técnicos, agazapados entre fotómetros y cajas de maquillaje. En las escalinatas del museo, un hombre cuyo rostro me resultaba conocido filmaba la escena con una cámara de vídeo. Los chillidos histéricos de las japonesas resonaban en la noche, y las luces titilaban en los balcones de las villas circundantes.

—Francés —dije, haciéndola entrar en la casa—, es el club de bolos...

—¿Quién?

—Otro *ratissage,* una acción especial.

—No veo nada —dijo, tirándome del brazo—. Hay un telescopio en la biblioteca.

—Olvídalo. —Y tratando de calmarla, agregué:— Ya se han marchado.

El grupo se había escapado con su botín. A su paso, la terraza parecía el escenario de un ataque terrorista. Los técnicos estaban sentados en el suelo, aferrados unos a otros entre las cámaras y los reflectores caídos. Muchas de las asistentes gritaban aún, mientras el atónito director y su equipo hablaban desesperados por sus teléfonos móviles.

Por la carretera que pasaba al otro lado del museo se oyó el sonido de motores a toda velocidad. Un Range Rover negro descendía por la colina, con las luces apagadas y casi invisible en la oscuridad. Giró al llegar al hotel Tour de l'Esquillon y siguió a toda marcha rumbo a Théoule.

—Por Dios, parecen comandos... —Francés se alejó del balcón, como si la ola de violencia pudiera llevársela también a ella.— Paul, ¿quiénes eran? Los reconociste.

—No estoy seguro. Quizá fueran...

En ese momento, otros dos Range Rover pasaron a la carrera por debajo de nosotros, pegados uno detrás del otro. Los neumáticos golpeaban la grava

suelta del camino como las grandes olas qué azotan las playas de guijarros. Giraron bruscamente hacia la derecha y lomaron la carretera de la costa rumbo a Si. Raphael.

Mientras tanto, en la Fundación Cardin, el equipo de filmación y los asistentes habían buscado refugio en el interior. Un técnico, presa del pánico, encendió inadvertidamente el sistema de sonido, y un estallido de música amplificada invadió la noche.

Francés se metió en la cocina y fue hasta el teléfono que estaba junto a la nevera. Levantó el auricular y esperó el tono.

—Llamaré a la policía. Maldita sea... *Vite, vite!* —dijo, golpeando la horquilla.

—Espera, Francés. Pensémoslo un momento.

—¿Por qué? No hay nada que pensar...

—Te equivocas, hay que pensar en todo.

Le quité el auricular, abrí un cajón de la mesa de la cocina y metí el teléfono junto a una vieja guía Gault-Millau. Francés intentó cogerlo, pero yo cerré el cajón con la rodilla tan bruscamente que le atrapé la mano.

—Francés, tranquilízate. Ya se han ido.

—Pero ¿a qué te has creído que juegas? —Francés se frotaba la mano herida.— Reconociste a alguien.

—Quizá.

—¿Quiénes eran? ¿Venían de Edén-Olimpia?

—Es posible.

—Pues entonces hay que detenerlos. Sea como fuere, están atrapados en la carretera de la costa.

—Dejemos que se vayan. Ahora no es el momento.

—Ya estás de nuevo en trance.

Estaba de pie frente a mí, con los puños cerrados en actitud desafiante. El ataque la había asustado y tenía la blusa mojada de sudor, lo cual hacía aún más notorios sus pechos. Pero yo tenía la mente puesta en los hombres con las chaquetas de cuero que escapaban en sus Range Rover en medio de la noche. La velocidad y la agresión de los asaltantes, su brutal eficiencia, me habían dejado sin resuello. Respiré hondo y sentí en mis pulmones el aire nocturno, con su olor a insectos quemados, a pánico y perfume japonés. Tenía los pelos de punta en la nuca, y un hilo de sudor me bajaba por los omóplatos. Sentí entonces el aroma potente que subía de mi entrepierna, una llamada de las hormonas a la violencia. El pene se hinchó y los testículos se me pusieron como un puño. Recordé mi erección la primera vez que habia aterrizado solo en la escuela de aviación de la RAF, como si soltara toda la tensión acumulada tras un despegue a solas.

—Paul, será mejor que nos vayamos.

Francés estaba cerca de mí, y los rayos de uno de los reflectores caídos iluminaban la seda húmeda sobre sus pechos. Con su mirada recelosa y la boca entreabierta parecía una conspiradora que hubiera descubierto demasiado aprisa una noticia de primera plana y ya no me prestaba atención. Esperaba que las sirenas de la policía se oyeran de un momento a otro, mientras buscaba con la mirada las luces que avanzaran por la carretera. ¿Sabía de antemano que esta noche habría un *ratissage?* De todos modos, yo ya la había incorporado a mi propia fantasía, a un sueño de velocidad y violencia que se había alojado en mi mente desde la noche en que había seguido a Natasha por la rué Valentín.

Se apoyó en mí, mientras escuchaba los gritos apagados de las japonesas.

—Paul, la policía está al caer.

—No pienses en ello. Cerraremos la casa y creerán que está vacía.

—Verán mi coche en la entrada, y el motor está caliente todavía. Regresemos a Marina Baie des Anges. Hay una o dos cosas que debes ver...

26 Volando de nuevo

—Francés, estoy volando de nuevo...

De pie en la terraza de su apartamento, yo dejaba que el viento jugara con mi bata de seda y hurgara en ella como un afable carterista. Las mangas se inflaban con el aire de la noche, y sentía que remontaba el vuelo entre los altos edificios de Marina Baie des Anges. Las fachadas curvas con sus perfiles escalonados parecían haberse desprendido del suelo y flotar sobre las piscinas y los puertos deportivos que salpicaban los arrecifes como parcelas robadas al mar.

Cinco kilómetros hacia el suroeste estaba el faro de La Garoupe, en Cap d'Antibes, que iluminaba incesantemente la costa. En una playa cercana, Scott y Zelda Fitzgerald habían bebido whisky en el Cháteau de La Garoupe, pero eso había ocurrido en otra Riviera, tan distante del actual complejo de viviendas futuristas como el casino de Montecarlo lo está del templo de Karnak.

Francés salió a la terraza y dejó la bandeja de las bebidas en la mesa.

—¿Te gusta el paisaje? —me preguntó.

—¿Todo ese espacio curvado? Es como si hubiéramos aterrizado en el aeropuerto de Babilonia. Un día toda la Costa Azul será como esto.

—Pues en las mesas de dibujo ya lo es. Todo lo que tenga más de cinco minutos de antigüedad se vende a precio de liquidación.

—¿Todo? ¡Qué triste! —La abracé por la cintura y la apreté contra mí.— ¿Recuerdos, sueños...?

—Software pasado de moda. Montones de descuentos y precios que caen en picado. Lo siento, Paul.

Sostenía el vaso de vino con gaseosa pegado al rostro, y unas pequeñas gotas de humedad relucían en la punta de sus pestañas. En el trayecto desde Théoule había estado demasiado abstraída para conversar, y no había hecho más que mirar por el espejo retrovisor como si acabara de robar un coche. Pero cuando pasamos Antibes y llegamos al complejo residencial de Villeneu-ve-Loubet, se recuperó y volvió a lo que realmente la ocupaba.

Mientras subíamos por el ascensor al piso quince, se apoyó en mi hombro y puso una mano en mi pecho. Sin encender las luces, entró en el vestíbulo y me condujo directamente a la habitación. Excitado aún por la escena violenta de la Fundación Cardin y los gritos de las maquilladoras japonesas, la desnudé de prisa. Pero fui un mal amante, consciente de que Jane me observaba desde un rincón de mi mente, y apenas pude mantener la erección que con tanta fuerza se había puesto en marcha durante el asalto. Cuando por fin me corrí, con un orgasmo tan fingido como el de un ama de casa aburrida, Francés sonrió por una fracción de segundo, como una puta de agencia de acompañantes. Me acarició el pelo humedecido sobre la frente, pensando ya en la próxima movida en ese juego que tenía entre manos, como una hermana mayor con su hermano pequeño y sumiso que acabará maniatado y amordazado en el armario de los juguetes.

Pero los cuartos de los juguetes de la nueva Riviera eran tan grandes como la Fundación Cardin. La velocidad y la violenta eficiencia de los ladrones de pieles me habían impresionado. De pie junto a la baranda, mientras bebía mi copa, pensé en las porras agitándose en el aire y volví a sentir el golpe en la espalda que había recibido en la rué Valentín. Levanté el puño derecho en un reflejo de furia, listo para devolver el golpe.

—¡Paul! —dijo Francés, algo alarmada, aferrándome la muñeca—. Cálmate, aquí estás a salvo.

—Francés... Perdona, estaba en otra parte.

—Ibas a pegarme. Hazlo, si lo necesitas...

—Es lo último que haría, Francés. Me gustas... excéntrica y todo. El asalto me despertó recuerdos que creía olvidados. —Me senté junto a ella en el sofá de mimbre.— Recuerdo los golpes que repartíamos a los nuevos reclutas que llegaban a la escuela de la RAF.

—¿Eran en broma?

—Qué va, eran palizas brutales. Me llevó años admitir que las gozaba de cabo a rabo.

—Así que ésa es tu fantasía secreta. Te compraré una fusta.

—Por favor..., no es mi fantasía secreta. Los recuerdos se descarrilan y van por la vía equivocada. Así y todo, ¿por qué no. dejé que llamaras a la policía?

—Es lo que me gustaría saber. —Señaló el teléfono en la mesa de la cocina, junto al sobre con las fotos de Halder.— Podría llamarla ahora mismo.

Esperó, impávida como la noche. Me enternecía el modo en que seguía fingiendo su papel de conspiradora aficionada, como la hermana que lleva en cochecito al hermano en busca de una entrada secreta al parque.

—Es demasiado tarde —repuse—. Tres horas después del delito... ¿Qué le contaremos a la policía?

—Pues muy fácil, que estábamos tan conmocionados que regresamos a casa y follamos como locos. Han de escuchar todo el tiempo la misma historia.

—Supongo que sí. Pero no nos necesitan; tienen montones de testigos entre los japoneses. —Le cogí la mano y le acaricié la magulladura de la muñeca.— Y no follamos como locos, lo siento.

—Lo intentaremos de nuevo, cambiaremos de táctica... —Se apoyó en mi hombro, pero su rostro se había vuelto sombrío, como si tácitamente se culpara por mi fracaso.— ¿Crees que la banda vino de Edén-Olimpia? Parecían estar en muy buena forma.

—El trabajo pesado lo hacen guardias de seguridad fuera de servicio, y hay varios grupos de milicianos involucrados. Los poderosos de Edén-Olimpia no están contentos con la policía de Cannes y toman la justicia en sus propias manos.

—¿Contra una agencia de publicidad japonesa? ¿Por qué, por hacer un anuncio de pieles?

—Podría ser un ataque racista o algo absurdo sobre los derechos de los animales. Los verdes más fanáticos se pasan de rosca y acaban salvando el virus de la viruela. Por otro lado...

—Paul, ahora no...

Francés me cogió la mano, se la llevó al pecho izquierdo y me hizo tocarle el pezón. A pesar de mi actuación deslucida, intentaba excitarme de nuevo. En la oscuridad, sus labios parecían blancos y reflejaban la luz de los apartamentos vecinos. El pelo humedecido se veía más oscuro de lo que era, y por un momento creí ver a Jane. Había hecho un esfuerzo como amante, poniendo buen cuidado para no hacerme daño en las rodillas, sentada sobre mí como una decidida enfermera de primeros auxilios tratando de revivir a un paciente en coma.

—Francés, ¿David estuvo alguna vez aquí?

—Por supuesto. Tienes puesta su bata. —Con el dorso de la mano acarició una solapa.— Además de un esmoquin, es todo cuanto me dejó.

—Lo siento. —Preocupado por ella, le dije:— Sigo sin entender por qué te incluyó en...

—¿La lista de blancos? ¿Acaso importa? No busques siempre los motivos. No pueden explicarlo todo.

—Aun así —dije, cogiendo el sobre de Halder de la mesa—. Mientras te duchabas volví a echar una ojeada a las fotos. Hay una que deberías ver.

—No, gracias. Es una nueva especie de pornografía. —Se estremeció un instante en el aire fresco de la noche, y miró la foto de Olga Carlotti, la jefa de personal, desplomada sobre su escritorio.— Horrible..., pobre mujer. ¿Fue David quien...?

—¿La mató? Me temo que sí. Pero mira las fotos de los solicitantes en el escritorio. Estaba estudiándolas cuando murió.

—Parecen chicas simpáticas de escuelas de provincias. Ojalá hayan conseguido el empleo de oficina que buscaban.

—Algunos empleos no eran lo que se dice de oficina. Más bien para llenar el sofá de la sala de estar. —Señalé una serie de instantáneas apoyadas en el tintero. En una de las fotos se veía a una rubia corpulenta con minifalda y vuelta hacia la cámara, con los labios abiertos como una parodia de una mujer vampiro. En otra, una adolescente de cabello oscuro estaba desnuda al borde de una piscina y se veía el perfil de sus pequeños senos.

—Guapa, ¿eh? —comentó Francés, mirando la foto en miniatura—. ¿Una subalterna en la oficina?

—Espero que sí, porque es una foto muy extraña para enviar a un jefe de personal.

—Eso depende del tipo de personal que reclutaba Olga. —Francés volvió a coger mi mano y la deslizó por su pezón.—, le parece atractiva?

—¿Olga Carlotti? ¿Con los sesos desparramados?

—La subalterna, digo.

—¿Atractiva? Sí, pero demasiado joven. ¿Catorce, quince...?

—¿A quién le importa la edad? Me recuerda un poco a Jane.

—Vamos... —y aparté la mirada hacia la oscuridad que reinaba entre los edificios. La lógica y la realidad se curvaban en Marina Baie des Anges, retorcidas por una relatividad que no se limitaba a afectar al tiempo y al espacio—. Jane tiene veintiocho.

—Pero tiene cuerpo de adolescente. Yo casi me excito al pensar en ella.

—Simone Delage se excitó primero. Encontró en Jane a la figura que siempre quiso admirar.

—¿Pero hacéis el amor todavía?

—Vivimos en una casa que pertenece a la compañía. No creo que el sexo no esté permitido.

—Por eso me he mudado aquí. ¿Ella te es fiel?

—Por lo que yo sé... Un mes antes de casarnos tuvo una aventura con un cirujano del Guy. Me chocó entonces, pero Jane lo manejó muy bien. Era un asunto pendiente, me dijo, muy común entre las novias...

—No hablemos de Jane. —Francés se puso a acariciarme las cicatrices de la rodilla con un dedo, recorriendo cada incisión.— ¿Estará despierta cuando te lleve a casa?

—Lo dudo. Duerme como un tronco.

—¿El tipo de sueño que deja marcas de pinchazos? —Francés me quitó el vaso de la mano y se levantó.— Volvamos a la cama. Nosotros también tenemos un asunto pendiente...

La seguí a la habitación y curioseé entre sus libros mientras ella iba al cuarto de baño. Había una hilera de manuales sobre derecho privado francés y un ejemplar de *A través del espejo.* Al hojear las páginas gastadas, sonriendo al ver las ilustraciones de Tenniel, comprendí que era el primer libro de la biblioteca de Alicia de Greenwood que alguien había leído.

Más tarde, acostado junto a Francés, admiré su figura en el espejo que había en el techo. Parecía estar volando en un cielo sin luz, como una ninfa del barroco adormecida en una nube pasajera. Mientras ella miraba su propio reflejo, con las manos detrás de la cabeza, le pasé los dedos por el linceo de las axilas, remolinos en la piel tersa. Su cuerpo era todavía un misterio para mí. Las pequeñas cicatrices bajo el mentón, el pezón erecto que parecía vibrar con vida propia, el tórax firme y el vello rubio del pubis me aguzaban los sentidos.

Se dio la vuelta y quedamos frente a frente; los dados estaban echados. Ahuecó una mano alrededor del pene y sopesó los testículos con los dedos como una ganadera que comprueba las virtudes de un toro de raza.

—Aún estás tenso, Paul. Piensa en el asalto. Si te molesta el espejo, puedo apagar la luz.

—Déjala encendida. Así puedo verte dos veces.

—A David le gustaba. ¿Cuál es la verdadera?, solía preguntar. Filosofía del tocador. El espejo fue idea suya.

—¿De David? —Mis dedos se detuvieron al rozar esa húmeda pradera que se abría entre las piernas.— Me sorprende.

—A veces se sorprendía a sí mismo. Eso es lo que quiero que hagas, Paul. Quiero que te escandalices a ti mismo.

—¿Y qué me dices de ti, Francés? ¿Qué es lo que te escandaliza a ti?

—No hay nada en el sexo que escandalice a una mujer. Al menos en la manera como los hombres lo entendéis. Nosotras limpiamos cuando vosotros os vais, como esas mujeres con escobas que van detrás del carruaje de la coronación. —Me besó en la boca, curiosa por ver a qué sabían mis labios, y luego volvió a tocarme el pene, fláccido aún, inclinando la cabeza como un niño aplicado ante un difícil deber.— Ahora nos dedicaremos a ti. Abriremos algunas puertas. El asalto te provocó. ¿Qué más?

—Prueba a excitarme.

—Vale... ¿Me quieres pegar? —Se acostó boca abajo y miró sobre el hombro a su imagen en el espejo, mientras se cacheteaba las nalgas regordetas.— Tengo un buen culo, delicioso para zurrar, como decía David. Coge el cordón de la bata.

—Francés... —dije acariciándole la piel blanca, contento de no ver ninguna marca de verdugones—. Lo último que haré será lastimarte.

—¿No te apetece atarme? Iremos al baño. Puedes atarme con una cuerda al grifo del bidé y follarme por atrás. Hay gente a la que le gusta follar en el baño; tiene algo de bautismo y absolución. ¿Que me dices, Paul?

—No es para mí; no me interesa la religión. Lo siento, Francés, ya se pondrá tiesa.

—No te preocupes. —Tendida a mi lado, mientras la humedad de mis labios relucía en sus pechos, hablaba en voz baja pero firme.— Nos estamos relajando, Paul, no tienes de qué preocuparte. ¿Qué me dices de robar? Seguro que lo hiciste de niño. Y esas palizas en la RAF, no me digas que no te excitaban. Piensa en cuando volaste por primera vez solo y en la estupenda erección en la cabina del piloto. ¿Quieres ver cómo otro tío me folla? No, quizás es demasiado pronto para eso. Esperaremos hasta que me desees más. ¿Te apetecería ver cómo folian a Jane? Es el sueño de todo marido. Ya veo que te estás despertando, Paul... Piensa que a Jane se la está follando Halder o Alain Delage. Follar con otro la convierte en una extraña, ¿no es así?, más lejana y más interesante. Pasan cosas entre ellos de las que tú nunca te enterarás. Ya no son los olores del baño y las sábanas manchadas con tu polla. Es el semen de otro entre vosotros... Sí, te gusta, Paul. ¿Quieres que orine o te cague encima? ¿Qué tal un chorrito caliente?

—Francés, querida... —Le agarré los pechos mientras se ponía en cuclillas sobre mí, y enseguida sentí la orina caliente en mis muslos, más caliente de lo que esperaba por la frialdad de sus manos. Desde el pubis subió fugazmente un aroma dulce y amoniacal.— Francés, ya está bien...

—No, esto no es más que el principio. —Se sopló el pelo húmedo de los ojos.— Deja que tu mente empiece a volar... Estás en la costa prohibida, llena de puertos oscuros. Encontraremos la puerta, la más rica de todas...

Se detuvo y miró frustrada la flaccidez de mi pene. Luego fue al cuarto de baño.

—No te muevas de ahí. Vuelvo enseguida.

—Francés, por favor. Nada de mierda.

—Nada de mierda, no te preocupes.

La puerta del cuarto de baño estaba cerrada; oí que escarbaba en el cesto de la ropa. Me hice a un lado, para evitar la mancha empapada de orina. Al otro lado de la terraza se veían los edificios de apartamentos de Marina Baie des Anges, con sus fachadas curvas en medio de la oscuridad. Había decepcionado a Francés, aunque ella se lo estaba tomando bien. Jane todavía me observaba desde un rincón de mi mente, pero había empezado a desvanecerse. Mi reacción visceral al asalto de la Fundación Cardin parecía justificar mi infidelidad. El mundo contingente, como siempre, reescribía las normas y lo sancionaba todo.

Oí que Francés apagaba la luz del cuarto de baño. Se abrió la puerta, y alargó la mano hacia el interruptor de la pared para bajar la luz de la mesita de noche al mínimo.

—Bueno... —dijo Francés, de pie junto a la cama, meciéndose al ritmo de la música africana que venía de un piso de arriba—. No me digas que te has dormido.

—Nunca he estado más despierto.

Me senté en la cama y me apoyé en el cabecero tapizado. Francés levantó los brazos hacia el espejo del techo, como si quisiera tocar a su otro yo que estaba en las nubes. Tenía un vestido a rayas que dejaba la entrepierna al aire, en una parodia de la amante del capo en un musical de gángsters. La tela barata se le adhería a las caderas y la cintura, y el escote hundido dejaba sus pechos casi al descubierto. Un par de andrajosas medias de malla, con agujeros tan grandes como la palma de mi mano, dejaban a la vista su piel pálida. Se había pintado los labios de dos colores, violeta y malva, y eso les daba un toque lascivo. Era una moda que ya había visto en las adolescentes que pululaban por los bares de La Bocca, como la idea que se haría una niña de colegio religioso de cómo es la tentadora sonrisa de una puta.

—Paul, ¿estás ahí todavía?

Apoyé los pies en el suelo de baldosas y la atraje hacia mí cogiéndola de las caderas. El acrílico del vestido se deslizó por mis manos como goma aceitada. Sentí la malla rasgada de sus medias y busqué las manchas de piel que quedaban al aire.

Acerqué la cara al vestido y aspiré el olor a hormonas de adolescente y perfume barato impregnado en la tela, el hedor embriagador de las púberes que llenaban el orfanato, los olores a polvo y mugre ancestral de los

dormitorios, el crispante estruendo de la ropa interior sucia que las jóvenes lectoras de Alicia arrojaban al suelo.

—Paul... —me interrumpió Francés cuando traté de bajarle la cremallera—. No me quites el vestido. ¿Cómo te sientes? — Dijo palpando mi miembro, otra vez erecto.

—Joven nuevamente...

27 Curvas en la oscuridad

La oscuridad rodeaba los edificios de Marina Baie des Anges, como si el reino de la noche física se confundiera con el tiempo del descanso. Las últimas luces de los balcones se apagaron cuando la gente se retiró a dormir y bajó las persianas. Desde una azotea llegaba el sonido lejano de un piano de jazz, mezclado con las sirenas de un crucero que sorteaba una flotilla de barcas de pesca, con las lámparas titilando en la popa.

Francés se había quedado dormida a mi lado, con el vestido aún puesto. Tenía el maquillaje corrido, y las rayas de rímel y el lápiz de labios sobre el mentón le daban al rostro un aspecto de payaso. Se apartó el pelo de los ojos y se miró en el espejo del techo.

—Paul, te llevo a tu casa.

—Tomaré un taxi. El conserje puede pedirme uno.

—Es mejor que te lleve yo. De todos modos, debo pasar antes por un sitio. —Me acarició el pecho con una mano y me besó una tetilla en muestra de cariño.— ¡Cómo te excitaste! Espero que no haya sido sólo por el vestidito.

Se sentó en la cama, dejó que le bajara la cremallera y se quitó el estrecho vestido por la cabeza. Lo arrojó a una silla, donde se aplastó, desaparecido ya el deseo.

—¡Qué asco! Lo tiraré a la basura.

—No lo hagas. Me gusta.

—¿Por qué? Lo llevaré a la tintorería. ¿No te parece que es un poco exagerado?

Curiosa por saber algo más de mí, me contempló a la mortecina luz de la habitación y me pasó los dedos por las mejillas y el mentón. Me había movido unas cuantas casillas por su tablero mental, a costa 'de un enorme esfuerzo, pero volvía a sentirse segura de sí misma.

—¿De dónde sacaste el vestido? —le pregunté, seguro de que lo había tirado al salir del orfanato—. ¿Y las medias?

—No son de la rué d'Antibes. Los encontré en un cubo de basura cerca de La Bocca.

—¿Me seguías?

—Yo no, pero otra gente sí.
—¿Y por qué?
—Creen que puedes encontrar algo.
—¿Sobre Greenwood?
—Puede ser. O sobre ti. —Suspiró, asombrada de mi ingenuidad, y se encaminó al baño. Al pasar recogió el vestido y posó un momento con él.—Tu amigo Halder te vio echarlo a la basura. No sabía qué hacer con él, así que me lo dio a mí. Y claro que yo sabía lo que era. ¿Cómo me queda?
—Más allá de la medianoche, perfecto.
—Me hace parecer una niña de doce.
—De trece. Hay una gran diferencia.
—Supongo que sí. ¿Has hecho el amor alguna vez con una niña de trece?
—Da la casualidad de que sí.
—¿De veras? Me impresionas. No das el tipo.
—En esa época yo tenía doce, y ella era mi novia. Siempre hacía todo lo que me decía.
—¡Qué chico más sensato! —comentó Francés—. No me extraña que me caigas tan bien.
—Un día me dijo que haríamos el amor, y lo hicimos.
—Así que tenía trece años. ¿Lo has vuelto a hacer con otra chica de esa edad?
—Claro que no.
—¿Por qué «claro»? Deja volar tu imaginación. No eres un pedófilo.
—¿Eso me pone del lado de los buenos?
—En cierto modo, creo que sí.

Tras pasar frente al hipermercado Casino de Villeneuve-Loubet y Fort Garre, tomamos la RN7 en dirección a Antibes. Las tiendas de cerámica estaban a oscuras, con sus urnas de terracota alineadas a ambos lados del camino como piezas de ajedrez. Me recosté en el asiento del acompañante del BMW y dejé que el aire de la noche me diera en la cara, mientras pensaba con afecto en Francés. Hacía el amor del mismo modo resuelto con que ahora conducía el descapotable, con las manos firmes en el volante y la vista clavada en la carretera. Seguía manipulándome por motivos que aún no era capaz de desentrañar, pero nunca en estos últimos meses me había sentido más lúcido.

Dejamos atrás Golfe-Juan y el puerto deportivo, una ciudad blanca durmiendo junto el agua. Cerca de la mansión de Ali Khan, donde el príncipe había notado por primera vez cómo Rita Hayworth empezaba a perder la cabeza, Francés salió de la RN7. Empezamos a remontar la subida que

llevaba a las millonadas alturas de Super Cannes. Las villas de lujo, rodeadas de cuidados jardines, tenían la suntuosidad de palacios. Sobre los portones de hierro forjado, las cámaras de vigilancia acechaban como halcones.

Francés lidió con los cambios durante el ascenso al acantilado. De pronto el motor se detuvo en el cruce con el camino de Vaílauris, bajo las amarillentas luces de sodio.

—Francés, ¿hace falta que vengamos por aquí? Es como subir al Everest, pero sin sus encantos.

Ella volvió a arrancar el motor y estiró la mano hacia una carpeta con folletos inmobiliarios que descansaba en mi regazo.

—Quedé en llevarle esto a Zander, que está en la Villa Grimaldi. Los peces gordos de Edén-Olimpia se reúnen aquí para divertirse.

—Estarán durmiendo. Son las tres y media. En cuatro horas más estarán sentados frente a su escritorio.

—Mañana no. Tienen una especie de cena de camaradería. Échale un vistazo al sitio. No tienes por qué hablar con ellos.

Al fin dejamos el camino que bordeaba el acantilado y nos detuvimos en un patio de grava que parecía una playa al claro de luna. Dos guardias de seguridad con el uniforme de Edén-Olimpia controlaron el pase de Francés y nos hicieron señas de que pasáramos mientras se abría el portón. Protegida por altos cipreses, la Villa Grimaldi se alzaba en lo alto de un parque en declive, un antiguo hotel palaciego de la *belle époque*. Pasamos por el estacionamiento, donde los chóferes dormitaban sobre los volantes de sus coches, y continuamos hacia una entrada lateral.

Había un Range Rover torpemente aparcado sobre un arriate y los neumáticos aplastaban los rosales. Unas figuras aisladas patrullaban el parque, como sombras libres de jugar entre sí cada noche durante algunas horas, y entre los arbustos se oía el murmullo lejano del radioteléfono.

—Dame *cinco minutos.* —Francés apagó el *motor y recogió* los folletos.— Ve al lavabo de hombres; encontrarás una buena crema de afeitar. Jane podría notar que apestas a La Bocca...

Atravesamos una habitación acristalada que hacía las veces de entrada de servicio del viejo hotel. El techo transparente dejaba pasar la luz de la luna, y se veían sillas tapizadas dispuestas en círculo alrededor de una pequeña plataforma con un piano de cola cubierto con una funda. Una sola lámpara de pie alumbraba el vestíbulo central, decorado con estatuas de *condottieri* dispuestas en angostos nichos.

Una empleada que llevaba una bandeja con copas y una botella de Armagnac saludó a Francés y señaló un patio interior, donde continuaba la

fiesta. Quedaban cuatro huéspedes en mangas de camisa alrededor de una mesa repleta de restos de una opípara cena. A su lado había botellas vacías de champán, en un desorden de cubiertos de plata y pinzas de langosta.

Los huéspedes eran altos ejecutivos de Edén-Olimpia. Además de Pascal *Zander*, *reconocí* al gerente de un banco alemán y al presidente de una compañía francesa. El cuarto hombre era el sucesor de Robert Fontaine, un norteamericano simpático llamado George Agassi, con quien había hablado brevemente en el despacho de Jane. Estaban colgados, pero de un modo placentero y casi cohibido, como si fueran miembros de una tontina y acabaran de recibir la noticia de la inesperada muerte de dos o tres miembros. En el aire se percibían bromas viriles y agresivas, que las empleadas observaban de lejos. Zander, el único que estaba borracho, le gritaba a una empleada para que le encendiera el cigarro; tenía la camisa abierta hasta la cintura y las mangas de seda sucias de marisco. Alzó la copa cuando vio entrar a I ranees, que le entregó los folletos. Abrió una carpeta al azar y, mientras le preguntaba cómo le había ido con la propiedad, le pasó la mano izquierda por los muslos.

Dejé que hicieran lo que quisieran y regresé a la entrada. Buscando el lavabo dle hombres, seguí una señal que indicaba un pasillo revestido en roble que conducía a la biblioteca. La alfombra morada por la que quizá habían caminado Lloyd George y Clemenceau ahogaba mis pisadas, y alcancé a oír un suave gemido, como el balido de una oveja, que salía del salón de fumar.

Me detuve ante unas puertas de cristal flanqueadas por columnas de bronce. En un rincón de la sala había un televisor encendido, y otros dos huéspedes lo miraban desde sus sillones de cuero. La única luz de la habitación venía de la pantalla y se reflejaba en los ojos de vidrio de un alce muerto, cuya cabeza embalsamada colgaba de la pared. Entre los dos hombres había una mesa con una pila de vídeos, que examinaban como los productores hacen con las primeras pruebas tras una jornada en el estudio. De espaldas a mí, asentían cada vez que veían algo que les gustaba. Uno de los hombres tenía una manga de la camisa cortada a la altura del codo y una venda en el antebrazo, pero la herida no parecía afectarlo.

Reconocí la escena que miraban; la habían filmado en la terraza de la Fundación Cardin, y yo había sido testigo de ella tan sólo unas horas antes. Esta vez el asalto aparecía en primer plano, a pocos metros del camarógrafo, pero vi las mismas luces que viraban bruscamente, las porras en alto y el pánico de la gente, los mismos técnicos atónitos y las aterradas maquilladoras.

Volví a escuchar el griterío de las japonesas. Las voces se acallaron cuando el hombre de la venda cogió el control remoto y cambió la cinta de Cardin por otra. Se reclinaron en sus asientos a mirar una escena filmada en un aparcamiento subterráneo, donde un viejo árabe de traje gris yacía en el suelo de cemento junto a un coche con el parabrisas roto.

Un cambio de luces en la sala hizo que los hombres se dieran la vuelta, sintiendo quizá mi presencia. Regresé al pasillo. Al otro lado de la sala estaba la biblioteca, con las puertas forradas en cuero ligeramente entornadas.

Entré en la habitación de techos altos, de la que emanaba un olor inmemorial de libros nunca leídos, salpicado por otra fragancia más punzante y exótica que ya había sentido aquella misma noche. A lo largo de las paredes se sucedían unas vitrinas de ébano, llenas de volúmenes encuadernados en cuero que nadie había abierto en un siglo. Los lomos dorados brillaban tenuemente, pero el resplandor provenía del centro de la sala.

Sobre la mesa de billar se apilaban abrigos de piel de lince, marta y zorro gris. Había más de una docena de ellos, algunos de cuerpo entero, otros con mangas abollonadas y exageradas hombreras. En el suelo había dos estolas de visón y un poncho azul marino, cuyo exquisito pelo conservaba huellas de haber sido pisoteado por las botas de los asaltantes.

Me quedé mirando las pieles, cuyo extraño perfume había viajado a través de la noche desde la Fundación Cardin. Aterrorizadas, las modelos japonesas habían derramado los polvos del maquillaje sobre las pieles, que ahora estaban cubiertas de una pátina de talco.

—Paul... —dijo una voz a mis espaldas—. No sabía que estaba aquí. Hombre, tendría que haber venido a cenar con nosotros.

Era Alain Delage, de pie en mangas de camisa junto a la puerta de la biblioteca. Me saludó con cordialidad, sin preocuparse por estar un tanto bebido. Se balanceaba en la luz mortecina de la sala, tratando de no trastabillar, y entonces noté las magulladuras en el pecho y las muñecas, como si se hubiera visto envuelto en una reyerta callejera.

En una mano llevaba un vídeo, y parecía dispuesto a mostrarme la grabación de aquella noche, de la que ambos habíamos sido partícipes. ¿Sabría *acaso* que *yo había visto* el *asalto?* Me miraba con curiosidad, esperando mi aprobación, como si él fuera un modesto jugador de tenis que acabase de derrotar a un profesional.

—Estupendos, ¿no cree? —comentó, indicando la montaña de abrigos—. Son las pieles mejor tratadas del mundo. Deberíamos darle una a Jane.

—Es muy gentil por su parte, Alain, pero la generación de Jane tiene un problema con las pieles. ¿Qué me dice de Simone?

—Pues claro, le encantaría tener una. Imagínese a las dos vestidas de visón. A Jane le gusta hacer lo que le diga Simone...

—¿De dónde vienen las pieles?

—No lo sé —dijo, paseando la mirada por los libros de los estantes, como si esperara encontrar la respuesta a mi pregunta en una página escondida—:. Las tomamos prestadas de una agencia publicitaria! Las estamos usando para una película de Wilder Penrose.

—¿Son accesorios, entonces?

—Exacto —contestó con una sonrisa, contento de mostrarme un diente recién mellado. Parpadeó detrás de sus gafas, con el orgullo de un contable que ha desempeñado un buen papel en una acción que entrañaba peligro. Sentí que quería confiarme algo, y supuse que pronto me convertiría en uno más de su círculo de elegidos.

Francés me esperaba en la habitación acristalada de la entrada, con los folletos bajo el brazo. Para entonces yo había entendido por qué se había desviado para pasar por la Villa Grimaldi, como una etapa más en mi introducción a las realidades de Edén-Olimpia.

—Paul, ¿estás bien? Tienes el aspecto de haber visto algo desagradable.

—En efecto. —Abrí la portezuela del acompañante y me di cuenta de la importancia de aquellos folletos. Divisé el Range Rover aparcado entre los rosales. En su fuga de la Fundación Cardin, el conductor le había dado un golpe en un costado.— Francés, empiezo a entender lo que ocurre.

—Pues dímelo. Yo hace años que trato de entenderlo.

—Todos estos asaltos, el tráfico de drogas para aficionados, esa violencia como diversión... Los que controlan Edén-Olimpia fingen estar locos. Frank Halder tenía razón...

28 Olas de violencia

—Paul, esto ha de quedar entre nosotros. Entre antes de que alguien lo vea.

Wilder Penrose, con sonrisa cómplice, me abrió la puerta de su casa y me hizo pasar al vestíbulo. Fingía ver si alguien me había seguido por la avenida y miraba las hileras de plátanos a la luz de una mañana de domingo.

—Aquí estamos seguros —dijo Penrose, cerrando la puerta y apoyándose en ella—. Parece que nadie más que usted y el sol están levantados a estas horas.

Le di tiempo de saborear su broma y lo seguí hacia la sala de estar.

—Lamento venir de improviso. Podríamos vernos en la clínica, pero sería sospechoso.

—Es un nido de chismosos. —Penrose me indicó un sillón de cromo y cuero negro.— Me alegra verlo aquí a la hora que sea. Lo mismo a Jane. Espero que no se trate de una urgencia médica.

—De alguna manera, sí...

—¿De veras? Es cierto, lo noto un poco nervioso.

Penrose hizo una mueca de preocupación con su bocaza, dejando ver unos dientes grandes y sin cepillar. Estaba descalzo y llevaba una camisa blanca sin cuello, que mostraba sus hombros de matón. Parecía contento de verme, si bien lo había sacado de la cama cuando lo llamé por teléfono a las siete de la mañana. Se inclinó sobre mi sillón, tan cerca que sentí el olor de su cuerpo aún sin duchar.

—Paul, póngase cómodo mientras preparo café. —Luego dio un manotazo en el aire, como si espantara una mosca.— He tenido un sueño que no puedo quitarme de la cabeza...

Cuando se fue me paseé por la sala, totalmente vacía excepto por los dos sillones y la mesa de vidrio, y tan blanca y fría que la imaginé resplandeciente aún después de caer la noche. Ese espacio minimalista, con sus implícitas evasiones, me recordó el estudio de Freud en su casa de Hampstead, que había visitado con Jane poco después de casarnos. La habitación estaba llena de pequeñas figuras y estatuillas de dioses paganos, en un acopio de tabúes fosilizados. A menudo me preguntaba por qué Jane me había llevado a ver la casa del célebre analista, y si sospechaba que mis lesiones en la pierna, que duraban ya varios meses, no eran sólo físicas.

En cambio, la sala de Penrose carecía de baratijas. Era un cubo blanco cuyo objeto más visible era un gran espejo victoriano apoyado sobre una pared. La descolorida superficie plateada parecía un estanque secreto empañado por el tiempo.

—Misterioso, ¿no cree? —Penrose regresó a la sala llevando una bandeja con café.— Lo compré en una casa de antigüedades de Oxford. Hasta es posible que la pequeña Alice Liddell se haya mirado en él.

—Quizás un día decida salir del espejo.

—Ojalá.

Recorrí la repisa de la chimenea con la vista y descubrí un marco de plata con el retrato de un hombre fornido de unos cincuenta años. Tenía un traje de faena color caqui y sonreía a la cámara como un turista, pero al fondo se veía la carcasa carbonizada de un tanque.

—Es mi padre... —Penrose me quitó el retrato de las manos y volvió a ponerlo en su sitio.— Lo mató un proyectil de mortero en 1980, mientras

trabajaba para Médicos sin Fronteras en Beirut. Una de esas muertes sin sentido que hacen que la vida parezca aún más misteriosa. Estudié medicina por un extraño deseo de querer ser como él, y luego me hice psiquiatra para entender por qué.

Junto al retrato de su padre había una foto de un hombre joven con las mismas cejas tupidas y complexión fornida, en un cuadrilátero de boxeo. Tenía guantes, pantaloncillos y una camiseta sin mangas toda sudada, mientras posaba con el escudo de campeón. Sonreía feliz a pesar de los golpes recibidos, y supuse que sería Wilder Penrose de joven, en una foto tomada después de un combate por el título.

—¿Así que era boxeador, Wilder? Parece todo mi profesional.

—Ése es mi padre otra vez, allá por los años cincuenta. —Wilder observó el retrato.— Era un buen aficionado, un peso pesado de manos rápidas. Peleó representando a su universidad y después al ejército, durante el servicio militar. Le encantaba; tanto es así que veinte años después seguía peleando.

—¿Mientras era médico? ¿No es un deporte extraño para un médico? Hay lesiones cerebrales...

—En ese entonces a nadie le importaban las lesiones del cerebro. —Penrose abría y cerraba las manos. Se le veían en el rostro la envidia y la admiración a las que ya se había habituado con el tiempo, pero que no tenía intenciones de admitir.— Boxear era un desahogo para él. Fuera del cuadrilátero era un caballero, un buen esposo y un buen padre, pero cruel entre las cuerdas. Una de esas personas auténticamente violentas que nunca se dan cuenta de ello.

—¿Y usted?

—¿Si soy auténticamente violento? —Sonriendo, Penrose me golpeó suavemente el riñón izquierdo.— ¡Paul, pero qué ideas tiene!

—Quiero decir, ¿también le gusta boxear?

—Hubo un tiempo en que sí, pero...

—El cuadrilátero le despertaba un instinto peligroso.

—Usted lo ha dicho, Paul. Muy perspicaz de su parte. Así y todo, aprendí algo importante, sobre todo con la carrera de boxeador de mi padre. —Penrose se sentó frente a mí y empezó a servir café. Al sonreír abiertamente dejó ver una pequeña herida en el labio.— Pero no hablemos más de mí. Cuénteme su problema. La urgencia médica... Espero que no sea algo venéreo...

—Que yo sepa, no.

—Bien. La gente se inhibe cuando tiene molestias sexuales, por motivos claramente darwinianos. En su caso, compartiendo la cama matrimonial con una médica...

—Wilder, la urgencia no me concierne a mí. Todavía no.
—Es un alivio. ¿A quién le concierne entonces?
—A Edén-Olimpia. Más precisamente, a sus responsables.
—Continúe. —Penrose apoyó su taza y se acomodó en el sillón. Dejó caer suavemente los brazos a los costados, con los nudillos tocando d sudo, para asumir un aspecto completamente inofensivo.— ¿Ha hablado de esto con Jane?
—Está demasiado o< upada con su trabajo. —Y, juntando coraje, continué:— Estoy dispuesto a ir a ver a las autoridades francesas para dar a conocer ciertos asuntos de gravedad. Están involucrados la policía de Cannes y gente del más alto nivel de Edén-Olimpia, y necesito el apoyo de alguien, de una persona con cierta influencia. De lo contrario, no llegaré a ninguna parte.
Penrose se miró las uñas carcomidas.
—¿Se refiere a mí?
—Usted es el jefe de psiquiatría. Puede que sea un problema de salud mental, y es una de las pocas personas importantes que no está involucrada.
—Me alegra. ¿Tiene esto algo que ver con David Greenwood?
—Es posible. Estaba al tanto de lo que ocurría y puede que lo hayan matado porque iba a pasar a la acción. Pero va mucho más allá de Greenwood.
—Entiendo... Ahora bien, ¿qué es lo que querría denunciar exactamente? ¿Algún delito?
—Todo tipo de delitos. —Bajé la voz, consciente de golpe del espejo que tenía a mis espaldas.— Lo que se le ocurra: asaltos a mano armada, homicidios, asesinatos en la calle, tráfico de drogas, ataques racistas, pedofilia... Existe una organización criminal que cuenta con muchos recursos y que actúa con la complicidad de la policía de Cannes.
Penrose levantó las manos para hacer que me callara.
—Epa... Ésos son cargos muy serios. ¿Quiénes están involucrados en estos delitos?
—Altos funcionarios de Edén-Olimpia. Pascal Zander, Alain Delage, Agassi y un gran número de gerentes y presidentes de compañías. Además de casi todos los que mató Greenwood: Charbonneau, Robert Fontaine, Olga Carlotti... Comprendo que es una acusación muy seria.
—Ya lo creo que lo es. —Penrose se hundió aún más en su sillón; los hombros le abultaban en la camisa de algodón.— Dígame, Paul, ¿cómo es que usted es el único que se ha enterado de esta ola de violencia?
—No soy el único. La gente sabe más de lo que dice. La mayoría de los guardias, la secretaria de Greenwood, las viudas de los chóferes muertos... Hable con ellos.

—Así lo haré. Lo de los asaltos armados y los ataques racistas, ¿está seguro de que están ocurriendo?

—Yo mismo los he visto.

—¿Dónde, en una película? Las cámaras de seguridad nunca son de fiar. Alguien intenta abrir su coche con la llave equivocada y usted se convence de estar viendo el Gran Asalto al Tren. ¿Quién le enseñó los vídeos, Halder?

—No he visto ningún vídeo. Los delitos que he visto, los vi con mis propios ojos.

—¿Dónde, en algún teatro de la imaginación?

Decidí pasar por alto su comentario y continué:

—Hace tres noches hubo un asalto armado en la Fundación Cardin. Una banda robó una colección de pieles que usaban para una publicidad japonesa.

—Así es. Leí la noticia en *Nice-Matin*. Terrorismo económico o una guerra entre bandas locales. ¿Usted lo vio?

—Y muy claramente. Comenzó cerca de las ocho y media y no duró más de un minuto. Era una banda altamente profesional.

—Sería la KGB de Letonia. Tienen mucha experiencia con pieles caras. ¿Y usted estaba allí, en la Fundación?

—Estaba en una casa cerca de allí. Francés Baring había ido a visitar una propiedad y desde allí vimos la escena con claridad.

—¿Francés Baring? Una mujer muy atractiva y un viejo amor de Greenwood... —Absorto por un instante, Penrose miró al techo.— Habrá sido espantoso para usted. Pero ¿por qué le parece que la banda tenía que ver con Edén-Olimpia?

—De camino a mi casa, Francés pasó antes a dejarle unos folletos a Zander. ¿Conoce la Villa Grimaldi?

—¿En Super-Cannes? Es propiedad de Edén-Olimpia. La usamos para dar recepciones y conferencias. Tiene unas vistas estupendas. En días claros prácticamente se llega a ver África, lo mejor después de...

—Entré en la biblioteca y me llevé una sorpresa. La mesa de billar estaba cubierta con una pila de un metro de alto con las pieles robadas.

—¿Por qué robadas? —replicó Penrose, masajeándose la cara como si tratara de unir las partes descompuestas—. Había una fiesta... y me habría gustado ir. Las pieles pertenecían a las esposas. Era una noche fresca, ideal para vestirse con un poco más de extravagancia.

—Era una despedida de solteros; no había mujeres. Las pieles tenían etiquetas de un diseñador japonés y estaban cubiertas de talco y maquillaje. Las modelos debían de estar desnudas.

—¿Desnudas? No es precisamente lo que les gustaría oír a las esposas de Edén-Olimpia. Tanto peor. Pero las pieles...

—Wilder, yo las vi.

—Usted cree que las vio. La Villa Grimaldi está muy mal iluminada, y puede que haya visto un cuadro *trompe-l'oeil,* un Meissonier de segunda. —Levantó una mano para imponerme silencio.— Paul, usted pasa mucho tiempo solo, demasiado tiempo quizás. Si no se mantiene ocupado de algún modo, es fácil que le sobrevenga un estado de privación sensorial. Empiezan a liberarse todas las quimeras y la realidad se convierte en una prueba de Rorschach, donde las mariposas se vuelven elefantes.

—No es cierto... —lo interrumpí, y proseguí con obstinación—: Las pieles estaban allí, las toqué con las manos. Vi cómo ocurrió el asalto. Alain Delage estaba mirando con otro invitado el vídeo que filmaron durante el ataque.

Penrose se recostó en el sillón, y su pie izquierdo casi rozó mi rodilla en un gesto de extraña intimidad.

—¿Filmaron su propio delito? ¿No le parece un poco raro?

—Eso me pareció, pero el asalto de Cardin fue una especie de acontecimiento deportivo. El vídeo era el documento de una exitosa partida de caza. De hecho, todos los delitos son de alguna manera... recreativos.

—Eso ya suena mejor —dijo Penrose, riéndose entre dientes—. No sabía que hubiera esparcimiento en Edén-Olimpia. ¿Y qué hay de los crímenes raciales?

—En general, son redadas contra los árabes y los negros. *Ratissages,* como las llama Halder. Los grupos de acción van a La Bocca o a Mandelieu. Les divierte atropellar a los magrebíes. Han muerto varias personas, pero la policía de Cannes lo encubre todo.

—Paul... —empezó a decir Penrose, tratando de calmarme—. Piense un poco en ello. La gente conduce con más agresividad en los barrios de inmigrantes. Tienen miedo de que los paren y les roben. Es cierto que hay accidentes, si bien odiar a los árabes no sirve de mucho. Aun así, ha reunido suficientes pruebas para abrir un expediente. ¿Ya ha hablado con alguien de esto?

—Con nadie, ni siquiera con Jane.

—¿Y con Halder? He oído que se desmayó en el tejado del edificio Siemens.

—Dice que él mató a Greenwood. Y es probable que sea cierto, porque hay agujeros de bala en el parapeto y el desagüe tiene sangre seca. Halder no soporta la idea de haber matado a Greenwood.

—Y por eso se quiere vengar. Es una manera de desplazar la culpa. —Penrose pareció animarse y comenzó a estirar las correas de cuero del sillón.— Todos estos delitos, ¿por qué cree que han ocurrido?

—No lo sé. Me sorprende que aquí la gente tenga tiempo y energía para ello. Trabajan a todas horas, y cuando llegan a su casa deben de estar muertos de cansancio. Pero de alguna manera se motivan y son capaces de organizar un asalto armado o ir a golpear a los árabes.
—¿Sólo para divertirse?
—No, eso es lo extraño. Ninguno de ellos tiene el aspecto de estar divirtiéndose. Hay una sola explicación.
—¿A saber?
—Que pierden la razón por un instante. Hay algo en Edén-Olimpia que los vuelve transitoriamente locos. Usted es el psiquiatra, supongo que estará enterado de lo que ocurre.
—Así es. —dijo enérgicamente Penrose, poniéndose en pie y ajustándose el cinturón de piel de víbora—. De hecho, comprendo perfectamente la situación.
—Pues entonces acompáñeme a ver a las autoridades francesas. Pediremos hablar con el jefe de policía.
—No lo creo.
—¿Por qué no? Habrá más crímenes violentos, ocurrirá un asesinato delante de su propia nariz.
—Es muy probable, pero tengo que pensar en la gente de Edén-Olimpia. La mayoría son mis pacientes.
—¿Por qué encubrirlos entonces?
—Ése no es el problema, Paul.
—¿Cuál es el problema? Vamos, Wilder, ¿por qué no habla claro?
—Lo ha tenido durante meses debajo de sus narices. —Penrose se detuvo del ras de mi sillón y me puso las manos sobre los hombros, como un maestro de escuela con un alumno prometedor pero serio.— Nos tiene a todos muy impresionados con sus descubrimientos.
—¡Wilder! —exclamé, quitándome de encima sus mana-zas—. Si no me queda más remedio, iré solo a ver al jefe de policía.
—No se lo recomiendo —dijo, yendo descalzo hacia la puerta—. Le explicaré todo en un instante. Hay un programa avanzado de terapia que le resultará interesante. Hasta es posible que quiera unirse a nosotros...
—Wilder, hablo en serio.
—Está bien, ahora quiero que no se preocupe por nada. —Estaba de pie junto al espejo de Alicia, sonriendo con auténtica calidez, como si acabara de salir del mundo paradójico de Carroll.— En Edén-Olimpia la gente no está loca. El problema es que están demasiado cuerdos…

29 El programa terapéutico

El paquete, cuidadosamente envuelto en papel de arroz, crujía sobre mis piernas.

—¿Qué es esto? —pregunté, mientras pasaba la mano por el papel con dibujos de crisantemo.

—Es un regalo para Jane. Como muestra de gratitud hacia ustedes. Ábralo, Paul, no lo morderá.

Abrí el envoltorio y apareció una piel lustrosa, parecida al pelo de una criatura de una pintura flamenca.

—Es una estola, Paul. Dicen que del mejor visón. Pensamos que a Jane le gustaría.

De la piel emanaba un vago perfume, el olor a modelos japonesas asustadas en la noche de la Riviera. Dejé el paquete sobre la mesita baja de la sala.

—Gracias, pero es lo último que se pondría Jane. Aun así, me ha contestado a la pregunta.

—Paul...

—El asalto a la Fundación Cardin... La estola era parte del botín. Es un modo astuto de decirme que estaba al tanto del robo. Penrose se sentó frente a mí, con los codos en las rodillas. Levantó las manos como para protegerse de un golpe.

—Paul, está temblando. Espero que no sea de rabia.

—La verdad es que tengo ganas de darle un puñetazo.

—Ya veo. No estaba seguro de cómo reaccionaría. Ha de sentirse...

—¿Utilizado? Un poco. Usted sabía que iban a asaltar la Fundación Cardin.

—Supongo que sí.

—Y estaba al tanto de los otros robos y acciones especiales que me pasé meses investigando. No son lo que se dice una sorpresa para usted...

—Es verdad.

—¿Y el *ratissage* de la rué Valentín y los ataques callejeros en La Bocca? ¿Los negocios con droga del profesor Berthoud y el grupo de adolescentes de Olga Carlotti? ¿Estaba al tanto de todo?

—Paul, es mi trabajo, he de saber todo sobre la gente. ¿De qué otra manera puedo ocuparme de ellos?

—¿Eso incluye a David Greenwood? Por mera curiosidad, ¿por qué perdió los estribos?

—No —Penrose se estiró y me cogió las manos temblorosas, que yo liberé enseguida—, eso sí que no se lo puedo explicar. Esperábamos que nos lo dijera usted.

—¿Usted sabía todo lo que ocurría en Edén-Olimpia y no hizo nada por impedirlo? —Indiqué el espejo antiguo.— Es otro mundo de Alicia, donde las ganancias corporativas son mayores que en cualquier otra parte de Europa y los que se benefician se vuelven locos.

—En cierta manera... —Penrose levantó la voz, poniendo una distancia de profesional entre los dos. Por primera vez comprendí que nunca me había visto de otro modo que como paciente.— Locos no. Si bien uno o dos son un poco raros.

—¿Raros? Para ellos, divertirse es matar a golpes a un chulo árabe.

—Pero no hay nada de perverso en ello. Tiene que entender que esos ataques son misiones impuestas, que se les asignan como parte de un programa terapéutico.

—¿Quién se las asigna?

—El responsable de su caso. Es decir, yo.

—¿Usted planeó el asalto a la Fundación Cardin? ¿Los ataques callejeros y los *ratissages* fueron idea suya?

—Yo no planeo nada. No soy más que el médico encargado. —Penrose casi cerró los ojos ante la visión de sus responsabilidades.— Los pacientes son los que deciden qué forma han de tomar sus proyectos de terapia. Por suerte, suelen mostrar un alto grado de creatividad, signo de que vamos por buen camino. Usted no se da cuenta, Paul, pero la salud de Edén-Olimpia está en continuo peligro.

—¿Y es usted quien receta el tratamiento?

—Así es. Hasta ahora ha dado éxito.

—¿En qué consiste?

—Se lo diré en una palabra: psicopatía.

—¿Usted es psiquiatra y receta la locura como forma de terapia?

—No como usted piensa. —Penrose observó su imagen en el espejo.— Me refiero a una locura bajo control, supervisada. La psicopatía es la mejor cura, y así lo ha sido a lo largo de la historia. A veces se apodera de toda una nación en un acceso terapéutico de vastas proporciones. No se ha inventado aún una droga que sea más potente que eso.

—¿En dosis homeopáticas? ¿Cómo pueden curar lo que ocurre aquí?

—Paul, usted no comprende. En Edén-Olimpia, la locura es la cura y no la causa del malestar. El problema que tenemos no es que haya demasiados locos, sino que hay demasiado pocos.

—Y usted se encarga de aumentar el número, con robos, violaciones y pedofilia.

—Hasta cierto punto. La cura parece drástica, pero el malestar es mucho más abrumador. Es una incapacidad de hacer descansar la mente, de

encontrar tiempo para la reflexión y el entretenimiento. La única solución son pequeñas dosis de locura. Lo único que los puede salvar es su propia psicopatía.

Oía la voz soñadora de Penrose, que se dirigía tanto a mí como a su imagen en el espejo. Y, tratando de no perder el control, le dije:

—Hay un inconveniente, sin embargo. Y es que se trata de un delito. ¿Quién más está al tanto de todo?

—Nadie. No es el tipo de avance científico que pueda publicarse en una revista de psiquiatría. Podría parecer una forma extrema de terapia, pero la verdad es que funciona. El nivel general de la salud, la resistencia a las infecciones; todo ha mejorado notablemente, a costa de unas cuantas lesiones y uno que otro caso de enfermedad venérea.

—Me cuesta creerlo... —dije, mientras Penrose esbozaba una sonrisa benigna, visiblemente contento de explicarme su método en detalle. Se pasó la punta de los dedos por la boca, saboreando las uñas carcomidas, en una mezcla de inseguridad y arrogancia. Pensé en David Greenwood, en el idealista con su orfanato, y comprendí por qué había querido matar a Penrose—. ¿Greenwood lo sabía? le pregunté.

—A grandes rasgos. Solía sentarse en ese mismo sillón y, mientras jugábamos al ajedrez, yo le explicaba la terapia.

—¿Y a él qué le parecía?

—Le parecía bien, espero. Pobre, tenía tantos problemas... —Penrose se inclinó hacia adelante y me rozó la mano, como intentando calmarme.— Paul, ¿la decisión ya está tomada?

—Por supuesto. Iré a ver al cónsul británico en Niza y le pediré consejo. Hay que avisar a las autoridades francesas.

—Entiendo... —Penrose parecía decepcionado conmigo.— Pero antes déjeme explicarle el trasfondo. Si no cambia de parecer, no me interpondré en su camino. ¿Vale?

—Continúe.

—Primero, lamento que haya presenciado el ejercicio en la Fundación Cardin. Francés Baring ha actuado siempre por su cuenta. —Penrose hablaba con suavidad, y los signos opuestos que expresaba su rostro, la boca relajada y los ojos atentos, parecían al fin sincronizados.— Esos asaltos y estallidos de violencia lo llevan a pensar que los altos ejecutivos de Edén-Olimpia están en un profundo estado de deterioro mental.

—Pues sí; qué duda cabe.

—De hecho, se equivoca. Si lo analizamos objetivamente, comparados con los ejecutivos de Manhattan, Zurich o Tokio, los quinientos funcionarios de más alto cargo en Edén-Olimpia gozan de un notable bienestar físico y

mental. Vaya a la clínica: está prácticamente vacía. Casi nadie se enferma, a pesar de que pasan cientos de horas al año en aviones mal ventilados, expuestos a quién sabe cuántas infecciones. Es un gran tributo a los artífices de Edén-Olimpia.

—Ya he leído los folletos.

—Lo que ha leído es verdad. Sin embargo, no siempre fue así. Cuando llegué hace cuatro años, Edén-Olimpia estaba al borde de la crisis. Por arriba, todo parecía en orden. Las enormes compañías se acababan de trasladar con éxito, y todo el mundo estaba entusiasmado con las viviendas y las instalaciones recreativas. Pero hilando más fino era donde aparecían los problemas. Casi todos los ejecutivos tenían constantes dificultades respiratorias, sufrían de cistitis y tenían la boca llena de aftas. Si un ejecutivo que gozaba de buena salud iba y venía de Nueva York, pasaba luego una semana en cama con fiebre. Les hicimos exámenes inmunológicos y nos sorprendió ver lo bajas que tenían las defensas. Aun así, todo el mundo coincidía en sentirse a gusto en Edén-Olimpia.

—¿Eran sinceros?

—Totalmente. No se hacían los enfermos. Pero gerentes y ejecutivos sufrían frecuentes dolencias víricas. Lo que es peor, todos se quejaban de una pérdida de energía mental. Les costaba más tomar decisiones y se dejaban distraer por ansiedades que no eran capaces de identificar. Todo el sitio parecía invadido por una fatiga crónica. Revisamos los sistemas de ventilación y las reservas de agua, medimos las emisiones subterráneas de radón, pero no hallamos nada.

—El malestar no era físico, estaba en sus cabezas.

—Sí... aunque, para ser exactos, lo físico y lo mental se habían mezclado.

Penrose se reclinó en el sillón. Me daba cuenta de que estaba contento de poder ser franco conmigo, y confiaba en convertirme a su causa. Por primera vez, sus ojos se iluminaron de idealismo, de un compromiso con sus pacientes que iba mucho más allá de su responsabilidad profesional. Viendo su sonrisa satisfecha, comprendí que no ganaría nada con desafiarlo. Cuanto más lo dejara hablar, tanto más revelaría su culpa.

Miró hacia el sol con una sonrisa en los labios, y siguió hablando en un tono de cierto arrepentimiento.

—Cuando llegué aquí, Paul, creí que Edén-Olimpia era la antesala del paraíso. Una bella ciudad jardín, lo que los urbanistas habían soñado hacer durante siglos. Habían eliminado de un plumazo todas las pesadillas de la ciudad.

—Como los crímenes callejeros, los atascos de tráfico...

—Ésas eran irritaciones menores. De los verdaderos problemas no se habla en los folletos, y eso es lo preocupante. Nos guste 0 no, el futuro será como Edén-Olimpia. Ya hay cientos de complejos industriales y científicos por todo el mundo. La mayor parte de nosotros, o la mayoría de los profesionales, al menos, pasará toda la vida laboral en ellos. Pero todos tienen el mismo defecto.

—¿Demasiado ocio?

—No, demasiado trabajo. —Penrose flexionó los brazos y volvió a dejarlos caer, 11 trabajo domina la vida en Edén-Olimpia y deja alucia lodo lo demás. II gran engaño del siglo veinte ha sido el sueño de una sociedad del ocio. Ahora el trabajo es la nueva forma de ocio. La gente ambiciosa y con talento trabaja más duro y por más tiempo de lo que ha trabajado nunca. El trabajo se convierte en la razón de su vida. Los hombres y mujeres que manejan estas grandes compañías tienen que concentrarse todo el tiempo en la tarea que les espera, a toda hora del día. Lo que menos les interesa es la diversión.

—¿Es que la mente activa no necesita reposo? Me cuesta aceptarlo.

—No tiene por qué. El trabajo creativo genera su propia diversión. Si usted está preparando la patente de un nuevo gen o diseñando una catedral en San Pablo, ¿para qué perder el tiempo pegándole a una pelota de goma para hacer que pase sobre una red?

—Los hijos podrán hacerlo por ellos.

—Siempre y cuando tengan hijos. Lamentablemente, la ciudad corporativa de hoy es muy talentosa, adulta pero sin prole. Fíjese en Edén-Olimpia: no hay actividades de recreación, ni vida comunitaria, ni reuniones sociales. ¿A cuántas fiestas lo invitaron en los últimos cuatro meses?

—No me acuerdo, a muy pocas.

—Prácticamente a ninguna, si hace memoria. En Edén-Olimpia, la gente no tiene tiempo para emborracharse con los amigos, para serle infiel a la novia o pelearse con ella; no hay tiempo para adulterios o para codiciar la mujer del vecino. Ni siquiera hay tiempo para la amistad. Nadie tiene energía para gastarla en iras, celos, prejuicios raciales ni en las posteriores reflexiones. Tampoco existen las tensiones sociales que nos obligan a reconocer las fuerzas y debilidades de los otros, nuestras obligaciones hacia ellos o nuestros sentimientos de dependencia. En Edén-Olimpia no hay intercambios de ninguna clase, ni transacciones emocionales que nos den la pauta de quiénes somos.

—Pero usted se siente a gusto aquí —dije en tono de broma—. Después de todo, éste es el nuevo paraíso. ¿Qué importa el resto?

—Pues ojalá que sí importe. —Penrose encajó mi provocación y me mostró los dientes con una sonrisa.— Hay que conservar el orden social, sobre todo cuando las élites están de por medio. El gran defecto de Edén-Olimpia es que no hay ninguna necesidad de una moral individual. Miles de personas viven y trabajan aquí sin tomar una sola decisión sobre lo que está bien o mal. El orden moral está incorporado a sus vidas como el límite de velocidad o los sistemas de seguridad.

—Habla como Pascal Zander. Suena a lamento de jefe de policía.

—Paul —dijo Penrose, alzando las manos y a punto de perder la paciencia conmigo—, acepto que cierto sentido ético pueda ser una ruta de escape conveniente. En el peor de los casos, confesamos la culpa que sentimos y eso lo justifica todo. Cuanto más civilizados somos, menos elección moral nos queda.

—Así es. El piloto de avión no tiene que consultar con su conciencia para decidir a qué velocidad aterrizar. Lo que hace es seguir las instrucciones del fabricante.

—Pero hay una parte de la mente que se atrofia. Una capacidad de evaluación moral que llevó miles de años desarrollar empieza a debilitarse por falta de cuidado. Una vez que se prescinde de la moral, las decisiones importantes se convierten en una cuestión estética. Y entonces se entra en un mundo de adolescentes donde lo único que cuenta son las zapatillas que uno se pone. Las sociedades que prescinden de la conciencia son más vulnerables de lo que creen. No tienen defensas contra la psicosis que las penetra y carcome por dentro como un virus, y la lenta maquinaria moral se vuelve contra ellas.

—¿Se refiere a David Greenwood?

—Es un buen ejemplo de ello. —Penrose se levantó y se pasó los dedos por una mancha de café que tenía en la camisa blanca, molesto por el pequeño incidente.— La gente de seguridad nunca lo admitirá, pero el 28 de mayo tardaron por lo menos una hora en reaccionar con coherencia, aun después de haber oído los disparos. No podían creer que un loco con un rifle entrara en los despachos y matara a la gente. Su percepción moral del mal estaba tan deteriorada que les impidió advertir el peligro a tiempo. Lugares como Edén-Olimpia son terreno fértil para cualquier mesías resentido. Los Adolf Hitler y Pol Pot del futuro ya no vendrán del desierto, sino de centros comerciales y complejos industriales corporativos.

—¿No son acaso lo mismo? ¿No es Edén-Olimpia una especie de Sinaí con aire acondicionado?

—Así es —dijo Penrose, dando signos de aprobación como si yo fuera el alumno atento en la primera fila de su clase—. Veo que nos entendemos,

Paul. Quiero que la gente se reúna, no que se aísle en sus enclaves. No hay comunidad más aislada que un ser humano con la mente cerrada. Estamos creando una nueva raza de desarraigados, de exiliados internos sin vínculos humanos pero con inmenso poder. Es esta nueva clase la que controla el planeta. Para tener éxito en Edén-Olimpia hay que poseer dominio de sí mismo e inteligencia, virtudes que no se encuentran con frecuencia. Es gente que no admite debilidades ni se permite fallar. Cuando llegan aquí, están más saludables que nunca, no toman drogas y el vaso de vino que se sirven para la cena no es más que un rito social, como la pila bautismal o la platería de familia.

—Pero después aparecen los problemas.

—Al principio, no son evidentes. Pero al cabo del primer año empiezan a sentirse con menos energía. No les basta siquiera una jornada de doce horas y seis días a la semana para cumplir con su trabajo. En la clínica lo hemos visto montones de veces. La gente se queja por el reciclaje del aire y los gérmenes que se almacenan en los filtros de los ventiladores. De más está decir que el aire en Edén-Olimpia no se recicla.

—¿Y los filtros? Algo ayudarán a limpiar.

—Excrementos de pájaros y desechos de baños de los aviones que vuelan hacia Niza. Luego empiezan a preocuparse por la seguridad en el interior de los edificios. Es un síntoma clave del estrés, esa obsesión con el intruso invisible que se oculta en la fortaleza, el otro yo, ese hermano silencioso clonado a partir del inconsciente. Las redes nerviosas empiezan a fallar. Las reuniones de comité se posponen para el domingo, regresan de sus vacaciones a las veinticuatro horas de haberse ido. Hasta que al final ingresan en la clínica con insomnio, infecciones, dolencias respiratorias, migrañas inexplicables y urticaria.

—Sencillamente exhaustos.

—Eso creímos al ver los primeros casos, presidentes de multinacionales y sus gerentes. Era gente que no podía estar exhausta. —Penrose hablaba con cierta decepción, mientras miraba las paredes blancas como si buscara una mancha.— Pero habían perdido la creatividad, y lo sabían. Les aconsejamos que hicieran esquí o vela, que reservaran una suite en el Martínez y pasaran el fin de semana con una caja de champán y una mujer hermosa.

—La receta perfecta —comenté—. ¿Y funcionó?

—No, no hubo ninguna reacción. Pero los chequeos médicos mostraron un hecho curioso. Había un nivel muy bajo de dolencias venéreas, algo asombroso teniendo en cuenta que esos hombres y mujeres de gran atractivo estaban en la cúspide de su carrera y viajaban continuamente alrededor del mundo.

—¿No hacían mucho el amor?

—Peor aún, no lo hacían en absoluto. Montamos un falso club de corazones solitarios, insinuando que había un sinnúmero de secretarias deseosas de tener una aventura. No se inscribió nadie. El canal para adultos, con horas de sexo explícito, tampoco funcionó. La gente miraba, pero con nostalgia, como si estuvieran viendo un documental sobre una danza folklórica o sobre algún arte propio de una generación anterior. Estábamos desesperados. Organizamos fiestas corporativas con un coro de hermosas bailarinas, pero no paraban de mirar los relojes y vigilar las carteras que habían dejado en recepción.

—¿Habían olvidado que vivían en el paraíso?

—Éste era un edén pero sin la serpiente. No pudiendo imponer las relaciones sexuales como un requisito corporativo., poco era lo que podíamos hacer. Mientras tanto, los niveles de inmunidad en cientos de directorios seguían cayendo. Ante tanto insomnio y tanta depresión, no me quedó otro remedio que recurrir a la psicología de la vieja escuela.

—¿Al diván de cuero y las persianas bajas?

—Más al sillón y a la habitación soleada. La psiquiatría ha hecho avances.

Penrose me miraba, presintiendo que esperaba el momento de verlo cometer un desliz. Porque, a pesar de su jovialidad, sus modales eran despiadadamente agresivos. Cuando flexionó las piernas y dejó a la vista sus enormes muslos, se me ocurrió que la psiquiatría había sido el último refugio del matón.

—Claro, Wilder —me disculpé—. Estoy atrasado. Jane me enseñó la casa de Freud en Hampstead: oscura y muy rara, con

rodas esas estatuillas y máscaras antiguas.

—La antecámara de la tumba del faraón. El sabio se preparaba para la muerte y se rodeó de un séquito de dioses menores que le rendían tributo. —Disculpándome con la mano en alto, Penrose prosiguió:— El psicoanálisis clásico empieza con los sueños, y ése fue mi primer paso. Me di cuenta de que estos profesionales de alto nivel tenían sueños de lo más extraños, fantasías repletas de unos secretos anhelos de violencia, historias de miedo y de revancha, como los prisioneros de los campos de concentración que soñaban con morirse de hambre. Entre las rejas de la jaula corporativa se oían los gritos de desesperación, los de la sed de hombres y mujeres exiliados de su yo profundo.

—¿Querían más violencia en su vida?

—Más violencia y crueldad, más furia y teatro. —Penrose apretó los puños y, para enfatizar lo que decía, golpeó la mesa e hizo temblar las tazas de café.— Pero ¿cómo dejarlos contentos? Hoy en día rechazamos a los

psicópatas, el lado oscuro del sol y esas sombras que queman la tierra. El sadismo, la crueldad y el sueño del dolor físico pertenecen a nuestros antecesores primates. Cuando aparecen en un adolescente con problemas y que goza estrangulando gatos, lo encerramos para siempre. Los ejecutivos debilitados por la depresión y la psoriasis eran sensatos y civilizados. Abandonados en una isla desierta después de un accidente de avión, habrían sido los primeros en perecer. Para que sus vidas tuvieran algún elemento perverso, había que inyectárselo desde fuera, como una vitamina o un antibiótico.

—O una pequeña dosis de locura.

—Digamos mejor, una medida cuidadosamente calculada de psicopatía. Nada que fuera ni demasiado criminal ni demasiado desquiciado, sino más bien semejante a un curso de entrenamiento en aventuras o a un partido de rugby.

—Para que se golpeen las espinillas y les queden los ojos morados...

—Pero sin que haya fracturas —agregó Penrose con aire de aprobación—. Ojalá hubiera estado conmigo, Paul. Es evidente que usted tiene un don especial para este tipo de cosas. Pero tenía que probar si mi teoría era cierta. No sabía cómo decirle a un ejecutivo deprimido que venía a mi consultorio que la mejor manera de curar su insomnio era destruyendo unos cuantos Mercedes en el aparcamiento del Palais des Festivals. Hasta que un gerente de Hoechst me enseñó el camino. Había estado deprimido durante meses y sufría de dermatitis, incluso había llegado a pensar en pedir el traslado a la oficina central de Dusseldorf.

—Déjeme adivinar. ¿Qué fue lo que le salvó la vida?

—En Cannes vio cómo un joven árabe le robaba a una turista y corrió en su ayuda. Mientras ella llamaba a la policía, él le dio una buena paliza al tío. Le dio tantas patadas que se rompió dos huesos del pie derecho. Una semana después vino a que le quitaran el yeso y le pregunté cómo estaba de la dermatitis. Había desaparecido, y otra vez se sentía optimista y confiado. No quedaba ni rastro de la depresión.

—¿*Y* él sabía por qué?

—Totalmente. Cada vez que se sentía deprimido se llevaba a uno de los guardias de seguridad a La Bocca y provocaba una pelea con algún inmigrante. Funcionaba a las mil maravillas. Se lo sugirió a un par de colegas suyos y surtió el mismo efecto. Entonces le pregunté si podía observar el proceso como profesional, y pronto tuvimos un grupo de terapia activa con una decena de altos ejecutivos. Los fines de semana provocaban alguna pelea en los bares de magrebíes, hacían añicos el viejo coche de algún árabe o le daban una paliza a un chulo ruso. Las mejorías en la salud eran notables. El

lunes estaban con las manos vendadas o las espinillas enyesadas, pero volvían a sentir confianza en sí mismos.

—Para los árabes no era muy divertido que digamos.

—Es cierto, pero a largo plazo toda la comunidad de inmigrantes se beneficia. Edén-Olimpia ofrece igualdad de oportunidades a todos sus empleados, sin ningún prejuicio de raza. Tenemos un increíble número de jardineros y barrenderos del norte de África. La población de inmigrantes, como ve, también sale ganando si sus empleadores gozan de buena salud mental.

—Es un equilibrio difícil de mantener. Supongo que entonces el sistema terapéutico comenzó a expandirse.

—Me sorprendió la rapidez con que lo hizo. Hubo acciones en que los grupos tomaban la justicia en sus manos, incidentes de furia deliberada en los caminos, robos en los mercados de inmigrantes, embrollos con los mafiosos rusos. Otros grupos de terapia incursionaron en el tráfico de drogas y la prostitución, los robos de casas y almacenes. Pagamos a un grupo selecto de

guardias de seguridad para que hiciera de soldados de a pie, y los beneficios que les dimos los dedujimos del presupuesto para las artes y las actividades recreativas. Los efectos fueron asombrosos. Los niveles de inmunidad subieron enormemente y en tres meses no hubo más rastros de insomnio ni depresión, ni un asomo de infecciones respiratorias. Las ganancias corporativas y las acciones de las empresas volvieron a aumentar. El tratamiento había sido un éxito.

—¿No hubo efectos secundarios?

—Algunos —dijo Penrose, que no dejaba de mirarme para ver cómo reaccionaba, visiblemente contento de que no hubiera montado en cólera. Hablaba con naturalidad, como un arquitecto que expusiera los pros y contras de un nuevo sistema de alcantarillado—. Hay un elemento de riesgo en todo esto, pero es aceptable. Edén-Olimpia tiene mucha influencia con las autoridades locales porque las tareas que desempeñamos nosotros son en muchos sentidos las que haría la policía de todos modos, y así les dejamos las manos libres para ocuparse de otras cosas. En lo que respecta al sexo, puede ser problemático. Ha habido prostitutas a las que debimos hacerles cirugía correctiva. A su amigo Alain Delage se le va un poco la mano, y es que hay un deseo oculto muy fuerte de violencia punitiva entre los altos ejecutivos.

—¿Y el sexo tiende a liberarlo?

—Eso es lo que se supone, por motivos puramente biológicos. El sexo es una vía rapidísima a la psicopatía, el atajo más corto a la perversión. Esto no es un parque infantil, sino un campo de trabajo ideado para expandir las posibilidades psicopáticas en la imaginación de los ejecutivos. Pero hay que

controlarlo de cerca. El sadomasoquismo y el juego erótico con excrementos, el piercing y la prostitución de las esposas, son cosas que pueden degenerar fácilmente en algo de lo más desagradable. Es sorprendente la cantidad de prostitutas que se oponen a la violación, por estilizada que ésta sea.

—¡Qué poca imaginación!

—Quién sabe. —Penrose se encogió de hombros.— Alguna vez tuve que intervenir y corregir el curso de la terapia. En general, sin embargo, ha funcionado bien. Casi todos los altos ejecutivos de Edén-Olimpia participan ahora en el programa, aunque sólo sea marginalmente.

—¿Y David Greenwood estaba enterado de esto?

—En gran medida. Ambos lo discutíamos con el profesor Kalman. Los jefes de departamento de la clínica están al tanto. Comprenden los beneficios y David, en general, era partidario de la terapia. El centro de desintoxicación de Mandelieu estaba plagado de pequeños delincuentes que trataban de inmiscuirse en el suministro de metadona. Fue una gran ayuda para él cuando acudieron los grupos terapéuticos de Edén-Olimpia y los ahuyentaron. Los asaltos más agresivos en la calle le molestaban, pero sabía que la violencia contra las prostitutas locales era un tipo especial de rehabilitación, una terapia de choque que las devolvería a sus puestos de trabajo en las fábricas.

Penrose dejó de mirarme y levantó una mano hacia los rayos de luz que entraban por la ventana. Echó una ojeada al espejo que tenía detrás, como si esperara la reacción de un auditorio. La explicación de su experimento había sido casi como un juego; trataba de provocarme con sus crueles comentarios. Pero se sentía evidentemente orgulloso de su éxito por lo demás dudoso y de su lógica delirante, un avance en el tratamiento terapéutico que jamás obtendría la medalla de oro de las principales sociedades de medicina.

—Los asesinatos del 28 de mayo —dije—, ¿eran parte de la terapia de David?

—Paul, ése es el gran misterio de Edén-Olimpia. A su modo, con lo trastornado que estaba, David fue una suerte de profeta que nos mostró el futuro. Es posible que la violencia sin sentido sea la verdadera poesía del nuevo milenio. Quizá sólo la locura gratuita sea capaz de definir quiénes somos.

—¿Aun violando la ley? Los altos ejecutivos cometen crímenes que los llevarían a la cárcel por el resto de sus días.

—Si lo tomamos al pie de la letra, es cierto, pero recuerde que estos crímenes los han ayudado a descubrirse a ellos mismos. Han reavivado una sensibilidad moral que estaba atrofiada. Algunos de mis pacientes llegan incluso a sentirse culpables, toda una revelación para ellos...

Oí una sirena de alarma en la avenida, y de pronto me imaginé que los gendarmes llegaban para arrestarnos.

—¿Culpables? ¿No es eso un error de diseño? Basta con que un ejecutivo de Eden-Olimpia vaya a las autoridades, y su programa terapéutico se habrá acabado. Haber curado unos cuantos casos de insomnio no servirá de nada.

—No son sólo unos casos, pero acepto su crítica. —Penrose pareció reflexionar sobre mi objeción.— Hasta ahora la gente ha sido lo suficientemente lúcida para entenderlo. Comprenden el valor de...

—¿Matar a golpes a un árabe sin trabajo, a un obrero con mujer y cuatro hijos que vive en una barraca de latón en algún *bidonville?*

—Paul... —Apenado por mis cuestionamientos, Penrose estiró una mano como para calmarme, como un cura ante una congregación inquieta.— Tómelo con calma y vuelva a planteárselo. El siglo veinte fue una empresa heroica, pero nos dejó a oscuras y en un callejón sin salida. En Edén-Olimpia hay un resquicio de luz, un tenue y feroz resplandor...

—¿Nuestra propia psicopatía?

—Nos guste o no. El siglo veinte acabó con sus sueños destruidos. La noción de comunidad como una asociación voluntaria de ciudadanos ilustrados ha desaparecido para siempre. Ahora nos damos cuenta de lo sofocante que se ha hecho nuestra existencia, dedicada a la moderación y a la vía del medio. La su-burbanización del alma ha invadido el planeta como una peste.

—¿La razón y la cordura no son acaso dignas de nosotros?

—No. Son una gran ilusión basada en espejos que no reflejan la verdad. Hoy en día apenas si conocemos a nuestros vecinos, evitamos casi todas las formas de compromiso social y no tenemos problema en dejar el futuro de nuestra sociedad en manos de una casta de tecnócratas. Toda la camaradería que la gente necesita la encuentra en las salas de espera de los aeropuertos y en el ascensor de las grandes tiendas. Se llenan la boca con peroratas sobre los valores de la comunidad, pero en última instancia prefieren estar solos.

—¿No es curioso, tratándose de un animal social?

—En cierto sentido, pero el *Homo sapiens* no es más que un antiguo asesino, un cazador de apetitos depravados que alguna vez lo ayudaron a sobrevivir. Fue rehabilitado en parte en una cárcel a cielo abierto que se conoce con el nombre de primera sociedad agrícola, y hoy se encuentra en libertad bajo palabra en los decentes suburbios del nuevo estado. Se han apagado los impulsos anómalos que estaban codificados en el sistema nervioso central, y ya no puede hacerse daño a sí mismo ni a los demás. Pero la naturaleza lo ha dotado sabiamente de un gusto por la crueldad y de una curiosidad sin límites por el dolor y la muerte. Sin ello, estaría atrapado en la

infinita mediocridad de una tarde en los centros comerciales. Es nuestro deber reavivarlo, devolverle la mirada asesina y los sueños de muerte. Juntos, le permitieron dominar el planeta.

—Así que la psicopatía es divertida, incluso liberadora.

—Es un lema ingenioso, Paul, pero tiene un profundo elemento de verdad. —Penrose me clavó la mirada, visiblemente satisfecho de mis avances.— Somos criaturas de hábitos: la monotonía y la convención lo regulan todo. En una sociedad donde prima la cordura, la única libertad es la locura. La psicopatía latente es nuestra última reserva natural, un lugar de refugio para la mente en peligro de extinción. Claro está, me refiero a una violencia medida, a microdosis de locura como las pizcas de estricnina de un tónico nervioso. De hecho, no se trata más que de una psicopatía voluntaria y electiva, tal como se ve en un cuadrilátero de boxeo o en una pista de hockey sobre hielo. Usted ha estado en las fuerzas armadas, Paul, y sabe cómo se trata brutalmente a los reclutas. La bota y los castigos del suboficial de instrucción devuelven a los jóvenes el gusto por el dolor, adormecido por generaciones enteras de comportamiento social.

—¿El perrito faldero se convierte otra vez en lobo?

—Pero sólo cuando lo desea. Piense en cuando era pequeño. Como todo el mundo, usted también habrá robado en los supermercados. Era emocionante, y seguramente amplió el sentido moral que tenía de sí. Pero era un chico sensato y se limitó a hacerlo una o dos veces por semana. Lo mismo ocurre con la sociedad en su conjunto. Entiéndame bien; yo no abogo por una refriega descontrolada, sino por una psicopatía voluntaria y razonable como único medio de imponer un orden moral compartido.

—*¿Y* si no hacemos nada?

—Nos asaltará el peligro y nos pondrá un cuchillo en la garganta. Mire el siglo que viene: es un desierto tapizado, pero de iodos modos un yermo. Hay una ausencia de fe, a no ser por la vaga creencia en una deidad desconocida, como si se tratara del patrocinador de una televisión pública. Las formas perversas de la política aparecen cada vez que se produce un vacío. El fascismo, por ejemplo, fue una suerte de psicopatología que satisfacía profundas necesidades inconscientes. Años de condicionamientos burgueses habían creado una Europa asfixiada por el trabajo, el comercio y la conformidad. El pueblo quería rebelarse, inventarse odios que lo liberaran, y encontró a un inadaptado austríaco que no veía la hora de canalizar sus deseos. En Edén-Olimpia nos proponemos sentar las bases de una comunidad infinitamente más inteligente. La psicopatía bajo control es un modo de socializar a la gente y de organizados en grupos de apoyo mutuo.

—Como a divisiones de las SS... En la Fundación Cardin hubo verdadera violencia. Pudieron haber matado a mucha gente.

—Fue más una coreografía de lo que usted cree. La violencia es un espectáculo emocionante, pero el principal coto de caza de la psicopatía es el sexo. Un acto de perversión sexual permite liberar el yo visionario incluso en las almas más grises. La sociedad de consumo ansia lo anómalo y lo inesperado. ¿Qué otra cosa podría impulsar si no los extraños cambios que se producen en el mundo del entretenimiento con tal de obligarnos constantemente a comprar? La psicopatía es el único motor lo bastante potente para encender nuestra imaginación, e impulsar las artes, la ciencia y la industria mundiales. El capricho fugaz por esa niña de la rué Valentín podría estimularlo a realizar algún descubrimiento fantástico en la aviación...

Penrose se puso de pie, miró la estola de piel sobre la mesita y comenzó a pasearse por el salón, casi despidiéndome con una fioritura. Atraído por la luz del sol, abrió una ventana y se llenó los pulmones. Se había guardado a la pequeña Natasha para el final, previniéndome contra un juicio apresurado. Tras mirarse en el espejo, se volvió hacia mí. Los signos opuestos que había en su rostro, su sonrisa a flor de labios y su mirada dura, me daban la sensación de que diversas personalidades pugnaban por tener la hegemonía en su enorme cabeza.

—Paul, ahora dígame: ¿irá a la policía?

—Es probable, pero primero tengo que pensarlo.

—He sido completamente franco con usted, no le he ocultado nada.

—La policía de Cannes no entenderá una palabra de todo esto. Pero, si lo entendieran, seguramente estarían de acuerdo con usted.

Penrose dejó escapar una risita.

—Aun así... por lo del asalto a la Fundación Cardin, ¿nos denunciará?

—Dejaré pasar unos días. Ya se lo haré saber.

—Bien, necesito estar al tanto. Es que son cuestiones muy importantes.

—Y que involucran a muchos notables. No se preocupe. Será fácil organizar un *ratissage* para un inglés que se ha quedado más tiempo de lo debido. Siempre se puede recurrir a un Jaguar con los frenos gastados, el camino del acantilado, una botella de coñac vacía entre los restos... Al menos así se le pasaría el dolor de cabeza a algún ejecutivo.

—Paul —dijo Penrose, que parecía defraudado—, éste no es un régimen de mafiosos.

—De mafiosos y psicópatas. ¿No es acaso lo que se propone? Lo que sigo sin entender es qué hacía David Greenwood en todo esto.

Aguardé a que Penrose se decidiera a responder, pero seguía de pie y de espaldas al sol. Se golpeaba nerviosamente la nariz con los nudillos, y era

evidente que esperaba mi aprobación. Necesitaba que lo entendiera, que comprendiera la arriesgada maniobra que había hecho por el bien de Edén-Olimpia. De alguna manera había fracasado con David Greenwood, y ahora hacía todo lo posible por no fracasar conmigo.

Cuando vio que me ponía de pie, recobró la compostura, se dirigió hacia mí con una sonrisa afable y me puso las manos sobre los hombros. Luego me hizo girar y me condujo frente al espejo de Alicia, como si fuéramos a meternos en las profundidades del cristal. En el último momento viró bruscamente y me acompañó a la puerta, riendo por lo bajo.

—Paul, siéntese junto a la piscina y piénselo con calma. —Antes de despedirme, me susurró con vehemencia:— Piense, Paul. Piense como un psicópata...

30 Nietzsche en la playa

Después de mi visita a Penrose necesitaba un buen desayuno y el café más fuerte que pudiera preparar. Una capa de polvo cubría la piscina, un velo nocturno apenas alterado por los espasmos de una mosca a punto de ahogarse, que se debatía en la tensa superficie que había atrapado sus alas en un espejo más duro que el vidrio. Me identifiqué con la criatura, pues su aprieto era similar al mío, y recorrí con la vista el terreno en busca de las pisadas aún húmedas de Jane cuando volvía a la casa a meterse en la bañera, con la cabeza enjabonada y los auriculares puestos para escuchar a Debussy.

Pero las baldosas de la terraza estaban secas bajo el sol de noviembre. Entré en la casa y, encandilado por la luz exterior, tropecé con dos maletas de cuero que había en el vestíbulo. Las levanté, y deduje por el peso que debían de contener mi ropa.

En las habitaciones de arriba se oían cajones que se cerraban de golpe, al tiempo que Jane revisaba los armarios. Los tempestuosos acordes de *Carmina Burana* llegaban del dormitorio, presagio de un inminente conflicto marital. Supe en el acto que Jane me echaba de casa, y pensé con pena que ya no regresaríamos juntos a París por la RN7. Así acababa nuestro matrimonio, como había sucedido con muchos de mis amigos, en una confusión de infidelidades sin importancia y preguntas que quedaban sin responder.

Había llegado a la villa hacia medianoche, después de pasar la noche en Antibes con Francés Baring. Jane me había llamado desde la clínica para decirme que regresaría tarde, y me había sugerido que fuera al cine en Cannes. Pero al entrar de puntillas y cruzar el salón apenas iluminado por la

luna, vi que había conseguido un acompañante para entretenerla por la noche. En la alfombra había huellas de pisadas que no eran mías ni de Jane.

Con el aroma de Francés aún en mis manos, fui a la habitación de los niños y me acosté a dormir rodeado de la simpática colección de animales de Tenniel. Me desperté a las siete y llamé a Penrose desde el baño, para presentarle nuevas pruebas de los delitos que tenían lugar en Edén-Olimpia.

Jane dormía todavía cuando salí a encontrarme con Penrose. Estaba boca abajo y tenía un pinchazo infectado en la parte interior del muslo. Abrí el cajón de la cómoda y conté las jeringuillas usadas, deseando haberme equivocado en el cálculo.

Jane respiraba tranquilamente, como una Alicia envejecida en un capítulo expurgado de su propio libro. Con cuidado para no despertarla, le besé el labio de abajo, que tenía aún la marca de otro lápiz de labios.

Me encontré con ella en el rellano, bajando otra de mis maletas del dormitorio. Como de costumbre, se había recuperado rápidamente de su dosis de diamorfina. Llevaba vaqueros y camiseta blanca, en un estilo que había abandonado poco después de llegar a Edén-Olimpia. Pero tenía el rostro muy pálido y parecía extenuada. Se había cortado la mano izquierda con el cierre de una maleta, pero no se había dado cuenta de que sangraba.

Me vio de pie en la puerta, se metió en el guardarropa y sacó una mochila pesada.

—Paul, ¿qué te parece si me echas una mano? Pon esto sobre la cama.

—Claro, pero dime qué es lo que ocurre.

—Nada grave. Te vas en media hora.

—¿Que me voy? ¿Por qué?

—Nos vamos los dos, nos despedimos para siempre del Edén. Dejé dicho en personal que pusieran un ángel con una espada en llamas en el portón.

—Jane... —dije, avanzando entre la confusión de zapatos que ella estaba sacando del armario; la así por debajo de los brazos y la puse en pie, sorprendido de cuánto peso había perdido—. Calma, dime exactamente cuándo nos vamos.

—Ahora. Hoy. Tan pronto como haya preparado las maletas.

—¿Y adonde nos vamos?

Jane se encogió de hombros, mirando el caos de maletas a medio hacer.

—A Inglaterra, Londres, París, donde sea. Pero lejos de aquí.

Apagué la radio que estaba en la mesita de noche cuando el comentarista del concierto daba sus explicaciones en francés.

—¿Por qué; acaso no tienes seis meses más de contrato?

—Me tomaré una semana de permiso, pero ya no regresaremos.

—Al profesor Kalman no le gustará. Podría ser perjudicial para tu carrera.

—Si me quedo, será el fin de mi carrera. Créeme, lo que menos quieren es que otro médico inglés se vuelva loco.

—Jane —dije tratando de aferraría por los hombros, pero ella se hizo a un lado, dejando en el suelo huellas de talco como el paso fugaz de una bailarina—, ¿te sientes bien?

—En posesión de mis facultades mentales —dijo mirándose al espejo de la cómoda y sacando el mentón—. No, la verdad es que no estoy bien, y tú tampoco. ¿Dónde está el coche listo para la fuga? No quiero conducir a Calais con el pequeño Peugeot.

—El Jaguar está afuera. Ahora dime por qué quieres marcharte. ¿Es por algo que yo he hecho?

—¿Has hecho algo acaso? Me sorprendes, Paul. —Jane hizo un gesto burlón de alarma y me apoyó las manos en el pecho.— Querido esposo, eres un hombre bastante honesto y gentil, y quiero que lo sigas siendo. No sé dónde pasas la noche y tampoco te lo preguntaré. Espero que ella sea tierna y que te aprecie. Pero de una cosa estoy segura: si te quedas aquí un minuto más acabarás como el resto de nosotros.

—Jane, ¿pero por qué justo ahora? ¿Hay algo que te preocupa, lo que pasó en la Fundación Cardin quizás?

—¿Cardin? No son mis trapos favoritos. ¿Te refieres al asalto en Miramar?

—¿Has oído hablar de ello?

—Simone y yo lo vimos en las noticias de la TV. Alain iba hacia Théoule cuando la banda se daba a la fuga y trató de detenerlos. Lo llenaron de golpes, pobre; después tuve que curarlo. —Se pasó la mano por la marca infectada de la aguja en el muslo.— Alain me dijo que te vio más tarde en la Villa Grimaldi.

—Parecía una despedida de solteros organizada por Pascal Zander.

—Un tipo siniestro. Menos mal que no fui. Siempre se inventa síntomas venéreos con la excusa de mostrar su enorme miembro. Es todo un espectáculo. Lo tiene todo el tiempo erecto. Es repugnante.

—Es un buen motivo para irnos. Así que no es de mí de quien huyes.

—Lo que quiero es huir de mí misma —dijo, sentándose en la cama y cubriéndose los pechos con las manos—. Hay demasiados espejos en esta casa y no me gusta lo que veo. Casi no tengo una vida fuera de la clínica, estoy todo el tiempo cansada y por cualquier cosa me contagio una infección. Hace dos meses que tengo las amígdalas inflamadas; si trataras de besarme no podrías meterme la lengua en la boca.

—¿Has hablado con Penrose?

—Wilder Penrose... Para ser un hombre tan listo tiene ideas delirantes. Piensa que debemos rehacer nuestra vida sexual, pero no dice exactamente cómo. Algo que ver con chicas preadolescentes... Le dije que no era tu estilo y que te gustan algo mayores. Por eso te casaste conmigo, ¿o no?

—Tú sabes que sí.

—Bien. —Luego me miró las manos, con la vista un tanto desenfocada, mientras me sentaba a su lado. Se llevó mis dedos a los labios y olió un aroma extraño bajo las uñas. Frunció el entrecejo y me clavó la mirada sin decir palabra.— Paul, ¿sabes que me acuesto con Simone?

—No, pero ya me lo imaginaba.

—Estaba tan cansada que todo pasó antes de que me diera cuenta. Pensé que jugábamos a las chicas en el dormitorio, pero ella tenía otras intenciones. Espero que no te disguste.

—Un poco, pero lo habíamos hablado hace tiempo. ¿Es la primera vez que...?

—Desde que dejé el instituto, una vez. La heterosexualidad es mucho trabajo y los hombres la hacen más difícil aún. Cuando regreso de la clínica estoy demasiado agotada para lidiar con tantas emociones. Con Simone, en cambio, puedo desconectarme.

—¿Y qué hay de Alain?

—A él le gusta mirar. Lo siento, Paul. Tú eres tan sensato... Si nos quedamos más tiempo, acabaré por acostarme con Alain, y no quiero que eso ocurra.

Se enjugó las lágrimas con la sábana. Fui a buscar un pañuelo y, al abrir los cajones de la cómoda, quedó a la vista el montón de ampollas de su maletín.

—Jane, tanta petidina... ¿Cuánta crees que puedes tomar?

—No hacen nada. Las prefiero a un par de whiskies.

—¿*Y* qué me dices de la diamorfina? Es heroína pura.

—¡Pero si estoy bien! —protestó; se levantó a cerrar el cajón y me miró con curiosidad—. Nunca antes intentaste detenerme, al menos no seriamente. Me sorprendes.

—Tú eres la médica, sabrás cómo usar estas cosas.

—No —me contestó, levantándome el mentón y obligándome a mirarla a los ojos—. Me estás vigilando, Paul, como si fuera tu conejillo de Indias. Estás tratando de averiguar qué le pasa a la gente en Edén-Olimpia.

—Puede ser, lo siento. No me di cuenta.

—Todo es parte de tu investigación sobre David Greenwood. Estás completamente obsesionado con él. ¿Por qué, porque alguna vez fuimos amantes? Eso pasó hace mucho tiempo.

—Para mí no es mucho. David se oponía a Edén-Olimpia. Esto es el experimento piloto de un mundo nuevo, y fue demasiado para él.

—Se ve que has estado hablando con Wilder. Nietzsche en la playa... Philip Glass podría ponerle música.

—Habla en serio, pero está a punto de traicionarse. Necesito más tiempo, Jane; por eso querría quedarme un poco más. Deja que te lo explique, y luego me dirás si nos vamos o no.

—De acuerdo. —Se apoyó en mí, y advertí que su respiración era superficial y que en su piel había un leve olor a rancio que yo nunca había sentido. Al oír el lento latido de su corazón me di cuenta de su profundo agotamiento.

Hice sitio entre las maletas y la acosté en la cama. Me senté a su lado, sosteniendo sus manos entre las mías, y pensé en su aventura con Greenwood y en las escapadas sexuales que probablemente tenían en la lavandería del Guy. Jane me tenía cariño, pero nuestro matrimonio había sido el último gesto de sus años de hippy, fruto de su creencia de que los actos impulsivos son los únicos que dan sentido a la vida. Había que hacer uso del sexo y de las drogas con despreocupación, para así echar por tierra los mitos que los rodeaban.

—Paul, voy a dormir un rato. —Jane me sonrió mientras le acariciaba la frente húmeda. Oímos una avioneta publicitaria que se acercaba desde la costa y remontaba el valle, trayendo al complejo más noticias sobre otro complejo frente al mar o una liquidación de muebles. A unos pocos cientos de metros de nosotros, Wilder Penrose estaría mirando la pancarta oscilante desde la ventana de su cocina, mientras maquinaba un plan muy distinto para la nueva Riviera.

SEGUNDA PARTE

31 El festival de cine

En la terraza del Noga Hilton, el guerrero samurai había bajado la espada, como si estuviera indeciso sobre cuántas cabezas arrancaría de las miles que se paseaban por La Croisette. El casco negro, del tamaño de un coche pequeño, se inclinaba hacia el mar en movimientos bruscos, al tiempo que los técnicos japoneses maniobraban a su espalda, hundiendo los brazos en sus vísceras electromecánicas.

Pero la atención de la multitud se había desplazado a tres largas limusinas que salían del acceso al Martínez. Los espectadores se agolpaban contra las rejas, y los gritos encolerizados sonaban como una clara amenaza entre la excitación general. Las manos golpeaban los lustrosos techos de los vehículos y las ventanas ahumadas. Una mujer de mediana edad con gorra de béisbol arrojó confeti brillante al último Cadillac, que se adhirió a la antena de radio como hierba iridiscente. Las estrellas circulaban por Cannes a menos de diez kilómetros por hora, demasiado rápido para satisfacer la curiosidad de la gente y demasiado lento para aplacar sus sueños.

Sentado a una mesa del Blue Bar, yo esperaba a Francés Baring. Después de rehuirme durante una semana y no contestar mis llamadas telefónicas, me había llamado al móvil y, con tono enigmático, me había sugerido que tomáramos una copa en Cannes, por la noche temprano, si bien La Croisette era el lugar menos indicado para una cita clandestina.

A tres metros de mi mesa, las limusinas pasaban hacia el Palais des Festivals entre filas de policías y guardias de seguridad. Los helicópteros sobrevolaban el cabo de Palm Beach antes de aterrizar en el helipuerto* como una fuerza paramilitar a punto de bombardear a la multitud reunida en la playa. Los pasajeros, con traje blanco v enormes gafas di- sol, miraban hacia abajo con el aire de un general mafioso que contemplara un levantamiento popular en una república centroamericana. Una armada de yates y cruceros se mecían a unas doscientas yardas de la costa, cargados de guardaespaldas y equipos de televisión.

Sin embargo, tal como había visto mientras conducía por la rué d'Antibes, a pocos pasos de La Croisette era como si no existiera el festival de cine de Cannes. Señoras ancianas con trajes de seda y collares de perlas paseaban sin

prisa ante las confiterías o intercambiaban chismes en los *salons de thé.* Las mascotas ensuciaban sus aceras favoritas y los turistas echaban un vistazo a los escaparates de las agencias inmobiliarias, dispuestos a invertir sus ahorros en un sueño prefabricado al sol.

El festival de cine se extendía a lo largo de casi dos kilómetros, desde el Martínez hasta el Vieux Port, donde los gerentes de ventas se atracaban con sus platos de *fruits de mer,* pero tan sólo tenía cincuenta metros de ancho. Durante dos semanas, La Croisette y los grandes hoteles se convertían de buen grado en una fachada, el mayor escenario del mundo. Sin saberlo, la multitud que se congregaba bajo las palmeras oficiaban de extras, reclutados para desempeñar su papel tradicional, y mucho más seguros de sí mismos que los actores en cuestión, que parecían incómodos al descender de sus limusinas, como criminales famosos llevados a un juicio popular ante el jurado del festival, una Nüremberg cultural y a gran escala, amenizada con secuencias de cine que mostraban las atrocidades que habían ayudado a cometer.

Una limusina con banderines de Edén-Olimpia se detuvo en el atasco de tráfico cerca del Blue Bar. Con la esperanza de ver a Jane, me levanté de la mesa. Sabía que iría con Simone y Alain Delage a la proyección de una película franco-alemana, producida por un banco mercantil de Edén-Olimpia. Tras el estreno, irían a una fiesta con fuegos artificiales en la Villa Grimaldi, y desde allí verían cómo la noche de Cannes dejaba paso al segundo día.

Cuando la limusina avanzó, acompañada por un sinfín de golpes en el techo, distinguí la maciza figura de Pascal Zander repantingada en el asiento de atrás. A su lado había tres muchachas, con el aspecto algo cohibido de las jóvenes estrellas, que saludaban a la multitud como si fueran flamantes reinas, a sabiendas de que habían cruzado el umbral donde la fama y la ilusión de la fama se fundían por fin durante algunas horas.

Un chino con una videocámara se abría paso entre la multitud, en busca de un blanco oportuno. Seguido de una escandinava que llevaba un cuaderno de notas, tomó un atajo a través del Blue Bar y al pasar junto a mí me empujó y me hizo trastabillar, lo que me arrancó una mueca de dolor a causa de mi rodilla inflamada. Cuando pasó la limusina de Zander, pensé lo extraño que era tener que ir al festival de cine de Cannes, y correr el riesgo de ser atacado por turistas, para ver a mi esposa.

En los meses que siguieron al intento desesperado de Jane por marcharnos de Edén-Olimpia, la había visto cada vez menos. Compartíamos la piscina, la sala del desayuno y el garaje, pero nuestras vidas se apartaban más y más. Jane se había comprometido de lleno con Edén-Olimpia. Su mundo se había reducido a largas horas de trabajo, noches de diamorfina y fines de semana

con Simone Delage. Aún me preocupaban las jeringuillas de la cómoda, pero Jane había encontrado el éxito profesional en Edén-Olimpia. Hablaban de ella en la prensa médica de Londres, y en la actualidad completaba las pruebas de diagnóstico que pronto conectarían a todos los empleados de Edén-Olimpia y Sofía-Antípolis.

Pero, al mismo tiempo, el sistema de medicina preventiva más avanzado de Europa había sido incapaz de curar mi lesión en la rodilla. La peligrosa infección había vuelto a aparecer: la bacteria contraída en el hospital se resistía a los antibióticos, al reposo y a la fisioterapia. Ese viejo barómetro de mis malestares pronosticaba mal tiempo. Jane sintió pena por mí al verme cojear por la casa a primera hora de la mañana y preparó una solución con relajante muscular y calmantes. Me enseñó a inyectarme, y esas modestas dosis fueron el único alivio que me ofrecieron los cotizados médicos de la clínica.

Los helicópteros sobrevolaban la playa con gran estrépito y las cámaras filmaban desde los portales abiertos. Hubo un pequeño disturbio frente al Carlton. Según una pareja de norteamericanos de La mesa de al lado, una destacada estrella de Hollywood había prometido que saldría por la puerta delantera, pero para su sorpresa se encontró con que una enorme valla publicitaria anunciaba una película de la productora rival. Volvió a entrar en el hotel y salió por la puerta de atrás, dejando que una desconcertada jefa de prensa la disculpara. Pero, mientras ésta gritaba por el megáfono, una decena de personas empezó a sacudir una unidad móvil de la televisión. Un agente de la policía de Cannes se echó sobre el parabrisas de la furgoneta a la manera de un doble de cine, y pidió socorro al equipo de seguridad del hotel mientras la multitud lo alentaba a gritos.

Harto del ruido, me levanté y le dejé la mesa a un turista alemán de mediana edad, que consiguió la hazaña de sentarse en mi silla antes de que yo pudiera ponerme completamente de pie. Me sequé las manos en su hombro y fui cojeando al lavabo del bar. Me encerré en un compartimento y saqué el estuche de cuero con la jeringa hipodérmica. Apoyándome en el lavabo, levanté la pierna herida, la puse sobre el váter y me arremangué el pantalón hasta la rodilla. Ya no quedaban cicatrices de la operación, pero el dolor me fastidiaba aún, como un grito de auxilio que resonaba constantemente en las profundidades de mi mente.

Rompí el precinto del frasquito sin etiqueta y puse tres centímetros cúbicos en la aguja. Para evitar los pinchazos que ya tenía, me inyecté la solución pálida en un pliegue de piel tersa en la parte interior de la rodilla. Conté hasta

veinte mientras la inyección subcutánea me aliviaba lenta pero profundamente, alejando el dolor de mí.

Volví a apoyar la pierna en el suelo y di un grito cuando una mujer hizo sonar con impaciencia la cerradura de la puerta. Por fin, ella se metió en otro compartimento, y yo me senté en el lavabo y dejé correr el agua del grifo sobre mis manos. Cuando volví a sentirme mejor pensé en Jane, deslumbrante como una estrella de cine con su diminuto vestido negro y la estola de piel sobre los hombros, entrando en el Palais des Festivals con Alain y Simone Delage.

Yo, mientras tanto, estaba encerrado en un baño de La Croisette, como un yonqui después de una dosis y con apenas un poco más de dominio de la realidad. Mi primo Charles había venido a visitarnos para Pascua, y habíamos convenido en buenos términos que yo dejaría de fingir que era de alguna ayuda para editar las publicaciones de la empresa. Disfrutó de su estancia, y se mostró impresionado por el flamante papel de Jane como médica con carrera internacional, pero le sorprendió que yo me hubiera convertido en un consorte bronceado y distraído, siempre pendiente de los fantasmas que habitaban en el jardín. No le conté nada de la vida secreta de Edén-Olimpia.

Entretanto, mis investigaciones acerca de los homicidios de Greenwood se habían estancado. Entre la verdad y yo se interponía un simpático matón con las uñas comidas. A pesar de que Wilder Penrose disfrutaba de mi compañía y me dejaba generosamente que le ganara al ajedrez, yo sabía que para él no era más que un animal de laboratorio al que se acaricia a través de las rejas y se engorda para el próximo laberinto.

Tratando de seguirle la corriente, yo escuchaba sus explicaciones sobre su credo psicopático. Ya había reclutado a una docena más de participantes para sus clubes de bolos, y yo tenía la esperanza de que pronto iría demasiado lejos y llevaría su apocalipsis demencial hasta el límite. Insistió en que debía participar en uno de los grupos de terapia y por fin acepté, con la intención de tomar cuidadosamente apuntes sobre las víctimas y sus lesiones.

Desde el asiento de atrás de algún coche robado para la noche, miraba cómo el fotógrafo —un analista financiero de un banco japonés— registraba los *ratissages* con su cámara de vídeo. Fui testigo de cómo entraron por la fuerza en una mansión vacía de Cap d'Antibes, propiedad de un magnate egipcio de bienes raíces, y la hicieron añicos. Otro equipo de bolos, formado por altos ejecutivos de Elf-Maritime, llevó a cabo un espectacular acto de piratería en el puerto deportivo de Golfe-Juan, secuestrando un yate que pertenecía a una familia árabe de Omán. Luego condujeron el llamativo velero a las Îles de Lérins, donde lo vararon y le prendieron fuego. Desde la

terraza de la Villa Grimaldi vimos cómo las llamas se elevaban en la noche. En sus lustrosos trajes de buzo a la manera de un equipo de James Bonds, los perpetradores corporativos alzaron sus vasos de whisky de malta y brindaron por la causa de la psicopatía terapéutica.

El oro, comprendí poco después, era un objetivo predilecto de los equipos de bolos. Me hice el tonto cuando golpearon brutalmente a un desgraciado corredor de boba árabe en el aparcamiento subterráneo del Noga Hilton. Los asaltos sexuales causaban un entusiasmo extraordinario, y a las viejas prostitutas, por motivos ocultos en la patología infantil, les daban un tratamiento especial. Traté de olvidarme de que mantuve la puerta abierta del ascensor en una torre de Mandelieu, mientras una apuesta puta española que tenía un burdel de dos habitaciones forcejeaba para proteger a su pequeña hija.

Después de aquel incidente estuve a punto de romper relaciones con Penrose, con la advertencia de que su programa de terapia se le estaba yendo de las manos. Pero él sabía que ninguno de los ejecutivos lo denunciaría, y tampoco yo lo haría. Los vídeos nos inculpaban a todos, me recordó, y era evidente que la terapia radical funcionaba. Los miembros de los equipos de bolos rebosaban de salud y Edén-Olimpia tenía más éxito que nunca. El flujo de adrenalina, el poderoso estímulo del miedo y de la fuga, había vuelto a poner a punto el sistema nervioso corporativo y había incrementado las ganancias hasta un nivel sin precedentes.

Hasta yo me sentía mejor. Sentado en el lavabo del Blue Bar, oía cómo el agua corría por mi mano. Cuando por fin pasó el dolor, tuve la visión de Jane durante nuestro viaje por la Pro-venza, hacía unos pocos meses que ahora parecían años...

—*C'est stupide..., monsieur!*

—Paul, ¿estás ahí? No te mueras todavía...

El vocerío me sacó del ensueño y me bajé lentamente del lavabo. Oí un puñetazo en la puerta de contrachapado. Descorrí el cerrojo, y un camarero del Blue Bar se abalanzó sobre mí. Revisó el compartimento en busca de algún indicio típico de un adicto.

Detrás de él estaba Francés Baring, con expresión de preocupación. Apoyó sus manos en mis mejillas y me miró a los ojos, aún aturdidos.

—Paul, ¿estabas escondiéndote? ¿Alguien te persigue acaso?

—No, ¿por qué? Lo siento, me quedé dormido.

—Pensé que quizás... —Luego le deslizó un billete de cincuenta francos al camarero.— El señor viene conmigo. Buenos días...

Francés me cogió del brazo y me ayudó a salir del lavabo. El olor de su cuerpo y el tacto de sus manos pronto me reanimaron. Llevaba un traje blanco con pantalones y gafas de sol, como si acabara de aterrizar de uno de aquellos helicópteros con los generales mafiosos. Hizo el gesto besarme, pero me olió el aliento antes de que nuestros labios se tocasen.

—Tranquila, Francés... —Recordé que había dejado el estuche con la aguja hipodérmica en el lavabo y volvimos a buscarlo.— No soportaba el dolor de rodilla —le expliqué—, así que me puse una inyección de sedante que me consiguió Jane y me quedé dormido... pensando en ti.

—Detesto esas cosas. Un día acabaremos en el depósito de cadáveres de Cannes. El camarero dijo que te había visto, «un inglés *tres méchant*». —Dudando aún, cerró la puerta del baño.— Vámonos de aquí.

—Estoy bien, la rodilla ya no me molesta. —Echarme un sueñecito me había devuelto el ánimo y me sentía casi eufórico. Cuando volvimos al restaurante lleno de gente, hice un gesto señalando La Croisette.— Santo cielo, ya ha oscurecido.

—Siempre pasa. Le llaman la noche.

Francés me condujo a los taburetes cerca de la barra. Contento de verla, la observé mientras hurgaba en su bolso en busca de cigarrillos y un encendedor. Me gustaba su humor peculiar, sus repentinos ataques de inseguridad cuando me abrazaba con fuerza y se negaba a que abandonara su cama. Aún trataba de que me opusiera a Edén-Olimpia, pero le parecía bien que participara en los *ratissages* y a veces llegaba incluso a proponerme una mansión para robar. A cambio, me pidió que le presentara algunos pilotos del aeródromo de Cannes-Mandelieu, una entusiasta tripulación de aviadores franceses, norteamericanos y sudafricanos que remolcaban las pancartas publicitarias sobre las playas de la Costa Azul en sus viejos Cessnas, y luego se reunían a beber en un restaurante tai de La Napoule. Le encargó a uno de los franceses que fotografiara desde el aire la llanura del Var, cerca del complejo científico de Sofía-Antípolis, supuestamente como parte de un estudio inmobiliario, pero más tarde encontré su chaqueta de piloto en el piso de Francés. Por fortuna, la anestesia de Jane también consiguió aliviar ese dolor...

La besé en la boca, pintada de color perla, pero los ruidos de La Croisette la distraían. Aplastó el cigarrillo y apartó su copa de Martini.

—Hay mucho alboroto —se quejó—. ¿Por qué no vamos a un sitio más tranquilo?

—Es el festival de cine. Todo el mundo lo pasa bien.

—Es terrible, ¿no crees? Los gamberros más viejos del mundo nos pueden atropellar en el momento menos pensado.

—Francés... —Le apreté las manos sobre la barra.— ¿Qué pasa? Estás muy nerviosa.

Se miró en el espejito de la polvera, sin dejar de observar lo que sucedía a sus espaldas.

—Creo que me están siguiendo.

—No me sorprende. Pareces una estrella de cine.

—Hablo en serio. Por eso no me has visto últimamente. Alguien me vigila cuando salgo de la oficina, y estoy casi segura de que es uno de los hombres de Zander.

—¿Y qué hace?

—Nada. Está sentado en un coche aparcado en el tejado, cerca de donde mataron a David.

—Quizás está velando a alguien.

—Paul, estoy hablando en serio.

—No hace más que cumplir con su deber. Francés, tú eres una persona importante en la oficina de propiedades. Los ayudas en... el lado recreativo del asunto.

—Pues ése sí que es un eufemismo. Anótalo para que no se te olvide. —Hizo una mueca mirando la oliva en el Martini, como si sospechase de algún micrófono oculto.— Al menos a mí no me gusta hacerlo. Tú en cambio lo aceptas todo.

—No es verdad. Estoy esperando que Penrose se pase de la raya. Entonces se reventará el globo y a la policía no le quedará más remedio que intervenir. Detesto el racismo y la violencia, pero los *ratissages* no son más que una versión adulta del «toca el timbre y a correr».

—Pues suena muy tolerante, viniendo de alguien tan mojigato como tú. Me alegra que a mí nadie me toque el timbre. —Se rió al decir esto, como queriendo ganar confianza en sí misma, y después me miró como un entrenador de boxeo que evaluara a uno de sus pupilos.— Admiras a Wilder Penrose, se te nota. ¿Has pensado alguna vez adonde irá a parar todo esto? ¿Y hasta dónde te llevará él?

—Francés, el no me lleva a ninguna parte. Deja de trabajar para ellos, pide el traslado. A propósito, supongo que reconociste el yate que incendiaron.

—Era tan vulgar... Un burdel flotante. Le eché un vistazo: apestaba a semen. —De pronto pareció recobrar el ánimo, como si las llamas del yate volvieran a reflejársele en los ojos.— Tendrías que haber ido, Paul. Te habría gustado darle una paliza a un ricachón árabe.

—Lo dudo. —Quería calmarla y le quité los cigarrillos. Luego, bajando la voz, le dije:— Me has estado utilizando desde el día en que nos conocimos. ¿Por qué?

—Quién sabe. Por venganza, cólera, envidia... Invéntate cualquier otro pecado capital. Lo necesitamos. —Se me acercó y cogió un cigarrillo del paquete que yo tenía en la mano. Con tono despreocupado, añadió:— Esta noche habrá una «acción». Y de las buenas.

—¿Irán a tocar el timbre?

—Esta vez va en serio. Tienen coches alquilados y una ambulancia. Como está el festival de cine, tuvieron que traerlos de Marsella y Dijon.

—No ha debido de ser fácil. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Reservé los pasajes de vuelta en avión para los conductores. Si hay una ambulancia, quiere decir que habrá heridos. Me parece que planean matar a alguien.

—Lo dudo. ¿A quién?

—Es difícil saberlo. —Luego se miró en el espejo detrás de la barra.— A mí, quizás. O a ti. Tú eres un buen candidato.

—¿Alquilar coches y una ambulancia, billetes de avión a Dijon?

—¿Por qué no? Deben de estar hartos de que te pases todo el tiempo fisgoneando. No has descubierto nada sobre David que no supieran ya. Eres tan parte de Edén-Olimpia como esos vendedores africanos a los que siempre dan palos. Tu mujer se ha ido prácticamente a vivir con uno de esos altos ejecutivos.

—Eso no es cierto.

—¿Ah, no? Lo siento, Paul, no hablaba en serio. —Sonrió distraída, como una niña lista, y luego miró en su bolso.— Ya no soporto este lugar. Salgamos de aquí y vayamos a ver una

porno de esas que levantan la moral...

Anduvimos del brazo por La Croisette, retrocediendo cada vez que nos encontrábamos con los grupos que perseguían a las limusinas, y que coordinaban la caza de los famosos por medio de sus teléfonos móviles. Pensé en lo que había dicho Francés sobre la acción especial. Pero yo era un blanco demasiado fácil, un ex piloto inválido apenas capaz de apretar el embrague de su viejo Jaguar, y cuya esposa ocupaba un puesto clave de la clínica.

Pero la amenaza me corroía, y ésa había sido la intención de Francés. Nunca dejaba de jugar con mis emociones y mis lealtades, que incorporaba hábilmente a la trama de sus propias inseguridades. Acostada a mi lado en su casa de Marina Baie des Anges, por las noches, solía observarme mientras le acariciaba los muslos, confundida por el afecto que sentía por ella. Francés nunca había llegado a comprender la lógica secreta de Edén-Olimpia, y todavía creía que los altos ejecutivos se dejaban llevar por un deseo reprimido de violencia.

—Paul... —dijo cogiéndome el brazo cuando me detuve un instante a observar el tráfico—. ¿Has visto algo?

Le indiqué el paseo central de la avenida, demarcado con rejas para proteger las palmeras de los artistas de *graffiti*. Un hombre corpulento, pelirrojo y con la nariz colorada por el alcohol, estaba en un islote de césped mirando a la multitud.

—Es el gerente de Noticias de la Riviera —dijo Francés volviéndose de pronto.

—Sí, es Meldrum. ¿Quieres hablar con él?

—No, nos está mirando. Sabe que ocurrirá algo esta noche.

—Ahí lo tienes. Eres el centro de la atención. —Esperé a que el australiano garabateara algo en su libreta.— Es un reportero, Francés; está haciendo su ronda.

—Vámonos. Aquí, de todos modos... —La sentí temblar mientras me arrastraba por la escalinata de un edificio de apartamentos. Los pisos estaban alquilados por pequeños productores independientes, y en cada balcón había un cartel que anunciaba la última película de la empresa.

—«Donde se atreven los maestros», «Asesinos de colegialas» —leí en voz alta—. Manila, Phuket, Taiwán. Es lo que Meldrum llama «operaciones con hombre, niño y perro»...

—El hombre sostiene la cámara mientras el niño... Paul, ¿de veras te interesa? —Francés parecía más calmada y esperaba mi respuesta.— Están todos en vídeo. Tú te sientas en la cama y eliges el que prefieras de entre seis aparatos de televisión.

—¿Sexo en grupo, monos, deportes acuáticos?

—Por favor, no estamos en Surbiton ni en Maida Vale. Es todo muy normal. Barrigones de cincuenta que tienen relaciones con chicas de catorce. No tiene nada de perverso, fíjate. —Me cogió del brazo como una amable guía de turismo.— *Cahiers du Cinema* dice que las películas porno son el verdadero futuro del cine.

—En ese caso…

Entramos en el vestíbulo del edificio y cruzamos las puertas de cristal hasta la recepción, que más parecía la oficina de inscripciones de una conferencia de pediatría. Sentadas frente a una mesa con tapete, junto a una cartelera con fotos de películas y números de habitación, había dos mujeres asiáticas de mediana edad. Sobre la mesa había una pila de folletos y anuncios que mostraban una selección de niños sonrientes y bien peinados, apenas adolescentes, como si ilustraran un seminario sobre rubéola o tos ferina.

—Francés, un momento...

—¿Qué ocurre, acaso demasiadas opciones?

—Es que no es para mí.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Estás seguro, Paul?

—Totalmente. Te has equivocado conmigo desde el principio.

—De acuerdo. —Francés parecía aliviada, pero agregó de improviso:— A David le encantaba venir aquí.

—¿Greenwood? Me sorprende.

—Por diversión. Era una gran broma. Él era un tipo curioso, y en cierto modo trabajaba en el mismo campo.

—¿Una broma? —repetí, mirando a las dos mujeres. Una de ellas trataba de sonreír, y dejó a la vista una extraña hendidura en la boca, como una abertura al infierno.

Volví a La Croisette y a la seguridad de los reflectores de la televisión. Una limusina con los banderines de Edén-Olimpia aminoró la velocidad hasta detenerse del todo, ya que la multitud que avanzaba sin rumbo fijo por la acera le impedía el paso, romo la marea que sube y baja por los muelles de un puerro tropical. Vi con claridad a los ocupantes del asiento de atrás: Jane estaba entre Alain y Simone Delage. Todos vestían traje de etiqueta, y Jane tenía sobre los hombros la estola de visón de Wilder Penrose. Miraba hacia el mar, como si el festival de cine le pasara inadvertido, con la mente puesta en conexiones de módem y chequeos médicos en masa. Estaba cansada, pero el cansancio la hacía aún más bella, y me sentí orgulloso por ella y feliz de ser su marido, a pesar de lo que Edén-Olimpia nos había hecho a los dos.

En el asiento de delante estaba Pascal Zander, con la mirada clavada en el escote de Jane. Estaba totalmente borracho y le hacía gestos ordinarios a Alain Delage, que parecía ya harto de él. Simone le sostenía la mano a Jane, e intentaba distraerla de un Zander que le susurraba algo al oído.

Cuando el tráfico se detuvo del todo, Alain se dirigió al chófer. Se abrió la puerta y Halder bajó del coche, vestido elegantemente con chaqueta de gala, faja negra y gemelos de oro. Me vio en la escalinata del edificio de apartamentos y echó un vistazo a los anuncios de películas que colgaban de los balcones. Casi sin detenerse, levantó las manos en el aire nocturno, como intrigado por mi elección cinematográfica para la noche.

—Paul, ¿quién era? —Francés hizo un gesto de saludo mientras la limusina seguía de largo.— Me pareció ver a Halder...

—Era Jane con los Delage y Pascal Zander. Parecía feliz.

—Bien. Eso quiere decir que no se murieron de aburrimiento durante la película. Van a la fiesta en la Villa Grimaldi.

—Zander parecía borracho, demasiado para un jefe de seguridad.

—La gente se preocupa por él, dicen que lo van a destituir. Apiádate de mí, Paul; ahora me tocará verlo en la fiesta.

Miré las luces traseras de la limusina y por un instante me pareció que Jane se daba la vuelta para mirarme.

—¿En la Villa Grimaldi? Voy contigo.

—¿Te han enviado una entrada?

—Me colaré.

—Es una fortaleza. —Miró con aire sombrío mi camisa manchada y mis sandalias de cuero.— Puedo hacer que entres, pero es una fiesta de gala.

—Pensarán que soy un guardia de seguridad.

—Están todos vestidos como Cary Grant. —Consideró un instante el problema de la ropa, tratando aún de incluirme en su plan.— Regresaremos a Marina Baie des Anges. Todavía tengo el viejo esmoquin de David. Creo que puedes tomarlo prestado.

—¿El viejo esmoquin de...? —La cogí del brazo.— Sí, me gustaría ponérmelo. Algo me dice que me quedará bien...

32 El esmoquin de un muerto

A nuestras espaldas, Marina Baie des Anges quedaba envuelta en la noche, pero sus torres encerraban una oscuridad aún mayor hecha de sueños y de somníferos. Nos pusimos en marcha hacia Antibes por la RN7, con la playa de Villeneuve-Loubet a nuestra izquierda. Un windsurfista cruzaba las olas mientras su mujer y su hijo adolescente lo observaban sentados en un declive de grava junto a su coche aparcado. Cuando la vela se inflaba con el viento cambiante, parecía desvanecerse durante unos segundos para reaparecer más tarde como saliendo de un espacio-tiempo defectuoso.

Frunciendo el ceño ante la perspectiva de una fiesta en la Villa Grimaldi, Francés conducía inclinada sobre el volante. Me recosté en el asiento del acompañante y dejé que el aire nocturno me azotara y se llevara el olor a humedad del esmoquin de Greenwood.

El esmoquin del muerto me quedaba pequeño y las costuras me tiraban de la sisa. Tras sacar el traje del armario del dormitorio, Francés se lo había puesto sobre los hombros, reacia a compartirlo conmigo. Al fin se sentó en la cama a mirarme, mientras yo alisaba las solapas arrugadas del traje. La tela desprendía un olor a antiguo, a recuerdos de cenas de sociedades médicas en

Londres, a humo de cigarro y colonia para después del afeitado ya olvidada hacía tiempo, impregnados en el gastado forro de seda.

Sin embargo, me sentía asombrosamente a mis anchas en la prenda usada del médico muerto. Al mirarme en el espejo del armario, sentí que me había convertido en Greenwood y que había asumido su papel. Francés se comportaba casi con deferencia, consciente de que su ex amante había vuelto a instalarse en su dormitorio gracias a mí.

Completé mi atuendo con una camisa blanca de balandrismo de ella, y una corbata negra hecha con una cinta de sombrero de crespón. Estábamos a punto de salir cuando me di cuenta de que aún tenía puestas las sandalias de cuero.

—¡Por Dios, Francés, mira mis pies!

—Sí, ya veo que tienes dos.

—Pero si los dedos parecen langostas...

—Habrá mucha gente en la fiesta, nadie los verá. —Francés miró los dedos de mis pies—. Son prensiles; ¿algo genético, acaso?

Por casualidad encontró un par de alpargatas negras que adapté a la forma de mis pies. Mientras bajábamos en ascensor al aparcamiento del sótano, pasó la mano por el esmoquin como tratando de calmar a un fantasma fugaz. Me pareció por un instante que era la primera vez que se fijaba en mi rostro.

Los recuerdos que yo tenía de Greenwood eran menos apremiantes. La generosa dosis de calmante que me había inyectado en el baño me había causado una placentera apatía. El mundo podía arreglárselas solo y encontrar un sitio para el médico trastornado. Cuando llegamos a Antibes y pasamos por el puerto y el modesto edificio de apartamentos donde Greene vivió sus últimos años, pensé en las mujeres asiáticas, sentadas como dos furias ante la mesa con tapete y custodiando la fea barraca que tenían en el festival de cine, mientras Greenwood se reía entre dientes y avanzaba hacia los vídeos de terror.

Nos detuvimos largo rato en el semáforo que había cerca de las cocheras de autobuses de Golfe-Juan. Bajo el destello de las luces de sodio, Francés me sonrió con aprobación.

—Estás muy elegante, Paul. Hasta es posible que ahora le gustes a tu mujer.

—Hace tiempo que duermo en la habitación de los niños. Entra el sol y está llena de alegría; es como regresar a la infancia. Me vigilan Babar, Tintín y el oso Rupert...

—¿Hablas del friso? ¡Qué tierno! Yo ayudé a David cuando lo montó.

—¿Por qué lo hizo, si no estaba casado? Es extraño que lo haga un soltero.

—Tenía amigos en Londres que venían a visitarlo.

—¿Alguna de las chicas del orfanato de La Bocca se quedaba en su casa?
—Con sus tíos, de vez en cuando...
—¿Inmigrantes árabes? Cuesta creerlo. —Ascendíamos a las alturas de Super Cannes por un camino de pavimento liso que bordeaba villas palaciegas, alumbradas como espectros por los fuegos artificiales.— La obsesión suya por Alicia, que le hacía prestar esos libros incomprensibles a las adolescentes... Era una especie de British Council reunido en una sola persona y con los mismos pobres resultados. Esas toscas chicas no entenderían nada.
—¿Por qué se tomaba la molestia, entonces? Continúa, Paul... Piensa en los otros intereses del reverendo Dodgson.
—Ya se me había ocurrido.

Llegamos a la Villa Grimaldi y nos pusimos en la cola de los coches y taxis que aguardaban para entrar en la finca. En la oscuridad, las celebridades invitadas esperaban sentadas en sus limusinas como miembros depuestos de una realeza menor. Los guardias de seguridad, en uniformes de Edén-Olimpia, cogieron la invitación de Francés y le hicieron señas de que cruzara el portón, y en la entrada dejó el BMW en manos de una hiperactiva cuadrilla de mozos de aparcamiento.
Tres terrazas de mármol —en la última de las cuales había una piscina— daban a un parque en varios niveles que miraba hacia la bahía de La Napoule. Cannes estaba a nuestros pies y semejaba un horno de luz en que La Croisette lamía el mar, como una inmensa lengua de lava que bajara de las colinas y ardiera al borde del agua. El Palais des Festivals parecía una caldera secundaria, y los rayos de luz estroboscópica que giraban en lo alto del techo conformaban una llamativa fuente sobre el viejo puerto.
Francés y yo nos dirigimos a la villa, deslumbrados por los coloridos de los fuegos artificiales. En las terrazas había cerca de quinientos invitados; algunos bailaban al ritmo de una orquesta de marimbas, mientras otros se servían champán y canapés. Una intimidad forzada gobernaba la noche, una ilusión de buen humor que parecía parte de un complejo experimento social.
En la terraza de abajo se hallaban los invitados más corrientes del complejo de negocios, la burocracia de los jefes de policía de la zona, magistrados y altos funcionarios. De espaldas a La Croisette, junto a sus mujeres, que lucían elegantes peinados, miraban fríamente a los actores, directores y agentes de cine que ocupaban la terraza del medio. No pude identificar a ninguno de los actores, esos ambiciosos recién llegados que hacían aún el esfuerzo por confraternizar con su público, pero que ya mostraban esa nerviosa vivacidad de los famosos cuando se ven forzados a aceptar

que nadie los ha reconocido ni ha visto sus películas fuera de competición. A su vez, los actores no dejaban de mirar hacia la terraza de arriba. Allí se daba cita una crema de productores, banqueros e inversores, envueltos en un bramido colectivo de *voces*. El festival de cine de Cannes, como los Oscars de Hollywood, los confundía momentáneamente con la ilusión de que el cine era algo más que simple dinero.

—Los invitados ya están aquí —le grité al oído a Francés—. Pero ¿dónde están los anfitriones?

—Estas fiestas no tienen anfitriones —dijo Francés, pasándome la mano por el esmoquin—. Tengo que ir a trabajar, Paul. Espero que encuentres a Jane. Si no, puedes llevarme a casa...

Se sumergió en la multitud, y de inmediato se vio rodeada de hombres curiosos. Comprendí que ella trataba de evitar a un admirador mucho más serio que la había visto llegar. Pascal Zander descendía tambaleante los *escalones* de la *terraza superior*, asistido por el siempre vigilante Halder, con el radioteléfono en la mano. El jefe de seguridad llevaba esmoquin y corbata pero parecía desaliñado, y era evidente que lo habían obligado a vestirse deprisa. Sudaba a mares y miraba en todas direcciones de la terraza, como un actor de vodevil que hubiera salido por una trampilla y se hubiera dado cuenta de que estaba en el escenario incorrecto.

—Halder —dije cogiéndolo del brazo—. ¿Jane está aquí?

—¡Señor Sinclair! —Sorprendido al verme, Halder se fijó en mi esmoquin y recorrió con la vista las costuras gastadas y el corte inglés. Luego me miró a los ojos con aire de preocupación, como si pensara que yo estaba tratando sin éxito de encarnar a otra persona.

—Halder, mi esposa...

—¿La doctora Jane? Llegó hace dos horas. Creo que regresó a su casa.

—¿Estaba cansada?

—Puede ser. Fue una película muy larga. —La respuesta de Halder era evasiva.— Le hacía falta... reposo.

—¿Pero se encuentra bien?

—No soy médico, señor Sinclair, pero estaba bien.

Una mano pesada me sacudió el hombro.

—Por supuesto que está bien... —Pascal Zander se volvió hacia nosotros y tropezó con Halder. Recuperando el equilibrio, se balanceó sobre mí como un dirigible que aterriza.— La vi hace cinco minutos.

—¿En la Villa Grimaldi? Bien.

—No muy bien para mí. —Zander se encogió de hombros.— Debería ir a verla, señor Sinclair. Es una buena médica.

—Ya lo sé.

—¿De veras? —Zander me miró con ojos descentrados, distraído por mi esmoquin.— Pues sí, es su marido. La llamo todos los días; hablamos de mi salud.

—¿Tiene algún problema?

—Muchos problemas, pero no por mi salud. Jane me cuida, señor Sinclair. Me hace pruebas de orina, analiza mi sangre, observa mis partes pudendas.

—Es muy concienzuda.

—Es una mujer de verdad —dijo Zander, que se inclinó hacia mí y me susurró al oído con voz ronca—: ¿Cómo hace un hombre para vivir con una mujer de verdad? Pero le falta una cosa: tacto con los enfermos.

Me apretó el hombro con su mano enorme, y luego se enderezó y aspiró el aire de la noche. Estaba aburrido y borracho, pero no tan borracho como quería aparentar, y era perfectamente consciente de que Halder lo vigilaba, como un perro guardián a las órdenes de otro amo. A pesar de toda su astucia, me asombraba que hubieran nombrado jefe interino de seguridad de Edén-Olimpia a este corpulento Beria. Su fuerte era la indiscreción táctica.

—La gente en Edén-Olimpia está muy ocupada con sus juegos —me confió, cogiéndome del brazo y llevándome hacia el borde de la terraza,, donde el ruido de la orquesta y los fuegos artificiales no era tan ensordecedor. Un grupo de esposas de jefes de policía había empezado a evolucionar al compás de la música, bailando alrededor de sus tolerantes maridos, pero Zander las apartó con un gesto—. Tengo que ser su niñera, su aya, y hacer que regresen a casa. Si les sangra la nariz, tengo que lavársela. Si se ensucian el trasero, se lo limpio. Por eso no les caigo bien.

—¿Sabe dónde esconden sus juguetes?

—No son lo bastante mayores para jugar con juguetes peligrosos. Wilder Penrose los está convirtiendo en niños. Eso no es inteligente, señor Sinclair. Si alguien fuera a Tokio o a Nueva York y explicara a qué juega aquí su gente... ¿qué pensarían?

—Supongo que se preocuparían.

—La reputación de sus compañías... Nissan, Chemical Bank, Honeywell, Dupont. Pagarían lo que fuera con tal de mantener su reputación. —Zander indicó un grupo de magistrados que, en silencio, aguardaban a que un camarero les llenara las copas de champán.— Deberíamos dejar que los profesionales se encargara del crimen. Estarían contentos de trabajar para nosotros, pero de los psiquiatras no se fían. La psiquiatría es para los niños que mojan la cama...

—Hable con Penrose. Le interesará oír lo que piensa.

—Tiene un delirio político. Se cree que es un nuevo Bonaparte. Piensa que hoy todo es psicología. Pero su propia psicología... Ése es el problema que no

quiere afrontar. —Zander acarició con los dedos las solapas de mi esmoquin, como intrigado por el mismo.— Ha trabajado mucho, señor Sinclair. Y ha descubierto muchas cosas sobre su amigo, el trágico médico inglés...

—Poco que usted ya no supiera.

—Traté de ayudarlo. ¿Halder le sirvió de algo?

—Como de costumbre. Podría dirigir una visita guiada para turistas. Se reservó el papel principal para el último acto.

—Eso he oído. Es muy ambicioso: quiere quedarse con mi puesto. —Saludó a Halder con la mano, que lo miraba desde el otro lado de la piscina.— Un buen muchacho. Cree que es alemán como yo creo que soy francés. Ambos estamos equivocados, pero mi error es aún mayor. Para los franceses, él es un *négre*, mientras que yo soy un árabe. —Miró con aire sombrío en dirección a la fiesta, y enseguida se recuperó, con la confianza que le daba la conciencia de su propia corrupción.— Podemos ser útiles uno al otro, señor Sinclair, ahora que trabaja para mí.

—¿Que trabajo para usted?

—Claro. Venga a verme; le contaré más sobre el doctor Greenwood. Quizá sobre sus vecinos...

Se alejó de mí y avanzó a trompicones entre la multitud, con un aire afable y malévolo que de algún modo yo encontraba casi agradable.

Halder y yo no éramos los únicos que seguíamos de cerca al jefe de seguridad. En un balcón del tercer piso de la Villa Grimaldi vi a Alain Delage, que se ajustaba los gemelos de su camisa de etiqueta mientras observaba las terrazas llenas de gente. Junto a él estaba Olivier Destivelle, el banquero que había sucedido a Carbonea, tras el asesinato de éste, al frente de la compañía de inversiones de Edén-Olimpia. Los dos seguían con la vista a Zander, mientras éste avanzaba entre los invitados rodeando con un brazo a cuanta mujer le sonreía a su paso. Destivelle habló por su teléfono móvil, y luego Delage y él entraron en la habitación de altos techos de donde se habían asomado. A pesar de las palabras de Halder, yo estaba seguro de que Jane aún se encontraba en algún lugar de la Villa Grimaldi, como me había dicho Zander.

Subí los escalones hacia la terraza superior y me dirigí hacia la entrada, donde había señales que indicaban los aseos. Un sirviente vestido con una librea de brocado vigilaba la escalera y se apretaba los elásticos de sus guantes blancos.

—*Les toilettes?*

—*Tout droit, monsieur.*

En ese momento se abrió la puerta del lavabo de mujeres y salió una joven actriz alemana. Bromeó con el sirviente y se dejó admirar el *décolletage.*

Fui hacia la escalera y subí por la alfombra color granate. Ya había llegado al rellano cuando el sirviente volvió en sí y me gritó:

—*Monsieur, c'est privé...*

Sin interrumpir mi ascenso, le contesté:

—*Monsieur Destivelle, troisiéme étage?*

Me saludó con la mano y dejó que siguiera, demasiado aburrido para subir la escalera en pos de mí. Fui hasta la primera planta y pasé ante los espléndidos servicios, con techos dorados y muebles imperio. En el salón comedor, las mesas ya estaban dispuestas con los cubiertos del desayuno. Se abrió la puerta de la despensa y me llegó el griterío del personal de la cocina, entremezclado con el fondo de música que retumbaba en la terraza. Un camarero canturreaba, mientras ponía unas vinagreras de plata sobre un carrito, pero hizo caso omiso de mí cuando pasé ante él para volver a la escalera.

La planta siguiente parecía estar en desuso, y unas planchas de teca impedían el acceso a los oscuros corredores. Subí hasta el tercer piso, y me encontré en una gran sala de estar iluminada por grandes arañas en el techo. Cerca de allí se oían voces, masculinas y multilingües. En una cámara lateral había una mesa laqueada con mapas y fotografías aéreas, y me detuve a estudiar una proyección en detalle de la llanura del Var entre Niza y Grasse. Los terrenos arrendados, señalados en rojo, definían el plan de expansión de Edén-Olimpia, que la convertiría en una vasta urbanización aún más grande que la propia Cannes.

Delante de mí, las puertas abiertas de un pasillo daban a un salón. Un hombre vestido de etiqueta y sentado en una silla dorada miraba televisión. Sin darse la vuelta, levantó una mano y me invitó a pasar. Me dirigí hacia mi propio reflejo en el espejo de la repisa; la corbata de crespón proporcionada por Francés pendía de mi cuello como el pañuelo de un poeta.

—Pase, Paul... Esperaba que me encontrase aquí.

Wilder Penrose me recibió afablemente, levantando su inmenso cuerpo de la silla. Como siempre, me sorprendía lo contento que parecía al verme. Se puso de pie y me dio un abrazo, palpando los bolsillos de mi esmoquin como si buscase un arma oculta. Me dio una palmada suave en la mejilla, perdonándome por el leve subterfugio que me había permitido entrar en la villa. Una vez más, comprendí que mi papel era el de un hermano menor, ingenuo e impresionable.

—Hágame compañía, Paul. —Con el mando a distancia señaló una silla cercana.— ¿Qué tal está la fiesta?

—Agotadora. Tendría que haber pedido una silla de ruedas. ¿El sirviente le dijo que había subido?

—La seguridad, Paul, nos obsesiona. Usted entra vestido i 011 un traje de asesino y pregunta por el gerente. Tiene suerte de que no le hayan disparado.

—Busco a Jane. Debe de andar por aquí.

—Está descansando en una habitación. Le explicaré dónde podrá encontrarla. —Penrose volvió a mirar la pantalla de televisión.— Pero antes de irse échele un vistazo a este material. Las cámaras manuales son muy inestables, pero al menos puede darle una idea de lo que pasa.

—¿Son clases de terapia... recientes?

—Claro. Los equipos están en buena forma.

Apretó el mando a distancia. Al presionar el botón de avance rápido, pasó ante los ojos una secuencia de imágenes violentas, una mezcla confusa de coches a toda velocidad, pies que corrían, puertas saltando de las bisagras, árabes sorprendidos en sus alcobas y mujeres conmocionadas con la vista clavada en camas desarregladas. El volumen estaba bajo, pero alcancé a oír los gritos y los porrazos. Los faros de un coche iluminaron un aparcamiento subterráneo, donde tres hombres de piel olivácea yacían en el suelo con la cabeza en un charco de sangre.

—Un material brutal... —Penrose hizo una mueca de asco y apagó el vídeo; pareció aliviado al ver la pantalla vacía.— Cada vez se hace más difícil dirigir las clases de terapia. Ya hemos visto suficiente.

—No se moleste por mí.

—Pues... ya ha visto demasiado. Es malo para su moral.

—Me conmueve. Debe de ser la única película censurada en Cannes. Comoquiera que sea, lo pillé mirando unos fragmentos realmente desagradables.

—No olvide el contexto, Paul. Tiene que verlo dentro de su marco terapéutico. La cirugía cardíaca rutinaria puede parecer muy fácilmente una pesadilla. Los vídeos son engañosos; están sedientos de rojo y hacen de todo un baño de sangre. —Dándose cuenta de que su esfuerzo por convencerme era desmesurado, agregó:— Es por una buena causa, por Edén-Olimpia y por el futuro. Más ricos, sanos y satisfechos. Y mucho más creativos. Valdrán la pena unos cuantos sacrificios si producimos otro Bill Gates u otro Akio Morita.

—A las víctimas les gustará oírlo.

—¿Sabe una cosa?, es muy posible que les guste. Delincuentes comunes, *clochards,* putas enfermas de sida; todos esperan ser maltratados. Al satisfacer sus expectativas inconscientes, en realidad les hacemos un favor.

—Así que la terapia es también para ellos...

—Bien dicho. Sabía que lo entendería. Ojalá todo el mundo lo hiciera. —Por un momento, Penrose pareció abstraído mientras se mordisqueaba la uña del pulgar.— No es fácil vigilar de cerca cómo marchan las cosas. Percibo un cambio de dirección. Muchos de los equipos están empezando a ver las clases de terapia como si fueran acontecimientos deportivos. Intento explicarles que no me interesa dirigir una liga de fútbol. Lo que quiero es que usen la imaginación, no las botas ni los puños.

—Zander estaría de acuerdo con usted. Cree que los está infantilizando.

—Ah, sí, Zander... Su idea del crimen viene acompañada de una cuenta secreta en un banco suizo. No puede entender por qué estamos desarrollando todos estos conocimientos prácticos sin darles un buen uso. En cierto sentido, es un tipo peligroso.

—¿Pero no tiene razón? Todos los juegos infantilizan, sobre todo si uno juega con su propia psicopatía. Empieza a soñar con el *Übermensch* y acaba manchando de mierda las paredes del dormitorio.

—Es cierto, Paul. —Con aire solemne, Penrose me cogió la mano, asintiendo con la cabeza en dirección a la pantalla oscura del televisor.— Los equipos tienen que trabajar más y aprender a abrirse paso por lo más oscuro de su corazón. Detesto hacerlo, pero he de apretar las clavijas hasta que las cuerdas estén tensas de ira...

Se dirigió a la ventana y observó un cohete que atravesó la noche con un silbido para luego explotar con una llamarada de luz carmesí. Una súbita animación le iluminó el rostro y volvió a desvanecerse cuando el cohete se precipitó a tierra. Parecía más abatido que cuando lo conocí, frustrado por los lentos reflejos de los altos ejecutivos y su declinante voluntad de locura. Sentado en ese lujoso salón, Penrose se sentía cercado por la cautela de la mente ejecutiva. Aunque yo detestaba todo lo que él había hecho y me detestaba a mí mismo por no haber puesto sobre aviso a las autoridades francesas, Penrose casi me daba lástima. Enfangada en su mediocridad, la raza humana nunca sería lo bastante demente para Wilder Penrose.

—Bien, Paul... ¿Así que está buscando a Jane?

—Halder la vio hace un rato. Dijo que estaba cansada.

—La película fue un calvario. A los banqueros suizos les falta el toque popular; la única gente que conocen son millonarios y criminales de guerra. Y Jane trabaja demasiado. Debería participar en uno de nuestros nuevos grupos de terapia para mujeres.

—¿Ya los hay?

—Paul, era una broma... o al menos eso creo. —Me acompañó a la puerta, como el socio mayor de un club a su huésped favorito.— En el caso de las

mujeres, el sistema de la psicopatía impuesta ya está en funcionamiento: son los hombres.

Me detuve junto a la mesa con los mapas y la visión de una gran Edén-Olimpia.

—Con respecto a apretar las clavijas, Wilder, ¿los asesinatos que hemos visto son parte de eso?

—¿Asesinatos?

—El vídeo que estaba viendo. Los tres árabes del aparcamiento parecían *más que muertos.*

—No, Paul —dijo Penrose, agachando la cabeza y evitando mirarme a los ojos—. Le aseguro que todos se han recuperado. Como de costumbre, les dimos un montón de francos. Piense en esta gente como extras de una película, que reciben dinero por unos minutos de incomodidad.

—Pues lo intentaré. ¿No hubo asesinatos, entonces?

—No. ¿Quién le ha metido esa idea en la cabeza? Tenga cuidado con Zander. Es un hombre descontento, motivado por un hondo resentimiento. Tiene hábitos de lo más desagradables. Puede que sea el único psicópata innato de Edén-Olimpia.

—Y es nuestro propio jefe de policía.

—Por desgracia, hay una larga tradición en que los dos papeles coinciden. Los jefes de policía son o bien filósofos o bien locos...

Las habitaciones del cuarto piso estaban vacías y a oscuras. Siguiendo las indicaciones de Penrose, atravesé un largo corredor flanqueado por espejos de marco dorado, cuya superficie se había deslustrado en el transcurso del tiempo. En el acceso al lado oeste de la villa, vi unas puertas de roble tallado entornadas. Entré, encendí una lámpara de mesa y me encontré en una sala abarrotada de armas. Las vil riñas cerradas estaban llenas de escopetas y armas deportivas. En una de ellas había seis rifles automáticos de la OTAN; una cadena pasaba por sus guardamontes.

Sobre un caballete, un tablón de anuncios mostraba la lista de actividades del club de tiro de Edén-Olimpia. Los nombres de sus miembros, todos ellos altos ejecutivos del complejo, conformaban distintos equipos rivales, *y* supuse que no tenían nada que ver con Wilder Penrose. En el tablón había fotos clavadas de varios hombres de unos cincuenta años, arrancadas de la sección financiera de un diario local en lengua árabe.

En un rincón, detrás de una de las puertas dobles, había un enorme cubo de basura lleno de lo que en un primer momento pensé que eran blancos de artillería con forma de animales. Examiné unos cuantos bajo la luz, y vi que eran juguetes de peluche que representaban al lirón, al Sombrerero y a la propia Alicia.

Cuando volví a depositar a Alicia en el cubo, los párpados se cerraron sobre su vidriosa mirada, en lo que seguramente era el primer sueño en paz que yo veía en Edén-Olimpia.

Al final *del* ala oeste, lejos de la fiesta en la terraza y de los fuegos artificiales, un camarero salía de una habitación llevando un carrito con bebidas. Me detuve a su lado a contemplar los restos de vasos y servilletas aplastadas. En una copa que contenía el corcho de una botella de champán había una jeringuilla vacía.

—Madame Delage? —pregunté—. ¿La doctora Sinclair?

—Están durmiendo, monsieur.

—Bien, como Alicia... —Le puse unas monedas en la mano, entré en la suite *y cerré* la puerta. Una *lámpara* de pie iluminaba el salón de estar vacío y arrancaba cálidos destellos de una estola de piel que yacía sobre un sillón.

En el ambiente había un recio olor masculino, una mezcla de sudor y esteroides genitales, el rastro inconfundible de un macho en celo. Vi un frasco de Laphroaig sobre la repisa de la chimenea, y supuse que el apasionado pretendiente lo había utilizado para reunir fuerzas y responder debidamente. A los pies de mi gran reloj con asa había charcos de whisky y un programa de cine del Palais des Festivals manchado.

En el baño se oía agua correr. Con una mano en el picaporte, agucé el oído, poco deseoso de sorprender a Simone Delage en el acto de cortarse las uñas de los pies.

—Jane...

La encontré sentada en el suelo de baldosas, entre la bañera y el bidé, con las rodillas apretadas contra el pecho y la mano izquierda colgando bajo el chorro de agua de la bañera. Llevaba una bata de seda negra de hombre que se extendía como una sombra sobre las baldosas blancas. Parecía tranquila, pero en la mejilla tenía la marca de una fuerte bofetada. En el bidé yacía el bolso de charol que usaba como maletín de médico cuando no estaba de servicio, junto a una jeringa.

—Paul... —me saludó con un leve temblor en los labios. Levantó el mentón, me miró a los ojos y a la boca, y luego me cogió las manos, como si necesitara componer por partes una imagen reconocible de su marido. Parecía casi adormecida y hablaba con lengua estropajosa—. Me alegra que hayas venido, Paul. No estaba segura...

—Tenía que venir. Supuse que estarías aquí.

—Esta noche hay demasiadas fiestas en Cannes. Vimos la película de Edén-Olimpia.

—¿Era buena?

—Deprimente. Todo el mundo está tan feliz en Cannes y luego hacen esas películas tan deprimentes. ¿Has visto alguna?

—Una o dos. Ninguna de las que están en competición.

—¿ Deprimentes ?

—Mucho. —Me senté en el borde de la bañera y cerré el grifo. Luego señalé la puerta del dormitorio.— ¿Está...?

—Simone. Está durmiendo en la habitación. —Jane me observó.— Estás muy elegante, Paul. Me gusta tu esmoquin.

—Era de David. Me queda un poco estrecho.

Asintió con la cabeza y me rozó una manga.

—Te queda bien. Póntelo todo el tiempo.

—Me lo prestó Francés Baring. Dios sabe por qué lo ha guardado.

—Para no olvidarse de David. Está por todas partes, ¿no crees? —Se alisó el pelo frente al espejo de pared.— Hay demasiados espejos en esta casa. Paul, dime cómo se hace para escapar hacia adentro.

—No hace falta que escapes. Sólo tómate las cosas con calma. Wilder está de acuerdo con que trabajas demasiado.

—Wilder está de acuerdo contigo en todo. Así haces lo que te dice. —Sonrió con la primera muestra de afecto que le veía desde que habíamos decidido quedarnos.— Querido Paul, te has estrellado con tu avión y ahora no puedes remontar el vuelo...

Escuché el estruendo de música rock, un latido sordo como el de una jaqueca persistente. De golpe sentí un extraño olor.

—Jane, ¿Zander estuvo aquí?

—¿Zander? —Cerró los ojos.— ¿Por qué lo preguntas?

—Lo vi en la terraza. La colonia que llevaba... Volví a olería al entrar.

—Desagradable, ¿no te parece? Dice que le recuerda a Beirut. —Se tocó la magulladura en la mejilla.— No importa, Paul. Aquí arriba en Super-Cannes nada importa.

Le sostuve la mano, fría por el agua del grifo, y vi que tenía la piel rasgada en la muñeca y sangre coagulada.

—¿Te lo hizo Zander?

—Me caí. Zander estaba muy borracho. Cree que está en apuros en Edén-Olimpia.

—Lo quieren echar. Sabe dónde están enterrados los cuerpos y lo han visto afilando la pica. ¿Qué hacía aquí?

—Alain montó uno de sus jueguecitos. No me dijo que Zander iba a jugar.

—¿Qué pasó?

—Lo empujaron a la habitación y cerraron la puerta.

—¿Y tú dónde estabas?

—En la cama. —Jane se encogió de hombros.— Estaba demasiado borracho.

Me senté en el suelo y le acaricié la mejilla magullada.

—Jane, deberíamos irnos.

—¿Ahora? —Agarró el bolso como si se aferrara un salvavidas.— No puedo, Paul. He tomado la medicina.

—¿Toda esta cantidad de diamorfina? Acabarás matándote.

—Estoy bien. —Jane me apretó la mano, en el gesto de una médica que tranquiliza a un pariente angustiado.— Sé cuánto lomar; para eso he ido a la facultad. Todos los médicos de la clínica necesitan algo para relajarse...

—I lagamos las maletas esta misma noche y marchémonos a Londres. Por la mañana estaremos en Lyon. Jane, ya hemos pasado demasiado tiempo en Edén-Olimpia.

—Me quedaré. —Hablaba con voz somnolienta pero firme.— Aquí soy muy feliz. ¿Tú no? Habla con Wilder.

—Ya lo hice. Está abajo, mirando sus películas porno.

—¡Qué afortunado! A mí me toca lidiar con la angustia belga. A su manera, Alain y Simone son bastante mojigatos.

—Te están denigrando.

—Lo sé. Por eso me hice hippy, para ver si me las podía arreglar sola. Pero después me cansé de tanto caftán y de pies sucios, y empecé a estudiar medicina.

—Seguías teniendo los pies sucios.

—Y aun así te enamoraste de mí. No me había lavado en varias semanas. Ahora tengo los pies limpios y otra vez estoy hecha una marrana. Pero hago mi trabajo y eso ya no importa. —Harta de mí, apoyó la mejilla en la pared de azulejos.— Vete, Paul, vete ya... Regresa a Londres.

33 La carretera de la costa

Los fuegos artificiales estallaban en el cielo nocturno: enormes sombrillas de color rubí y turquesa se elevaban sobre Super-Cannes como cúpulas y parecían doseles para el trono de un califa. Como en un sueño inducido por el hachís, se desvanecían en la oscuridad. A lo largo de La Croisette, el parpadeo de los flashes anunciaba el fin de otro estreno, y los faros de los coches resplandecían entre las palmeras mientras la caravana dejaba atrás el Palais des Festivals. Olvidado en lo alto del gentío, el samurai de la azotea del Noga Hilton apuntaba con su espada hacia los restaurantes de la playa, donde las fiestas de los estudios estaban en plena marcha.

Cogí una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba y pensé en Jane, dormida contra el bidé en la suite de la cuarta planta. A pesar de mi rodilla, tenía fuerzas suficientes para arrastrarla a un taxi, meterla en el Jaguar y partir rumbo al norte con nuestros pasaportes. Pero una vez más me asaltaron las dudas, justo cuando había postergado mi decisión de denunciar a Wilder Penrose a la policía. En parte me dolía que Jane ya no me necesitara. Sabía que me abandonaría en la primera estación de servicio de la autopista a París, sin siquiera mirar atrás, y que conseguiría que alguien la llevara de vuelta a Cannes. Si alguien me necesitaba en este momento, era Penrose y su vacilante sueño de una locura social, una versión aumentada de aquel accidente de avión de cuyos restos, como había dicho Jane, aún tenía que liberarme.

La orquesta había subido el volumen de sus amplificadores, llenando el aire de sonidos reverberantes. La estratificación social de los invitados por fin se había derrumbado. En una moderna revuelta de campesinos, los abogados, funcionarios y oficiales de policía habían subido los peldaños que los separaban de la terraza *central, y* habían arrollado a los actores y los agentes de cine. Como si esperaran lo peor, los banqueros y productores de la terraza de arriba daban la espalda a la Villa Grimaldi, como un *anden régime* confrontado con la revolución más temida, una rebelión de sus castas profesionales a sueldo.

Francés Baring y Zander estaban solos en la terraza de abajo, bailando junto a la piscina. Zander sostenía su chaqueta como la capa de un torero e invitaba a Francés a que arremetiera. Para seguir con el juego, ella dejó que la persiguiera alrededor de la piscina, bajo la mirada atenta de Halder, que estaba sentado en el trampolín, casi invisible sobre el fondo de la noche.

Al verme, Francés me saludó con su bolso en alto. Luego le susurró algo a Zander, esquivó sus manos torpes y salió corriendo de la piscina. Fue a mi encuentro y me dio un abrazo que hedía a colonia de Zander.

—Paul, nunca se te ocurra bailar con un policía secreto. Debo de estar embarazada. ¿Te importa si nos vamos?

—Ya nos vamos. —Estaba contento de verla, pero me volví hacia Zander, que intentaba ponerse la chaqueta.— Sólo un momento.

—¿Qué ocurre, Paul?

—Tengo que hablar con Zander. —Flexioné los hombros.— Va a ser el primer policía al que doy un puñetazo.

—¿Por qué? —Francés me agarró del brazo.— Era una broma. Pareces un padre Victoriano. Si apenas me tocó.

—Tocó a Jane. —Aguardé mientras Zander venía hacia nosotros, sonriendo con su corrupto encanto, como si la verdadera noche entre nosotros dos estuviese a punto de comenzar.— Francés, espera aquí. No tardaré.

—¡Paul! —Gritó por encima de la música, sacudiendo la cabeza al ver que Halder avanzaba tras su jefe.— Estoy demasiado cansada para mirar cómo os peleáis los tres.

—De acuerdo. —Vi que Halder levantaba una mano en señal de advertencia. Podía arreglármelas con Zander, pero Halder era demasiado para mí.— Nos vamos. Creo que hablaré otro día con Zander...

—¿Jane está bien? —Francés me llevaba por el sendero hacia el aparcamiento.— ¿Qué le pasó?

—Nada. Zander se puso un poco pesado.

—Lo siento. —Francés le dio el tique a los mozos del aparcamiento y se agarró a mí.— Olvídate de Zander. Él no es importante. Nada de eso importa.

—Eso es lo que dijo Jane. Y yo casi lo creo...

Bajamos en coche hacia el portón, en fila detrás del Cadillac del embajador saudita. Tratando de no pensar en Zander, comprendí que había vuelto a ceder ante ese poderoso *statu quo* que era Edén-Olimpia. El complejo establecía sus propias reglas y había conseguido ahogar nuestras emociones. La violencia y la agresión sólo se permitían dentro del régimen terapéutico que administraba Wilder Penrose, como dosis racionadas de un remedio raro y peligroso. Sin embargo, una juerga junto a la piscina de la Villa Grimaldi, ante la vista de los jueces y jefes de policía, con Halder algo histérico y Zander revolcándose en la parte honda, habría sido un escándalo de proporciones casi surrealistas, una auténtica lucha por la libertad. Estuve a punto de pedir a Francés que diéramos marcha atrás.

—Paul... —Me dio unos golpecítos en la rodilla herida para sacarme de mi ensueño.— Mira allí arriba...

Indicó el parque ajardinado cerca de la entrada lateral a la Villa Grimaldi, donde habíamos aparcado tras el asalto a la Fundación Cardin. Dos Mercedes negros inmaculados estaban atravesados sobre los arriates, como recién salidos de un salón de exposiciones. Detrás había una ambulancia comercial con las cortinas corridas y las luces apagadas; el conductor y el enfermero dormían en el asiento delantero.

Francés buscó a tientas el interruptor de las luces altas, para ver los números de la placa de la ambulancia.

—Toulon. —Parecía desconcertada por el descubrimiento.— Te dije que habían alquilado un *montón* de *coches. ¿Para* qué traer una ambulancia desde Toulon?

—¡Mira hacia delante! —Sostuve el volante y evité que chocáramos *contra* el Cadillac.— La *ambulancia está aquí para* la fiesta. May que mantener con vida a esos viejos banqueros cueste lo que cueste. Mientras haya pulso, correrá el dinero.

El motor se paró y Francés volvió a arrancar con torpeza.

—Esta noche ocurrirá algo, un *ratissage*...

—Penrose me lo habría dicho. Quiere que me involucre.

—Sólo en las divertidas, las bromas de golpes y porras. Pero ésta va en serio. ¿Penrose estaba aquí? Nunca va a las fiestas.

—Francés, tranquilízate... —Aparté su mano de la palanca de cambios, intentando calmarla.— Estaba arriba, mirando sus vídeos. Cosas de muy mal gusto. Está empezando a recetar una terapia realmente violenta.

—Pues entonces haz algo. Había por lo menos seis jueces importantes en la fiesta.

—Y varios comisarios de policía. Yo aparezco en buena parte del material. No quiero pasar los próximos diez años en una cárcel de Marsella. Además, ellos hacen la vista gorda. Nunca lo admitirán, pero la clase alta francesa es profundamente racista.

Salimos por el portón de la Villa Grimaldi y nos pusimos en marcha por el camino alto del acantilado. A pesar de su nerviosismo, Francés conducía sin prisa, reacia incluso a ir más rápido que en segunda. Yo me recosté y dejé que el aire de la noche se llevara los últimos restos de la colonia de Zander.

Cuando llegamos al camino de Vallauris, Francés se detuvo ante el semáforo en verde y miró por el espejo retrovisor.

—Francés, vamos.

—Alguien nos sigue.

Miré hacia atrás, al camino a oscuras, iluminado fugazmente por una salva de fuegos artificiales. Un coche con las luces cortas se acercaba a nosotros, zigzagueando del borde al carril del centro, como si el conductor tuviera problemas de visión nocturna.

—Paul.

—No pasa nada. Busca la villa de alguien.

—No. Nos está siguiendo. El coche tiene placa de Edén-Olimpia.

El coche, un Audi gris, estaba a cincuenta metros de nosotros cuando el semáforo se puso rojo. Francés soltó el embrague y cruzó la intersección vacía, para luego girar a la derecha en dirección a Golfe-Juan. El conductor del Audi pasó la luz roja y en el último momento giró en pos de nosotros con tal brusquedad que la rueda derecha rozó el bordillo.

Señalé la primera calle lateral.

—Dobla a la izquierda. Seguirá de largo.

Giramos para tomar una avenida flanqueada de casas pequeñas con cuidados jardines. El Audi se detuvo, como si el conductor no estuviera seguro de adonde habíamos ido. Luego salió del camino de Vallauris y reanudó su persecución sin demasiada prisa.

—Tienes razón —le dije a Francés—. Nos sigue de cerca. Es probable que sea un amiguete de Halder que te vigila por rutina. No es más que un aficionado. Pronto lo perderemos de vista.

—¿Cómo sabes que es un hombre? Podría ser una mujer.

—¿Te refieres a Jane? Estaba colgada; ni siquiera podía cerrar el grifo de la bañera. De todos modos, no le importa nada de nosotros.

Me di la vuelta para observar el Audi. Vi cómo derrapaba en la curva de la avenida y con el espejo lateral golpeaba una furgoneta aparcada. El conductor recuperó el control y enderezó el coche, pero pronto volvió a perderlo y zigzagueó de izquierda a derecha.

Ante nosotros, al final de la avenida, estaba la RN7, la autopista de la costa que va de Cannes a Golfe-Juan, iluminada como en pleno día. Pasamos bajo el túnel y nos detuvimos en el cruce. En el resplandor ambarino de las luces de sodio, vi que nuestro perseguidor se detenía treinta metros más atrás. De la ventanilla del conductor surgió una mano que intentaba poner el espejo roto en su lugar.

—Francés, pareces agotada. —Preocupado, traté de tomar el control.—Detente aquí. Me bajaré e iré a hablar con él.

Pero Francés aceleró y tomó la carretera de la costa rumbo a Juan-les-Pins y Antibes. Aferrada al volante, no dejaba de mirar hacia atrás, como si huyera de la noche.

—Francés, ve más despacio.

—Ahora no, Paul. Nuestro amigo no está solo.

Unos metros detrás del persistente Audi venían dos grandes limusinas Mercedes, similares a las que habíamos visto en la Villa Grimaldi. Mientras el Audi nos perseguía, ellos avanzaron por la RN7 con las luces bajas, una limusina pegada detrás de la otra. El conductor del Audi, ignorante al parecer de su escolta negra, seguid forcejeando con el espejo retrovisor.

Pasamos por la casa del viejo Ali Khan, detrás de las vías del ferrocarril, un fantasma del *art déco* que se erguía sobre la playa. La carretera cruzaba las vías y seguía hacia el puerto y los bares de la costa de Golfe-Juan. Francés apretó el acelerador y lanzó el pequeño BMW hacia delante a toda velocidad. En el último momento, cuando llegamos al puente del ferrocarril, clavó los frenos. Ahora el Audi había quedado a cien metros de nosotros y los Mercedes intentaban echarlo de la carretera. Vi alzarse una mano fuera de la ventanilla, y las luces del Audi titilaron cuando la poderosa limusina golpeó el parachoques.

—¡Frena ahora, más! —Inclinándome hacia Francés, apagué las luces, le arrebaté el volante y giré bruscamente el BMW hacia el camino de la playa. Nos precipitamos en el aparcamiento del Tétou y nos paramos en seco, lo que sobresaltó al joven vigilante que dormitaba en un Bentley descapotable.

El Audi pasó de largo a toda velocidad, con su fornido conductor encorvado sobre el volante, seguido de los dos Mercedes, que hacían sonar estrepitosamente sus bocinas. Demasiado jadeante para hablar, Francés hizo un gesto con la mano para que el atónito vigilante nos dejara en paz. Reclinada en el asiento, contempló a los comensales que cenaban en un restaurante al otro lado de la calle. Parecía aturdida pero aliviada, como si acabase de completar un estimulante circuito en un parque de atracciones y estuviera lista para regresar a la multitud de paseantes. Se alisó el cabello, consciente de que yo la observaba con atención.

—¿Qué pasa, Paul?

—Nada. Vámonos. Han seguido por el camino de la playa hacia Juan. Los seguiremos.

—¿Por qué? Los acabamos de perder, gracias a Dios. Esos enormes coches dan miedo.

—No nos seguían a nosotros. Iban tras el Audi. Tenías razón desde el principio: es un *ratissage*...

Bajo la mirada perpleja del vigilante, salimos del aparcamiento del Tétou y nos pusimos en marcha hacia Golfe-Juan. A pesar del festival de cine, la mayoría de los restaurantes frente al puerto deportivo habían cerrado por la noche. Un grupo de invitados a una fiesta a bordo de un yate bajaban tambaleándose por la escalerilla.

—Se han ido. —Francés escudriñaba la oscuridad buscando una bocacalle.— Regresaremos a la RN7.

—Están allí delante. Quiero ver lo que pasa.

—¡Olvídalo! ¿Reconociste al del Audi?

—Sería un dentista cansado camino de su casa.

—Pero nos siguió. ¿Por qué?

—Te siguió a ti, no a nosotros. Una rubia que regresa del festival con su chulo. Nuestros equipos de bolos lo habrán visto y no les cayó bien. Tenía aspecto de magrebí, así que le darán una lección de respeto racial.

No del todo convencida, Francés siguió por la costa a oscuras. En el borde oriental de Golfe-Juan había un complejo de apartamentos que se erigía donde antes había habido una fábrica de cerámica que alguna vez yo había visitado con mis padres. El Audi estaba girando en una rotonda cercana, perseguido por uno de los Mercedes, que casi volcó cuando aceleró para chocar contra la parte posterior del Audi. El segundo Mercedes le cerró el paso del camino de vuelta a Golfe-Juan. Sus faros alumbraban un juego violento, un derby privado de destrucción que tenía lugar bajo las palmeras. Sobre el camino había esquirlas de vidrio, procedentes de los faros traseros del Audi, que salían disparadas al paso aplastante de los neumáticos.

—Detente un momento. —Traté de calmar a Francés, que parecía conmocionada por los choques brutales.— Está decidido a rebasarlo y huir...

El Audi se apartó de la rotonda, chocó contra el bordillo y se marchó rumbo a Juan-les-Pins. Los dos Mercedes se precipitaron tras él, con los motores bramando como elefantes y los faros apuntando a su presa.

—Francés, sigamos.

—¿Por qué? —Estaba tiesa frente al volante, con la cabeza baja.— Están locos, Paul...

—Tratan de ser locos. Necesitamos más pruebas.

—¿Pruebas? —Francés manoseó nerviosamente la palanca de cambios.— Como si no te bastara con lo que ya hemos visto.

—Tú sigue.

luimos tras la alocada caravana siguiendo el camino de la playa. Las olas rompían en la franja de arena y la espuma lamía los restos de latas de cerveza y aletas de goma donde el viejo Picasso había jugado alguna vez con Dora Maar y sus niños. La luz del faro de La Garoupe barría la costa, iluminando los bares cerrados de la playa y la pequeña medianera que separaba ésta de la calle.

Francés disminuyó la velocidad cuando una de las limusinas se colocó junto al Audi, y empezó a darle golpes laterales mientras el segundo Mercedes aceleraba y frenaba, arremetiendo contra el parachoques trasero. A

nuestra izquierda, más allá de la línea del ferrocarril, estaba el complejo de apartamentos de Antibes-les-Pins. Había una sola luz encendida en los balcones, un vecino insomne de Isabel Duval que estaría solo en su piso de alta seguridad. Miré a los balcones, distraído por el súbito estruendo del expreso Niza-París que apareció en medio de la oscuridad. Pasó junto a nosotros como un rayo, con un bramido de rieles de acero, y luego salió disparado hacia la noche.

Aturdida por el ruido, Francés perdió momentáneamente el control del coche. Se aferró al volante y gritó:

—¡Va a chocar!

—¿Dónde?

Señaló un punto más adelante en el camino, donde las luces rojas brillaban con alarma. El Audi pasó el bordillo, chocó contra la medianera, giró en el aire y cayó en la playa.

Le quité el volante a Francés y dirigí el BMW hacia el paso de peatones. Los dos Mercedes giraron bruscamente hasta detenerse del todo, y cuando apagaron las luces parecieron desvanecerse un instante en la oscuridad. Paramos junto a un bar abandonado, con las paredes de madera cubiertas de carteles desteñidos del festival de jazz de Juan. Apagué el motor y salté a la medianera. Francés seguía rígida frente al volante, con la vista fija en el panel de controles. Tocó la palanca del freno, como convencida de que su torpeza al conducir había sido la causa del accidente.

Alejándome de ella, bajé hasta la playa y dejé que el frío mar me lamiera los pies, empapando las suelas de yute de las alpargatas. Corrí por la arena oscura, mientras el aire nocturno se filtraba por las costuras abiertas del esmoquin de Greenwood.

El Audi estaba volcado sobre la arena, y las llamas se elevaban desde el motor. Cuando las olas se retiraron, vi que el cuerpo del conductor estaba atrapado bajo el asiento de atrás, con un brazo aprisionado contra la ventanilla del acompañante. Las llamas moribundas chisporroteaban en el agua que rodeaba al coche.

Dos hombres de esmoquin bajaron del primer Mercedes, saltaron sobre la medianera y fueron hasta el borde del agua, donde uno empezó a filmar la escena con una cámara de vídeo, aguardando a que el faro de La Garoupe iluminara la escena. Cuando llegué a unos veinte metros, giró la cámara y me filmó mientras yo me detenía un instante, exhausto, con mis alpargatas empapadas y de espaldas a las luces de Golfe-Juan. Fui hacia ellos, indicando con gestos al conductor atrapado, pero los dos hombres subieron por la playa y regresaron al coche.

—¡Paul, ayúdalo!

Francés se acercaba corriendo por la arena, con un zapato de tacón en cada mano y los músculos de la garganta tensos mientras jadeaba en el aire de la noche. Se metió en el agua y señaló el coche con los zapatos.

—Dios mío, lo han matado...

La sostuve mientras las olas rompían a la altura de nuestras rodillas y la conduje a través de la resaca del mar hasta la playa. Un vehículo con la luz titilante de emergencia venía por el camino de Golfe-Juan y se paró al acercarse al coche en llamas.

—Paul, es la policía... Habla con ellos.

—No es la policía. —Miré a los ocupantes que bajaban del vehículo.— Es la ambulancia que tú contrataste. La que vimos en la Villa Grimaldi...

Nos quedamos de pie en el borde del agua mientras los auxiliares médicos sacaban al conductor muerto del Audi. Era un hombre grande y gordo de unos cincuenta años, con la piel tan pálida como si hubiera estado sumergido en el mar durante varios días. El esmoquin le colgaba de un brazo, y allí, desplegado en el suelo, parecía el ala de un pájaro ahogado. Los auxiliares lo colocaron boca arriba y empezaron a hacerle presión sobre el pecho. En el cuello de la bata blanca llevaban impreso el nombre y el teléfono de un servicio de ambulancias de Toulon. EI muerto era Pascal Zander.

Miré los ojos de Zander. Antes tan agudos y malévolos, ahora miraban el vacío, y las pupilas apagadas eran como ventanas vacías. La espuma de las olas se llevaba todos los recuerdos de su vida profesional, los códigos secretos y los delitos menores. Uno de los auxiliares, un joven rubio con aspecto de surfista, me señaló con un dedo que estaba pisando una mano de Zander. Miré sus rollizos dedos, vi las marcas de la suela de mis alpargatas, y pensé que pocas horas antes habían acariciado los pechos de mi mujer.

Desistiendo en su intento por revivir al muerto, los auxiliares regresaron a la ambulancia, donde encendieron un cigarrillo y hablaron por radio. Oí que Francés resollaba junto a mí, y al volverme la vi correr por la playa en dirección a su coche.

—¡Francés, espera! Llamaremos a la policía...

La seguí al BMW con sus zapatos en la mano. Estaba a unos cincuenta metros cuando oí que arrancaba el motor. Francés me dijo adiós con la mano y se alejó de la acera para rebasar a la ambulancia. Las olas reflejaban una luz pálida sobre su rostro, casi rígido del susto. Giró alrededor de las dos limusinas Mercedes y salió a toda velocidad rumbo a Juan-les-Pins.

A un kilómetro de distancia, más allá del puerto deportivo de Golfe-Juan, la sirena de un coche de la policía ululaba en la noche. El conductor del segundo Mercedes se bajó para abrir la puerta del pasajero, invitándome a

subir. Volví a mirar al muerto sobre la arena, su cuerpo grueso que se desinflaba. Las mangas flotantes del esmoquin se agitaban cuando las olas bañaban la playa, como indicando al mar la presencia de la muerte. Me llevé los zapatos de Francés a la cara y olí las plantillas perfumadas y el aroma fresco a salmuera.

El chófer esperó a que saltara por la medianera y me dirigiera al Mercedes. Bajo la chaqueta de bolos llevaba un traje de etiqueta, y al acercarme le vi la cara y los ojos brillantes.

—¡Halder! ¿Qué hace aquí?

—Es hora de irnos, señor Sinclair.

—¿Usted conducía el coche? Pensé que usted protegía a Zander...

Señalé al muerto en la playa, mientras las olas le mojaban el torso desnudo. Halder no tenía expresión en el rostro. A la luz de los faros del coche de policía que se aproximaba, parecía un espectador harto por la escena que lo rodeaba, por el Audi volcado, el cuerpo y las olas. Demasiado abstraído para hacerme frente, se había distanciado de todo juicio sobre los hechos.

—Nos vamos, señor Sinclair. —Hizo un gesto indicando la puerta abierta del pasajero.— Es mejor que venga con nosotros.

Una mano fuerte surgió del asiento de atrás y me cogió de la muñeca. Demasiado cansado para oponer resistencia, me dejé arrastrar al coche.

—Paul... —Alain Delage me atrajo hacia el asiento plegable.— Me alegro de haberlo esperado. Le dije a Jane que vendría con nosotros.

Cuando me senté, Delage sonrió con esa compasión estudiada del marinero que se estira desde la lancha salvavidas para ayudar al superviviente de un naufragio.

Frente a mí, apretujadas en el asiento de atrás, estaban Jane y Simone Delage con la cámara de vídeo sobre la falda. Jane tenía puesta aún la bata de seda negra y se apoyaba medio dormida en el hombro de Simone. Al reconocerme, levantó una mano en señal de bienvenida y apenas movió ligeramente los labios macilentos. Me di cuenta de que aún llevaba los zapatos de Francés Baring y los puse en el suelo, a los pies de Delage.

Medio kilómetro por detrás de nosotros, los reflectores de la policía iluminaban las chabolas de la playa. Cuando Halder arrancó el motor del Mercedes, golpeé con los nudillos el cristal que nos separaba.

—Alain, la policía está en camino. Tenemos que hablar con ellos.

—Ahora no, Paul. —Delage le hizo señas a Halder.— Los de la ambulancia les contarán todo. Ha sido un día muy largo para usted...

Se recostó en el asiento, y me di cuenta de que parecía más grande y seguro de sí mismo de lo que recordaba. El Audi volcado se había hundido

aún más en el agua, y los auxiliares médicos regresaron a la playa. Se agacharon junto al jefe de seguridad muerto y le tomaron una muestra de sangre del muslo. El esmoquin de Zander se le había desprendido por fin del brazo y flotaba a la deriva, navegando entre las olas, como si quisiera alcanzar la seguridad del mar abierto.

Aceleramos nimbo ;i una noche aún más oscura.

34 Apuntes en clase y un tango

—Señor Sinclair, nos ha ayudado mucho. —El sargento Jucaud se detuvo junto a la puerta y guardó el cuaderno de notas en el bolsillo.— Pascal Zander era un gran amigo de la policía de Cannes.

—Como él solía decir, me alegra poder decirle lo que sé...

Le di la mano al joven detective y lo seguí con la vista mientras volvía a su coche. Se detuvo ante el Jaguar, para admirar sus líneas, y se agachó junto al lado trasero. Algo fuera de lo común había cautivado su mirada de experto. Con una pequeña navaja raspó una mancha de pintura en el parachoques de cromo, luego la expuso a la luz del sol y se despidió con gesto tranquilizador. Las variadas abolladuras y rayas que marcaban la venerable carrocería del Jaguar eran demasiado leves como para sugerir que el coche hubiera estado en un choque grave. La delatora mancha de pintura se debía seguramente a la puerta de fibra de vidrio de Wilder Penrose, que aún conservaba la marca del choque como la cicatriz de un duelo. Además, como bien sabía el sargento Jucaud, yo no habría podido empujar el Audi marcha atrás hacia el mar.

Procurando no perder la calma y satisfecho por la primera acción estimulante del día, le devolví el saludo. Esperé a que se alejara y después me dirigí a la piscina. Vi mi reflejo en el agua y traté de aceptar el hecho de que había hablado durante veinte minutos con el sargento y no le había dicho ni una sola palabra sobre la verdadera causa de la muerte de Zander.

Una avioneta publicitaria hacía su recorrido matinal por Edén-Olimpia, anunciando un campo de tiro al plato en las colinas que se alzaban más allá de Grasse. Me acosté en la terraza para aguardar a que disminuyeran la culpa y el dolor de mi rodilla. Reparé en las pisadas aún húmedas que había dejado Jane sobre las baldosas, y pensé en los zapatos de Francés Baring, con un olor a mar de medianoche, envueltos en una bolsa de plástico en el maletero del Jaguar.

En los cinco días que siguieron a la muerte de Zander, Francés no había regresado a la oficina. Su secretaria me dijo que había tomado un permiso de dos semanas, pero el teléfono en Marina Baie des Anges estaba desconectado. Tenía aún frescos en mi memoria el grito de horror que había

lanzado cuando reconoció el cuerpo sin vida de Zander y su pánico mientras corría a ciegas hacia su coche. Necesitaba volver a verla y asegurarle de alguna manera que la muerte de Zander había sido un accidente. En gran medida, ya me había convencido a mí mismo.

Una velada fatal que se había convertido en una noche aún más extraña. Me acordé del viaje de vuelta a Edén-Olimpia. Demasiado aturdido para pedirle a Halder que parara el coche y denunciara el incidente a la policía, yo contemplaba la noche, las gasolineras y los supermercados cerrados, mientras Alain Delage guardaba silencio y las dos mujeres se acurrucaban en la parte de atrás del Mercedes, un refugio seguro en un mundo de hombres violentos. Simone miraba a Jane con aire protector, como una madre a un niño cansado, y me hizo un gesto disuasorio cuando intenté cogerle las manos.

Cuando llegamos a Edén-Olimpia, yo esperaba que hubiera un destacamento de la gendarmería aguardando por nosotros. Demasiado cansado para tomarme la última copa con ellos, subí a mi dormitorio y me quedé dormido con la luz encendida. Me desperté una hora después y oí los aspersores funcionando debajo de mi ventana. De la terraza venía una música de baile, el dulce son de un tango de los años cuarenta. Bajé la escalera, llevando aún el esmoquin de David Greenwood con restos de algas marinas, y vi que Jane había resucitado. Bailaba con Halder, que en ese momento la arqueaba hacia atrás, apoyada sobre su muslo.

Los Delage estaban sentados en sillones contiguos, observando el baile como empresarios del espectáculo que presencian el ensayo de un nuevo musical, una historia de amor trágico que se desenvuelve en un salón de baile venido a menos de Buenos Aires. Halder se movía con su gracia habitual, pero parecía incomodo, sabiendo de sobra que el baile continuaría aún después de acabada la música. Alain Delage filmaba el tango; detrás de la cámara tenía la misma expresión que ya le había visto durante la paliza a los vendedores de baratijas africanos.

Comprendí que preparaban un blanco. Atravesé una nube de humo y rodeé con un brazo a Jane, que se movía en su propio sueño profundo y apenas pareció notar que su compañero había cambiado. Reaccionó a mis torpes pasos con una sonrisa, como si reconociera a un viejo conocido que hubiera aparecido fugazmente en su vida. Pero Halder me hizo una reverencia desde la puerta, perfectamente consciente del peligro a que había estado expuesto.

Alain Delage se había hecho cargo de la seguridad de Edén-Olimpia, y el alumno modelo de Wilder Penrose era ahora su colaborador más entusiasta. El contable introvertido y timorato, que tanto despreciaba Francés Baring, se había convertido en un sociópata muy seguro de sí mismo.

Yacía en la terraza, mientras escuchaba a Jane en la ducha, feliz de haber compartido un desayuno tardío con ella. El sargento Jucaud había llamado a las siete, lo cual había atrasado el inicio de su jornada y nos había ofrecido una pequeña esperanza para reavivar un matrimonio que se iba apagando. Sentado con nosotros en la cocina, el sargento me interrogó sobre el «estado mental» de Zander, un eufemismo de «ebriedad». El análisis de sangre del difunto había indicado un alto nivel de alcohol en su organismo. No había testigos del accidente, nos dijo Jucaud, y parecía probable que Zander hubiera perdido el control de su Audi y encontrara la muerte a solas en la arena nocturna.

Jane asentía en señal de aprobación, pero me sorprendió enterarme de que había sido ella quien había firmado el certificado de defunción. Según la versión oficial de los hechos, mientras ella conducía por la carretera de la costa vio a los auxiliares médicos junto al coche volcado, bajó y confirmó que Zander había muerto por lesiones graves en la cabeza y el pecho.

Escuché atentamente sin hacer comentarios. El sargento Jucaud se había graduado en una escuela de élite de la policía, y ciertamente no formaba parte de una conspiración entre Edén-Olimpia y la policía de Cannes. Pero una brusca observación suya me inquietó. Los oficiales presentes en la Villa Grimaldi habían informado que yo había sido uno de los últimos en hablar con Zander, y que incluso parecía haberlo amenazado.

Jane apareció en la terraza con un traje de lino beige y el pelo atado con una cinta negra de seda. Tenía la taza de café en la mano, pero apenas si le hacía falta el estimulante, pues avanzaba con paso ágil y anfetamínico. Como de costumbre, yo no salía de mi asombro al ver la rapidez con que recobraba su aplomo y su energía. Saludó alegremente al jardinero, monsieur Anvers, y arrojó su galleta a un gorrión que la miraba desde la pérgola de rosas. Volví a sentir por ella el cariño de siempre, una calidez que trascendía a Edén-Olimpia y a cuanto nos había ocurrido.

Al mismo tiempo, la veía cambiada. Había engordado y la piel del rostro parecía gris y fláccida. A menudo se disculpaba por las manchas de sangre en el váter que se olvidaba de limpiar; las atribuía al estreñimiento causado por la diamorfina. Luego tiró distraídamente los restos de café a la piscina.

—Paul, ¿crees que Jucaud quedó satisfecho?

—Nuestras historias coinciden. Sonaste muy convincente.

—No eran historias. Fue un accidente.

—¿Estás segura?

—Yo estaba allí. —Jane echó la cabeza hacia atrás y dejó que el sol se posara sobre su pálida piel.— Lo estábamos rebasando cuando perdió el control. No se lo conté a Jucaud porque habría implicado a todo el mundo.

—Es muy considerado de tu parte. ¿Quién conducía?

—Alain, creo. Zander estaba muy borracho. Todavía olía en la playa.

—Me sorprende que pudieras olerlo desde el coche, si nunca te apeaste.

—Sí que lo hice. —Jane parecía de verdad indignada.— Tanto Alain como Simone dijeron que bajé a la playa con el maletín.

—Pues entonces me lo perdí. ¿Viste el accidente?

—Un poco. Fue muy rápido. Los coches apenas se tocaron.

—No hizo falta. —Observé cómo los restos de café se hundían en el agua.— Tres toneladas de Mercedes negro pisándole los talones... Cualquiera haría lo imposible por quitárselos de encima. ¿Quién estaba en la primera limusina?

—Yasuda y alguien de Du Pont. Y un chófer que nunca había visto.

—Era muy bueno. Fue una conducción ofensiva de lo más experta. Alain seguramente trajo a un especialista en persecuciones de la policía.

—Paul... —Jane me miró a los ojos, como si sospechara que me hubiera excedido en la dosis.— Te estás poniendo obsesivo otra vez. Primero David, ahora el accidente. Fue una tragedia para Zander, pero...

—No le caía bien a nadie.

—Era demasiado gordo para mí. —Jane hizo una mueca, dejando a la vista las pequeñas grietas de su maquillaje.— Con todo, al menos era humano.

—¿Lo bastante humano como para participar en los juegos de Alain contigo?

—Paul, habíamos quedado en no hablar del tema. Es mi manera de relajarme. Os ponéis tan nerviosos cuando nos levantamos la falda... Creéis que mamá va a follar con el lechero.

Le agarré las manos descoloridas, con las uñas melladas.

—Jane, escúchame por una vez. Alain es peligroso. Lo miré a los ojos mientras bailabas con Halder. Vi algo que tus conexiones telemétricas nunca diagnosticarán: el más puro estilo del dueño de una plantación. El Congo belga bajo Leopoldo II, muy cruel y muy racista. Conrad escribió una novela sobre el tema.

—Era un libro asignado en la escuela.

—¿Llegaste a leerlo?

—Los apuntes en clase. Era demasiado siniestro. —Se puso de pie y se estiró la falda.— Llego tarde al trabajo. Paul, ¿por qué no regresas a Londres por un tiempo?

—Tengo que cuidarte.

—Es muy gentil, de veras. ¿Cómo está Francés? No ha habido mensajes en varios días.

—Se ha marchado. Estaba muy conmocionada por la muerte de Zander.

—Búscala. La necesitas, Paul.

—¿Debería casarme con ella?

—Si quieres... Yo me alegraría por ti...

Acompañé a Jane a la salida y la miré mientras daba marcha atrás, admirando la gracia con que hacía los cambios. Estaba muy elegante con su traje de lino, pero noté que tenía una mancha de café en la manga. Me regaló la sonrisa y la lenta bajada de ojos que yo recordaba de nuestros días felices. Nuestro matrimonio acabaría pronto, pero eso no hacía más que reforzar mi voluntad de salvarla.

La rodilla me volvía a palpitar, marcando las horas con tanta precisión como el Big Ben. Estaba sentado en mi cama, en la habitación de Alicia, con el estuche hipodérmico sobre el regazo. Oí el Peugeot de Jane que se alejaba rumbo a la clínica. La tercera había entrado con un crujido al estilo francés, que Jane ya había adoptado. Conducir con calma era un signo de debilidad, un comportamiento excesivamente prudente reservado a los ancianos y enfermos, una reliquia evolutiva que aún persistía en una era más avanzada. Jane pertenecía a una época que aceleraba y frenaba, pero nunca circulaba lentamente.

Por la ventana veía a Simone Delage en su balcón, disponiendo sus cosméticos sobre la mesa como las piezas en un tablero de ajedrez. Tenía la cara cubierta por una gruesa capa de crema, pero la máscara no ocultaba nada. Al día siguiente de la muerte de Zander nos encontramos cuando íbamos en busca de nuestros coches, pero su expresión era tan falta de profundidad como los lagos artificiales de Edén-Olimpia. Sólo la presencia de Jane ponía un soplo de vida en su rostro impasible.

Pero no había nada lascivo en su explotación de Jane. Ella y Alain abordaban los puertos francos del sexo como turistas sofisticados en un bazar extraño, explorando cada callejón que pudiera ofrecer platos atractivos. Para estos viajeros ilustrados, si la misma carne humana fuera un ingrediente, no causaría en ellos más que un leve cuestionamiento de la receta. En Edén-Olimpia, cenaban a la carta a partir de las patologías que Wilder Penrose preparaba especialmente para ellos.

Yo sabía que me veían como a un marido más bien soso y mirón, que gozaba con las infidelidades de su mujer. No parecieron sorprendidos al verme cruzar el humo de marihuana y robar a Jane de brazos de Halder, pues supusieron que yo me había excitado sexualmente cuando los vi bailar juntos. Al presenciar como nuestra esposa tiene relaciones con extraños,

dejamos al descubierto el misterio del amor exclusivo y disipamos la última ilusión de que ninguno de nosotros está solo.

Aparté la vista de Simone y me concentré en la rodilla. Pinché la aguja en el frasquito de calmante, y el líquido blancuzco llenó la jeringa. Mientras revisaba el menisco, mi vista se distrajo con los personajes de Alicia que decoraban la puerta del armario. Carroll había rodeado a su joven heroína de toda clase de amenazas a su cordura, pero ella había sobrevivido a todas con su irrefrenable sensatez.

Meditando sobre esto, pensé en el comentario del sargento Jucaud de que me habían visto en actitud agresiva contra Zander. El detective había dejado pasar cinco días antes de interrogarme, lo cual sugería que su información era parte de un soplo. Había fingido admirar el Jaguar, pero lo que en realidad buscaba eran las huellas de un choque.

¿Me estarían tendiendo una trampa para detenerme como el asesino de Zander? Podían pasar meses, mientras yo cojeaba por el complejo con la mente embotada por los calmantes de Jane, como un animal de laboratorio drogado al que mantienen con vida para darle la última inyección, el sacrificio final en el momento en que haga falta un chivo expiatorio. Podía confiar en que Wilder Penrose me protegería, pero Alain Delage seguramente querría deshacerse de mí para que él y Simone pudieran tener a Jane para ellos solos...

Busqué las venas debajo de la rodilla, una estructura de Mandelbrot con vasos capilares resecos que conformaban un particular mapa de adicciones. Luego volví a pensar en la sensatísima Alicia, tragando su poción «bébeme». Bajé la hipodérmica y puse el frasquito a contraluz. La etiqueta tenía mi nombre, pero bien podría haber incluido una inscripción en negrita que rezara «inyéctame».

Mi rodilla necesitaba alivio, pero esta vez aparté la jeringa y cerré el estuche de cuero. Tenía que estar alerta si había de vérmelas con la muerte de Zander y el peligro que pesaba sobre mi cabeza, porque pronto habría otras muertes. Necesitaba los ligamentos infectados y las grapas de metal sujetándome la rótula. Necesitaba pensar, y para ello tenía que sentir dolor.

35 Los análisis

El vestíbulo central del supermercado de Antibes-les-Pins rebosaba de atractivas mercancías: platos de embutidos, panes de olivas, pirámides de un nuevo superdetergente, doradas y merluzas tan frescas que en las escamas centelleaba aún la espuma de las olas. Pero no había clientes. Los residentes del complejo de alta seguridad debían de haberse replegado tanto en las profundidades de su espacio defendible que habían logrado eliminar la necesidad de comida, pan y vino. Frente a la rotonda de la RN7, la cartelera de anuncios de la agencia inmobiliaria tenía el aspecto de un cuadro de museo, y la representación del pintor de un vestíbulo tan abarrotado como los Champs Élysées, con hileras de tiendas y atestado de clientes ricos, parecía describir un paisaje olvidado del siglo veinte.

Sólo el cibercafé de al lado tenía clientes. Los ordenadores estaban apagados, pero en las mesas de afuera había tres motociclistas con botas metálicas y uniformes de cuero al estilo Mad Max. Su presencia ponía una nota salvaje en aquel modernísimo complejo, como aves de carroña posadas en la cornisa de un rascacielos, llenando un imprevisto nicho en la ecología del futuro.

Aunque el supermercado estuviera vacío, el impacto de sus pasillos desiertos en mi retina no dejó de sorprenderme. En la semana que llevaba sin usar la jeringa hipodérmica mis sentidos se habían aguzado, como si un mundo anestesiado se hubiera despertado y me tuviera en sus garras. La realidad se había vuelto repentinamente nítida, y por primera vez en muchos meses yo tenía acceso a niveles de mi mente que habían estado cerrados para mí. Cada mañana, después de que Jane se fuera a la clínica, sacaba una dosis de calmante del frasquito que ella me había preparado y arrojaba el líquido blancuzco al lavabo. Curiosamente, no sólo mi mente se había vuelto más clara, sino que el dolor en la rodilla había disminuido. Por una vez, lo mejor no había sido seguir el ejemplo de Alicia...

Vi a Isabel Duval apenas entró en el supermercado. De pie junto a un expositor de comida para gatos, con un pañuelo en la cabeza y gafas de sol, parecía un ladrón de tienda novato. Estaba pálida y parecía dueña de sí misma, pero miraba de reojo como si alguien la siguiera, aunque lo único que había visto era su propia imagen en el espejo del escaparate detrás de sí.

Me alegraba volver a verla. Después de hablar por teléfono, le había enviado el pequeño paquete desde la oficina de correos de Le Cannet, y supuse que se tomaría al menos un mes para encargarse del asunto. Pero me llamó al cabo de una semana.

—Madame Duval, tiene usted muy buen aspecto. —Le estreché la mano antes de que pudiera retirarla.— Es muy gentil por *su* parte que *acepte ayudarme.*

—Faltaba más... —Me miró por encima de las gafas de sol, intranquila a causa de mi agitación y de mi entusiasmo.— Me alegra poder serle útil. Usted era amigo de David.

—Así es. Y aún me preocupa, por eso he pensado en usted. Hay un café aquí al lado. Llamaremos menos la atención.

Pasamos junto a una batea llena de langostas, que se movían furtivamente como si estuvieran buscando una vía de escape. Cogí a madame Duval del brazo y nos dirigimos hacia la entrada. Frunció el entrecejo cuando vio a los motociclistas repantigados al sol, irritada por su presencia junto a la puerta.

—Señor Sinclair, estos jóvenes... ¿son mensajeros?

—Esperemos que no. Prefiero no pensar qué mensaje llevarían. —Nos sentamos a una mesa vacía y le pedí a la camarera un agua mineral.— Madame Duval, no hay ningún motivo para que no nos veamos.

—¿No? —preguntó vacilante.

—Mi esposa fue colega de David, y usted es una de las pocas personas que lo conocieron bien. Ahora bien, ¿ha traído los análisis?

—Como se lo prometí. —Se quitó las gafas, y su expresión se oscureció al pensar en Greenwood.— Cuando nos conocimos, investigaba los hechos que rodearon la muerte de David. ¿Le puedo preguntar si ha averiguado algo?

—A decir verdad, nada. Excepto que él le caía bien a todo el mundo.

—Eso es bueno. Era un médico admirable. —Bebió un sorbo de agua.— En Antibes-les-Pins el tiempo se ha detenido. Pero los muertos entran en nuestras mentes cuando se les antoja.

—Isabel, por favor, los análisis.

—Perdón. —Cogió un sobre de *su bolso y* sacó una hoja de papel escrita a máquina.— Me gustaría saber por qué acudió a mí.

—No quería involucrar a la clínica en esto. Nunca se sabe las complicaciones en que uno puede meterse.

—Cualquier farmacia podría haberlos hecho. Debe de haber unas cincuenta en todo Cannes.

—Es cierto. Pero no tenía idea de lo que contenía la muestra. Una farmacia normal podría haberse puesto en contacto con la policía. Luego se me ocurrió que usted seguramente supiera de un laboratorio adecuado, que sería...

—¿Discreto? —Madame Duval sacudió la cabeza, juzgándome un conspirador de poco tacto.— ¿De dónde sacó el frasquito?

—Lo encontré en casa. —Y, tratando de mentir con la mayor fluidez posible, añadí:— Estaba entre las cosas viejas de David. Puede ser una pista para explicar su humor. Si sufría de diabetes...

—Pues no era su caso. Lo llevé a un pequeño laboratorio de Niza. David lo usaba para preparados especiales antes de que se expandiera la clínica. Debo decir que el farmacéutico en jefe se sorprendió.

—¿Por qué?

—Es una mezcla poco habitual. —Se puso las gafas de leer y recorrió *con la vista. \a* hoja.— Contiene vitaminas B y E, un preparado antiinflamatorio y un calmante postoperatorio.

—Bien. —Me imaginé a Jane preparando la mezcla, midiendo los componentes como una madre que prepara la comida de su bebé.— ¿Entonces todo es normal?

—No exactamente. —Madame Duval apoyó la hoja sobre la mesa, mirándome con cautela mientras yo jugueteaba con mi vaso de agua mineral.— Estos componentes están en muy baja concentración: sólo un quince por ciento del total. El ochenta y cinco por ciento restante contiene un poderoso tranquilizante, amitriptilina. Se usa como sedante a largo plazo en hospitales psiquiátricos.

Cogí los análisis de sus manos y estudié los números.

—Parece una dosis fuerte.

—Mucho. Suponiendo que al paciente se le inyecten cinco centímetros cúbicos por día, se hallará en un estado de sopor, como en un baño de vapor. Nada le molestará, ya sea interiormente o por los hechos que lo rodeen.

—Parece muy útil.

—Para gente con estrés, o con una crisis mental a la que no desean enfrentarse. —Madame Duval hizo una pausa reflexiva.— No se suele recetar un tranquilizante tan poderoso a personas con dolores postoperatorios. A los pacientes que han pasado por cirugía se los estimula a que se muevan, no a que estén todo el día sentados.

—Puede que haya otras razones —dije, metiéndome la hoja con los análisis en el bolsillo.— Se lo agradezco, madame Duval. Me ha sido usted de gran ayuda.

—No lo creo. —Mantuvo firme la mesa mientras mi rodilla izquierda rebotaba arriba y abajo.— ¿Todavía se siente a gusto en Edén-Olimpia?

—En general, sí.

—Es un sitio exigente. Todo parece claro, pero... por lo menos el dolor aguza la mente.

Le di la mano calurosamente, feliz de no haber tenido que entrar en detalles con esta inteligente mujer.

Al salir del café, los motociclistas obstruían el paso con sus piernas extendidas. Madame Duval pasó por encima de una bota, pero yo esperé a que el dueño de la misma retirara la pierna. Apoyado contra la puerta vi que había un hombre de pelo rojizo con un sombrero de paja en la mano, de pie junto a un Renault aparcado. Del interior del parabrisas colgaban, ya algo despegados, los avisos impresos para explicar a la policía o a los agentes de tránsito que el conductor era médico o veterinario en servicio de urgencias. El hombre dio la espalda al café y consultó un mapa de la Costa Azul.

—Meldrum... —murmuré, reconociendo al gerente australiano de Noticias de la Riviera. Estaba mirando el reflejo de Isabel Duval en la ventanilla del acompañante, y supuse que ya sabría quién había de seguirla al salir del cibercafé.

Me despedí de madame Duval y esperé a que llegara a la entrada de su edificio. Cuando me dirigía al ascensor del aparcamiento, vi que ahora Meldrum estaba sentado en el Renault a cincuenta metros de la salida del garaje.

Bajé en ascensor hasta la planta baja, donde estaba aparcado el Jaguar. Cuando abrí la puerta del conductor, una nota cayó al suelo junto a mis pies. Alguien había abierto la puerta y la había vuelto a cerrar con cuidado, apretando la nota contra el marco. Había una sola persona que tenía copia de las llaves del Jaguar. La nota decía:

Paul, deja el Jaguar aquí. Mi coche está aparcado en el siguiente pasillo, con el techo levantado. Las llaves están bajo tu asiento. Trata de que no te vean al salir. Te espero en la iglesia de La Garoupe, junto al faro del Cap d'Antibes.

36 Confesión

La estatua en madera y oro de Nuestra Señora del Buen Retorno presidía el lúgubre silencio y apenas se veía en la oscuridad que llenaba las capillas laterales de la modesta iglesia. Dos mujeres con vestido de luto y pañuelo negro en la cabeza estaban sentadas en el primer banco, inmersas en sus recuerdos de maridos o hijos difuntos. Compré una vela y recorrí el corredor lateral. En las paredes había decenas de ofrendas votivas que conmemoraban desastres marítimos, accidentes aéreos o viarios, muchos de ellos ilustrados con fotografías y amarillentos recortes de diarios. Las caras de los muertos pendían en guardapelos de bronce o marcos de plástico: una alegre colegiala que había perecido en el hundimiento de un transbordador en Niza,

marineros que habían muerto en una acción naval durante la guerra, pescadores de Antibes aplastados por un petrolero, tres buzos que se habían ahogado a poca distancia de la iglesia que conmemoraba sus muertes. Entre el desorden de banderas polvorientas de seda y modelos de yates del siglo diecinueve, había una caja con una tapa transparente y un modelo en plastilina de un accidente aéreo. En las alas rotas se veían las huellas de los dedos de un niño.

La puerta se abrió, arrojando una luz fugaz sobre aquella colección de dolor. Una mujer con sombrero de ala ancha y traje negro con pantalón cerró la puerta tras ella y aguzó la vista en la oscuridad.

—Francés... —Con la vela en la mano, avancé entre los bancos y sostuve la llama ante la cara de la mujer. Las sombras fluctuaban sobre su boca nerviosa y sus ojos entornados.— Madame, disculpe... ¿Es usted...?

—Paul, vamos afuera.

Tiró de la puerta de madera y la luz exterior la bañó como a un cadáver en un ataúd abierto. Detrás de mí, las dos mujeres se levantaron de sus asientos y se dirigieron a la salida. A la luz del sol reconocí a madame Cordier y madame Ménard, las viudas de los chóferes, a quienes había visto por última vez en el apartamento de Port-la-Galére.

Mientras hablaban con Francés me dieron la espalda, como si temieran que las denunciase a las autoridades de Edén-Olimpia. Después de darle brevemente las gracias se marcharon deprisa hacia un taxi que las estaba esperando.

Francés les dijo adiós con la mano, pero parecía demasiado cansada como para prestarme atención. La mano cayó por su propio peso y le quedó colgando al costado. Estaba más delgada de lo que recordaba, y dudó antes de tocarme un hombro, como si no estuviera segura de que yo fuera la misma persona que había conocido. Me sujetó un instante la mano, rememorando quizá que alguna vez habíamos sido amantes. Los fantasmas de tantas emociones pasadas parecían agolparse y desvanecerse en su rostro acongojado.

—Francés, me alegro de verte.

—Espera. Aquí me falta el aire.

Atravesamos el terreno desigual que rodeaba la iglesia y fuimos hacia los abetos que resguardaban la meseta de La Garoupe. Un telescopio a monedas apuntaba hacia la península de Antibes, un panorama de la Riviera que se extendía desde Super Cannes hasta Juan-les-Pins, y desde el populoso puerto de Antibes, más allá de las almenas napoleónicas, hasta la ciudad de apartamentos de Marina Baie des Anges. Un avión de pasajeros descendía en

el aeropuerto de Niza, y su sombra alada se desplazaba sobre las fachadas de los hoteles.

—Francés, trata de relajarte. Nadie me ha seguido. —Quise abrazarla, pero se apartó de mí y se agarró al telescopio con una mano. Yo sabía que en lo que menos pensaba era en mí. Dando unos golpecitos al telescopio, observó cómo el taxi se marchaba con las viudas.

—¿Qué hacían aquí las viudas de los chóferes? —le pregunté.

—Querían ver la capilla. Está dedicada a las almas de los viajeros. Las fui a buscar a la estación de Antibes.

—¿Les estropee'- la visita?

—No creo; ¿por qué?

—Me miraron con desconfianza.

—Son muy recelosas. Y además circulan rumores. Te han visto en algunos *ratissages.* Piensan que eres parte de Edén-Olimpia.

—Pues lo soy.

—Por eso estoy aquí. —Esbozó con esfuerzo una sonrisa, como tranquilizándose con el pensamiento de que aún éramos amigos.— Paul, no tuve más remedio que marcharme. Ese terrible asunto de Zander... Me fui a la primera oportunidad que encontré.

—A mí me pasó lo mismo. —Traté de adivinar su mirada bajo el ala caída del sombrero de paja.— ¿Adonde fuiste?

—A Mentón. Un pequeño hotel cerca del casco antiguo. Había un amigo que tenía que ver, un juez retirado. Necesitaba pedirle consejo.

—Espero que lo hayas seguido. En Edén-Olimpia todo se está yendo a pique.

Francés me examinó distraídamente.

—Te ha llevado mucho tiempo darte cuenta.

—No es cierto. He estado esperando el momento justo.

—¿Esperar? Eso es demasiado fácil. Puedes pasarte la vida esperando.

Atravesamos la arboleda de abetos hasta llegar al camino junto al faro, donde yo había aparcado el BMW. Cuando le devolví las llaves noté que tenía las uñas descuidadas y las yemas de los dedos en carne viva.

—¿Estás seguro de que nadie te siguió? —me preguntó—. ¿Qué me dices del hombre que estaba frente al cibercafé?

—¿Meldrum? No. Vigilaba el Jaguar. A los periodistas no les gusta pagar el aparcamiento.

Nos sentamos en el coche, y Francés se aferró al volante como preparándose para un choque. Intentando calmarla, le puse las manos en el regazo.

—Francés, ¿por qué habría de seguirme Meldrum?

—Es probable que huela una noticia. Quizás alguien en Antibes-les-Pins vio el accidente. Los apartamentos están cerca de la playa.

—Allí no hay nadie que mire a la playa. Además, Meldrum trabaja para Edén-Olimpia. Son dueños de una gran parte de la radio.

—Aun así. Si le conviniera, no dudaría en jugar a dos bandas. Quiere una buena historia para vender a las agencias de noticias. Y yo creo que puedo dársela...

Ella asintió con la cabeza y levantó la vista hacia el faro, como si aguardara que éste acudiera en su ayuda y disipara la oscuridad de la Costa Azul con sus penetrantes rayos. Las semanas que había pasado en Mentón la habían vuelto más temerosa, pero también más resuelta. Pensé en la mujer elegante pero sin confianza en sí misma que yo había conocido en la conferencia de ortopedia, y comprendí que no había cambiado en nada. Habíamos mantenido una relación, pero el tiempo que pasábamos juntos era tiempo robado a Edén-Olimpia, y tarde o temprano debíamos devolverlo.

—Si Meldrum me siguió a Antibes-les-Pins —continué—, fue todo un profesional. Yo no lo vi.

—No estabas mirando. Tal vez un conserje le ha pasado el dato. Hay un montón de poderosos que mantienen a sus novias en Antibes-les-Pins.

—¿Pero tú qué hacías allí?

—Isabel Duval me dijo que te vería. No dijo por qué.

—¿Estás en contacto con ella?

—Siempre lo he estado. Todavía hay una o dos personas en quienes puedo confiar. —Levantó el mentón, dejando ver algo de su antigua determinación.— Tenía que verte, y no quería usar el teléfono ni el correo electrónico. Jane se lo habría mencionado a Wilder Penrose. De todos modos, ese viejo Jaguar es un coche fácil de seguir. Había quedado en encontrarme con las viudas, así que aparqué en el garaje y usé la copia de las llaves para dejarte un mensaje.

—¿Me estabas siguiendo? Me parece un poco raro.

—Eres tan ingenuo... Creo que es por eso por lo que has sobrevivido. —Una sombra de afecto le cruzó el rostro.-— Te han estado siguiendo desde que llegaste a Edén-Olimpia. De vez en cuando te convendría mirar por el espejo retrovisor.

—Así lo haré. Tenía la cabeza un poco atontada, demasiados calmantes. Te alegrará saber que dejé de tomarlos.

—Bien. Pareces mucho más lúcido. ¿Quién te recetó los calmantes?

—Jane. Es su receta especial. Isabel Duval me lo ha hecho analizar. El elemento principal es un potente tranquilizante.

—Te tiene sedado para que no hagas demasiadas preguntas. Jane me cae bien, pero... Paul, piensa en ello.

—Ya lo he hecho. —Observé a Francés con atención. Se había relajado un poco; ya no parecía nerviosa por mi presencia, y supuse que estaría dispuesta a ser franca conmigo.— Muy bien, Francés. ¿Qué hacemos aquí? Es un sitio extraño para una cita.

—Quería verte. Llegué a echarte de menos. La Garoupe queda muy lejos de Edén-Olimpia y de esos grandes Mercedes y sus conductores mafiosos. Además, vine a traer a las viudas.

—¿Pero por qué a La Garoupe? Sus maridos murieron asesinados en el jardín de mi casa, lo mismo que Jacques Bourget. Y apostaría a que ninguno de ellos a manos de David Greenwood.

—Las viudas lo saben. Vinieron a ver el altar de aquel amigo de Bourget, el joven ejecutivo de Edén-Olimpia.

—¿El hombre que murió en un accidente en que el culpable se dio a la fuga? David pasaba por allí y se ocupó de él. Demasiada casualidad.

—No fue un accidente. Ni una casualidad. David no quería hablar de ello, pero se sentía muy culpable. Eran los tiempos de los primeros *ratissages* y aún no se daba cuenta de lo que ocurría. Les encomendaron, a los chóferes que condujeran los coches, pero no les gustó lo que vieron. Por eso se aliaron con David, al igual que Jacques Bourget. Todos ellos habían visto cómo atropellaban a la gente para divertirse y querían sacar a la luz lo que estaba ocurriendo.

—¿Tomando una estación privada de televisión?

—Se hacen muchas conferencias en Edén-Olimpia. Tienen conexión directa con TF1 y CNN. Iban a transmitir una revelación completa de los hechos para forzar la intervención del ministro del Interior.

—¿Así que tú sabías lo de los asesinatos de antemano?

—No. —Francés me cogió la mano y se la llevó a la garganta, como si tratara de evitar que algo le hiciera callar. Sentí cómo le temblaba la laringe.— No lo sabía, créeme. Pero me imaginé que iba a ocurrir algo cuando David me contó que había guardado el rifle y las municiones en casa de Philippe Bourget. Le dije que no hiciera daño a nadie, pero él sólo pensaba en vengarse.

—¿Por lo que le habían hecho al amigo de Bourget?

—No. Quería vengarse por lo que Edén-Olimpia le había hecho a él.

Francés golpeó el volante con una mano, como dándose ánimos para actuar. Con el mentón levantado, miró hacia el litoral de la Riviera a través del parabrisas.

—Francés, ¿qué le había hecho Edén-Olimpia a David? Era feliz aquí, dirigía el orfanato, les prestaba su biblioteca de Alicia a las adolescentes.

—¿Alicia? ¡Qué ironía! —Francés se levantó el ala del sombrero.— David no era feliz. Se odiaba a sí mismo, tanto que su odio empezó a derramarse y me alcanzó a mí.

—¿Por qué mató a toda esa gente, a la doctora Serrou, a Bachelet, a Olga Carlotti? Francés, tú sabes por qué.

—Así es. —Parecía casi descortés.— Yo soy la única que lo sabe. Nadie más está seguro, ni siquiera Wilder Penrose. Por eso te han utilizado.

—¿Utilizarme a mí?

—Sí, a ti. Paul Sinclair, el ex piloto que se aburría tras perder su licencia de aviador y buscaba otra manera de subir al cielo. Casado con una joven médica chiflada. El colmo de una mezcla marital.

—No sabían nada de mí cuando contrataron a Jane. Yo publicaba libros de aviación.

—Pero los cazatalentos les pasaron tus antecedentes, y Edén-Olimpia aprovechó la oportunidad. Penrose, el profesor Kalman y Zander decidieron llevar a cabo un experimento. Diseñaron una prueba con el fin de explicar por qué no había funcionado lo de David. Y tú fuiste su conejillo de Indias.

—Todo lo que hice fue estar echado junto a la piscina y fumar un poco de marihuana con Jane.

—Es exactamente lo que querían. Tenías todo el tiempo del mundo, y sabían que pronto te empezarías a aburrir. Lo bastante aburrido para participar en sus juegos de fin de semana. ¿Por qué crees que te instalaron en la casa de David? ¿No te pareció extraño?

—Ya lo creo. Fue extraordinariamente cruel, de hecho. ¿Entonces la casa era parte del experimento?

—Penrose quería que pensaras en David. ¿Qué mejor que hacerte dormir en su cama? Sabían que oirías los disparos mientras le hacías el amor a tu niña. Esos asesinatos produjeron una conmoción en las corporaciones del mundo entero. Todos sabían que había ocurrido algo siniestro y que podía volver a ocurrir. Tu misión era revivir toda la pesadilla. Limpiaron el sitio, pero dejaron huellas de David por todas partes: el mismo baño, la misma cocina, las repisas con manchas de sus cremas... Penrose quería que asumieras el papel de David y que empezaras a pensar como él. Para evitar que tu mente divagara, pusieron a la señora Morales como ama de llaves, una mujer española de lo más parlanchina. Había visto a Bachelet y a la doctora Serrou muertos en el dormitorio de Guy, con sangre y drogas por todas partes, y Dominique con su lencería erótica. No veía la hora de contarte todos los detalles.

—Así que abrieron la puerta del laberinto y me empujaron dentro. ¿Pero cómo sabía Penrose qué camino tomaría?

—No lo sabía. Empezaste a oler el ambiente y no te gustó lo que oliste. Hablaste de regresar a Londres. Estabas harto de Cannes y de una esposa que nunca paraba de trabajar. Pero entonces encontraste las balas en el jardín. La gente de Zander las había pasado por alto, pero no hay mal que por bien no venga.

—¿Y desde entonces me tuvieron enganchado?

—Jugabas al detective, pero Penrose supuso que ése no era el único motivo. Empezaste a identificarte con David. Sabías que había cambiado desde que vino a Edén-Olimpia. Así que tú también quisiste cambiar.

—¿David participó en las acciones, los ataques a negros y árabes en La Bocca?

—No. —Francés hizo una mueca.— Esas acciones no le gustaban nada. Penrose y Bachelet lo tenían desinformado. De todas maneras, estaba desarrollando un lado recreativo por su cuenta.

—¿Cuál era exactamente? Tú estabas con él, Francés. ¿Qué le atraía, las violaciones, los ataques a prostitutas?

—Los detestaba.

—Wilder habrá hablado con él. Puede ser muy persuasivo cuando expone su mundo a lo Sade, su modelo psicopático «a medida».

—A todos nos explicó lo mismo, y David veía los beneficios. Edén-Olimpia estaba en auge, pero a David no le gustaba el coste humano.

—A mí tampoco.

—Al principio, Paul. —Francés me miró con aire sombrío.— Pero luego cambiaste. Ahora no participas, pero aceptas ir de acompañante. Eres como todos los hombres: lo que te pone cachondo es la violencia, no el sexo. Penrose te tomó el pelo, te dio pistas de una Edén-Olimpia secreta y dejó que presenciaras lo sabrosa que puede ser una pequeña paliza. Como la que le dieron a los vendedores de baratijas en el aparcamiento de la clínica. Montaron toda la escena para ti. Sabían que regresarías al Jaguar aparcado en la azotea. Halder les avisó cuando te fuiste de la oficina de Jane y te pusiste en camino. Colocaron a los africanos y al ruso contra la pared y se aseguraron de que oyeras los gritos.

—Aún los oigo. Horrible, pero...

—¿Eficaz? El asalto a la Fundación Cardin fue lo que realmente te excitó. Sin esas geishas que gemían nunca nos habríamos acostado.

—No es cierto, Francés.

—Prácticamente te corriste en el suelo de la cocina. Entre tanto, Penrose te alimentaba gota a gota con su mensaje de «explora tu propia patología». Y tú

lo aceptaste. Jane estaba demasiado cansada para tener relaciones contigo, pero con un poco de petidina consiguió relajarse con Simone Delage. Fue interesante, y a ti no te importó demasiado.

—Es fácil decirlo.

—Te intrigó; era la primera vez que podías tomar distancia de ti mismo y sentir algo nuevo y extraño. Y estabas cada vez más cerca de David. Cuando te atascabas, volvían a dejarte un rastro. El diario de citas en el ordenador de David. No te llevó mucho tiempo darte cuenta de que era una lista de objetivos.

—¿La proporcionó Penrose?

—Por supuesto. Una vez que la viste, no hubo manera de detenerte. Después vino la transcripción del informe especial para la radio en Noticias de la Riviera.

—Por el periodista rebelde que luego se fue a Portugal.

—No hubo tal periodista. Y el informe nunca se transmitió.

—¿Entonces quién escribió el texto?

—Yo lo hice. Zander y Penrose me hicieron un bosquejo a grandes rasgos. Le dijeron a Meldrum que re lo diera y que insinuara que había tejemanejes siniestros. —Francés hablaba con naturalidad, como si le explicara a un turista confundido cómo se había perdido en una ciudad extraña. Ventilar ese material, reprimido durante tanto tiempo, parecía devolverle la calma, y la furia se disolvía en las aguas refrescantes dé la verdad. Antes de que pudiera interrumpirla, continuó:— Añadí unos cuantos teléfonos que serían de interés: Isabel Duval y las viudas de los chóferes. Lo primero que hiciste fue ir a verlas. Una vez que las conociste, comprendiste que algo no coincidía con la historia oficial.

—Y así fue. La explicación del arrebato de locura nunca me convenció.

—Empezaste a explorar la ruta de la muerte, te sentiste en la piel de David cuando se puso en camino con el rifle. Hablabas todo el tiempo de Lee Harvey Oswald, de Hungerford y Colombina. Así que Zander le dijo a Halder que te hiciera una visita guiada.

: -T-Por mi propia Dealey Plaza. ¡Qué día! Las fotos del crimen mostraban los extraños pasatiempos de la gente de Edén-Olimpia.

—Es que realmente eran pasatiempos que Penrose asignaba como parte del programa terapéutico. Por eso algunas fotos parecen de aficionado. Berthoud con las balanzas anticuadas y la maleta de contrabandista: representaba su fantasía de traficante de drogas, pero el papel no le salía muy bien. Guy Bachelet y las joyas robadas de las que no se molestó en deshacerse. Las fotos te engancharon aún más. Te diste cuenta de que Halder sabía más de lo que hacía ver.

—Él mató a David. ¿Les disparó también a los rehenes?

—No. Era Zander el que mandaba el pelotón de fusilamiento. Los capturaron cerca de la estación de televisión y los llevaron a la casa. Luego Kellerman los mató en el jardín con el rifle de David. Alguien me dijo que Cordier y Bourget trataron de fugarse y echaron todo a perder. Así es como hallaste las balas.

—¿Entonces Halder se quedó en el aparcamiento de la azotea?

—No pudieron apartarlo de David. Lloraba a mares sobre su cuerpo. —Francés se apretó la boca con un puño, y la sangre volvió a sus pálidos labios.— Ahora te está utilizando para vengarse. Ten cuidado, Paul; sólo eres un peón en el tablero de Halder.

—Ya lo sé. —Le agarré la mano y le besé la muñeca.— ¿Acaso tú no formas parte del mismo juego, Francés? ¿No fueron Zander y Penrose los que arreglaron nuestro encuentro en el Palais des Festivals?

—No, fui yo. Había tenido tiempo de pensar en David. Nos separamos con mucho dolor. En pocas palabras, él se deshizo de mí.

—Pero ¿por qué? Pensé que erais íntimos.

—Demasiado, ésa fue la razón. Yo tenía miedo de perderlo, así que le mostré cosas de él mismo que no conocía.

—¿Como qué?

—Ya no importa. —Francés miró intensamente hacia las colinas que se alzaban más allá de Cannes.— Edén-Olimpia corrompió a David y lo destruyó. Él fue la verdadera víctima del 28 de mayo. Lo vi morir en la cuneta como un animal, gritando de dolor. Después de aquello, quise denunciar a Wilder Penrose, a Zander y al profesor Kalman, pero necesitaba pruebas fehacientes.

—¿Y las fotografías, la verdad acerca de los rehenes...?

—No bastaban. Yo había sido la amante de David durante meses, mi piso estaba lleno de cosas de él. Zander quiso tenderme una trampa en el acto. Si Penrose no hubiese intervenido, me habrían acusado de cómplice y hallado culpable.

—Veinte años en una cárcel francesa. O más. Muy bien por Wilder Penrose.

—Lo hizo porque sabía que le sería útil. Así que tuve que hacer lo que me decía. Trabajo en la oficina inmobiliaria, así que conozco todos los alquileres de la Costa Azul, qué millonario de Omán se muda a una villa particular de Californie, qué banquero turco compra una joyería en Villeneuve-Loubet o arrienda en alguna parte un espacio para almacén. Gracias a mí se produjeron el asalto a la Fundación Cardin y el secuestro del yate en el puerto deportivo

de Golfe-Juan. Me guste o no, he estado estrechamente implicada desde el principio. Quería vengar a David, pero no había nada que pudiera hacer.

—Hasta que llegamos Jane y yo.

Me abrió la palma de la mano y examinó mis líneas; luego volvió a cerrarla como un libro que decidiera no leer.

—Lo siento, Paul, pero es verdad. Te estaban utilizando, así que pensé en utilizarte yo también. Decidí construir un laberinto por mi cuenta. El de ellos era Edén-Olimpia, el mío estaba en tu cabeza.

—Y yo estaba contento de jugar allí.

—Volviste a ser un niño. Después me empezaste a gustar, algo con lo que no había contado. Pero no afectó a mi verdadero propósito.

—¿Es decir...?

—El mismo que Penrose. Quería provocarte, ponerte a prueba hasta el límite de lo destructivo. Quería descubrir cuál era tu secreto más perverso y luego explotarlo hasta que sintieras asco de ti mismo y no te quedara más remedio que estallar. Así, te dirigirías al cónsul británico, hablarías con tu eurodiputado, contarías tu historia en Fleet Street.

—Casi funcionó.

—Al principio ibas realmente bien. Aquellas prótesis ortopédicas te parecían de lo más perversas.

—¿A qué hombre no se lo parecen?

—Es cierto. No hay nada demasiado raro para excitar a un hombre. Te habrías puesto una prótesis quirúrgica cuando Jane te excitó la primera vez. Pero después desconcertaste a todo el mundo. Te pusiste a seguir a una niña puta hasta la rué Valentín. Penrose y Zander no podían creer lo afortunados que habían sido. Tenías el aspecto de querer follártela.

—No, al menos en el sentido que tú piensas.

—No te preocupes, lo entiendo. —Francés me acarició la cabeza, como si fuera un viejo perro de aguas después de haber brindado un servicio estúpido pero fiel.— Empezabas a echar de menos a Jane, y la pequeña Natasha te recordó a tu primer amor, la hija del médico de Maida Vale. Pero Penrose pensó que eras un auténtico pedófilo.

—Lo defraudé, qué pena.

—No importa. Te gustan las jóvenes aniñadas, eso es todo. La línea pedófila no conducía a ninguna parte. Hice mi último intento en el festival de cine, con la esperanza de que esas *mammasans* tai te provocaran con una jugosa porno infantil. Pero vi en sus ojos que ellas sabían que a ti no te interesaba.

—Perdón, Francés. Buscaba a Jane.

—La echabas de menos, y jugar al *voyeur* era lo mejor que podías hacer. Sientes curiosidad por ver a Jane con otros amantes. Te libera de esos celos antiguos que sentías cuando los amigos de tu madre la acariciaban. Lo único que me sorprendió es que le pararas los pies a Zander.

—¿Porque era el jefe de policía? Uno ha de tener sus principios. Quería follarse a mi mujer para que Alain y Simone pudieran verlo.

—Estoy horrorizada. Eso es demasiado.

—No te rías. Estuve cerca, pero no lo quería muerto. Francés... —Ella se había dado la vuelta y se había cubierto el rostro, mientras un autocar turístico entraba en el aparcamiento.— ¿Alguien nos ha visto? ¿Meldrum...?

—No. Pensaba en Zander y en esa terrible carretera..., en el agua que ardía alrededor del coche. —Se le apagó la voz y clavó en mí una mirada penetrante, como si yo pudiera ayudarla a reunir sus recuerdos.— Esos faros de pesadilla antes del accidente...

—Francés, no fue un accidente. Lo mataron.

—Sí... —Sus mejillas se tiñeron de rubor. Se miró en el espejo del conductor y, avergonzada, abrió la puerta y bajó del coche; luego se agachó y me dijo:— Sí, lo mataron. Pero yo les eché una mano, Paul. Yo le tendí la trampa...

37 Un plan de acción

Encontré a Francés cerca del telescopio, paseándose bajo los árboles y desmenuzando con los dedos una pina que había arrancado de una rama. Las mujeres de negro iban hacia la iglesia, esposas y madres desconsoladas en su visita anual a la Virgen de La Garoupe.

Francés las miró con irritación, incapaz de hacer frente a ese coro de dolientes, y cruzó la grava en dirección al telescopio. Se apoyó en el caño de bronce y miró más allá de la bahía, hacia Golfe-Juan, buscando el coche volcado de Zander. Comprendí que había elegido La Garoupe como lugar para nuestro encuentro como una manera de castigarse.

—Francés, vamos, di la verdad. Detestabas a Zander...

—¿Dónde está? —Me apartó de su lado y cambió la pina de mano una y otra vez.— Un Audi gris... No alcanzo a verlo.

—Está en un laboratorio de la policía para revisarle los frenos y la dirección.

—¿Por qué? Les podemos contar lo que necesitan saber. *¿O* no, Paul? De alguna manera, lo dudo... —Le dio una palmada al telescopio y sus anillos produjeron un ruido agudo y metálico que llamó la atención de las viudas.— Dame una moneda, diez francos. El coche tiene que estar allí...

Le pasé un brazo por los hombros y la conduje hasta el banco de madera que había en la plataforma de observación.

—Descansemos aquí. No hay nada en la playa: ya fui a echar un vistazo. Francés, estábamos a doscientos metros cuando sucedió.

—Fue una trampa. ¿No te diste cuenta? —Se le había pasado el instante de pánico y ahora hablaba con calma.— Yo era el señuelo. Mientras buscabas a Jane, me hice la seductora con Zander. Le dije que me siguiera a Marina Baie des Anges.

—¿Y por eso nos seguía? Tuvo que haberme visto en el asiento *del* acompañante.

—No le importaba. Le dije que te gustaban mucho los triángulos.

—Entonces todas esas vueltas por Super Cannes, en la oscuridad, *las callejuelas cerca del* camino de Vallauris...

—Les estaba dando tiempo para que nos alcanzaran. Alain Delage me dijo que tomara la carretera de la costa a Juan-les-Pins. Los conductores ebrios siempre van a parar al mar. —Levantó el brazo y arrojó la pina por el barranco; la siguió con la vista mientras rebotaba contra los helechos del fondo.— Créeme, no pensé que planearan matarlo.

—Entonces tú no sabías nada. No te culpes.

—¡Debí haberlo sabido! —Enfadada consigo misma, dejó de mirar hacia la playa.— Hasta ese momento me las arreglaba en Edén-Olimpia. Pero había fuego sobre las olas, Paul, era una advertencia. A esa gente hay que detenerla antes de que mueran otros.
—Ahora se replegarán. Delage corrió un riesgo al matar a Zander. Era el *jefe de* seguridad.
—Jefe interino. Sabía demasiado y eso despertó su codicia. Tenía todos los vídeos y había empezado a presionar a las compañías más pequeñas. Quería tener opción a acciones incluidas *en su paquete salarial. Además, había algo más contra él.*
—¿Ser árabe? Pero Yasuda es japonés. En todas las salas de juntas hay chinos de Hong Kong y Singapur. Un ejecutivo mexicano vive en la misma avenida que yo.
—Pero son miembros a sueldo de la nueva élite. Son los elegidos de la corporación. Antes de llegar aquí, Zander dirigía una empresa de seguridad del Pireo. Pertenecía al servicio técnico, un grado por encima de los porteros. La cúpula administrativa de Edén-Olimpia es profundamente racista, pero con un toque moderno. La jerarquía corporativa es lo único que cuenta. Saben que, sin ellos, el mundo se desplomaría, y creen que pueden hacer lo que les venga en gana.
—Seguramente que pueden.
—¡No! —Francés me tiró de la camisa.— Ahora escúchame. Algunos grupos de terapia han comenzado a almacenar armas. Están estableciendo «cotos tic- caza» cerca de las urbanizaciones para inmigrantes de La Bocca y Mandelieu. Rn teoría, serán depósitos seguros para fármacos y diamantes industriales, y los guardias estarán bien armados.
—Pero su verdadero papel será provocar a los delincuentes y vagos de la zona.
—Y luego tomarla con toda la población de inmigrantes. Estamos de nuevo en Weimar, con el Freikorps persiguiendo a los rojos. Tarde o temprano aparecerá un criminal corporativo con vena mesiánica y decidirá que hay que darle otra oportunidad al darwinismo social. Escucha cómo hablan Alain Delage y Penrose; ya verás que sólo esperan que aparezca en cualquier momento, tal vez hoy mismo.
—Siempre habrá un dictador para meterse en las botas de los nazis. ¿Cuántos ejecutivos están metidos en las clases de terapia?
—Algo así como trescientos. Muchos están de viaje en el extranjero, pero casi todos los fines de semana participan al menos cien. Operan en sitios tan distantes como Niza y St. Raphaél. Ocurren cosas horribles: repugnante pornografía infantil, violaciones de jóvenes esposas árabes...

—La policía intervendrá.

—Hacen la vista gorda. Edén-Olimpia está en expansión. Destivelle y la compañía de inversiones están comprando miles de hectáreas al oeste de la D103, hasta el mismo borde de Sofía-Antípolis. —Con aire lúgubre, Francés indicó con un gesto las tierras que se extendían más allá de la costa.— Los impuestos que paga Edén-Olimpia ascienden a billones de francos. Con eso pagan escuelas y colegios nuevos y estadios deportivos. Por eso somos tan populares. Hay que detener a Wilder Penrose y a Delage, y su plan demencial. No porque sea descabellado, sino porque va a funcionar. Todo el mundo se convertirá pronto en una colonia del complejo, al mando de unos hombres taciturnos que simulan ser psicópatas de fin de semana.

Fijó intensamente la mirada en las playas de Juan y Cagnes-sur-Mer, como esperando que apareciera un tsunami y arrasara todo el litoral. Recordé la mujer aburrida y voluble que había conocido en el Palais des Festivals, que aparentaba sentir interés por mí mientras meditaba cómo vengarse de Edén-Olimpia. Pero la muerte de Zander la había empujado hasta el límite. Y ahora estaba lista para dar el salto.

—Los detendremos, Francés. Pero necesitamos pruebas fehacientes. El testimonio de Philippe Bourget y de las viudas de los chóferes no será suficiente.

—La prueba está allí. Han filmado todos los *ratissages.* Debe de haber mil cintas en la Villa Grimaldi. En Mentón, fui a ver a un juez retirado que conocí cuando le compramos su vieja casa. Era vicepresidente del Consejo Urbanístico de los Alpes Marítimos, pero cayó en desgracia con Jacques Médecin y sus secuaces. Lo obligaron a renunciar. Estaba muy interesado en lo que le conté.

—Ten cuidado, Francés. Tengo que pensar también en Jane. Intentaré hacerla volver a Londres.

—No se irá. Y tú lo sabes. —Francés hizo un gesto de irritación.— Ella es uno de sus principales blancos. Le han dado ese gigantesco proyecto de diagnóstico.

—No es una fachada. El sistema funcionará.

—¡Naturalmente! Es una manera brillante de reclutar nuevos participantes en las clases de terapia. «¿Demasiados constipados de verano? ¿Se siente un poco débil? Pruebe uno de nuestros entrenamientos especiales. Se proporcionan porras de goma.» Jane es ideal para ellos.

—Tiene mucha energía.

—Pues ya no. ¡Por Dios, Paul, es una heroinómana! Les hace falta un médico sumiso. Alguien que les recete todas las drogas que quieran, que no haga preguntas sobre extrañas magulladuras y que encuentre una cama de

hospital para cualquier puta que resulte herida cuando un jueguecito sádico salga mal. Les viene bien un pediatra que sepa cómo tratar a chicas y chicos menores de edad con enfermedades venéreas. Y siempre es útil tener un médico que firme certificados de defunción cuando haga falta. Jane les dará todo eso.

—Pues ya ha empezado. Atestiguó con su firma la muerte de Zander.

—¿Vio lo que ocurrió?

—No. Estaba dormida en el asiento de atrás del Mercedes de Delage. Estaba allí, sin embargo.

—Por eso Alain la llevó consigo. ¿Y de veras cree que fue un accidente?

—No estoy seguro. —Vi que el primer grupo de ancianas abandonaba la iglesia y retornaba al autobús.— Francés, hay algo que nunca entendí. ¿Por qué David trató de matarte?

Francés apartó la vista de mí, disimulando apenas el desprecio que sentía por sí misma.

—¿Crees que hizo eso?

—Sabes que sí. Iba a dispararte cuando intentó entrar en el edificio Siemens.

—Quizá buscaba a otra persona, quién sabe. Lo defraudé.

—Me cuesta creerlo. Lo amabas y fue él quien rompió la relación. Y unas semanas después trata de matarte.

—Ojalá lo hubiera hecho. Él sabía que yo había ido demasiado lejos. Le enseñé un yo oculto que nunca antes había visto.

—Si no fueron las drogas, ¿qué fue entonces? ¿Algo que ver con el asilo?

—Algo no, todo. Esas nubiles de trece años, que se morían por hacer el amor y hacían lo que fuera por un aparato de música nuevo. Al principio creí que había sido yo la que le había metido la idea en la cabeza, pero había estado allí todo el tiempo. Lo único que necesitaba era que Wilder Penrose le tendiera una mano. Entonces todo el horror salió a la luz del día y lo miró a David a los ojos. Pobre, era tan tierno y sincero...

—¿Niñas de trece años? ¿Quieres decir que...?

—¡Sí! —Francés casi les gritó a las viudas, como queriendo sacudirlas de su pío luto.— Es lo que quiero decir. Lo animé a él del mismo modo que te animé a ti. Amaba a David y quería que fuera feliz. Si lo hacía feliz una niña de trece años, ¿por qué no? Al principio no le gustaba, así que fue a ver a Penrose.

—Y Wilder le dijo que era justamente lo que necesitaba. ¿Cuándo empezó todo?

—Seis meses antes de morir. Era un secreto entre nosotros. Nunca hablamos de ello, si bien ambos sabíamos qué ocurría.

—¿Las monjas no intentaron detenerlo?
—No sabían nada. Todo tenía lugar en Edén-Olimpia.
—¿En su casa?
—Allí es donde empezó. Se traía a una chica por el fin de semana para ayudarla con el inglés. Leían juntos *A través del espejo*, y todas pensaban que era divertidísimo. David preparó una habitación para ellas. Y una cosa siguió a la otra. Penrose le dijo que no se sintiera culpable, que ser fiel a sí mismo le haría bien y despertaría su creatividad. Al principio fue muy inocente.
—¿Y después? No es difícil de imaginar.
—Penrose dijo que conocía a un alto ejecutivo a quien también le gustaría ayudar a las niñas con el inglés. Lewis Carroll era asombrosamente popular entre los ejecutivos. A ellas les parecía cómico, pero aceptaban los regalos. Se dieron cuenta de que estaban con hombres muy importantes.
—Así, poco tiempo después se formó...
—Un circuito pedófilo a gran escala. —Francés sacudió la cabeza, como desesperada ante un extraño reportaje del periódico.— David lo organizó todo. Distribuyó los libros de Alicia, y la biblioteca circulante se convirtió en el sistema de citas. Si alguien quería dar lecciones de inglés, se llevaba su ejemplar favorito. David hacía que les llevaran a la niña en coche. Servicio puerta a puerta.
—¿Los libros de Alicia eran el sistema de reserva? Eso explica por qué el ruso vino a mi casa. Pensó que yo me había hecho cargo y me ofreció a la pequeña Natasha. Yo la quería llevar a la policía.
—Eso confundió a mucha gente. Con los pedófilos no había problemas, pero si encima actuaban por puro altruismo... Demasiado original para Edén-Olimpia.
—Pero David se ocupaba de los huérfanos. Eso es lo que dicen todos. Si sabías lo que estaba ocurriendo, ¿por qué no lo detuviste?
Francés se levantó y cogió el telescopio con ambas manos. Miró las casas de apartamentos de Antibes-les-Pins, como si deseara ocultarse para siempre detrás de sus cámaras. Parecía agotada por todo lo que me había contado, pero estaba resuelta a que la escuchara hasta el fin.
—¿Por qué? Porque le tenía cariño. Yo era como una de esas esposas afectuosas que hacen la vista gorda cuando sus maridos se acercan demasiado a un chico atractivo. La mayoría de las veces nos encontrábamos en mi piso. Yo no quería saber.
—Pero eso no bastaba para salvarte.
—Me echó la culpa. Yo era demasiado tolerante, estaba metida hasta el cuello en la demencia de Edén-Olimpia. La última vez que nos vimos sentí lo indignado que estaba conmigo. Yo era su Hindley o su Rosemary West, lo

había convertido en aquel perverso bibliotecario. Quería destruir a toda esa gente enferma que jugaba al juego de La locura. A Wilder Penrose, nuestro doctor Muerte que se come las uñas; a Guy Bachelet, el jefe de seguridad que controlaba el equipo de asaltantes; a Olga Carlotti, y su circuito de prostitutas; a Charbonneau y a Robert Fontaine, y sus planes racistas, y a todos los demás.

—¿A Dominique Serrou? Era su colega en el orfanato. ¿Estaba metida en el asunto de la pedofilia?

—Era la encargada del reclutamiento. Recorría las casas de acogida en Cannes y Niza en busca de posibles talentos. Niñas con «tíos» que las maltrataran o con historiales de enfermedades venéreas.

—¿Una doctora? Parece mentira.

—Era vulnerable. —Francés levantó las manos en un gesto de disculpa.— Sabía que era una mujer sin atractivo y que se estaba haciendo vieja. Todos los días, algo se moría dentro de ella. Vio que Bachelet perdía interés y se apartaba de ella. Habría dado cualquier cosa por retenerlo. Penrose la convenció de que la salud de los altos ejecutivos dependía de ciertas terapias especiales. Y ella estuvo de acuerdo.

—Eso la convirtió en un blanco. Así que el 28 de mayo fue el día que David intentó limpiar los establos y aniquilar el odio que sentía por sí mismo.

—Quería matar a los que lo habían corrompido. Al menos cinco o seis habían de morir, y hacer así bastante ruido como para llegar a los noticiarios de la noche y ser noticia por un tiempo. —Francés se sentó a mi lado y me agarró las manos, con la cara muy pálida.— De no haber sido por mí, tal vez lo habría conseguido. Pero bajó la guardia un instante, lo suficiente para que Halder lo matase.

—Francés, no te culpes. Tú no apretaste el gatillo.

—Quizás no. —Inhaló el aire con olor a pino, tratando de recobrar la compostura.— Pero tengo que terminar la obra de David. Los locos andan todavía sueltos por Edén-Olimpia. Paul, necesito tu ayuda.

—Cuenta conmigo. Pero es difícil saber lo que podemos hacer exactamente. La gente mira los índices Dow y Nikkei y cree que todo está bien. Edén-Olimpia es muy poderosa.

—Y demasiado confiada. Penrose y Alain Delage creen que nada podrá detenerlos. Necesitamos vídeos de las acciones especiales, cuanto más violentos mejor. Incriminan a todos, a los altos ejecutivos de las grandes compañías, a los guardias de seguridad y a la policía local que no está de servicio.

—Y a mí. No te olvides de eso.

—Tú eres un observador. Estás en el asiento de atrás del Mercedes mientras la turba entra en acción. Haremos copias de los vídeos y las enviaremos a las oficinas centrales de Shell, Monsanto y Toyota.

—Eso es más o menos lo que planeaba Zander. Los vídeos están escondidos en la Villa Grimaldi. Pero debes tener cuidado: la seguridad es muy estricta.

—No forzaremos las cerraduras. —Irritada conmigo, Francés dio una patada en el suelo.— Tienes confianza con Penrose. Le caes bien porque te dejas impresionar con facilidad. Crees a medias en sus ideas tremebundas. Síguele la corriente, ten más protagonismo en los *ratissages.*

—Francés, no puedo.

—No esperarán que violes a una vieja puta. No tienes más que sentarte delante en el Mercedes. Colabora en las sesiones de planeamiento, ofrécele hacerte cargo de las cámaras. Eso te acercará a los vídeos. Busca los objetivos, sobre todo los racistas. Traeremos nuestro propio equipo de filmación, unos renegados de la BBC. Tarde o temprano, Penrose te hará su asistente. Como todos los grandes visionarios, él también necesita un discípulo.

—Lo necesita, tienes razón. Pero lo triste es que me parece que ya lo encontró.

—¿A ti?

—Puede ser.

—Paul, ¿a quién?

—Pienso en Jane.

—Bien. Ella es la amante de Simone Delage. En este momento, Alain es quien está al tanto de todo. Utiliza a Jane para acercarte a él.

—No quiero utilizarla, es mi mujer. Quiero salvarla y que regrese a Londres.

—Lo harás, Paul. Es la única manera.

—La única manera de que la inhabiliten. Además de una larga condena en una cárcel francesa. No la puedo involucrar.

—Está bien. Pero ¿a qué viene tanta preocupación conyugal? —Francés me miró con atención y con un aire sorprendentemente frío.— La has visto convertirse en una heroinómana.

—No es drogadicta. Los médicos trabajan demasiado, y muchos de ellos toman algo para aliviar el estrés. Lo discutió con Wilder, todo está bajo control. Me estás pidiendo que la incrimine. Jane es...

—¡No se trata de Jane! Pero no es ella la que te preocupa. —Francés me sacudió el hombro, como tratando de despertar a alguien dormido.— Estás pensando en Penrose. No quieres hacerle daño.

—No es cierto.

—Hay una parte de ti que cree en su ideología delirante. Por eso has estado tan pasivo desde el principio. Han corrompido a tu mujer mientras tú te limitabas a mirar. Siempre me pregunté por qué.

—Dices que soy un *voyeur*.

—Ése no es el motivo. En el fondo piensas que Penrose tiene razón y que aquí está naciendo un nuevo mundo basado en la psicopatología. Estás profundamente impresionado con Edén-Olimpia. Con esas enormes compañías y sus poderosos ejecutivos, sentados en sus atrios de cristal como un montón de Minotauros. Una vez por año hay que sacrificar a seis doncellas. Sólo que no es una vez al año. Es todos los fines de semana, en los callejones de La Bocca. Aun así, ¿a quién le importa si unas cuantas putas adolescentes desaparecen en el laberinto?

—A mí. Francés, yo veo los fallos en el plan de Wilder.

—¿En serio? —Volvió a mirarme, como si me entendiera por primera vez.— Lo conozco mucho mejor que tú.

—No lo dudo. ¿Tuviste una aventura con él?

—Casi. —Asintió sombríamente, inquieta por el recuerdo.— Me ayudó después del divorcio. Necesitaba apoyo y me dio su tiempo generosamente. Wilder Penrose puede ser muy atractivo.

—Y muy peligroso.

—Me asustaba. En un momento tenía una sonrisa y desplegaba ese encanto tan suyo, un gigante amable con una nueva y extraña postura frente al mundo. Y de repente parecía estar a punto de golpearme. Una vez me reí de él y levantó un puño. Salí corriendo.

—Era boxeador. Como su padre.

—Quería serlo, pero algo no resultó. Me empezó a contar lo que había ocurrido. Una pelea después de una fiesta en un club de remo con un matón de club nocturno, un ex profesional con signos prematuros de lesiones cerebrales que Wilder percibió. No podía ver nada que viniera por la izquierda...

—Así que Wilder le dio una paliza. ¿Lo lastimó?

—Mucho, pero eso no fue todo. Vio toda la violencia reprimida que llevaba dentro, la clase de violencia que no le habría gustado a su padre. Entonces Wilder decidió que otras personas ejercerían la violencia por él y buscó un sistema que lo hiciera posible. La psiquiatría estaba hecha a su medida. Una vez que se inventó una ideología, pudo cruzarse de brazos y observar cómo sus pacientes se llenaban la cara de sangre, todos esos ejecutivos reprimidos como Alain Delage que él convirtió en nazis de jardín de infantes. Ahora Wilder se ve a sí mismo como un nuevo tipo de mesías, y

nuestra función es representar sus fantasías. Zander tenía razón acerca de Wilder Penrose.

—Y por eso lo mataron. —La tomé en mis brazos y la atraje hacia mí, y sentí los latidos de su corazón. Nos fuimos de la plataforma de observación y caminamos de vuelta hacia el BMW.— Vayámonos antes de que vean tu placa. Estas viudas por accidentes pueden tener la vista aguda. Escúchame: David murió por algo en lo que yo creo. Quiero denunciar a Edén-Olimpia. Quiero que Wilder Penrose suba al estrado y sea nuestro principal testigo.

TERCERA PARTE

38 Aire de altura

Sonaron algunos aplausos en las filas de invitados, apenas audibles sobre el aleteo de la marquesina de lona. Sentado junto a Penrose, en la segunda fila de sillas doradas, yo observaba a Olivier Destivelle, presidente de la compañía de inversiones de Edén-Olimpia, que en esos momentos hacía una reverencia de agradecimiento. Con un gesto teatral, aceptó una paleta de plata que una atractiva asistente de uniforme azul celeste le ofreció en una bandeja forrada de terciopelo.

Delante de la plataforma había una pequeña sección de una pared de ladrillos recién levantada, con las juntas aún húmedas y cremosas. En la pared habían colocado una placa de mármol que conmemoraba la fundación de Edén-Olimpia Oeste, más conocida en la comunidad internacional de los negocios como Edén II.

Vestido con su traje de etiqueta, y tan exuberantemente jovial como un popular ídolo retirado, Destivelle alzó la paleta y, sonriendo al público de notables, la llenó de argamasa fresca. Algo aturdido por los flashes de los fotógrafos, los reflectores de la televisión y el zumbido lejano de una avioneta publicitaria, levantó la argamasa en un gesto de orgullo.

Penrose se reclinó en su silla y me susurró en un aparte:

—¿Creerá que está recomendando un nuevo paté de trufas? Se pavonea como si fuera el *maitre* del Maxim's. Ponlo de una vez, Olivier, no te lo comas.

Penrose se aflojó la corbata y se quitó la chaqueta de su traje oscuro, dejando a la vista sus amplios hombros y las mangas arrugadas. Empezó a mordisquearse la uña de un pulgar, aburrido, haciendo caso omiso de las mujeres deslumbrantemente vestidas que nos rodeaban, esposas de la élite de la Riviera con sombreros con Cintas y vestidos de alta costura. Canturreando para sí, dejó vagar la mirada por los terrenos que se extendían hacia los Alpes Marítimos.

Alentado por la perspectiva de un nuevo complejo industrial que sería su próximo laboratorio de ideas, Penrose se había mostrado de buen humor en el trayecto en coche hacia la ceremonia inaugural. Me había recogido en casa, muy elegante con su traje de seda negra, y había ajustado el espejo retrovisor para poder verse mientras giraba la llave del arranque. No volvió a poner el espejo en su lugar, desechando así mis temores.

—No nos hace, falta espejo retrovisor —comentó mientras abandonábamos el complejo—. Nada puede adelantársenos; ¿para qué mirar al pasado entonces?

El futuro era una segunda Edén-Olimpia, casi el doble del tamaño de la original, con la misma mezcla de empresas multinacionales, laboratorios de investigación y consultorías financieras. Hyundai, BP Amoco, Motorola y Unilever habían conseguido sus parcelas al invertir en arriendos a largo plazo que virtualmente financiaban todo el proyecto. Los contratistas ya se habían puesto manos a la obra y habían empezado a talar los bosques de encinas y pinos mediterráneos que perduraban desde la época de los romanos, y que habían sobrevivido a incendios forestales e invasiones militares. La naturaleza, como ordenaba el nuevo milenio, cedía por última vez a la protección fiscal y a los aparcamientos corporativos.

Una hilera de tractores y apisonadoras aguardaba en los límites del bosque, con los conductores sentados en sus cabinas, como un escuadrón de tanques en una exposición militar. Ya habían arrancado la cubierta de césped, y por unos breves instantes el pálido suelo granítico recibía los rayos del sol antes de ser cubierto para siempre por millones de toneladas de cemento.

—El progreso, Paul, está a la vista... —Cuando bajamos del coche, Penrose se dirigió a la tienda de refrescos y echó un vistazo a la maqueta del arquitecto, rodeada por un sinfín de canapés. Sin dejar de masticar una anchoa, sonrió con orgullo al ver los edificios de oficinas rodeados de jardines, como un papa renacentista que inspeccionara la maqueta de su capilla y soñara con los frescos que jamás llegaría a ver.— Mírela, Paul, es la nueva Europa...

—Espero que no —repliqué—. Edén II no es más que otro complejo industrial. Habla como si fuera la ciudad de Winthrop sobre una colina.

—Lo es, Paul, lo es. —Parecía casi exaltado.— Cien ciudades sobre cien colinas...

Estalló una segunda ola de aplausos cuando Olivier Destivelle puso la argamasa fresca en su sitio. En menos de un año, la mole de diez plantas del centro administrativo de Edén II se elevaría sobre la placa. Como expresando su aprobación, los motores de las apisonadoras arrancaron con gran estruendo. Chirriaron las cajas de cambio, las orugas de metal se hincaron en el duro suelo y comenzó un desfile de vehículos amarillos.

Destivelle sonreía complacido ante aquel torpe desfile, e instaba a los espectadores a que aplaudieran. Pero de pronto su mirada empezó a vagar por el cielo. Casi un kilómetro al norte, una avioneta monomotor se dirigía hacia nosotros, arrastrando una larga pancarta verde que se agitaba como una serpiente. Sobrevoló una colina cubierta de pinos, con el tren de aterrizaje

fijo casi rozando las copas de los árboles, dispersó a su paso una bandada de golondrinas, y enfiló hacia las apisonadoras, como si se dispusiera a bombardearlas. Los conductores levantaron la cabeza para observarla, y dos de los enormes vehículos cerraron sus tenazas.

Pero el piloto tenía un segundo objetivo. A unos cuatrocientos metros de distancia, levantó un brazo sobre el parabrisas y disparó una bengala desde la cabina abierta. La bengala ascendió en el aire, pareció detenerse un momento sobre la tienda de refrescos y explotó por fin en un globo de luz esmeralda. Pendió del cielo como una araña derretida, y luego cayó sobre el aparcamiento, donde las brasas prendieron fuego al césped.

Algunos invitados se habían levantado de sus asientos, sospechando que esa exhibición aérea no era parte del programa oficial. Los hombres se abotonaban la chaqueta mientras las mujeres se sostenían el sombrero, y pronto empezaron a toser cuando el viento arrastró el humo de la bengala hasta la marquesina. Alain Delage, otra vez con su lúgubre expresión de contable, llamaba a sus ayudantes, quienes acudieron enseguida y se pusieron a gritar por sus teléfonos móviles.

El piloto cambió de curso, ladeó la avioneta y comenzó a volar en círculos sobre la obra en construcción. La pancarta verde, hecha un nudo por el viento, se había convertido en una ilegible cinta de Moebius.

—¿Eso es todo? —Penrose hizo un gesto grosero al piloto.— Como exhibición deja mucho que desear.

—No tiene tantos recursos como usted. Pero aguarde... —dije, apuntando a las colinas cubiertas de abetos, de donde llegaba el zumbido de varios motores que rivalizaban entre sí. Otras tres avionetas publicitarias bajaron hacia el valle remolcando sus pancartas, seguidas de una rezagada que se sumó en el último momento al desfile aéreo. Supuse que los pilotos se habían sumado a la protesta en una muestra de solidaridad, dejando los circuitos que tenían asignados en la Costa Azul para darse cita sobre Sofía-Antípolis.

Volaron hacia nosotros, y sus sombras cruzaron los techos de lona sobre nuestras cabezas mientras los motores bramaban sobre los cascos de las apisonadoras y de las niveladoras. Las pancartas flotaban en el aire, anunciando un supermercado en Le Cannet, una tienda de artículos de cocina y una liquidación de Renaults en Cagnes-sur-Mer. Atravesaron la DI03 y siguieron viaje hacia sus patrullas de la costa.

El piloto de la pancarta verde sobrevoló el terreno en círculos, mientras esperaba que sus compañeros se fueran. Había un pasajero sentado detrás de él, y cuando el sol iluminó el parabrisas alcancé a ver un atisbo de pelo rubio

bajo el casco y las gafas de protección. Satisfecho, el piloto se ladeó vertiginosamente y ascendió hacia el sol.

Varios grupos de invitados se encaminaron a sus coches, mientras que otros aún permanecían sentados. Olivier Destivelle seguía de píe junto a la placa, apuntando al cielo con su paleta, y Alain Delage hablaba con un oficial de la policía, pero sus hombres estaban ocupados apartando las limusinas que obstruían las salidas del aparcamiento.

—Un mero contratiempo... —Penrose balanceó la silla dorada con la mano, como si contemplara la posibilidad de subir al cielo.— No sé qué hacen los de seguridad. ¿Llegó a leer la pancarta?

—Renaults usados, un supermercado por alguna parte. Vaya amenaza.

—Paul, por una vez hable en serio. —Penrose manoteó en el aire para disipar el olor a combustible quemado dejado por los aviones.— Me refiero al piloto con la pistola de bengala. Él era el cerebro.

—«Edén II - La extinción es para siempre.» ¿Eso significa algo?

—Tonterías de los verdes. —Penrose se encogió de hombros y volvió a mirar al cielo, pero me di cuenta de que se sentía molesto.— Así y todo, el piloto logró lo que quería. El progreso se detuvo por una fracción de segundo. Una lástima, sin embargo. Hoy es un día importante.

Olvidándose de mí, se dirigió a la tienda de refrescos, donde unos cuantos periodistas comían algo mientras hablaban en sus pequeñas grabadoras. Los equipos de televisión montaban ya en sus furgonetas, listos para retransmitir el material en los noticiarios de la noche.

Penrose escuchó el último zumbido de la avioneta que se alejaba a través de los valles y rumbo a la costa. Visiblemente irritado, chupó el interior de una pinza de langosta.

—Paul, ¿qué tipo de avión era? Alguien tiene que haber anotado el número de registro.

—Un avión de prácticas de la fuerza aérea checa. Lento, pero agradable de pilotar.

—Me imagino. ¿Reconoció al piloto?

—¿A cuatrocientos metros de distancia? Los pilotos no firman las estelas que dejan atrás.

—Pensé que sí. Puede que Francés Baring lo conozca. Es la amiguita de los pilotos del aeropuerto de Cannes. —Penrose se llevó un filete de salmón ahumado a la nariz y olió la carne rosácea.— Usted la conoce, Paul. Odiaría saber que ella tuvo algo que ver con esta tontería.

—No ha tenido nada que ver. Wilder, ella trabaja mucho para Edén-Olimpia.

—Todos trabajan mucho; eso no prueba nada. La gente se deja impresionar y se deja llevar por las emociones fuertes. Lo que menos necesita Edén-Olimpia es su propio movimiento verde. ¿Por qué nadie quiere salvar el hormigón del planeta?

—Supongo que porque puede cuidarse solo.

—¿Le parece? -Penrose se volvió hacia mí, como si hubiera expresado un pensamiento original. Engulló el canapé, cogió el vaso de vino que yo tenía en la mano y lo vació de un trago.— Bien, ése fue el almuerzo. Demos una vuelta por Grasse. Necesito el aire de altura para pensar...

Habían aparecido los primeros signos de la revuelta, pero no del modo que esperaba Wilder Penrose. Cuando nos pusimos en marcha rumbo a Grasse, miró por el espejo retrovisor, receloso de que nos siguiera otro coche. Las pequeñas molestias de las últimas semanas {*graffiti* y coches destrozados en los aparcamientos de Edén-Olimpia) habían empezado a perforar incluso la dura piel del elefante corporativo.

Era un placer ver por una vez a Penrose en el papel de presa. Como había predicho Francés, los *ratissages* se habían hecho más violentos, pero tarde o temprano las víctimas se volverían contra sus atacantes. Una noche, en un barrio de inmigrantes, los residentes actuarían por fin en grupo, arrinconarían a una clase de terapia de altos ejecutivos y los retendrían hasta que llegaran las cámaras de televisión. Entonces la conspiración se derrumbaría y los testigos se animarían: las viudas de los chóferes, las chicas del orfanato, las putas golpeadas y los obreros árabes asaltados.

Sin embargo, a pesar de mí mismo, aún admiraba a Penrose y la verdad esencial de su visión, audaz pero trastornada. Detestaba la violencia, pero me acordaba de las brutales palizas en la escuela de aviación de la RAF y de cómo nos llenaban de energía a todos. Aquellas palizas fraternales nos acercaron de algún modo a la tortura de los prisioneros, parte del placer cruel pero necesario de la guerra. En Edén-Olimpia se estaba rehabilitando la psicopatía, como un criminal adaptado que retorna a la vida cotidiana.

A pesar de sus éxitos, Penrose había estado con los nervios de punta durante los dos meses que siguieron a la muerte de Zander. A menudo volcaba las piezas de ajedrez mientras jugábamos junto a la piscina. En medio de una partida se levantaba de la mesa y se paseaba por la pista de tenis, para irse luego al coche sin decir una palabra. Por momentos, parecía dudar de que estuviese a la altura de lo que le exigía Edén II, y entonces buscaba un vuelco aún más radical de su fe.

Mientras ascendíamos por las montañas de Grasse, Penrose me palmeó el brazo, con la misma sonrisa cómplice que regalaba a las camareras y al

personal de las estaciones de servicio que contaban con su aprobación. Señaló el contador de revoluciones, cuya aguja temblaba en la parte roja.

—¿Siente la potencia, Paul? Cuando me aburra, usted puede seguir.

—Con tal que usted siga al mando.

—Pero ¿quién quiere estar al mando? ¿No le he enseñado todo? —Con una mano golpeó el volante.— Esas avionetas publicitarias estropearon el espectáculo.

—Nadie se dio cuenta. Estaban contentos de volver a la oficina. Una liquidación de artículos de cocina, unos cuantos coches destartalados...

—Se equivoca, Paul. —Penrose indicó una valla publicitaria que anunciaba un nuevo aerosol para el cabello.— Esa es justamente la cuestión. La realidad es siempre una amenaza. No me preocupa ninguna ideología contraria, porque no la hay. Pero todos estos anuncios de parques acuáticos y piscinas... Ellos son el verdadero enemigo. Lo subvierten todo. Es probable que Francés lo haya arreglado a propósito.

—¿Con qué fin?

—Para ponerme nervioso. Ella es inquieta. Usted lo sabe, Paul. Se considera una rebelde, pero no se da cuenta de que Edén-Olimpia es la mayor rebelión de todas.

A Francés no le habría gustado que Penrose me llevara en su coche. Nos veíamos raramente, y no decía nada acerca de sus planes para dejar en evidencia a Edén-Olimpia. La hora que pasamos juntos cerca del faro de La Garoupe había sido nuestro ajuste de cuentas. Había intentado utilizarme de nuevo, con la esperanza de desencadenar un estallido contra Edén-Olimpia, pero a sus ojos yo no me comprometía lo suficiente. Nos encontramos a cenar en el Vieux Port, y le dije que estaba tratando de ganarme la confianza de Penrose. Ella asintió, encendió un cigarrillo y se quedó mirando los yates de los árabes.

Mientras tanto, los *graffiti* y las cámaras de vigilancia destruidas en Edén Olimpia parecían una protesta demasiado inofensiva para ser obra de ella. Los enigmáticos signos escritos con aerosol sobre los parabrisas parecían obra de adolescentes y no tardaron en ser borrados por los equipos de limpieza, pero las manchas de la rebelión permanecían.

Curiosamente, yo había sido una de las primeras víctimas. Tres días antes de la ceremonia inaugural de Edén II, el Jaguar fue brutalmente atacado. Los vándalos cortaron los neumáticos y las mangueras del motor, y arrancaron la palanca de cambios de la caja. El señor Yasuda se impresionó tanto que me felicitó formalmente, mientras su mujer me hacía reverencias tres pasos

detrás de él, convencidos de que el Jaguar había servido heroicamente en un *ratissage* de las proporciones de Pearl Harbor.

Pero ya no participaba en las incursiones de los equipos de bolos, y me distancié de la vida secreta del complejo. Me mudé de la cama de Alicia a la habitación de la criada, que daba a la pista de tenis. No le conté nada a Jane sobre el trágico final de Greenwood, ni cómo su antiguo amante había muerto en un paroxismo de indignación contra sí mismo. De noche, cuando me despertaba, iba al dormitorio de Jane y miraba dormir, la boca manchada con el lápiz de labios de Simone, a esa joven que había amado y que un día, quizás, volvería a amar.

En Col du Pilón, unos pocos kilómetros más allá de Grasse, aparcamos en un mirador que ofrecía un maravilloso panorama de la llanura del Var. Penrose llenó su inmenso pecho con el aire frío y contuvo la respiración como si tan sólo un cerebro superoxigenado pudiera prever todas las posibilidades de su nuevo reino.

—Espectacular, ¿eh, Paul? Hay momentos en que uno siente el viento de la historia bajo las alas. Y ve cómo el futuro rompe el cascarón. El meridiano de Greenwich de este milenio pasa por Edén-Olimpia.

—Sea como sea, es hora de que yo regrese a Londres. Tengo que persuadir a Jane.

—Pero ¿por qué? —Penrose le dio la espalda al sol y concentró toda su comprensión profesional en mí, como *si yo* hubiera admitido que me orinaba en la cama o que robaba en las tiendas.— Edén II es el único futuro que Cenemos.

—No para mí.

—Le encontraremos un trabajo. Puede abrir una editorial para nosotros y publicar una revista mensual.

—Gracias, pero todo parece más incierto ahora mismo. No quiero correr riesgos.

—No hará falta. Usted y Jane están a salvo, están con nosotros.

—Junto con esos cientos de altos ejecutivos que llegarán pronto a Edén II. Está a punto de desatar una enorme ola de crímenes.

—Paul, la ola de crímenes ya está aquí. Se llama capitalismo del consumidor. Mi querido amigo, no le he pedido que defeque en la bandera tricolor. Hay un pequeño costo social, pero nosotros indemnizamos a las víctimas.

—¿A gente como Zander?

—Eso fue un accidente.

—Wilder, yo estaba allí. Fue una ejecución. —Bajé la voz cuando dos ancianos chinos se bajaron del coche y se acercaron a la baranda de observación.— Zander sabía lo del circuito de pedofilia y los asaltos a las joyerías, las prostitutas estranguladas... Yo debería haber ido a la policía.

—Ellos fueron a verlo. Sensatamente, no les dijo nada. —Penrose levantó la cara al sol y aspiró el aire fresco.— ¿Quién le contó lo del circuito de pedofilia? ¿Halder?

—No fue Halder.

—Me alegro. Es demasiado ambicioso para ser desleal. Tenemos una muy buena opinión de Halder.

—Bien. Alain Delage no debería jugar con él entonces.

—¿Eso hace? ¡Qué desagradable! Le diré que escoja a otro grupo de necesitados. A turistas ingleses, digamos. Si Halder no se lo contó, ¿quién lo hizo? ¿Francés Baring?

—Ella no me dijo nada.

—Pasa mucho tiempo con ella. De algo tendrá que hablar. Ella siempre ha tenido amigos fuera de Edén-Olimpia. Una mujer atractiva de la oficina de propiedades que visita a un montón de gente rica. Muchos tienen intereses personales, y son personas importantes en París o en Bruselas.

—Nunca ha hablado conmigo de esas cosas. Además, ella no sabe nada.

—Sabe más de lo que usted cree. Me preocupa Francés. Para ella, el reloj se paró el 28 de mayo...

Se interrumpió cuando desde el fondo del valle surgió el zumbido de una avioneta publicitaria. Dio manotazos al aire, como queriendo agarrar el avión en miniatura, no mayor que un mosquito sobre su mano alargada.

—¡Esos aviones! Paul, ¿no le parecen molestos? Como los *graffiti* en Edén-Olimpia. Un edificio de oficinas que costó cincuenta millones de dólares, y unos cuantos francos de pintura lo convierten en algo del Tercer Mundo.

—Cuando abra Edén II, tendrá problemas aún más grandes que resolver.

—Tiene razón, Paul. Es un desafío enorme. Aun así, tenemos que proseguir. Las clases de terapia le inquietan, pero han demostrado ser valiosas.

—Por ahora. Demasiada gente sabe ya que en Edén-Olimpia ocurren cosas terribles cuando cae la noche. Tarde o temprano, las autoridades intervendrán.

—Claro que lo harán. Es un riesgo que tuvimos que correr. —Penrose me cogió del brazo y me acercó a la baranda de observación. Había sudado a mares durante la protesta aérea en Edén II, y el viento me llevó el olor agrio de su camisa empapada.— No quiero que se preocupe, Paul. Olvídese de

regresar a Londres. Lo necesito aquí. Es una de las pocas personas en quienes puedo confiar. Usted ha visto la verdad sobre lo que hacemos, y por eso nunca ha traicionado el programa de terapias.

—Soy un observador. Francés dice que soy demasiado soso y normal para Edén-Olimpia.

—¿Normal? Hay carreras que se han ido a pique intentando definir lo que eso significa. Tenga cuidado: nos movemos en un mundo en que es peligroso ser normal. Problemas extremos necesitan soluciones extremas. De hecho, ya no se necesitan los programas terapéuticos. Los estamos reduciendo.

—¿Está seguro? —El tono brusco de Penrose me sorprendió.— ¿Por qué? ¿Se le están yendo de las manos?

—No, pero Edén II altera todo el panorama. Lo que funcionó tan bien para un pequeño grupo de profesionales de élite no puede aplicarse a una población enorme. Edén II dará empleo a veinte mil personas. No quiero empezar una guerra de razas, al menos aún *no*. Ese piloto ecologista fue una advertencia. Además, tenemos que mirar hacia adelante. Está a punto de empezar una batalla titánica, una lucha darwiniana entre psicopatías que compiten entre sí. Ahora todo se pone a la venta, hasta el alma humana tiene un código de barras. Nos dejamos llevar por extravagantes tendencias de consumo, por extrañas oleadas en la cultura del entretenimiento y por paranoias masivas de nuevas enfermedades que en realidad son estallidos religiosos. ¿Cómo hacer frente a todo eso? Es posible que tengamos que recurrir a deseos masoquistas profundamente arraigados que forman parte del sentido humano de la jerarquía. La Alemania nazi y la vieja Unión Soviética eran sociedades sádicas de torturadores y víctimas voluntarias. La gente ya no necesita enemigos. En este milenio, su gran sueño es convertirse en víctimas. Tan sólo con sus propias psicopatías conseguirán liberarse...

Penrose condujo con cautela pendiente abajo en dirección a Grasse, dejando que otros coches nos adelantaran y haciéndoles señas de que pasaran. Parecía cansado pero tranquilo. Comprendí que había llevado a cabo un experimento privado, en que él ocupaba el punto más alto y donde recibía la ofrenda de los reinos de la nueva tierra. Había aceptado *esa* ofrenda, y *ya* estaba planeando la estrategia para aprovechar las enormes posibilidades de Edén II.

Cuando llegamos a Edén-Olimpia apenas notó los *graffiti* frescos que cubrían las puertas de vidrio del edificio de la administración.

Me llevó hasta mi casa y me agarró del brazo cuando bajaba del coche.

—Me alegra que haya venido, Paul. Ha sido de gran ayuda.

—No lo creo.

—Hay algo que usted puede hacer. Estoy preocupado por Francés. Algunos de mis informes médicos han desaparecido.

—¿Los vídeos?

—Exactamente. Son altamente confidenciales; no queremos que lleguen a las personas equivocadas. Dígale a Francés que los programas terapéuticos están llegando a su fin.

—Se alegrará al saberlo.

—Bien. ¿Cuándo la verá de nuevo?

—Esta noche. La recogeré en Marina Baie des Anges. Se sorprenderá.

—Invítela a cenar. Explíquele que puede llevar un tiempo. Está obsesionada con David Greenwood, y no hay otra cosa que le importe. Eso es peligroso para nosotros.

—Es lógico. Ella lo amaba.

—Yo también. —Penrose esbozó una sonrisa. Se miró las manos y luego se arremangó la camisa y dejó a la vista las cicatrices en los antebrazos.— Es verdad, Paul. A él le debo la vida.

—Usted estaba en la lista de blancos, junto con Berthoud. Si lo hubiera visto, lo habría matado.

—Me vio. Nunca se lo dije. —Penrose asintió para sí.— Le disparó a Berthoud a través de la puerta de vidrio, se adelantó y me vio sangrando en el suelo del pasillo. Aún recuerdo sus ojos. No estaba loco en absoluto, créame.

—¿Entonces por qué no lo mató? Sin duda estaba en sus planes. Usted era el artífice de cuanto él odiaba.

—Lo sé. —Penrose agarró con fuerza el volante, escuchando el temblor ronco del motor de su deportivo.— No he dejado de pensar en ello desde entonces. Quiso enfrentarme con lo que yo había hecho. Por unos instantes estuvo completamente cuerdo...

39 Un folclore nuevo

Del reproductor de CD apoyado contra las almohadas salía a todo volumen «Surabaya Johnny», de Kurt Weill. Jane se paseaba por el dormitorio, vestida llamativamente *con una* chillona minifalda carmesí y tacones de aguja. Un mechón de pelo tieso con fijador se alzaba desde su frente en una explosión *retro-punk,* y tenía los ojos maquillados de negro y los labios pintados en forma de herida.

Sentado entre piezas de ropa interior tiradas, yo admiraba la resistencia y la energía de Jane. El exceso de trabajo y la petidina le habían restado tersura a su piel, y parecía diez años mayor que la joven que me había conducido a Cannes.

—Jane, me encanta el disfraz. Estás estupenda... Decadente, incluso, si no estuviera tan pasado de moda.

—Emperifollada. —Se puso una mano en la cadera y alargó hacia mí la otra, con las uñas pintadas de carmesí.— Miss Wei-mar 1927.

—A los Delage les encantará. ¿Saldrás con ellos?

—De juerga. —Dio unos pasos vacilantes y tropezó con un par de botas altas.— ¡Diablos, hay demasiado desorden en esta habitación! ¿Dónde está mi ginebra?

—Junto al teléfono. —En la mesita de noche había un vaso lleno.— Guárdala para después.

—Aquí yo soy el médico. —Se balanceó y luego me sonrió, como si acabara de reconocerme en medio de un ruidoso gentío.— Deja ya de preocuparte, Paul. La resistencia del cuerpo humano a los calmantes es casi ilimitada.

—¿Acaso sientes dolor?

—Ninguno. ¿No es maravilloso? La doctora Jane tiene dominio de sí misma.

—Espero que la doctora Jane no conduzca. ¿Adonde te llevarán los Delage?

—A cenar a... un sitio terriblemente elegante. Van a fingir que soy una *poule* que se han levantado en la calle. Después iremos a una fiesta de disfraces al aire libre.

—¿E irás de...?

—¿No lo adivinas?

Coqueteó conmigo, sentándose primero en mi regazo y alejándose luego sin darme tiempo a abrazarla.

—¿Qué tal estuvo la ceremonia de inauguración?

—Impresionante. Estaban todos los mandamases. Un avión con una pancarta de los verdes nos arrojó una bengala.

—¡Qué divertido! Y qué triste. Nada puede detener a Edén-Olimpia. Wilder habrá estado encantado.

—Un poco deprimido. La etapa del salvaje oeste ha quedado atrás. Ahora la vida será mucho más tranquila. ¿Hay alguna esperanza de que te tomes un buen descanso?

—Paul... —Jane me miró a través del espejo, comprensiva pero distante, como una madre que mira a un niño minusválido.— ¿Regresar a Londres? ¿Para qué? ¿Para acabar en un centro de salud en Clapham?

—¿Por qué hablas así? Estaríamos otra vez juntos.

—Aquí me necesitan. El proyecto está en expansión.

—Vale. Pero te necesitan por otros motivos.

—¿Como qué? —Jane apagó el reproductor de CD.— ¿Para vender fármacos robados? ¿O para practicar la ablación del clítoris a las mujeres de un ricachón del Sudán?

—Son más sutiles que eso.

—Paul, cuando entran en juego las drogas y el sexo, nadie es demasiado sutil. —Se acercó a mí y me apoyó las manos en las mejillas.— Has pasado demasiado tiempo aquí. Llévate a Francés a Londres. Ahora es mi turno de volar...

La observé mientras revolvía en un cajón y sacaba el bolso más llamativo que tenía. Me abrazó con fuerza antes de marcharse. Al ver que yo hacía una mueca, molesto por esa falsa muestra de afecto, me miró con un aire de repentina preocupación.

—Paul, ¿tu rodilla va bien? Vuelve a ponerte las inyecciones. Antes parecías más contento.

—Ése era el problema.

—¿Verás a Francés esta noche?

—Cenaremos en Tétou. Tenemos una buena noticia que celebrar.

—Salúdala de mi parte. Y llévate mi coche. Siento lo del Jaguar. Tantos *graffiti* por todas partes... Alain piensa que en Edén-Olimpia se está metiendo gente que no corresponde.

Más tarde, mientras conducía el Peugeot por la RN7 rumbo a Villeneuve-Loubet, escuché la voz de Lotte Lenya dentro de mi cabeza y recordé el consejo de Jane. Con Francés Baring o sin ella, pronto regresaría a Londres. Cuando Edén II extendiera sus parques y lagos artificiales por la llanura del Var, llegaría un futuro más prosaico. El fin del programa terapéutico de Penrose significaba una derrota para él y el triunfo del mundo contingente, la

realidad ineludible de las rivalidades de pasillo y los aseos de ejecutivos, la relatividad del éxito y la posición social. Tras una larga jornada en Edén II, la noción de psicopatía parecería casi folclórica de tan pintoresca.

40 La filmación en el dormitorio

—Francés, traigo buenas noticias...

Había entrado en su piso de Marina Baie des Anges usando una copia de sus llaves. La lámpara de pie del vestíbulo alumbraba una pila de revistas de finanzas, pero las demás habitaciones se hallaban a oscuras. En la bandeja de plata que había sobre la repisa estaban sus, llaves del coche. Abrí la puerta de la cocina y sentí un olor extraño en el ambiente, una mezcla de lociones baratas para después del afeitado que me resultaban familiares.

—¿Francés...? He reservado mesa en Tétou.

¿Estaría en la cama con otro hombre, quizás el rebelde piloto del avión de los verdes? En mi cabeza se formó la imagen de ella desnuda y acostada junto a su amante, los dos paralizados por la vergüenza, él buscando sus zapatos bajo la cama y apareciendo con una de mis sandalias perdidas...

Abrí con cuidado la puerta del dormitorio. Francés estaba dormida entre las almohadas, con un brazo estirado como una niña. Vi sus dientes blancos a la luz de los balcones cercanos, y los labios curvados en una sonrisa entre sueños. En el baño corría el agua de la ducha, un tenue golpeteo como de lluvia lejana.

Con sigilo para no despertarla, atravesé la habitación a oscuras. Me senté en la cama junto a ella, tratando de que el colchón no chirriara bajo mi peso. Toqué la sábana de lino con la mano, pero la retiré enseguida al sentir una mancha húmeda. La tela empapada bajo el cobertor estaba aún caliente, como mojada con un jabón pegajoso.

—Francés...

Tenía los ojos abiertos, pero las pupilas estaban descentradas. A la luz del faro de La Garoupe, cuyos rayos barrían el puerto deportivo, vi la cara golpeada de Francés, su boca abierta con los dientes rotos y la sangre sobre su frente. La luz del faro se posó por un instante en sus ojos, animándolos por última vez, como los faros de un coche que alumbran fugazmente las ventanas de un edificio vacío.

—Dios mío... —Busqué a tientas el interruptor de la lámpara en la mesita y lo apreté, pero no tenía bombilla. Me levanté de la cama, caminé hacia la puerta y tanteé entre las sombras en busca del interruptor de la pared.

Una mano me agarró la muñeca y me apretó los dedos contra la pared. Un hombre delgado pero de aspecto atlético, vestido con el uniforme de Edén-Olimpia, había entrado desde el vestíbulo y me tenía inmovilizado contra el armario. Me solté de un tirón y alcé el brazo para darle un puñetazo, pero me tapó la boca con una mano para que me calmara.

—Señor Sinclair..., tranquilícese. Estoy de su lado.

Cuando la luz del faro cruzó la habitación reconocí al guardia de seguridad.

—Halder... —Volví a estirar la mano hacia el interruptor de la pared, pero Halder me apartó el brazo de un golpe.

—Déjelo, señor Sinclair. Están vigilando el apartamento. En cuanto se enciendan las luces estarán aquí en cuestión de segundos.

—¿Quiénes?

—Los que lo esperan a usted. Sabían que vendría.

—Francés... —murmuré acercándome a la cama. La sangre le cubría los pechos como una tela de encaje negro. Le sostuve la muñeca y sentí los tendones flojos, tal vez desgarrados durante el forcejeo, y traté de encontrarle el pulso.

—Francés, por favor... Halder, aún respira. Llame una ambulancia. Hay esperanzas...

—Está muerta, señor Sinclair. Murió hace media hora.

—Un momento. ¿Cómo murió? —Le solté la mano, que cayó sobre la almohada ensangrentada, y retiré la sábana. Llevaba el vestido a rayas bajado hasta la cintura. Entre sus piernas había un esmoquin de hombre todo arrugado, con el forro de seda de las solapas desgarrado.

—Es el de Greenwood. Halder, alguien lo llevaba puesto mientras la mataban...

Al dar un paso atrás pise un pedazo de plástico quebradizo, y estuve a punto de tropezar con un trípode de metal que había junto a la mesita de noche.

—¿Un vídeo? Por el amor de Dios, ¿qué estaban haciendo aquí?

—Una película. —Halder sacó una bombilla del bolsillo y la puso sobre la mesita.— Una película de muy mal gusto.

—Con el vestido de La Bocca.

—Era un disfraz. No creo que haya querido ponérselo. Resistió con todas sus fuerzas. Ahora vámonos. Si lo encuentran aquí, lo matarán a usted también. Después dirán que fue usted quien la mató.

—Un momento. ¿Estaba usted aquí cuando la...?

—No, llegué hace diez minutos. La puerta del frente estaba sin pestillo. No sabían que usted tenía una copia de las llaves. Lo siento, señor Sinclair. Estaba muerta cuando la encontré.

—¿Cómo murió?

—El... amante... usó un cuchillo. Está en la ducha para que el agua le borre las huellas. Dirán que usted hizo una grabación pornográfica con un asesinato como desenlace, y que estaba lavando el cuchillo cuando entraron.

—¿Quiénes son ellos?

—Gente que trabaja para Edén-Olimpia, a las órdenes de Alain Delage.

—¿Y si nos vamos ahora?

—Dirán que fue un asalto que terminó mal. Se encargarán de usted en otro momento.

Cogí el esmoquin y lo extendí sobre los hombros de la muerta, el postrer abrazo de David Greenwood. Halder aguardó mientras yo miraba a Francés por última vez. Cuando la luz del faro de La Garoupe pasó entre los edificios de apartamentos, pareció que su rostro golpeado se encendía y se apagaba. Sus labios tan peculiares se habían aplastado contra los dientes, y tenía los rasgos de una niña de diez años. Parecía volverse más joven a medida que se enfriaba, mientras se replegaba sobre sí misma hacia una oscuridad aún mayor, llevando consigo sus recuerdos.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron, Halder se volvió hacia mí y miró mis manos manchadas de sangre, como si tratara de convencerse de que yo no había tenido nada que ver con la muerte de Francés. Aún confuso por el espectáculo de la muerta y el trípode de la cámara junto a la cama, aparté de mí a Halder cuando intentó limpiarme la sangre del mentón.

Las puertas se abrieron en la planta baja, donde una decena de personas aguardaban el ascensor. Se adelantaron, pero se detuvieron de golpe al ver mi figura manchada de sangre, multiplicada por los espejos. Una mujer con un niño pequeño lanzó un chillido de pánico, y un guardia que estaba en el vestíbulo se dirigió hacia nosotros.

Halder apretó los botones y mantuvo las puertas cerradas mientras el guardia las aporreaba.

—Señor Sinclair, primero debemos limpiarlo. Si no, nunca saldrá de aquí.

Apretó el botón de emergencia, esperó a que se abrieran las puertas y me agarró del brazo. Salimos en la planta del entresuelo, atravesamos el rellano hacia una puerta de servicio y bajamos por una escalera de metal que usaba el personal de mantenimiento. Detrás del montacargas había unas puertas oscilantes que daban a la parte trasera de un restaurante.

Nos sumergimos en el ruido a cacharros de la cocina, ciegos un instante debido a una nube de grasa y de vapor. Todo el mundo gritaba y los lavaplatos acarreaban vasos y cubiertos. En la carnicería, un ayudante del *chef* estaba inclinado sobre una mesa eligiendo unos filetes de ternera, mientras el trinchador cortaba en tajadas el rojo y sangrante músculo.

De una pared colgaba la ijada de un cordero, y Halder me agarró las manos y me las puso sobre la carne.

—Pero...

—Finja que está examinando la carne... Hay un guardia curioseando.

Halder se alejó de mí, esquivando una hilera de carritos de metal. Exhausto, me recosté en la carne brillante, en el preciso momento en que el guardia aparecía en la despensa y echaba un vistazo al ajetreo de la cocina. Su mirada resbaló sobre mí mientras yo fingía palpar la carne con las manos llenas de sangre. Habló con Halder, que hizo un gesto indicando la escalera de atrás y el montacargas.

Unos minutos después, me limpié la sangre de los brazos y la cara en los aseos para el personal que había detrás de la cámara frigorífica, mientras Halder me observaba desde la puerta. Me quité las últimas huellas de Francés que llevaba en la piel, y el agua se llevó los oscuros restos de su sangre en un remolino.

Halder cerró el grifo y me alcanzó un puñado de toallas de papel. Su aspecto era tenso pero sereno, como un gimnasta que se entalca las manos mientras se prepara para saltar a las paralelas.

—Ya está. ¿Dónde tiene el coche?

—Junto a la salida del aparcamiento. Es el pequeño Peugeot de Jane. Alguien me estropeó el Jaguar.

—Fui yo. Era demasiado fácil de seguir. —Abrió la puerta de una patada y me llevó hacia el montacargas.— Lo habrían usado como parte de la trampa. Mi coche está en el sótano. Bajaremos y esperaremos allí. El guardia que lo vio en el vestíbulo debe de haber llamado a la policía.

—Halder, tengo que encontrar a Jane.

—Lo sé. —Halder me clavó la mirada mientras el inmenso ascensor descendía al sótano.— Le ha llevado mucho tiempo darse cuenta, señor Sinclair...

Esperamos sentados en el asiento delantero del Range Rover, mirando los coches que entraban y salían del garaje. Sentía el olor a detergente en las manos, y traté de recordar el aroma de la joven que yacía muerta en su habitación.

—¡Señor Sinclair! —Halder me sostuvo cuando me balanceé hacia la puerta.— Aguante unos minutos y lo sacaré de aquí.

—Estoy bien. —Señalé hacia la salida, de donde venía el sonido de una sirena de motocicleta.— ¿Y la policía? Estarán buscando al hombre que mató a Francés.

—No lo saben todavía. Está a salvo, señor Sinclair. Y Francés...

—La gente que esperaba el ascensor... Varios de ellos me vieron.

—Vieron a un hombre con sangre en la cara. Pudo haberle explotado una batidora eléctrica. Nadie lo reconocerá.

Estiré las manos lo más lejos que pude de mí, asqueado por ellas y por su pasado reciente.

—Pobre mujer, ¿por qué tuvieron que matarla?

—Iba a causar problemas. Francés Baring tenía amigos influyentes, y algunos de ellos no estaban contentos con Edén-Olimpia.

—Las acciones especiales, los robos, los asaltos... Todo está desapareciendo poco a poco. Penrose piensa suspenderlos.

—No es cierto.

—Hablé con él esta tarde y me lo explicó. Ahora se dan cuenta de que estaban yendo demasiado lejos, que se les iba de las manos. Por eso vine aquí. Quería contarle a Francés que todo había terminado.

—Pues no ha terminado. Penrose le mintió. —Halder hablaba tranquilamente pero con firmeza, sin temor a descubrirme mi propia ingenuidad.— Para el próximo mes se han organizado más redadas que nunca. Penrose y Delage tienen planes para Edén II, quieren ensayar acciones a gran escala. Planean ataques racistas en Niza, La Napoule y Cagnes-sur-Mer. He visto el programa en la Villa Grimaldi.

—¿Ataques armados?

—Con escopetas, ametralladoras, armas semiautomáticas... Las balas tienen las inscripciones de Ahmed y Mohammed. Los oficiales de seguridad salen armados de Edén-Olimpia. —Halder se abrió la chaqueta para mostrarme la pistolera atada al cinturón.— Están almacenando armas en la Villa Grimaldi.

—Las he visto. Mañana el CRS cerrará todo el sitio.

—Nunca los llamarán. Además, la mayoría de la gente está secretamente de acuerdo. Ya oyó a Penrose. Adorna con palabras elegantes lo que cualquiera diría en un bar de *pied-noirs*. Basta con tomarse unas copas de más tras un partido de fútbol y dar una buena paliza a unos cuantos árabes, para arder de entusiasmo. Las mujeres pensarán que son más hombres y al día siguiente trabajarán más a gusto. Lo mismo pasa con los altos ejecutivos.

—¿Entonces por qué dijo Penrose que acabaría con los programas?

—Para que usted se quedara. Así podrán encargarse al mismo tiempo de usted y de Francés. Un clásico crimen pasional. O incluso un juego erótico que acabase mal. Ya conoce a los ingleses...

-¿Y Jane?

—Ningún problema. Ya es uno de ellos, aunque ella no lo sepa.

—Tengo que encontrarla.

—Muy bien. ¿Y después?

—Iremos al aeropuerto o cruzaremos en coche la frontera con Italia; cualquier cosa con tal de sacarla de aquí. Irá con los Delage a una fiesta

callejera en alguna parte. Pídale al turno de noche de la clínica que la localicen.

—Demasiado arriesgado. De todas formas, sabemos adonde irá. La fiesta callejera será en la rué Valentín.

—Ya... —Pensé en el llamativo vestido de Jane.— El atuendo de puta, como Antonieta y sus lecheras.

—Señor Sinclair, lo que está diciendo no tiene sentido.

—Usted no vio cómo estaba vestida. ¿Cómo sabe todo esto?

—Delage quería que fuera con ellos, pero la doctora Jane me cae bien, demasiado para lo que él tenía en mente. De todos modos, Penrose me destinó a otra misión.

—Tenga cuidado. Ya lo utilizaron para matar a Greenwood. Tarde o temprano le darán otro blanco.

Halder giró la llave de arranque.

—Ya me lo han dado, señor Sinclair.

—¿Yo? —Apreté la cabeza contra la ventanilla con tanta fuerza que creí romper el vidrio.— Por eso estaba en el piso de Francés. Me esperaba para matarme. ¿Por qué no lo hizo?

—Porque me cae bien. —Halder se quedó mirando sus instrumentos.— Al igual que la doctora Jane. Además, me es más útil con vida. Es la única persona que les resulta impredecible: no saben cómo manejarlo.

—¿Demasiado soso, demasiado normal?

—Algo así. Hay cosas que Edén-Olimpia no sabe cómo tratar. La llave que fuerza la cerradura, el váter que se tapa, la mujer drogada de la que uno se enamora. El mundo cotidiano en el que vive la raza humana. Eso nunca ha llegado a Edén-Olimpia.

—Y usted quiere traerlo.

—Exactamente. Coches destrozados, unos cuantos incendios de casas y robos de oficinas. Edén-Olimpia puede rechazar una oferta de compra por un billón de dólares, pero una mierda de perro en el zapato la deja del todo impotente.

—Así que los *graffiti,* las protestas de los verdes... ¿Usted está detrás de todo eso?

—Junto a unos cuantos amigos. Apunto a la cima, señor Sinclair, a mi manera...

Pasamos junto a los coches aparcados rumbo a la rampa de salida. Cuando salimos a la calle, reparé en un grupo de gente que se dispersaba en la escalinata que conducía al vestíbulo principal. Reconocí a la mujer con el niño que había chillado al verme. Agitada aún, miró con resentimiento a dos policías de tránsito que volvían a montar en sus motos. Era evidente que no

los había impresionado con el cuento de un hombre manchado de sangre en el ascensor.

—No han encontrado a Francés.

—Todavía no. Lo esperan a usted, señor Sinclair.

Nos disponíamos a marcharnos, cuando agarré de golpe el volante y forcé a Halder a frenar. Los policías de tránsito, montados en sus motos, conversaban con un hombre de rostro afilado, que vestía una chaqueta de piel de camello y zapatos de charol.

—Alexei... ¿Qué hace aquí?

—¿Quién? —Halder miró por el espejo retrovisor.— ¿Se refiere al hombre que está con los polis?

—Alexei, un delincuente ruso de poca monta. Apareció en casa poco después de nuestra llegada. Luego lo vi en la rué Valentín y me ofreció una niña de once años.

—Ahora trabaja para Edén-Olimpia. Se llama Golyadkin, Dimitri Golyadkin.

—Dijo «Alexei».

—«Alicia», señor Sinclair. Pensó que usted se encargaba ahora de la biblioteca...

Miré al ruso mientras conversaba con los policías, al parecer discutiendo acerca de su coche mal aparcado, y vi que no dejaba de mirar de reojo hacia el balcón. A pesar de su ropa elegante, parecía muy vulgar, y recordé el desagradable olor de su cuerpo mientras peleábamos sobre el césped.

Entonces recordé el penetrante olor a sudor de hombre en la cocina de Francés.

—Golyadkin... ¿Fue él quien mató a Francés?

—Lamento tener que decirlo, pero es muy probable que haya sido él. A Alain Delage le parece útil. Tiene una litera en el cuarto de guardia del edificio de segundad. Ya me ocuparé de él

en su nombre, se lo aseguro.,,

41 La prostituta

La ronda nocturna ya había comenzado en la rué Valentin. Giré con el Peugeot por una calle lateral, la Avenue des Fleurs, y aguardé a que Halder aparcara el Range Rover detrás de mí. Árabes y europeos del este fumaban en grupos, mientras las jóvenes putas francesas se paseaban sobre sus altos tacones y buscaban inspiración en el aire de la noche. Las sesentonas se miraban entre sí de una esquina a otra, balanceando el peso de un pie al otro.

Me bajé del coche y fui hasta el Range Rover.

—Frank, ¿puede verla?

—Todavía no, señor Sinclair. Llegará de un momento a otro.

Halder parecía nervioso, y evitaba mirar los muslos desnudos de los travestís que paseaban contoneándose. Sacó una trinchera azul del asiento de atrás y se la abotonó sobre la chaqueta. Bajamos juntos por la rué Valentin. No parecía suceder nada, pero allí tenía lugar un intenso comercio invisible. Una de las aburridas putas francesas echó a andar con paso rápido. Un joven árabe la seguía a grandes zancadas unos metros atrás, como un mensajero con un telegrama urgente. Los coches pasaban a baja velocidad junto al bordillo y, aunque los conductores clavaban la vista al frente, parecían comunicarse por medio de un sexto sentido con los chulos, apostados de espaldas a la calle. Todo el mundo traficaba, y el sexo se refugiaba en calles oscuras donde el placer se encendía y se desvanecía como una estrella fugaz. En algún lugar de este burdo infierno se encontraba Jane en su fiesta callejera.

—Al menos no hay niños —dije.

—Cuidado, señor Sinclair —me advirtió Halder, indicando con un gesto un callejón lateral. Un Mercedes negro estaba aparcado contra la pared, y de la parte trasera se alzaba una antena de radioteléfono.

—¿El coche en el callejón? ¿Qué tiene de especial?

—Son los Delage. Están de pie en el portal junto al coche.

—No veo nada...

—Justo al lado del Mercedes —dijo Halder escudriñando las sombras del callejón. Fuera de Edén-Olimpia no era más que un negro con una trinchera, sin un sitio seguro donde refugiarse. En cualquier momento la noche podía estallar en una ola de odio y violencia.

Por encima de Halder alcancé a ver a los Delage. Estaban apoyados uno contra otro en un portal, la cabeza de ella bajo el mentón de él, como amantes clandestinos.

—Están mirando el maldito Mercedes, ¡como si alguien fuera a robárselo! ¿Dónde está Jane?

—No se preocupe, señor Sinclair. —Halder me hizo a un lado al ver acercarse un agresivo travestí que se abría paso a empujones y que nos lanzó una mirada de desdén.— Yo me encargo... Está allí.

Se abrió la puerta trasera del Mercedes y una joven prostituta con tacones altos y vestido de lentejuelas se apeó del coche. Cerró torpemente la puerta con el codo y, cansada al parecer por el esfuerzo, se apoyó en la ventanilla. Parecía drogada con algo más que narcóticos, pero se volvió hacia los Delage y les hizo una fugaz reverencia. Cuando se alisó la falda, vi cómo las lentejuelas brillaban bajo las farolas.

—Jane... —dije con voz lo bastante alta para que me oyera, pero ella sonreía con la vista perdida a los hombres que pasaban por el callejón—. Frank, ¿a qué está jugando? Parece una escena de teatro.

—No me parece que lo sea...

—¿No? —Pisé un cigarrillo desechado que ardía aún cerca de mis pies. Ya no sentía cólera y, por primera vez en muchos meses, me sentía responsable de mis actos.— Quédese aquí hasta que traiga el Peugeot. Quiero sacarla antes de que empiece la acción.

—Dese prisa, señor Sinclair.

Los Delage seguían en el portal junto al Mercedes, abrazados uno al otro, mirando a Jane como unos padres adoptivos que observaran la actuación de su amada pupila en un drama de aficionados. Simone clavaba en Jane su mirada devota de siempre, con el mismo afecto tímido que yo había notado en su primer encuentro. Alain no daba muestras de la misma devoción, pero aun así parecía haber depositado su confianza en Jane, como un burócrata de alto rango contento de abandonar por un momento sus obligaciones para animar a una amiga de la familia. Mientras observaba a esta peligrosa pareja me imaginé a sus antecesores romanos, administradores de la Provenza colonial, sentados en el anfiteatro de Nimes viendo cómo su esclava favorita luchaba valientemente hasta el fin. La hazaña de Wilder Penrose no consistía en haber vuelto locos a los Delage, sino en conseguir que parecieran cuerdos.

Halder me alcanzó cuando iba en busca del Peugeot y me agarró del brazo.

—Señor Sinclair, yo puedo ir a rescatarla. Siempre han querido que...

—Se lo agradezco, pero eso le convertiría a usted en su próximo blanco. A mí me tildarán simplemente de marido aguafiestas.

Paré el Peugeot a la entrada del callejón. Jane estaba aún apoyada en el Mercedes, haciendo voltear su bolso como si fuera la lámpara de un guardavía. Miraba al vacío, pero a intervalos parecía despertarse y forzarse a respirar hondo. No me reconoció, ni tampoco a su coche, e hizo un gesto indicando el interior de la limusina, invitándome a entrar. Los Delage asintieron desde el portal, sin darse cuenta de quién era yo.

Un joven francés de pantalones negros y camisa blanca se detuvo junto al Peugeot. Su ropa olía a grasa rancia de cocina, e imaginé que sería un camarero fuera de servicio dispuesto a gastarse las propinas. Examinó a Jane como un veterano de las carreras, intrigado por la combinación de aquella novata de callejón y de su coche impresionante. Suponiendo que los Delage eran sus chulos, avanzó en dirección a Jane, al tiempo que asentía con aprobación por aquel cuerpo de niña abandonada.

Me apeé del Peugeot y me dirigí hacia el callejón. Los Delage miraban el asiento trasero del Mercedes, donde estaban Jane y su cliente, muy cerca el uno del otro pero tan distantes entre sí como dos extraños en un tren. El francés se abrió la bragueta.

Con una mano hurgaba en su cartera y con la otra apretaba el muslo de Jane, tratando de entretenerla mientras ella se recostaba, como un pasajero inmóvil en los últimos instantes antes de un choque.

—Paul, venga aquí. —Al verme, Alain Delage me hizo señas de que me acercara al portal y me hizo sitio junto a Simone.— Estoy encantado de que haya venido. Pensamos...

Estaba contento de verme, alegre de que hubiera hecho el esfuerzo de aparecer; yo era un socio valioso. Simone me atrajo hacia el portal y se hizo a un lado para dejarme la mejor vista. Apretado contra ella, noté que no llevaba perfume ni maquillaje, como si se hubiera purificado los sentidos y preparara su paladar para el más delicioso de los manjares.

Me aparté de ellos y me apoyé contra el techo del Mercedes. Con calma, dije:

—Me alegra haber venido. ¿Qué ocurre exactamente?

—Paul... —Alain parecía sorprendido por la frialdad de mi tono.— Jane dijo que se lo había contado. Quería probar...

—Es interesante para ella. —Simone me cogió del brazo para tranquilizarme.— Como todas las esposas...

En el interior del Mercedes, el francés tenía su cartera entre los dientes y había agarrado a Jane de las muñecas, tratando de controlarla mientras ella forcejeaba con él. Cuando abrí la puerta, lanzó una maldición y soltó a Jane. Tras meterse la cartera en un bolsillo del pantalón, se bajó del coche con expresión de furia e intentó pegarme, pero lo agarré del brazo y lo arrojé contra el capó. Se irguió, tambaleante, y pareció querer lanzarse sobre mí, pero desistió de su propósito y se alejó mascullando improperios.

Los Delage se quedaron mirando mientras yo sacaba a Jane del coche. Aunque se mostraban decepcionados, parecían comprender resignados que todo cuanto yo había hecho era meter tontamente la pata, como un espectador tan identificado con el drama que sube al escenario para rescatar a la actriz principal. Simone abrió la puerta de atrás y se puso a limpiar el asiento, barriendo las lentejuelas sueltas del vestido de Jane.

Jane me abrazó cuando llegamos al Peugeot, como una niña conmocionada tras despertar de una pesadilla. Se tocó la magulladura en la mejilla y trató de quitarse el lápiz de labios de la boca, y comprendí que todavía no era consciente de todo lo que le acababa de pasar.

—Paul, has venido... —susurró, abrazándome—. Algo salió mal. Dejó de ser un juego.

La apreté contra mí, más estrechamente de lo que nunca había hecho desde nuestra llegada a Edén-Olimpia.

—Jane, querida, nunca fue un juego.

Jane estaba dormida cuando aparqué detrás del Range Rover de Halder. Le aparté el pelo de la cara, y se despertó un instante y me miró a los ojos aturdida, como si yo fuera un viejo amigo de la facultad a quien hubiera dejado de ver por azares de la vida.

De pie junto al Range Rover, Halder vigilaba los coches que pasaban, con sus maduros conductores y los fornidos travestís. Los Delage se habían marchado en su Mercedes, resignados ante el hecho de que su noche se había echado a perder. Halder clavó en mí su mirada franca, y comprendí que me estaba haciendo responsable de todo lo que le había ocurrido a Jane.

—Se pondrá bien, señor Sinclair. Podrá llevarla de vuelta a Londres. —Bajó la vista hacia las llaves del Peugeot, que yo le había puesto en la mano.— ¿Quiere que yo conduzca?

—Sí, pero no a Edén-Olimpia.

—Es muy sensato. Allí correrá peligro.

—Lo sé. Me ha llevado mucho tiempo darme cuenta. Frank, quiero que vaya a Marsella. Lleve a Jane con el cónsul británico.

—¿A Marsella? ¡Pero es un viaje de toda la noche!

—Mejor. Así se evitará problemas. Jane se despertará en unas horas. Pare en alguna parte a tomar un café. Cuéntele todo lo que sabemos: la muerte de Francés Baring, el circuito pedófilo, por qué Greenwood mató a tanta gente, Wilder Penrose y sus clases de terapia. Vaya a ver al cónsul británico. Jane puede alegar que perdió el dinero y el pasaporte. Le harán algún tipo de documento para que pueda viajar. Ocúpese de que tome un avión de vuelta a Londres.

—*¿Y* usted, señor Sinclair?

—Ya me reuniré con ella en Londres. Pero primero tengo algunas cosas que hacer aquí. Necesito su Range Rover.

—De acuerdo. Diré que me lo robaron.

—Y su pistola también. No se preocupe: sé usar un arma.

Halder se llevó la mano a la pistolera, soltó la funda del cinturón y me entregó el arma.

—Señor Sinclair, se está arriesgando mucho.

—Puede ser. Pero hay que pararle los pies a esta gente. Usted me entiende, Frank. Lo supo desde el día en que mató a Greenwood.

—Aun así... —Despojándose de su trinchera, Halder se quitó la chaqueta del uniforme y me la tendió para que me la pusiera.— Tenga cuidado. Lo estarán buscando.

—Esperan verme en el Peugeot, con Jane. Tengo que dar unas vueltas por Edén-Olimpia. Pase lo que pase, no diré nada sobre usted. Un día será el jefe de seguridad de Edén II. Hará un mejor papel que Pascal Zander.

—Así será. —Me acompañó al Range Rover.— ¿Qué es lo que planea hacer exactamente?

—Atar algunos cabos. Es mejor que no se entere.

Halder me dio su tarjeta electrónica.

—Esto le abrirá todas las puertas de Edén-Olimpia. Cuando vuelva de Marsella, dejaré el Peugeot en el aeropuerto de Niza. Pensarán que voló de regreso a Londres. Vaya con cuidado, señor Sinclair.

Lo miré mientras se alejaba en el Peugeot. Jane dormía en el asiento del acompañante. Estaba muy pálida y parecía más joven aún que la médica adolescente que yo había conocido en el Guy, una Alicia exhausta que se había extraviado en el mundo de los espejos.

42 La última tarea

Los primeros rayos de luz acariciaban las alas y la cola del avión inmóvil, calentando el frío metal, mientras el sol se asomaba sobre el Cap d'Antibes y las Îles de Lérins. Sentado en el asiento delantero del Range Rover, yo observaba cómo se replegaba la oscuridad, escurriéndose como un ladrón entre los hangares y los coches de bomberos. Sobre mi cabeza, la noche se iba desvaneciendo y al fin se retiró detrás del Esterel. El olor a gasolina se extendió por el campo de aviación mientras los mecánicos cargaban de combustible un Cherokee bimotor para el primer vuelo de la mañana.

Había aparcado al otro lado de la alambrada, y el avión me había hecho compañía durante la noche. Como no podía dormir, me había quedado escuchando el tráfico de la autopista, los autocares de turistas rumbo a París y los camiones que llegaban de Italia con su carga de calabacines, aspiradoras y teléfonos móviles. Mientras tanto, mi estropeado Harvard descansaría en el hangar de Elstree, con el barro del terreno todavía incrustado en el motor. Eso era algo que faltaba en Edén-Olimpia: volar, certidumbres tales como la velocidad del viento, la gravedad y el despegue. También estaba ausente el deseo de explorar el espacio interior, de abrir nuevas vías de comunicación con uno mismo. Wilder Penrose sólo nos había provisto de un atlas con los destinos, un oscuro itinerario bosquejado en su recetario, habitado por una colección de criaturas perversas como Simone y Alain Delage.

Aún conservaba en las manos el aroma del vestido de Jane, que me recordaba nuestro abrazo en la rué Valentin. Ya habría llegado a Marsella y estaría sentada con Halder en un café cercano al viejo puerto, avergonzada por su vestido de puta, mientras él le revelaba la historia secreta de Edén-Olimpia. Hacia las nueve de la mañana iría a ver al cónsul británico, y poco despues se pondría en camino hacia el aeropuerto. Mientras Jane volaba de vuelta a Londres, atravesando el valle del Ródano, Francés Baring yacería aún en su cama de Marina Baie des Anges, con el vestido a rayas alrededor de la cintura y el esmoquin de Greenwood sobre los hombros. Y no cabía duda de que Dimitri Golyadkin estaría vendiendo la película con la muerte de Francés por las villas de Super Cannes...

Una Mobylette pasó junto a mí, conducida por un motorista de espalda estrecha que llevaba un gran casco de seguridad. En un bolso de lona verde, sujeto al asiento trasero, llevaba aparejos de pesca. Giró en la siguiente rotonda y regresó en mi dirección, y al fin se detuvo frente a la sala de

exposición de Aviación Nostálgica. Cuando se apeó de la moto y se levantó la visera, vi que era Philippe Bourget, hermano del rehén asesinado.

Bajé del Range Rover, y él miró con sorpresa la chaqueta de uniforme azul que yo llevaba, como si temiera ser arrestado.

—¿Paul Sinclair? ¡Qué alivio! Por un momento pensé...

—Me alegra que haya venido. Cuando le llamé anoche no parecía muy seguro.

—Pues... en el último momento siempre hay dudas. He estado pensando en ello durante muchos meses. —Me miró con cautela, no del todo convencido de que yo fuera el hombre que había conocido en Port-la-Galére. Hizo un gesto hacia el Range Rover.— ¿Ha venido solo?

—Sí. Nadie sabrá que lo llamé.

Más tranquilo, se quitó el casco, lo puso en el asiento de la Mobylette y desató los aparejos de pesca. Hizo una pausa un tanto excesiva para calentarse las manos con su aliento. Su cara de maestro de escuela parecía aún más pálida de lo que recordaba, y supuse que no había pegado ojo desde mi llamada.

—Monsieur Bourget...

—Necesito un momento. Es una decisión importante, y no puedo prever todas las consecuencias. —Hablaba en voz baja, dándose tiempo para reflexionar.— Anoche escuché con atención lo que me dijo.

—Es todo cierto: el asesinato de mi amiga, la acumulación de armas...

—Y decidí que era hora de actuar. Hemos oído muchas historias: ataques violentos en La Bocca, violaciones de mujeres inmigrantes... Y sobornan a todo el mundo. Es una especie de fascismo de fin de semana, y las tropas de asalto pasan después a limpiar.

—Pero las manchas de sangre permanecen. ¿Ha hablado con las viudas de los chóferes?

—No, las afectaría mucho. Declararán a su favor de ser necesario. La investigación sobre sus maridos muertos se ha cerrado. El magistrado dijo que eran rehenes y prefieren pensar así. Pero no está bien, señor Sinclair.

—Por eso voy a actuar.

—¿Solo? ¿Le parece sensato? Puedo ir con usted.

—No. Tres rehenes muertos ya son suficientes.

—¿Irá a Edén-Olimpia? ¿Cómo logrará entrar? La seguridad es eficiente.

—Pero es domingo por la mañana. Tengo un Range Rover y un pase especial. —Y, tratando de tranquilizarlo, añadí:— Capturaré a las personas clave y las llevaré a la estación de televisión. Hay conexión con la TF1 de París.

—¿Una confesión pública? Bien. Es la mejor justicia de que disponemos hoy en día. —Me tendió los aparejos de pesca envueltos en una lona.— No me gusta ver la televisión por la tarde, pero me quedaré a mirar. Buena suerte, señor Sinclair.

Me dio la mano y esbozó una sonrisa para animarme; después se marchó antes de que pudiera decirme cuáles eran sus dudas.

Lo vi alejarse en su moto, con la cara oculta en el casco. Sin mirar atrás, me dijo adiós con la mano por última vez. El estruendo de los motores no me dejaba pensar, y me metí en el asiento de atrás del Range Rover. Desenvolví la lona y dejé a la vista la escopeta de repetición. Pegada con cinta a la culata había una caja de proyectiles de grueso calibre, el tipo de carga para cazar patos con que Hemingway se voló la tapa de los sesos. El arma de Jacques Bourget se vengaría por fin.

A veinte metros de distancia estaba la sala de exposición de Aviación Nostálgica, con su colección de objetos de culto, asientos eyectables y motores radiales; una cueva de Aladino rebosante de posibilidades, mucho más poderosas y duraderas de lo que Wilder Penrose pudiera ofrecer. Mirando los cascos de los años cuarenta, pensé en la pasajera de pelo rubio sentada con el piloto ecologista que había estropeado la ceremonia de Edén II. Llevaba unas gafas de protección antiguas, que sin duda procedían de Aviación Nostálgica, un tributo a su belleza y a su lengua peculiar que le habría hecho uno de sus admiradores. Ojalá yo hubiera podido transportar a Francés Baring hacia el sol...

Eran las 6.45. Incluso el más comprensivo de los cónsules británicos se tomaría su tiempo y no sería sino hasta el mediodía que Jane conseguiría abordar su avión a Londres. Las noticias sobre lo que estaba a punto de suceder en Edén-Olimpia no se transmitirían hasta la noche, cuando quien estuviera a cargo del complejo se decidiera por fin a llamar a la policía.

Con suerte o sin ella, mi caso llegaría a las noticias internacionales, con los cuerpos de los culpables tendidos a mis espaldas como trofeos de caza. En pocos días Jane podría volar de vuelta al sur de Francia, para visitarme en la cárcel y convertirse en la primera testigo en mi defensa. Muchos otros la seguirían: Isabel Duval y las viudas de los chóferes, la señora Morales y Philippe Bourget, las esposas y los hermanos de los obreros árabes asesinados en las calles oscuras de La Bocca, los técnicos de cine japoneses llegados desde Tokio, los gerentes de las joyerías de Niza, las prostitutas y los camareros retirados de la Villa Grimaldi. Para evitar el oprobio de la policía local y del poder judicial, y para preservar el sueño de Edén II, se

llegaría a un acuerdo con mi abogado defensor y, de ser necesario, obtendría un perdón del presidente.

Cargué la escopeta y la guardé bajo el asiento de atrás. Cuando llegara a Edén-Olimpia, mis blancos estarían durmiendo todavía. Empezaría con Alain y Simone Delage, que aún estarían descansando después de trasnochar en la rué Valentín. Jane me había dicho que Simone guardaba una pequeña pistola en su me-sita de noche, así que sería la primera víctima. La mataría mientras dormía, con la pistola de Halder, y evitaría tener que enfrentarme a sus ojos acusadores. Después mataría a Main en cuanto se sentara en la cama, empapado en la sangre de su mujer, y tanteando en busca de sus gafas, incapaz de comprender el error administrativo que lo había llevado a su propia muerte.

Los Delage dormían con el aire acondicionado puesto, así que nadie oiría los disparos a través de las ventanas cerradas. Wilder Penrose sería el siguiente. Lo obligaría a levantarse de la cama a punta de pistola y lo conduciría al salón de abajo, donde me había expuesto su credo. Sería simpático y taimado hasta el final, preocupándose por mí e intentando conquistarme con su encanto fraternal. Lo admiraba por el ascendiente que había tenido sobre mí, pero lo mataría a tiros delante del espejo, otra puerta al mundo de Alicia que se cerraría para siempre. Destivelle y Kalman le seguirían, y el último sería Dimitri Golyadkin, dormido en su litera del edificio de seguridad. Llegaría a la estación de televisión a tiempo para la transmisión de las noticias de la tarde; yo sabía que, pasara lo que pasara en el mundo, Edén-Olimpia encabezaría los titulares. Esta vez habría respuestas además de preguntas.

Escuché el Cherokee avanzar rumbo a la pista, donde se detuvo y se preparó para el despegue. Las hélices reflejaban los rayos matutinos, y el agudo zumbido de los motores parecía ser una señal de advertencia para sacar de su sopor a la gente de la Riviera.

Arranqué el Range Rover, di marcha atrás frente a la sala de exposición de Aviación Nostálgica y me puse en marcha por los caminos de acceso al aeropuerto en dirección a la autopista de la costa. El Cherokee rodaba sobre la pista; se alzó en el aire y dio un amplio giro sobre el mar en dirección a las alturas de Super Cannes. Lo vi desaparecer más allá de Edén-Olimpia y Sofía-Antípolis, y pensé que sus pasajeros se estarían preparando para sus reuniones de directorio en Sandoz y Ciba, Roche y Rhóne-Poulenc, las empresas farmacéuticas que bendecían el sueño más profundo de los habitantes y turistas que descansaban detrás de sus balcones cerrados. Junto al camino de la costa, vi revistas de cine y frascos vacíos de crema bronceadora, desperdigados por la arena, los restos de un sueño arrastrados

hasta la orilla con la resaca. Continué mi camino, pensando en Jane y Francés Baring y Wilder Penrose, listo para acabar con la tarea que había iniciado David Greenwood.